





ARGUMENTO

Bienvenidos a Nueva Pekín, metrópoli central de un mundo futuro donde humanos, ciborgs y androides coexisten en precaria convivencia, amenazados todos por una extraña y caprichosa plaga mortal para la que los científicos no encuentran cura.

Esa es la ciudad en la que vive Linh Cinder o, simplemente, Cinder, una ciborg que, por serlo, es odiada y despreciada por todos, y sobre todos, por Adri, su madrastra, cuyo amor y respeto jamás ha tenido a pesar de que gracias al trabajo de Cinder ella y sus dos hijas, Pearl y Peony, pueden salir adelante y aparentar más de lo que son. Aunque no todo son malas noticias: Peony es su mejor amiga. Su mejor amiga humana.

Sabe que no lo logrará, pero no deja de alimentar la esperanza, que sabe vana, de ganarse el favor de su familia y de ir, ¿por qué no?, al baile real que cada año se celebra en Palacio. Pero es el cuento de nunca acabar porque Adri, que no deja de prometerle lo mejor para cuando acabe lo que sea que tiene que hacer, siempre le tiene guardada una tarea nueva, que arregle el levitador o cualquier otro cachivache.

Porque Cinder es la mejor mecánica de Nueva Pekín, y tan grande es su fama que el mismísimo Príncipe Kaito, heredero de la Comunidad Oriental, ha acudido a su cuchitril en



el mercado para confiarle el arreglo de su androide. «Contiene información confidencial y es una cuestión de seguridad nacional que la recupere... antes de que lo haga otra persona», le explica.

Vale, Cinder es una ciborg pero no es de piedra, y ese príncipe se demuestra capaz de alterar todos sus circuitos. Pero se cierne sobre ella, sobre ellos, una amenaza más grave que el enamoramiento: la de una fuerza procedente del espacio exterior que aguarda el momento adecuado para atacar la tierra.



LIBRO PRIMERO

*Se llevaron sus bellas ropas,
la vistieron con un viejo blusón gris
y le dieron unos zuecos.*





CAPÍTULO 1

El tornillo que le atravesaba la articulación del pie se había oxidado, y tenía tan desgastados los surcos en forma de cruz de la cabeza que, en su lugar, solo quedaba una depresión circular de bordes irregulares. Le dolían los nudillos de la fuerza que ejercía en cada giro de destornillador, intentando aflojar el tornillo. Cuando consiguió que asomara lo suficiente para poder arrancarlo con la mano biónica de acero, el fino relieve en espiral había quedado completamente borrado.

Cinder arrojó el destornillador sobre la mesa, asió el pie por el tobillo y tiró con fuerza para desencajarlo. De pronto saltó una chispa que le chamuscó las puntas de los dedos. Cinder soltó el pie de golpe y se apartó rápidamente, por lo que este quedó colgando de una maraña de cables rojos y amarillos.

Se recostó hacia atrás con pesadez y dejó escapar un gruñido de alivio. Una sensación de liberación revoloteaba al final de los cables. Después de llevar cuatro años maldiciendo aquel pie que le venía demasiado pequeño, juró no volver a ponerse aquel chisme nunca más. Ahora solo faltaba que Iko no tardara demasiado en volver con el recambio.

Cinder era la única mecánica del mercado semanal de Nueva Pekín que ofrecía un servicio integral. Sin letrero, lo único que delataba la naturaleza de su negocio eran las estanterías que llenaban las paredes, abarrotadas de recambios de serie para androides. La tienda estaba encajada en un recoveco sombreado, entre un comerciante de seda y un hombre que se dedicaba a la compraventa de telerredes. Ambos solían quejarse del fuerte y desagradable olor a grasa y metal que manaba del tenderete de Cinder, a pesar



de que el aroma de los bollitos de miel de la panadería del otro lado de la plaza solía disimularlo. Cinder sabía que, en realidad, lo que no les gustaba era estar cerca de ella.

Un mantel lleno de manchas separaba a Cinder de los curiosos que se paseaban por delante. La plaza estaba atestada de compradores y vendedores ambulantes, de niños y bullicio. De los gritos de quienes intentaban regatear con tenderos robóticos, empeñados en que los ordenadores rebajaran su margen de beneficio. Del zumbido de los escáneres de identidad y la monótona voz que anunciaba la recepción del dinero cuando este cambiaba de cuenta. Del rumor de las telerredes, que revestían los edificios y asfixiaban el aire con el murmullo de anuncios, noticias y cotilleos.

La interfaz auditiva de Cinder amortiguaba el ruido y lo convertía en un susurro vibrante, pero ese día no conseguía ahogar la persistente melodía que se imponía a todo lo demás. A pocos pasos de su puesto, unos niños bailaban en corro cantando «cenizas, cenizas, todo se derrumba» y luego se tiraban al suelo, riendo alborozadamente.

Una sonrisa se debatía en los labios de Cinder. No tanto por la cancioncita infantil —una canción sobrecogedora sobre la peste y la muerte, que había recobrado popularidad durante la última década y que le provocaba cierto repelús— como por la satisfacción con que acogía las miradas desaprobadoras que los transeúntes les dirigían a los niños, que, muertos de risa, les entorpecían el camino con sus caídas. La molestia de tener que sortear los cuerpos que se retorcían en el suelo provocaba los reniegos de los compradores. Solo por eso, Cinder adoraba a los niños.

—¡Sunto! ¡Sunto!

Se había acabado la diversión. Cinder vio que Chang Sacha, la panadera, se abría camino entre la gente, vestida con su delantal cubierto de harina.

—¡Sunto, ven aquí! Te he dicho que no quiero que juegues tan cerca de...

Sacha miró a Cinder, frunció los labios, cogió a su hijo por el brazo y dio media vuelta. El niño gimoteó y fue tras ella arrastrando los pies mientras



su madre le ordenaba que no se alejara del tenderete. Cinder arrugó la nariz en un gesto de burla dirigido a la espalda de la panadera. Los demás niños desaparecieron raudos y veloces entre la multitud y se llevaron sus risas cantarinas consigo.

—Como si los cables fueran contagiosos —comentó Cinder entre dientes a su puesto vacío.

Las vértebras le crujieron al estirar los brazos y pasarse los sucios dedos por el pelo para retirárselo hacia atrás y recogerlo en una coleta despeluzada. Luego recogió los guantes de trabajo chamuscados y se cubrió primero la mano de acero. Aunque la palma de la otra empezó a sudarle en el acto dentro del grueso material, se sentía más cómoda cuando los llevaba puestos y ocultaban el revestimiento metálico de la mano biónica. Estiró y separó los dedos todo lo que pudo para aliviar el calambre que le contraía la base del pulgar de apretar el destornillador con tanta fuerza y volvió a echar un vistazo a la plaza de la ciudad. Vio unos cuantos androides retacos y blancos entre la muchedumbre, pero ninguno de ellos era Iko.

Con un suspiro, Cinder se inclinó sobre la caja de herramientas que guardaba debajo de la mesa de trabajo. Después de rebuscar entre el batiburrillo de destornilladores y llaves inglesas, por fin dio con el extractor de fusibles que llevaba siglos enterrado en el fondo. Uno tras otro, desconectó los cables que todavía unían el pie al tobillo, arrancando un chispazo cada vez que tiraba de uno de ellos. No los sentía gracias a los guantes, pero el visor retinal le informaba debidamente que perdía la conexión con la pierna a través del texto rojo y parpadeante.

El pie cayó con estrépito al suelo de cemento tras propinarle un tirón al último cable.

El cambio fue instantáneo. Por primera vez en su vida se sentía... ligera.

Hizo sitio en la mesa para dejar encima el pie arrancado y lo colocó en medio de las llaves inglesas y las tuercas de bloqueo, como si le hubiera hecho un santuario, antes de volverse a agachar sobre el tobillo y limpiar con un trapo viejo la suciedad que se había acumulado en el anclaje.



¡Pam!

Cinder se sobresaltó y se golpeó la cabeza contra la parte inferior del tablero. Irritada, lo primero con que se topó al separarse de la mesa fue con una androide apagada que descansaba repantingada sobre el tablero y, lo segundo, con el hombre que esperaba detrás. Un joven de melena negra que le llegaba por debajo de las orejas, ojos castaños con un tinte cobrizo que la miraban sorprendidos y unos labios que todas las chicas del país habían admirado miles de veces.

Cinder relajó el entrecejo.

El breve desconcierto del joven se transformó en culpabilidad.

—Lo siento —se disculpó—, no sabía que había alguien ahí abajo.

Estaba tan estupefacta que le costó comprender que se dirigía a ella. Con el pulso acelerado, el visor retinal de Cinder escaneó las facciones del joven, aunque después de los años que llevaba viéndolo en la telerred le resultaban muy familiares. Parecía más alto en persona, y la sudadera gris con capucha no casaba con la ropa elegante que solía lucir en sus apariciones públicas, pero aun así el escáner de Cinder solo necesitó 2,6 segundos para medir los puntos del rostro y enlazar la imagen con la base de datos de la red. Al instante, el visor le informó de lo que ya sabía. Los datos aparecieron en la parte inferior de su campo de visión, en una cadena de texto de color verde.

**PRÍNCIPE KAITO, PRÍNCIPE HEREDERO DE LA
COMUNIDAD ORIENTAL**

ID # 0082719057

NACIMIENTO 7 ABR. DE 108 T. E.

SS. 88.987 APARICIONES EN LOS MEDIOS, CRONO
INVERSA

PUBLICADO EL 14 DE AG. DE 126 T. E.: EL PRÍNCIPE
HEREDERO KAI CELEBRARÁ UNA RUEDA DE PRENSA EL 15 DE
AG. PARA INFORMAR SOBRE EL TRABAJO DE INVESTIGACIÓN





QUE ESTÁ LLEVÁNDOSE A CABO EN TORNO A LA LETUMOSIS Y LAS POSIBLES VÍAS PARA HALLAR UN ANTÍDOTO...

Cinder se levantó de un salto y poco le faltó para caerse, pues olvidó que le faltaba un pie. Recuperó el equilibrio apoyándose en la mesa con ambas manos y, como pudo, hizo una desmañada reverencia. El visor retinal se apagó al instante.

—Su Alteza —balbució, con la cabeza gacha, alegrándose de que el joven no pudiera ver que le faltaba un pie gracias a la tela que cubría el tablero de trabajo.

El príncipe hizo un mohín y echó un rápido vistazo a sus espaldas, antes de inclinarse hacia ella.

—Tal vez, eso... —Se llevó un dedo a los labios—. Lo de Alteza y esas cosas.

Con los ojos como platos, Cinder asintió temblorosa.

—Claro. Por supuesto. ¿En qué... puedo...? ¿Qué... estáis...?

Tragó saliva, las palabras se le pegaban al paladar como si estuvieran hechas de pasta de alubias.

—Busco a Linh Cinder —dijo el príncipe—. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Cinder se arriesgó a levantar una de las manos que la ayudaban a mantener el equilibrio y tiró del borde del guante para subírselo un poco más y ocultar la muñeca.

—Yo... Yo... Yo soy Linh Cinder —tartamudeó, sin alzar la vista más allá del pecho del príncipe.

Cinder siguió el movimiento de la mano del joven, que la plantó sobre la protuberante cabeza de la androide.

—¿Tú eres Linh Cinder?

—Sí, Alte... —Se mordió el labio.

—¿El mecánico?



Cinder asintió.

— ¿En qué puedo ayudarlos?

En vez de responder, el príncipe se agachó, estiró el cuello de modo que a Cinder no le quedara otro remedio que mirarlo a los ojos y le dedicó una sonrisa encantadora. A Cinder le dio un vuelco el corazón.

El príncipe se enderezó, obligándola a levantar la vista.

— No eres exactamente lo que esperaba.

— En fin, vos tampoco sois precisamente... lo que... esto... — Incapaz de sostenerle la mirada, Cinder alargó la mano y atrajo a la androide hacia ella—. ¿Qué le ocurre a la androide, Alteza?

La androide parecía recién salida de fábrica, pero Cinder sabía que se trataba de un modelo antiguo por cómo imitaba las formas femeninas. Aun así, el diseño era de líneas elegantes, con una cabeza esférica que coronaba un cuerpo de caderas pronunciadas y un acabado blanco y reluciente.

— No consigo que se encienda —explicó el príncipe Kai, atento mientras Cinder examinaba el robot—. Iba la mar de bien y, un día, de repente, dejó de funcionar.

Cinder le dio la vuelta a la androide de modo que la luz del sensor quedara de cara al príncipe. Era un alivio poder entretener las manos con algo rutinario y la mente con las preguntas habituales, cualquier cosa en la que concentrarse para que los nervios no volvieran a hacerle perder el control de la conexión con su cerebro.

— ¿Os había dado problemas alguna vez?

— No. Los mecánicos reales le hacen una revisión mensual y este es el primer problema serio que ha tenido.

El príncipe Kai se apoyó en el mostrador, cogió el pequeño pie metálico de Cinder y le dio varias vueltas, con curiosidad. Cinder se puso tensa y observó con atención al joven mientras este echaba un vistazo a la cavidad llena de cables y toqueteaba las articulaciones flexibles de los dedos. El príncipe utilizó la manga de la sudadera, varias tallas más grande, para limpiar una mancha.





— ¿No tenéis calor? —preguntó Cinder, arrepintiéndose en el acto de haber recuperado la atención del joven.

Por un instante fugaz, el príncipe casi pareció avergonzado.

— Estoy asándome, pero intento pasar desapercibido —contestó.

Cinder se planteó si debía decirle que así no iba a lograrlo, pero al final descartó la idea. La ausencia de una turba enloquecida de jovencitas rodeando su tenderete seguramente demostraba que la treta funcionaba mejor de lo que ella creía. En vez de parecer un rompecorazones de sangre real, solo parecía un chiflado.

Se aclaró la garganta y volvió a centrarse en la androide. Encontró el cierre casi invisible y abrió el panel posterior.

— ¿Por qué no se encargan los mecánicos reales de repararla?

— Lo han intentado, pero no saben qué le ocurre. Alguien me recomendó que te la trajera. —Dejó el pie sobre la mesa y se fijó en los estantes abarrotados de piezas viejas y usadas: recambios para androides, levitadores, telerredes y portavisores. Recambios para ciborgs—. Dicen que, en cuanto a mecánica, no hay quien te gane, aunque esperaba encontrar a un hombre mayor.

— ¿Eso dicen? —musitó Cinder.

El príncipe Kai no era el primero que se sorprendía. A la mayoría de sus clientes les costaba asimilar que una jovencita adolescente pudiera ser la mejor mecánica de la ciudad, y ella jamás comentaba la razón que explicaba su talento. Cuantas menos personas supieran que era una ciborg, mejor. Estaba convencida de que se volvería loca si todos los tenderos del mercado la miraran con el mismo desprecio que Chang Sacha.

Apartó varios cables del androide con el meñique.

— A veces simplemente se desgastan. Tal vez sea el momento de reemplazarla por un modelo nuevo.

— Me temo que no puedo. Contiene información confidencial y es una cuestión de seguridad nacional que la recupere... antes de que lo haga otra persona.





Cinder detuvo los dedos en el acto y alzó la vista hacia el príncipe, quien solo logró sostenérsela tres segundos antes de que le empezaran a temblar los labios.

— Es broma. Nainsi fue mi primera androide. Es solo una cuestión sentimental.

Una lucecita anaranjada parpadeó en el límite del campo de visión de Cinder. Su optobiónica había detectado algo, aunque no sabía qué: puede que el príncipe hubiera tragado saliva, hubiera parpadeado demasiado rápido o hubiera tensado repentinamente la mandíbula.

Estaba acostumbrada a la lucecita anaranjada. Se encendía cada dos por tres.

Le avisaba de que alguien mentía.

— Seguridad nacional —dijo—, tiene gracia.

El príncipe ladeó la cabeza, como si la desafiara a poner en duda sus palabras. Un mechón de cabello negro le cayó sobre los ojos. Cinder apartó la mirada.

—Modelo Tutor8.6 —dijo, leyendo el panel débilmente iluminado que había en el interior del cráneo de plástico. Aquella androide tenía casi veinte años. Una anciana tratándose de un robot—. Parece que está en óptimas condiciones.

Levantó el puño y golpeó con fuerza uno de los laterales de la cabeza de la androide, a la que tuvo que cazar al vuelo antes de que se cayera de la mesa a causa del impacto. El príncipe dio un respingo.

Cinder volvió a colocarla sobre sus orugas de tracción y apretó con decisión el botón de encendido, pero no ocurrió nada.

— Os sorprendería saber lo a menudo que funciona.

El príncipe dejó escapar una risita incómoda.

— ¿Estás segura de que eres Linh Cinder? ¿El mecánico?

— ¡Cinder! ¡Lo tengo!



Iko se abrió paso entre la multitud y se acercó al mostrador mientras su sensor lanzaba destellos azulados. Alzó una mano de dedos articulados y plantó un pie revestido de acero recién salido de fábrica sobre el tablero, a la sombra de la androide del príncipe.

—Supera con creces al viejo, apenas está usado y a primera vista el cableado parece compatible. Además, conseguí que el proveedor me lo dejara solo por seiscientos univs.

El pánico hizo presa en Cinder. Manteniendo el equilibrio sobre el pie humano, cogió el de la mesa y lo tiró por detrás de ella.

—Buen trabajo, Iko. Nguyen-shìfu estará encantado de tener un recambio de pie para su escoltandroide.

El brillo del sensor de Iko se atenuó.

—¿Nguyen-shìfu? No proceso.

Con una sonrisa forzada, Cinder hizo un gesto hacia el príncipe.

—Iko, por favor, presenta tus respetos a nuestro cliente. —Bajó la voz—. Su Alteza Imperial.

Iko alargó la cabeza y dirigió el sensor redondo hacia el príncipe, quien le sacaba casi un metro de altura. La luz cobró intensidad cuando el escáner lo reconoció.

—Príncipe Kai —dijo con su voz metálica y chirriante—, sois incluso más atractivo en persona.

A pesar de que el príncipe se echó a reír, Cinder sintió que se le encogía el estómago, avergonzada.

—Compórtate, Iko. Entra.

Iko obedeció. Apartó la tela que cubría el tablero y pasó por debajo de la mesa.

—No se ven androides con tanta personalidad todos los días —dijo el príncipe Kai, apoyándose contra el marco de la puerta, como habituado a llevar robots al mercado—. ¿La has programado tú?



—Lo creáis o no, venía así de serie. Sospecho que se trata de un error de programación, lo cual probablemente explicaría por qué mi madrastra la consiguió tan barata.

—¡No tengo un error de programación! —protestó Iko.

Cinder cruzó una mirada con el príncipe, se quedó momentáneamente prendada de una nueva risita desenfadada y volvió a agachar la cabeza detrás de la androide real.

—Bueno, ¿tú qué crees? —preguntó el joven.

—Tendré que ejecutar los diagnósticos. Tardaré unos días, tal vez una semana. —Cinder se retiró un mechón de pelo detrás de la oreja y se sentó, aliviada de poder descansar la pierna mientras examinaba las entrañas de la androide.

Estaba segura de que con aquel gesto rompía alguna regla de protocolo, pero al príncipe, que se asomó ligeramente para observar cómo trabajaba, no pareció importarle.

—¿Hay que pagar por adelantado?

Alargó la muñeca izquierda, donde llevaba implantado el chip de identificación, pero Cinder la rechazó con un gesto de la mano.

—No, gracias. Será un honor repararla.

Por un instante, pareció que el príncipe Kai iba a protestar, pero enseguida bajó la mano.

—Supongo que sería mucho pedir que estuviera lista antes de las fiestas, ¿verdad?

Cinder cerró el panel de la androide.

—No creo que haya problema, aunque sin saber qué le ocurre exactamente...

—Lo sé, lo sé. —El joven enderezó la espalda—. Será mejor que no me haga ilusiones.

—¿Cómo me pongo en contacto con vos cuando esté lista?





—Envía una com al palacio. ¿O estarás por aquí la semana que viene? Podría pasarme un momento.

—¡Por supuesto! —exclamó Iko desde la trastienda—. Todos los días de mercado. Pasaros cuando querías. Estaremos encantadas.

Incómoda, Cinder hizo una discreta mueca contrariada.

—No es necesario que os...

—Será un placer.

El príncipe inclinó ligeramente la cabeza en un educado gesto de despedida al tiempo que tiraba de los bordes de la capucha para ocultar su rostro. Cinder le devolvió el gesto, consciente de que tendría que haberse levantado y haber hecho una reverencia, pero no se atrevía a poner a prueba su equilibrio por segunda vez.

Esperó hasta que la sombra del príncipe hubo desaparecido del mostrador antes de echar un vistazo a la plaza. La presencia del heredero entre la atribulada multitud parecía haber pasado completamente desapercibida. Cinder relajó los músculos.

Iko se acercó a ella y cruzó los prensos metálicos sobre el pecho.

—¡El príncipe Kai! Tendrías que echarle un vistazo a mi ventilador, porque creo que estoy recalentándome.

Cinder se agachó, recogió el pie de recambio y le quitó el polvo frotándolo contra los pantalones cargo. Le dio varias vueltas, aliviada al comprobar que no lo había abollado.

—¿Te imaginas la cara que pondrá Peony? —dijo Iko.

—Me imagino un montón de gritos y chillidos.

Cinder volvió a pasear la mirada por la plaza con cautela antes de abandonarse a la sensación de vértigo que revoloteaba en su estómago. No veía el momento de contárselo a Peony. ¡El príncipe en persona! Se le escapó una risita. Era irreal. Era increíble. Era...

—Oh, no.

La sonrisa de Cinder se desvaneció.



— ¿Qué pasa?

Iko le señaló la cara con un dedo.

— Tienes una mancha de grasa.

Cinder se echó hacia atrás y se frotó la frente.

— Estás de guasa.

— Estoy segura de que ni siquiera se ha dado cuenta.

Cinder bajó la mano.

— ¿Qué más da? Vamos, ayúdame a ponerme esto antes de que aparezca por aquí algún otro miembro de la realeza.

Apoyó el tobillo en la rodilla de la pierna contraria y empezó a conectar los cables de colores, preguntándose si habría conseguido engañar al príncipe.

— Te encaja como un guante, ¿verdad? — dijo Iko, sosteniendo un puñado de tornillos que Cinder iba enroscando en los agujeros que ya venían perforados.

— Es muy bonito, Iko, gracias. Espero que Adri no se dé cuenta. Me mataría si se enterara de que me he gastado seiscientos univs en un pie.

Enroscó el último tornillo, estiró la pierna y probó la articulación mientras movía los dedos. Lo notaba un poco duro, y los sensores nerviosos tardarían unos días en acostumbrarse a los cables nuevos, pero al menos ya no tendría que arrastrar aquella cojera nunca más.

— Es perfecto — dijo, calzándose la bota. Vio que Iko sujetaba el pie antiguo entre sus tenazas—. Puedes tirar esa chatar...

Un chillido le perforó los oídos. Cinder se estremeció y se volvió hacia el sonido que intentaba atravesar su interfaz de audio. El mercado enmudeció. Los niños, que se habían puesto a jugar al escondite entre los tenderetes apiñados, asomaron poco a poco de sus escondrijos.

La panadera, Chang Sacha, era quien había gritado. Desconcertada, Cinder se levantó y se subió a la silla para echar un vistazo por encima de la cabeza de la gente. Vio a Sacha en su tiendita, detrás del



mostrador de cristal lleno de panecillos dulces y bollitos de cerdo, boquiabierta, mirándose las manos extendidas.

Cinder se tapó la nariz con una mano cuando los chillidos que empezaron a propagarse por toda la plaza como un reguero de pólvora confirmaron lo que ocurría.

—¡La peste! —exclamó alguien—. ¡Tiene la peste!

El pánico se apoderó de las calles. Las madres recogían a los niños del suelo y, desesperadas, les tapaban la cara con manos nerviosas mientras se ponían en pie y se abrían paso como podían para alejarse del puesto de Sacha. Los tenderos cerraban las puertas de persiana de golpe.

Sunto gritó, corriendo hacia su madre, pero esta extendió las manos para detenerlo.

—No, no, no te acerques.

Un tendero de un puesto contiguo agarró al niño, se lo puso bajo el brazo y se alejó a la carrera. Sacha chillaba, intentando decir algo, pero el griterío ahogaba sus palabras.

A Cinder se le revolvió el estómago. Si salían corriendo, acabarían arrollando a Iko en medio del caos. Contuvo la respiración, alargó la mano hacia el cordón que había en uno de los rincones del puesto y tiró de él para que la persiana metálica se deslizara de golpe por los raíles. Salvo por la fina rendija de luz que se perfilaba en el suelo, las envolvía una completa oscuridad. El suelo de cemento desprendía calor, y el sofocante aire de la diminuta tienda no tardó en hacerse irrespirable.

—¿Cinder? —la llamó Iko, con una nota de preocupación en la voz robótica.

La androide aumentó el brillo del sensor y el tenderete quedó bañado por una luz azulada.

—No te preocupes —dijo Cinder, que se bajó de la silla de un salto y cogió el trapo manchado de grasa que había encima de la mesa de trabajo. Los gritos iban apagándose y transformaban el habitáculo en su propio universo deshabitado—. Sacha está al otro lado de la plaza. Aquí estamos a salvo.



Sin embargo, se pegó a las estanterías de la pared del fondo, se agachó y se tapó la nariz y la boca con el trapo.

Cinder intentó no inspirar demasiado hondo mientras esperaban, hasta que oyeron la sirena del levitador de emergencias, que venía a llevarse a Sacha.



CAPÍTULO 2

Las sirenas del vehículo de emergencias no habían acabado de enmudecer cuando el zumbido de otro motor retumbó en la plaza. Unas pisadas contundentes sobre el pavimento, seguidas de una voz que escupía órdenes, rompieron el silencio que se había instalado en el mercado. A continuación, una voz distinta, gutural, respondió a la primera. Cinder se arrastró por el suelo polvoriento de la tienda mientras se pasaba la bolsa por el hombro y apartó a un lado la tela que cubría el tablero de trabajo.

Deslizó los dedos por la rendija de luz que se colaba por debajo de la puerta y la levantó muy despacio. Con la cara pegada al suelo cálido y granuloso, consiguió distinguir tres pares de botas amarillas al otro lado de la plaza. Un equipo de emergencias. Levantó la puerta un poco más y vio que los hombres —todos ellos protegidos con máscaras de gas— rociaban el interior del habitáculo con un líquido que procedía de un recipiente metálico de color amarillo. A pesar de la distancia que los separaba, el hedor que desprendía le hizo arrugar la nariz.

—¿Qué está pasando? —preguntó Iko a sus espaldas.

—Van a quemar el puesto de Chang-jie. —Cinder recorrió la plaza con la mirada y se fijó en el reluciente levitador blanco que estaba detenido cerca de la esquina. Salvo por aquellos tres hombres, el lugar se encontraba desierto. Cinder rodó sobre su espalda y alzó la vista hacia el sensor de Iko, que seguía proyectando un débil resplandor en la oscuridad—. Saldremos cuando le prendan fuego, mientras están distraídos.

—¿Estamos metidas en un lío?

—No, es que hoy no me apetece hacer un viajecito a las cuarentenas.





Uno de los hombres dio una orden, que fue seguida por un rumor de pasos. Cinder volvió la cabeza y espió por la rendija a tiempo de ver cómo disparaban un lanzallamas hacia la panadería. El olor a gasolina no tardó en mezclarse con el del pan quemado. Los hombres se mantenían a una distancia prudencial, mientras sus siluetas uniformadas se recortaban contra unas llamas cada vez más altas.

Cinder alargó una mano, asió a la androide del príncipe Kai por el cuello y la depositó en el suelo. Se la colocó debajo del brazo y levantó la puerta lo suficiente para poder deslizarse hasta el exterior, sin perder de vista las espaldas de aquellos hombres. Iko la siguió y se dirigió veloz al siguiente tenderete mientras Cinder bajaba la persiana. Avanzaron a toda prisa entre las hileras de puestos —la mayoría de ellos abandonados con las puertas abiertas de par en par durante la estampida generalizada— y doblaron por el primer angosto callejón que se abría entre las tiendas. Un humo negro encapotaba el cielo sobre sus cabezas. Segundos después, un escuadrón de unidades móviles zumbaba sobre los edificios en dirección a la plaza del mercado.

Cinder aflojó el paso cuando consideró que se habían alejado lo suficiente del mercado y salieron del laberinto de callejones. El sol había hecho su recorrido diurno y empezaba a posarse por detrás de los rascacielos, al oeste. Hasta el aire transpiraba, impregnado del calor del mes de agosto, aunque de vez en cuando soplabla entre los edificios una brisa cálida, que levantaba remolinos de basura procedente de las alcantarillas. Las calles volvieron a llenarse de vida a cuatro manzanas del mercado, abarrotadas de transeúntes que formaban corrillos en las aceras para comentar el brote de peste que se había declarado en el centro de la ciudad. Las telerredes encajadas en las paredes de los edificios emitían imágenes en directo del incendio y de las columnas de humo que se elevaban en el centro de Nueva Pekín y las aderezaban con titulares alarmistas según los cuales el número de personas infectadas aumentaba de manera exponencial, a pesar de que, por lo que Cinder sabía, hasta ese momento solo se había confirmado un caso.

—Qué lástima de bollos con glaseado de caramelo... —dijo Iko al pasar junto a un primer plano del puesto calcinado.



Cinder se mordió el interior de la mejilla. Ninguna de las dos había probado los aclamados dulces de la panadería del mercado. Iko carecía de papilas gustativas y Chang Sacha no despachaba a ciborgs.

Los gigantescos edificios de oficinas y los centros comerciales se aglutinaban poco a poco junto a una caótica amalgama de edificios de viviendas, contruidos tan cerca los unos de los otros que habían acabado convirtiéndose en una extensión infinita de vidrio y cemento. En sus orígenes, las viviendas de aquella parte de la ciudad eran espaciosas y estaban muy buscadas, pero con el tiempo las habían subdividido y remodelado —siempre con la misma intención: embutir a más gente en los mismos metros cuadrados— tantas veces que los edificios habían acabado convirtiéndose en laberintos de pasillos y escaleras.

Sin embargo, todo aquel grotesco conglomerado quedaba olvidado por unos instantes cuando Cinder doblaba la esquina de su calle. Durante medio escalón, el palacio de Nueva Pekín se atisbaba entre los complejos de viviendas, descansando plácidamente sobre el precipicio que dominaba la ciudad. Los tejados dorados y apuntados del palacio desprendían destellos anaranjados bajo el sol, y las ventanas devolvían su reflejo a la ciudad. Los gabletes ornamentados, los pabellones escalonados que se tambaleaban peligrosamente al borde del precipicio, los templos redondeados que se alzaban hasta los cielos. Cinder se demoró más de lo que solía en su contemplación, pensando en la persona que vivía al otro lado de aquellas paredes, en la persona que tal vez estuviera allí en ese preciso instante.

No era que hasta ese momento no hubiera sabido que el príncipe vivía allí cuando miraba hacia el palacio, pero ese día sentía una nueva conexión, y venía acompañada de una sensación reconfortante que rozaba la vanidad. Había conocido al príncipe. La había visitado en su puesto del mercado. Sabía cómo se llamaba.

Inspiró el aire húmedo de la tarde y se obligó a dar media vuelta, sintiéndose como una tonta. Si seguía así, acabaría hablando como Peony.

Se cambió la androide real de brazo e Iko y ella se agacharon para salvar el saliente del edificio de viviendas de la Torre Fénix. Cinder pasó la



muñeca libre por el escáner de identificación de la pared y oyó el chasquido metálico de la cerradura.

Iko utilizó las extensiones que hacían las veces de brazos para descender los escalones y bajar al sótano, un oscuro laberinto de trasteros recubiertos de malla metálica. Una ráfaga de aire cargada de humedad y olor a moho les dio la bienvenida. La androide encendió su reflector y dispersó las sombras que proyectaban los escasos halógenos. Se conocían al dedillo el camino desde la escalera hasta el trastero número 18-20, un cubículo angosto y siempre gélido que Adri dejaba que Cinder usara para trabajar.

Cinder hizo sitio para la androide en la atestada mesa y dejó la bolsa en el suelo. Se cambió los gruesos guantes de trabajo por unos de algodón menos mugrientos antes de cerrar con llave la puerta del trastero.

—Si Adri pregunta, nuestra tienda está a kilómetros de la panadería —dijo, mientras se dirigían hacia los ascensores.

La luz de Iko parpadeó.

—Anotado.

Nadie subió con ellas en el ascensor. No fue hasta que bajaron en la decimoctava planta cuando el edificio se convirtió en un hervidero de actividad: niños corriendo por los pasillos, gatos domésticos y gatos callejeros frotándose contra las paredes, el murmullo constante e incoherente de las telerredes, que se colaba por debajo de las puertas... Cinder ajustó la salida del ruido blanco de su interfaz neuronal mientras sorteaba a los niños de camino a su casa.

La puerta estaba abierta de par en par, lo que hizo que Cinder se detuviera y comprobara el número antes de entrar.

Oyó la voz afectada de Adri en el salón.

—El escote de Peony más bajo. Parece una abuela.

Cinder asomó la cabeza por la esquina. Adri estaba de pie, con una mano apoyada en la repisa de la chimenea holográfica, vestida con una bata de seda bordada con crisantemos que hacía juego con la colección de abanicos de papel de colores estridentes que adornaban la pared de detrás,



reproducciones que pretendían parecer antiguas. Con el rostro brillante a causa del exceso de maquillaje y los labios pintados de un tono espantosamente subido, Adri parecía una más de sus reproducciones. Se había pintado como si fuera a salir, a pesar de que solo abandonaba el piso en contadas ocasiones.

Si se había percatado de que Cinder estaba de pie junto a la puerta, estaba claro que había decidido ignorarla.

La telerred que había sobre las llamas ficticias emitía imágenes del mercado. La panadería había quedado reducida a cenizas y únicamente aguantaba en pie el armazón de un horno portátil.

En el centro de la estancia, Pearl y Peony estaban ataviadas con sedas y tules. Peony se sujetaba el cabello oscuro y rizado mientras una mujer a la que Cinder no conocía se peleaba con el escote del vestido. A la joven le brillaron los ojos y se le iluminó el rostro al entrever a Cinder por encima del hombro de la mujer y señaló el vestido con un gritito que a duras penas fue capaz de reprimir.

Cinder le devolvió la sonrisa. Su hermanastra pequeña tenía un aspecto angelical con aquel deslumbrante vestido plateado, de tonos lavanda, cuando el resplandor del fuego se reflejaba en él.

—Pearl.

Adri giró el dedo en el aire para indicarle a su hija mayor que se diera la vuelta y Pearl obedeció. Una hilera de pequeños botones nacarados le recorría la espalda de arriba abajo. El vestido era idéntico al de Peony, de corpiño ajustado y falda con mucho vuelo, solo se diferenciaban en que el suyo lanzaba destellos dorados en vez de plateados, como si lo hubieran esparcido con polvo de estrellas.

—Cíñele la cintura un poco más.

La desconocida estaba prendiendo un alfiler en el dobladillo del escote de Peony cuando vio a Cinder en la entrada y dio un respingo, aunque se volvió al instante. Retrocedió un paso, se quitó varios alfileres que sujetaba entre los labios y ladeó la cabeza a un lado.

—Ya la lleva bastante ceñida —comentó—, quiere que baile, ¿no es así?



—Quiero que encuentre marido —contestó Adri.

—Vamos, vamos —dijo la costurera, riéndose con disimulo mientras alargaba las manos y estrechaba la tela alrededor de la cintura de la joven. Cinder vio que Pearl estaba metiendo barriga por lo fácil que resultaba adivinar la forma de las costillas debajo de la ropa—. Es demasiado joven para casarse.

—Tengo diecisiete años —protestó Pearl, fulminando a la mujer con la mirada.

—¡Diecisiete! ¿Lo ves? Todavía eres una niña. A tu edad lo que hay que hacer es divertirse, ¿no, muchacha?

—Sale demasiado cara para divertirse —replicó Adri—. Espero sacarle rendimiento a este vestido.

—No te preocupes, Linh-jie. Estará tan bella como el rocío de la mañana.

Volvió a colocarse los alfileres en la boca y se concentró en el escote de Peony.

Adri alzó la barbilla y por fin se dignó prestar atención a Cinder. La repasó de arriba abajo con la mirada, hasta detenerse en las botas cochambrosas y los pantalones cargo.

—¿Por qué no estás en el mercado?

—Hoy han cerrado temprano —contestó Cinder, dirigiendo una mirada elocuente a la telerred, que Adri no se molestó en seguir. Fingiendo despreocupación, Cinder señaló el pasillo con el pulgar—. Iré a asearme y enseguida estaré lista para la prueba del vestido.

La costurera se detuvo.

—¿Otro vestido, Linh-jie? No he traído tela para...

—¿Ya has cambiado la magnetocorrea del levitador?

La sonrisa de Cinder titubeó en sus labios.

—No, todavía no.





—Ya, pues nadie va a ir al baile hasta que esté arreglado, ¿no crees?

Cinder intentó disimular su indignación. Ya habían mantenido aquella misma conversación un par de veces en lo que iba de semana.

—Necesito dinero para comprar una magnetocorrea nueva. Ochocientos univs, como mínimo. Si lo que se saca del puesto del mercado no fuera a parar directamente a tu cuenta, a estas horas ya tendríamos una nueva.

—Ya, como que iba a fiarme de que no te lo gastaras todo en tus juguetitos. —Adri dijo «juguetitos» frunciendo los labios y lanzando una mirada muy poco amistosa a Iko, a pesar de que, en teoría, la androide era de su propiedad—. Además, no puedo permitirme una magnetocorrea y un vestido nuevo que solo vas a llevar una vez. Tendrás que apañártelas como puedas: o bien reparas el levitador o bien te buscas un vestido para el baile.

Cinder sintió que empezaba a hervirle la sangre. Podría haberle hecho ver que, si hubiera comprado los vestidos de Pearl y Peony en cualquier lado en vez de hacérselos a medida, el presupuesto también habría alcanzado para el de Cinder. Podría haberle hecho ver que también ellas llevarían el vestido una sola vez. Podría haberle hecho ver que, siendo ella la única que trabajaba, también debería ser ella la única que decidiera en qué gastarse el dinero. Sin embargo, no valía la pena discutir. Legalmente, Cinder pertenecía a Adri igual que la androide doméstica, y también su dinero, sus escasas pertenencias e, incluso, el pie nuevo que acababa de conectar a su tobillo. A Adri le encantaba restregárselo por la cara.

Por todo ello contuvo su rabia antes de que Adri llegara a sospechar siquiera un asomo de rebeldía.

—Puede que consiga hacer un trueque por una magnetocorrea. Miraré en las tiendas de por aquí.

—¿Por qué no lo cambias por esa androide inútil? —dijo Adri con desdén.

Iko se escondió tras las piernas de Cinder.

—No nos darían mucho por ella —contestó Cinder—. Nadie quiere un modelo tan antiguo.



—No, claro, ¿cómo lo van a querer? Quizá debería venderos a ambas como piezas de recambio. —Adri se inclinó y toqueteó el dobladillo inacabado de la manga de Pearl—. Arregla el levitador como quieras, pero arréglalo, y que sea antes del baile. Y barato. No quiero que ese montón de chatarra siga ocupando una plaza de aparcamiento, con lo que escasean hoy día.

Cinder se metió las manos en los bolsillos traseros.

—¿Estás diciendo que, si arreglo el levitador y consigo un vestido, este año podré ir?

Unas pequeñas arruguitas se formaron en la comisura de los labios de Adri.

—Tendría que ocurrir un milagro para que encontraras algo decente que ponerte y que además consiguiera esconder tus... —digirió la mirada hacia las botas de Cinder— excentricidades, pero la respuesta es sí. Si arreglas el levitador, supongo que no hay razón por la que no puedas ir al baile.

Peony miró a Cinder con una sonrisa atónita mientras su hermana mayor se volvía hacia su madre.

—¡No hablarás en serio! ¿Ella? ¿Ella va a venir con nosotras?

Cinder apoyó el hombro contra el marco de la puerta con la esperanza de que Peony no se hubiera percatado de su desengaño. El arrebató de indignación de Pearl era innecesario. Una lucecita naranja había parpadeado en el límite del campo de visión de Cinder: Adri no tenía intención de cumplir su promesa.

—En fin —dijo, intentando parecer animada—, entonces creo que será mejor que vaya a buscar una magnetocorrea.

Adri agitó el brazo con desdén para despedir a Cinder y devolvió su atención al vestido de Pearl. Un gesto mudo para indicarle que ya podía retirarse.

Cinder dirigió una última mirada a los suntuosos atuendos de sus hermanastras antes de abandonar el salón, aunque no había acabado de enfilear el pasillo cuando oyó chillar a Peony.



—¡El príncipe Kai!

Se detuvo en seco y se volvió hacia la telerred. Una retransmisión en directo desde la sala de prensa del palacio había sustituido las alarmas sobre la peste. El príncipe Kai se dirigía a un grupo de periodistas, humanos y androides.

—Sonido —dijo Pearl, despachando a la costurera.

—... investigación continúa siendo nuestra máxima prioridad —decía el príncipe Kai, asiendo con firmeza los extremos del atril—. Nuestro equipo de investigación está decidido a encontrar una vacuna para una enfermedad que ya se ha llevado a uno de mis padres y amenaza con llevarse al otro, así como a decenas de miles de ciudadanos. La situación se ha agravado más si cabe a tenor del brote que se ha detectado hoy dentro de los límites de la ciudad. Ya no podemos asegurar que la enfermedad esté relegada a las zonas rurales y más pobres de nuestro país. Todos estamos expuestos a la letumosis y encontraremos el modo de erradicarla. Solo entonces reflatará la economía y la Comunidad Oriental recuperará su prosperidad.

Unos aplausos desgastados recorrieron la sala de prensa. Hacía doce años, tras la aparición del primer brote en un pequeño pueblo de la Unión Africana, que aquella peste era objeto de estudio y, por lo que parecía, apenas se había avanzado en la identificación de sus causas. Desde entonces, la enfermedad se había manifestado en cientos de comunidades repartidas por todo el mundo y sin relación aparente entre ellas. Cientos de miles de personas habían enfermado, agonizado y fallecido. También la había contraído el marido de Adri, en un viaje a Europa, el mismo viaje en el que había accedido a hacerse cargo y convertirse en el tutor de una ciborg huérfana de once años. Uno de los pocos recuerdos que Cinder conservaba de aquel hombre era cómo se lo llevaban a las cuarentenas mientras Adri le recriminaba a su marido que la dejara con aquella cosa.

Adri nunca hablaba de él, y en el piso casi nada evocaba su recuerdo. El único testimonio que daba fe de su existencia era una hilera de placas holográficas y medallones alineados sobre la repisa de la chimenea: premios por los méritos acumulados a lo largo de su carrera profesional y placas conmemorativas de una feria tecnológica internacional en la que había



participado durante tres años consecutivos. Cinder no sabía qué había inventado, aunque era evidente que, fuera lo que fuera, no había tenido demasiado éxito, porque cuando murió apenas dejó dinero a la familia.

En la pantalla, el discurso del príncipe Kai se vio interrumpido por la repentina llegada de un extraño que subió a la tarima y le tendió una tarjeta. La mirada del heredero se nubló. La imagen se fundió en negro.

Una mujer sentada a una mesa con una pantalla azul a sus espaldas sustituyó la sala de prensa. La lividez de los nudillos apoyados sobre el tablero era lo único que dejaba traslucir sus emociones.

—Interrumpimos la conferencia de prensa de Su Alteza Imperial para informarles sobre el estado de Su Majestad Imperial, el emperador Rikan. Los médicos del emperador acaban de informarnos de que Su Majestad ha entrado en la tercera fase de la letumosis.

La costurera se quitó los alfileres de la boca, ahogando un grito.

Cinder se apoyó contra el marco de la puerta. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza expresarle sus condolencias al príncipe Kai ni desearle la pronta recuperación de su padre. Debía de pensar que era una insensible. Y una maleducada.

—Fuentes oficiales de palacio nos han asegurado que, en estos momentos, está haciéndose todo lo posible para procurar el mayor alivio a Su Majestad Imperial mientras los investigadores trabajan sin descanso en busca de una vacuna. Aunque las levas ciborg continúan vigentes, siguen necesitándose urgentemente voluntarios para el ensayo de nuevos antídotos.

»A pesar de la controversia surgida acerca de la celebración del centésimo vigésimo sexto Festival Anual de la Paz a raíz de la enfermedad del emperador, el príncipe Kaito ha comunicado a la prensa que los festejos se llevarán a cabo de acuerdo con el calendario y que espera que estos consigan levantar el ánimo en unos momentos, por otro lado, tan trágicos. —Aunque tenía el teleprompter delante, la locutora se detuvo, vacilante. Su expresión se suavizó y su voz quebrada la traicionó en la despedida—. Larga vida al emperador.



La costurera contestó al saludo de la presentadora musitando aquellas mismas palabras. La imagen volvió a fundirse en negro antes de retomar la conexión con la sala de prensa. El príncipe Kai había abandonado el estrado, y los periodistas convocados se hallaban en medio de una gran agitación mientras informaban a sus respectivos medios, vueltos hacia sus cámaras.

—Conozco a una ciborg que podría presentarse voluntaria a las pruebas de la peste —comentó Pearl—. ¿Por qué hay que esperar a las levas?

Cinder lanzó una mirada asesina a Pearl, un palmo más baja que ella a pesar de sacarle un año.

—Buena idea —contestó Cinder—, y luego ve a buscar trabajo para pagarte tus vestiditos.

—Indemnizan a las familias de los voluntarios, fusible de mosquito —replicó Pearl, gruñendo entre dientes.

Hacía un año que un equipo de investigación imperial había iniciado las levas ciborg. Cada mañana se sacaba un nuevo número de identificación del bombo, que correspondía a uno de los miles de ciborgs que residían en la Comunidad Oriental. Habían hecho venir a sujetos de provincias tan lejanas como Mumbái o Singapur para utilizarlos como conejillos de indias en busca del antídoto. Lo habían maquillado de tal manera que pareciera un honor ofrecer la vida por el bien de la humanidad, pero solo era el recordatorio de que los ciborgs no eran como los demás. Muchos de ellos habían recibido una segunda oportunidad de la generosa mano de los científicos y, por tanto, les debían la vida a quienes los habían creado. Había quienes se consideraban unos privilegiados por haber vivido tanto y, por consiguiente, creían que era justo ser los primeros en entregar sus vidas para encontrar una cura.

—No podemos presentar a Cinder voluntaria —dijo Peony, estrujando la falda entre las manos—. Tiene que arreglarme mi portavisor.

Pearl soltó un bufido y les dio la espalda. Peony frunció la nariz en un gesto de burla.

—Dejaos ya de tonterías —dijo Adri—. Peony, estás arrugando la falda.



Cinder se volvió de nuevo hacia el pasillo mientras la costurera retomaba su labor. Iko le llevaba dos pasos de ventaja, ansiosa por alejarse de Adri.

Apreciaba que Peony hubiera salido en su defensa, desde luego, pero sabía que habría dado lo mismo si no lo hubiera hecho. Adri nunca la presentaría voluntaria a las pruebas, porque eso comportaría el fin de sus únicos ingresos y Cinder estaba segura de que su madrastra no había trabajado ni un solo día en toda su vida.

Sin embargo, si salía elegida en las levas, nadie podría impedirlo. Y daba la sensación de que últimamente un número desproporcionado de elegidos procedían de Nueva Pekín y las poblaciones aledañas.

Cada vez que había una adolescente entre las víctimas de las levas, Cinder oía el tictac de un reloj en su cabeza.



CAPÍTULO 3

—¡**V**as a ir al baile! —Iko entrechocó sus prensos imitando un aplauso—. Hay que encontrarte un vestido, y zapatos. No voy a permitir que lleves esas botas tan espantosas. Buscaremos unos guantes nuevos y...

—¿Podrías acercarme esa luz? —dijo Cinder, abriendo con brusquedad el primer compartimento de la caja de herramientas vertical.

Pernos y casquillos tintinearón al entrechocar mientras revolvía en su interior. Iko corrió a su lado y un haz de luz azulada dispersó la penumbra que reinaba en el trastero.

—Imagina las delicias que servirán —dijo la androide—. Y los vestidos. ¡Y la música!

Cinder no le prestaba atención, enfrascada como estaba en la selección de herramientas, que iba disponiendo sobre el torso magnético de Iko.

—¡Por todos los astros! ¡Imagina al príncipe Kai! ¡Puede que bailes con el príncipe Kai!

Cinder se detuvo y entrecerró los ojos para volverse hacia la luz cegadora de Iko.

—¿Por qué iba el príncipe a bailar conmigo?

El ventilador de Iko empezó a zumbear buscando una respuesta.

—Porque esta vez no tendrás toda la cara manchada de grasa.

Cinder intentó reprimir una carcajada. El razonamiento androide podía llegar a ser muy simplista.



—Siento desilusionarte, Iko —dijo, mientras cerraba el cajón de golpe y abría el siguiente—, pero no voy a ir al baile.

El ventilador de Iko se detuvo un instante y enseguida volvió a ponerse en marcha.

—No proceso.

—Para empezar, acabo de gastarme los ahorros de toda mi vida en un pie nuevo. Y, de todas maneras, aunque tuviera el dinero, ¿por qué iba a despilfarrarlo en un vestido, unos zapatos o unos guantes? Eso sería como tirarlo.

—¿Y en qué otra cosa te lo gastarías?

—¿En un juego completo de llaves inglesas? ¿En una caja de herramientas con cajones que no se encallen? —Cerró de golpe el segundo compartimento, empujándolo con el hombro para añadir énfasis a lo que acababa de decir—. ¿En la entrada de un piso para mí sola y así no tener que ser la criada de Adri nunca más?

—Adri no te concedería nunca la emancipación.

Cinder abrió el tercer cajón.

—Lo sé. Además, eso cuesta mucho más que un simple vestido. —Cogió un trinquete y un puñado de llaves inglesas y lo dejó todo sobre la caja de herramientas—. Tal vez me haría un injerto de piel.

—Pero si tienes una piel preciosa. —Cinder la miró de soslayo—. Ah, te refieres a los implantes biónicos.

La joven cerró el tercer cajón, cogió la bandolera que había dejado en la mesa de trabajo y guardó las herramientas en su interior.

—¿Qué más crees que necesitaremos...? Ah, el gato hidráulico. ¿Dónde lo habré puesto?

—No usas la lógica —protestó Iko—. Podrías hacer un trueque por un vestido o intentar que te dejaran uno en depósito. Me muero por entrar en esa tienda de vestidos antiguos de Sakura. ¿Sabes cuál?



Cinder revolvió entre el batiburrillo de herramientas que había ido coleccionando debajo de la mesa de trabajo.

—Da igual. No voy a ir.

—No da igual. Es el baile. ¡Y el príncipe!

—Iko, solo voy a arreglarle una androide. No somos amigos ni nada por el estilo. —Al mencionar a la robot del príncipe, se le encendió una bombillita y segundos después sacaba el gato hidráulico de detrás de las orugas de tracción de la androide—. Y sí que da igual porque Adri no me dejará ir.

—Ha dicho que si arreglabas el levitador...

—Vale, y después de que arregle el levitador, ¿qué? ¿Qué me dices de ese portavisor de Peony que se escacharra cada dos por tres? ¿Y de...? —buscó a su alrededor y vio un androide oxidado y empotrado en un rincón—. ¿Y de ese viejo Jard7.3?

—¿Para qué va a querer Adri ese chisme? Ya no tiene jardín. Ni siquiera tiene terraza.

—Lo que intento hacerte entender es que no piensa dejarme ir. Mientras Adri encuentre algo que haya que reparar, mis «obligaciones» no acabarán nunca.

Cinder metió un par de borriquetas en la bolsa, diciéndose que le daba igual. Completamente igual.

De todas formas, ¿qué hacía ella en un baile de etiqueta? Aunque encontrara unos guantes y unos zapatos elegantes que consiguieran disimular sus aberraciones metálicas, no tenía ni la más mínima idea de maquillaje y jamás conseguiría hacerse un solo rizo en aquel pelo castaño y sin gracia. Acabaría sentándose en un sitio apartado, lejos de la zona de baile, burlándose de las chicas que se desvivían por llamar la atención del príncipe Kai mientras fingía no tener celos. Lo de fingir era lo de menos.

Aunque le gustaría saber lo que servirían de cena.

Además, más o menos podría decirse que el príncipe la conocía. En el mercado se había mostrado amable con ella. Puede que la invitara a bailar. Por educación. Por caballerosidad, al verla allí sentada, sola y apartada.



La débil fantasía se desmoronó a su alrededor con la misma celeridad con que la había construido. Era imposible. No valía la pena dedicarle ni un solo pensamiento más.

Era una ciborg y nunca iría al baile.

—Creo que ya está todo —dijo, ocultando su desilusión mientras se ajustaba la bolsa sobre la espalda—. ¿Estás lista?

—No proceso —dijo Iko—. Si arreglar el levitador no va a convencer a Adri para que te deje ir al baile, entonces ¿para qué vamos al depósito de chatarra? Si tanto quiere una magnetocorrea, ¿por qué no va ella a escarbar entre la basura?

—Porque, con baile o sin él, estoy convencida de que te vendería por calderilla a la mínima de cambio. Además, cuando se vayan al baile, tendremos el piso para nosotras solas. ¿Qué te parece?

—¡Me parece fantástico!

Cinder se volvió y vio que Peony entraba en tromba por la puerta. Todavía llevaba el vestido plateado, aunque el dobladillo del escote y el de las mangas ya estaban acabados. Habían añadido una pequeña puntilla al escote, lo que resaltaba el hecho de que Peony, con catorce años, apuntaba unas curvas que Cinder no tendría jamás. Si el cuerpo de la joven ciborg había estado alguna vez predispuesto para la feminidad, la intervención de los cirujanos había impedido su desarrollo y la había dejado con una figura completamente recta. Demasiado angular. Demasiado andrógina. Demasiado torpe por culpa de la pesada pierna artificial.

—Voy a acabar estrangulando a mamá —dijo Peony—. Está volviéndome loca. «Pearl tiene que encontrar marido.» «Mis hijas me están sangrando.» «Nadie valora lo que hago por los demás.» Bla, bla, bla.

Movió los dedos en el aire, burlándose de su madre.

—¿Qué haces aquí abajo?

—Me escondo. Ah, y también venía a preguntar si puedes echarle un vistazo a mi portavisor.





Le enseñó la pantalla portátil que llevaba escondida a la espalda y se la tendió.

Cinder la cogió, aunque sin apartar los ojos del dobladillo de la falda de Peony, viendo cómo la deslumbrante tela iba recogiendo bolas de polvo a su paso.

—Vas a estropear el vestido y entonces sí que tendrás que esconderte de Adri.

Peony le sacó la lengua, pero se recogió los bajos de la falda con ambas manos y se los subió hasta las rodillas.

—Bueno, ¿qué tal? —dijo, dando saltitos con los pies descalzos.

—Estás deslumbrante.

Peony intentó arreglarse la falda, pero lo único que consiguió fue arrugarla aún más. De pronto, pareció perder el entusiasmo.

—Tendría que haberte hecho uno a ti también, no es justo.

—La verdad es que no me apetece ir.

Cinder se encogió de hombros. La voz de Peony revelaba tanta lástima que decidió no replicar. Por lo general, era capaz de ocultar los celos que sentía de sus hermanastras —de sus manos suaves, del amor que Adri les profesaba—, sobre todo teniendo en cuenta que Peony era la única amiga humana que tenía. Sin embargo, no conseguía apagar el pequeño resquemor que sentía al ver a Peony con aquel vestido.

Decidió cambiar de tema.

—¿Qué le pasa a tu visor?

—Vuelve a hacer cosas raras.

Peony apartó varias herramientas dejadas encima de una pila de cubos de pintura vacíos y escogió el lugar más limpio para sentarse. La falda cayó a su alrededor en una cascada vaporosa. La joven empezó a balancear los pies, y los talones repicaban contra el plástico.

—¿Has vuelto a bajarte otra vez esas estúpidas aplicaciones de famosos?



—No.

Cinder enarcó una ceja.

—Solo una aplicación de lengua, nada más, y porque la necesitaba para clase. Ah, antes de que se me olvide... Iko, te he traído una cosa.

Iko se acercó a Peony mientras esta se sacaba una cinta de terciopelo del corpiño, un ribete que le había sobrado a la costurera. La luz del cubículo se intensificó cuando Iko la vio.

—Gracias —dijo la androide al tiempo que Peony le ataba la cinta alrededor de la delgada articulación de la muñeca—. Es preciosa.

Cinder dejó el portavisor en la mesa de trabajo, junto a la androide del príncipe Kai.

—Mañana le echaré un vistazo. Vamos a buscar una magnetocorrea para la reina madre.

—Ah, ¿sí? ¿Adónde vais?

—Al almacén de chatarra.

—Va a ser muy divertido —dijo Iko, escaneando una y otra vez con su sensor la pulsera improvisada.

—¿De verdad? —dijo Peony—. ¿Puedo ir?

Cinder se echó a reír.

—Está bromeando. Iko está probando su sarcasmo.

—Da igual. Cualquier cosa es mejor que volver a ese apartamento, donde no se puede ni respirar.

Peony se abanicó y se apoyó distraídamente contra unas estanterías metálicas.

Cinder se adelantó y tiró de Peony.

—Cuidado, vas a mancharte el vestido.

La joven se miró la falda, luego las estanterías llenas de mugre y desdeñó con un gesto los temores de Cinder.

—Lo digo en serio, ¿puedo? Tiene pinta de que será emocionante.



—Lo que será es sucio y apestoso —dijo Iko.

— ¿Cómo lo sabes? —dijo Cinder—, no tienes receptores olfativos.

—Pero sí mucha imaginación.

Sonriéndose, Cinder le dio un suave empujón a su hermanastra para encaminarla hacia la puerta.

—Muy bien, ve a cambiarte, pero date prisa. Tengo que contarte algo.



CAPÍTULO 4

Peony golpeó a Cinder en el hombro, a punto de estamparla contra una montaña de orugas de androides muy gastadas.

—¿Cómo has tardado tanto en contármelo? Claro, al fin y al cabo, ¿qué? ¿Cuánto hace que estás en casa? ¡¿Cuatro horas?!—

—Lo sé, lo sé, lo siento —dijo Cinder, frotándose el hombro—. No encontraba el momento y no quería que Adri lo supiera. No quiero que se aproveche.

—¿A quién le importa lo que piense mamá? La que quiere aprovecharse de ello soy yo. Por todas las estrellas del firmamento, el príncipe. En tu tienda. ¿Cómo es posible que yo no estuviera allí? ¿Por qué no estaba allí?

—Porque estabas ocupada probándote sedas y brocados.

—Puf. —Peony apartó un faro de su camino de una patada—. Tendrías que haberme enviado una com. Me habría plantado allí en dos segundos, aunque hubiera tenido que dejar el vestido de fiesta a la mitad. Aaah, te odio. No sabes cómo. ¿Vas a volver a verlo? Es decir, tienes que volver a verlo, ¿no? Puede que dejara de odiarte si me prometieras que me llevarás contigo. ¿Vale? ¿Trato hecho?

—¡He encontrado uno! —dijo Iko, a diez metros por delante.

Dirigía el reflector hacia lo que quedaba de un levitador oxidado, relegando a las sombras las montañas de chatarra que tenía detrás.

—Bueno, ¿y cómo es? —preguntó Peony, apresurándose al ver que Cinder apretaba el paso para llegar junto a aquel vehículo incapaz de volver a alzar el vuelo, como si estar al lado de su hermanastra fuera equiparable a estar cerca de Su Alteza Imperial en persona.



—Yo qué sé —contestó Cinder, mientras abría el capó del vehículo y lo apoyaba en la varilla de sujeción—. Oh, perfecto, no se la han llevado.

Iko se apartó de en medio rápidamente.

—Fue muy educado al no comentar la gigantesca mancha de grasa que llevaba en la frente.

Peony ahogó un grito.

—¡Dime que no es cierto!

—¿Qué pasa? Soy mecánica y me ensucio. Si quería verme emperifollada, que me hubiera enviado una com antes. Iko, no me vendría mal un poco de luz por aquí.

Iko inclinó la cabeza hacia delante e iluminó el compartimento del motor. Peony chascó la lengua al otro lado de Cinder.

—Igual pensó que se trataba de un lunar.

—Eso me deja mucho más tranquila.

Cinder sacó unos alicates del bolso. El firmamento estaba despejado y, aunque las luces de la ciudad impedían ver las estrellas, la afilada luna creciente acechaba en el horizonte como un ojo adormilado escrutándolas a través de una bruma somnolienta.

—¿Es tan guapo en persona como en las telerredes?

—Sí —contestó Iko—. Yo diría que incluso más guapo. Y muy alto.

—A ti todo el mundo te parece alto. —Peony se apoyó en el parachoques delantero, con los brazos cruzados—. Además, me gustaría oír la opinión de Cinder.

Cinder dejó de trastear en el motor con los alicates cuando el recuerdo de la sonrisa relajada del heredero acudió a su memoria. Aunque hacía tiempo que el príncipe Kai era uno de los temas preferidos de Peony —seguramente su hermanastra era miembro de todos los clubes de fans de la red—, Cinder jamás hubiera imaginado que compartiría con ella la admiración que le profesaba. De hecho, siempre había pensado que aquella pasión de Peony por



los famosos era un poco ridícula, más propia de una preadolescente. El príncipe Kai esto, el príncipe Kai lo otro... Una fantasía imposible.

Sin embargo, ahora...

La expresión de Cinder debió de traicionarla, porque Peony se puso a chillar de pronto y se abalanzó sobre ella para estrecharla por la cintura sin dejar de dar saltitos.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que a ti también te gustaba! ¡No puedo creer que lo hayas conocido en persona! No es justo. ¿Ya te he dicho lo mucho que te odio?

—Sí, sí, ya lo sé —dijo Cinder, desembarazándose de su hermanastra—. Ahora, si no te importa, ve a desmayarte a otra parte. Estoy intentando trabajar.

Peony le hizo una mueca burlona y se alejó dando saltitos y vueltas entre las montañas de chatarra.

—¿Qué más? Cuéntamelo todo. ¿Qué te dijo? ¿Qué hizo?

—Nada —contestó Cinder—, solo me pidió que le arreglara su androide. —Apartó las telarañas de lo que en su día había sido el generador solar del levitador, reducido ahora a una carcasa de plástico, y levantó una nube de polvo que le fue directa a la cara. Cinder volvió el rostro, tosiendo—. ¿Trinquete?

Iko despegó el trinquete de su torso y se lo tendió.

—¿Qué tipo de androide era? —preguntó Peony.

Con un gruñido, Cinder arrancó el generador del compartimento haciendo palanca y lo dejó en el suelo, al lado del levitador.

—Uno viejo.

—Una Tutor8.6 —especificó Iko—. Más antigua que yo. Y dijo que volvería a pasarse por el mercado la semana que viene para recogerla.

Peony apartó de una patada una lata de aceite oxidada antes de inclinarse sobre el motor.





—En las noticias dijeron que cerrarán el mercado toda la semana por lo del brote.

—Vaya, no lo sabía. —Cinder se limpió las manos en los pantalones, examinando con atención el compartimento inferior del motor—. Supongo que entonces tendremos que llevársela al palacio.

—¡Sí! —Peony se puso a bailar—. Iremos juntas y me presentarás y... y... y...

—¡Ajá! —Cinder sonrió de oreja a oreja—. La magnetocorrea.

Peony se sujetó el rostro entre las manos y alzó la voz.

—¡Y entonces me reconocerá en el baile y bailaré con él y Pearl se pondrá furiosa!

Se echó a reír, como si contrariar a su hermana mayor fuera lo mejor que podía pasarle en la vida.

—Eso si la androide está reparada antes del baile.

Cinder escogió una llave inglesa del cinturón de herramientas que ceñía sus caderas.

No quería desilusionar a Peony explicándole que, con toda probabilidad, el príncipe Kai no era el encargado de recibir las entregas de palacio.

Peony agitó la mano en el aire.

—Bueno, cuando sea.

—Yo quiero ir al baile —dijo Iko, alzando la vista hacia el firmamento—. Los androides no pueden ir solo por prejuicios.

—Pues demanda al gobierno. Estoy segura de que Peony estará encantada de presentar tu caso directamente ante al príncipe. —Cinder asió con fuerza la cabeza esférica de Iko y le obligó a girarla para que volviera a enfocar el compartimento del motor—. Ahora estate quieta. Este lado ya lo tengo casi suelto. —Cinder pegó la llave inglesa en el torso de Iko, arrancó una de las abrazaderas de la magnetocorrea y la tiró al suelo con gran estrépito—. Este lado ya está, ahora solo falta el otro.





Cinder rodeó el levitador, limpiando el camino de obstáculos para que las orugas de tracción de Iko no tropezaran con nada.

Peony las siguió, se encaramó a lo alto del maletero del vehículo y recogió las piernas.

—¿Sabes?, por ahí se dice que elegirá esposa en el baile.

—¡Una novia! —exclamó Iko—. Qué romántico.

Cinder se agachó por su lado del parachoques trasero del levitador y sacó una pequeña linterna del cinturón de herramientas.

—¿Me vuelves a pasar esa llave inglesa?

—¿Has oído? Una novia, Cinder. Vamos, una princesa.

—Vamos, que no va a ocurrir. ¿Qué tiene? ¿Diecinueve años?

Sujetó la linterna entre los dientes y cogió la llave inglesa que le tendía Iko. Los tornillos de detrás no estaban tan oxidados gracias a la protección que les brindaba el maletero, y solo necesitó darles unos pequeños y rápidos giros para desenroscarlos.

—Casi diecinueve —contestó Peony—. Y es verdad. Lo dicen todos los enlaces de cotilleo. —Cinder gruñó—. Yo me casaría con el príncipe Kai con los ojos cerrados.

—Yo también —la secundó Iko.

Cinder escupió la linterna y se arrastró para alcanzar la esquina que le faltaba.

—Tú y todas las chicas de la Comunidad.

—Como si tú no —dijo Peony.

Cinder no contestó, concentrada en aflojar el último tornillo que sujetaba la magnetocorrea, hasta que este por fin se soltó y produjo un sonido metálico al caer al suelo.

—Ya está. —Salió de debajo del coche y guardó la llave inglesa y la linterna en el compartimento de la pantorrilla antes de levantarse—. Ya que estamos aquí, ¿por qué no vamos a echar un vistazo por ahí a ver si encontramos algún otro levitador que valga la pena desmontar?





Sacó la magnetocorrea de debajo del levitador y la dobló por las bisagras hasta conseguir una vara metálica menos incómoda de llevar.

—He visto algo por allí. —El haz del luz de Iko produjo un silbido al dirigirlo hacia las montañas de chatarra—. Aunque no estoy segura de qué modelo se trata.

—Genial. Tú guías.

Cinder la empujó suavemente con la correa y la androide empezó a moverse lentamente, musitando algo acerca de tener que revolver entre la basura de los vertederos mientras Adri estaba en casa la mar de a gusto.

—Además —insistió Peony, que se bajó de un salto del maletero —, el rumor de que elegirá esposa en el baile es mucho mejor que los otros rumores que corren por ahí.

—Déjame adivinar: ¿que el príncipe Kai es en realidad un marciano? No, espera, espera, que tiene un hijo ilegítimo con una escolta, ¿a que sí?

—¿Los escoltandroides pueden tener hijos?

—No.

Peony la miró enfurruñada mientras se apartaba un mechón de la frente de un bufido.

—Pues es mucho peor, dicen que se ha hablado de que va a casarse con... —bajó la voz hasta que apenas fue un susurro— la reina Levana.

—La reina... —Cinder se tapó la boca con una mano enguantada y se quedó helada, mirando a su alrededor por si pudiera haber alguien acechando entre las pilas de chatarra, escuchándolas. Retiró la mano, pero también habló en susurros—. De verdad, Peony, esos sitios sensacionalistas que visitas van a acabar pudriéndote el cerebro.

—Yo tampoco quiero creerlo, pero es lo que se dice. Por eso la arpía de la embajadora de la reina lleva tanto tiempo de visita en el palacio, para sellar la alianza. Es todo política.

—Pues yo dudo que sea cierto. El príncipe Kai nunca se casaría con ella —opinó Cinder.





— Eso no lo sabes.

Sí, sí lo sabía. Tal vez no fuera una experta en política intergaláctica, pero sabía que el príncipe Kai cometería una gran equivocación casándose con la reina Levana.

La sempiterna luna atrajo su mirada y un repentino estremecimiento le recorrió el cuerpo y le puso la carne de gallina. Tenía una relación extraña y obsesiva con aquel astro que rozaba la paranoia, era como si creyera que la gente que vivía allí arriba pudiera verla y que, si se quedaba mirándola demasiado rato, acabaría por llamar su atención. Bobadas supersticiosas, aunque todo lo relacionado con los habitantes de Luna estaba envuelto en un manto de misterio y superstición.

Los lunares conformaban una sociedad que hacía siglos había evolucionado a partir de una colonia de origen terrestre, aunque habían dejado de ser humanos tiempo atrás. Se decía que los lunares tenían la capacidad de manipular la mente de las personas y de obligarles a ver, sentir y hacer cosas que no deberían o no querían ni ver ni sentir ni hacer. Aquel poder antinatural los había convertido en un pueblo codicioso y violento, y la reina Levana era la peor de todos.

Se decía que sabía cuándo hablaba la gente de ella, incluso a kilómetros de distancia. Incluso en la Tierra.

Se decía que había matado a su hermana mayor, la reina Channary, para hacerse con el trono. Se decía que también había hecho asesinar a su propio marido para poder contraer nupcias con un partido más provechoso. Se decía que había obligado a su hijastra a desfigurarse el rostro porque, a la tierna edad de trece años, la envidiosa reina temía que la eclipsara la incipiente belleza de la joven.

Se decía que había asesinado a su sobrina, la única amenaza que quedaba en su camino hacia el trono. La princesa Selene solo tenía tres años cuando se declaró un incendio en su habitación, en el que murieron ella y su niñera.

Algunos teóricos de la conspiración creían que la princesa había sobrevivido y que seguía viva en algún lugar, a la espera del momento propicio





para reclamar la corona y acabar con el gobierno del terror que había implantado Levana, pero Cinder sabía que era la desesperación la que avivaba los rumores. Al fin y al cabo, habían encontrado restos de tejido perteneciente a la niña entre las cenizas.

—Aquí.

Iko levantó la mano y golpeó un bloque de metal que sobresalía de una gigantesca montaña de basura. El sonido sobresaltó a Cinder, quien alejó aquellos pensamientos de su mente. El príncipe Kai jamás se casaría con aquella bruja. Nunca se casaría con una lunar.

Cinder retiró varias latas de aerosol oxidadas y un somier viejo antes de distinguir con claridad el morro del levitador.

—Buen ojo.

Entre las tres apartaron una buena cantidad de chatarra de en medio, hasta que la parte delantera del vehículo quedó a la vista.

—Nunca había visto este modelo —dijo Cinder, pasando una mano sobre la insignia cromada y picada.

—Mira que es feo —dijo Peony, con tono desdeñoso—. Qué color más espantoso.

—Debe de ser muy antiguo. —Cinder encontró el seguro y retrocedió unos centímetros al abrirlo y toparse con el galimatías de metal y plástico que le esperaba en el interior, sorprendida e incrédula—. Muy, muy antiguo. —Le echó un vistazo a la parte delantera del motor, pero el tren de aterrizaje ocultaba completamente la magnetocorrea—. Vaya. Dirige la luz hacia aquí, por favor.

Cinder se sentó en el suelo y se apretó la coleta antes de meterse como pudo debajo del levitador, apartando a empujones el revoltijo de piezas viejas que habían ido oxidándose entre la maleza que crecía bajo el vehículo.

—Válganme las estrellas —murmuró, cuando consiguió echarles un vistazo a las entrañas. La luz de Iko se filtraba desde lo alto a través de los cables, tubos, colectores de escape, tuercas y tornillos—. Esto es una reliquia.

—Está en un vertedero —dijo Peony.





—Lo digo en serio. Nunca había visto nada igual.

Cinder pasó una mano a lo largo de un tubo de goma. La luz iba y venía de un lado a otro mientras el sensor de Iko escaneaba el motor desde lo alto.

—¿Alguna pieza útil? —preguntó la androide.

—Buena pregunta. —La visión de Cinder se tiñó de azul al conectarse a la red—. ¿Te importaría cantarme el número de bastidor del parabrisas?

Lo buscó en la red después de que Peony se lo leyera en voz alta y se descargó los planos del levitador en cuestión de minutos. Ayudándose de estos, creó una imagen superpuesta al motor que tenía encima.

—Parece que está prácticamente intacto —murmuró, pasando las yemas de los dedos a lo largo de un entramado de cables. Ladeó la cabeza para seguir con la mirada el camino que describían a través de manguitos, poleas y ejes, tratando de comprender cómo encajaban unos con otros. Cómo funcionaba—. Esto es fascinante.

—Me aburro —dijo Peony.

Cinder lanzó un suspiro y buscó la magnetocorrea en los planos; sin embargo, un mensaje de error de color verde parpadeó en su visión. Primero probó con «magnética» y luego solo con «correa», hasta que al final obtuvo un resultado. En el plano se iluminó una banda de goma que envolvía una serie de engranajes, protegida por una cubierta metálica, algo llamado «correa de distribución». Con el ceño fruncido, Cinder alargó la mano y buscó a tientas los tornillos y las arandelas que unían la cubierta al cuerpo del motor.

Pensó en el tiempo que hacía que no se utilizaban las correas de transmisión, más o menos desde que el motor de combustión interna había quedado obsoleto.

Conteniendo la respiración, estiró el cuello. Oculto entre las sombras que habitaban los bajos del vehículo, distinguió algo redondo a un lado, conectado con los ejes que tenía encima de la cabeza. Una rueda.

—No es un levitador. Es un coche. Un coche de gasolina.





—¿En serio? —dijo Peony—. Pensaba que los coches de verdad eran..., no sé, elegantes.

Cinder bufó, indignada.

—Tiene personalidad —contestó, palpando la banda de rodadura de la rueda.

—Entonces, ¿eso quiere decir que no podemos aprovechar las piezas? —preguntó Iko un segundo después.

Ignorándola por completo, Cinder repasó con atención los planos que tenía delante. Cáster, inyectores, tubos de escape.

—Es de la Segunda Era.

—¿Fascinante? Pues no mucho —dijo Peony.

De pronto, la joven lanzó un chillido y se tiró hacia atrás para apartarse del coche.

Cinder fue a incorporarse y se golpeó la cabeza contra la suspensión delantera.

—Peony, ¿qué ocurre?

—¡Acaba de salir una rata por la ventana! Una rata gorda y peluda. Pero qué asco.

Con un gruñido, Cinder volvió a meter la cabeza bajo el vehículo, frotándose la frente. Ya llevaba dos golpes en la cabeza en un solo día. A ese paso, pronto necesitaría un panel de control nuevo.

—Habría hecho nido en la tapicería. Seguramente la hemos asustado.

—¡¿Que nosotras la hemos asustado?! —protestó Peony con voz temblorosa—. ¿Podemos irnos ya, por favor?

Cinder suspiró.

—Vale. —Guardó la imagen de los planos, salió arrastrándose de debajo del vehículo y aceptó los prensos que Iko le tendía para levantarse—. Creía que los coches de gasolina que habían sobrevivido estaban en los museos —comentó, quitándose las telarañas del pelo.



—No sé si yo lo llamaría superviviente —dijo Iko mientras su sensor se apagaba con cierta aprensión—. A mí me parece más una calabaza podrida.

Cinder cerró el capó de golpe y levantó una gran nube de polvo que acabó enterrando a la androide.

—¿Dónde ha quedado esa gran imaginación tuya? Con unos cuantos arreglos y una buena limpieza, podría recuperar su antiguo esplendor.

Acarició el capó. El coche, de formas redondeadas, era de un color amarillo anaranjado muy desvaído bajo la luz de Iko —un tono que en aquellos momentos nadie escogería—, aunque junto al aire antiguo del vehículo, le daba un toque encantador. El óxido se arrastraba fuera de las cuencas de los faros rotos y se arqueaba a lo largo de los guardabarros abollados. Le faltaba una de las ventanillas traseras, pero conservaba los asientos, aunque estaban cubiertos de moho, tenían alguna rasgadura y era muy probable que también estuvieran infestados de algo más que roedores. El paso de los años no parecía haber causado demasiados estragos en el volante y el salpicadero.

—Tal vez podríamos huir en él.

Peony echó un vistazo a la ventanilla del copiloto.

—¿Huir de qué?

—De Adri. De Nueva Pekín. Incluso de la Comunidad.
¡Podríamos ir a Europa!

Cinder rodeó el vehículo hasta el lado del conductor y limpió la ventanilla con el guante. Tres pedales la saludaron desde el suelo. A pesar de que todos los levitadores estaban controlados por ordenador, conocía lo suficiente de tecnología antigua para saber qué era un embrague. Incluso tenía una vaga noción de cómo funcionaba.

—En este cacharro no lograríamos ni salir de la ciudad —dijo Peony.

Cinder retrocedió un paso y se sacudió el polvo de las manos. Seguramente tenían razón. Tal vez no fuera el coche de sus sueños y puede que





tampoco la clave de su salvación, pero un día, no sabía cómo, se iría de Nueva Pekín y encontraría un lugar donde nadie supiera quién o qué era.

—Además, ¿de dónde vamos a sacar el dinero para la gasolina? — insistió Iko—. Ni vendiendo tu pie nuevo tendríamos suficiente combustible para salir de aquí. Eso sin contar las multas por contaminación. Y sin contar con que no pienso meterme en esa cosa. Seguro que las ratas llevan décadas haciendo sus cositas debajo de esos asientos.

Peony se encogió de asco.

—Puaj.

Cinder se echó a reír.

—Está bien, ya lo he captado. No voy a haceros empujarlo hasta casa.

—Uf, menos mal, empezaba a preocuparme —dijo Peony con sorna, mientras se retiraba hacia atrás el pelo que le caía sobre el hombro y sonreía, dejando claro que en ningún momento se había planteado seriamente la posibilidad de tener que empujar.

Algo llamó la atención de Cinder, un puntito negro bajo la clavícula de Peony, justo por encima del cuello de la camiseta.

—No te muevas —dijo, alargando la mano.

Peony hizo justo lo contrario: presa del pánico, empezó a darse palmotadas en el pecho.

—¿Qué es? ¿Qué es? ¿Un bicho? ¿Una araña?

—¡He dicho que te estés quieta!

Cinder asió a Peony por la muñeca, frotó el puntito y se quedó helada.

Le soltó el brazo y retrocedió, tambaleante.

—¿Qué? ¿Qué es?

Peony tiró de la camiseta intentando descubrir qué ocurría y, en ese momento, descubrió otro puntito en la palma de la mano.





Miró a Cinder, empalideciendo de pronto.

— ¿Un... sarpullido? —dijo—. ¿Por culpa del coche?

Cinder tragó saliva y se acercó a ella con pasos vacilantes, conteniendo la respiración. Volvió a alargar la mano hacia la clavícula de Peony y tiró de la tela hacia abajo para ver mejor el puntito a la luz de la luna. Una mancha roja, ribeteada de morado.

Le temblaron los dedos. Soltó la camiseta y sus miradas se encontraron.

Peony empezó a gritar.



CAPÍTULO 5

Los chillidos de Peony inundaron el vertedero y se filtraron entre las grietas de la maquinaria desvencijada y los ordenadores anticuados. La interfaz auditiva de Cinder no consiguió protegerla del eco estridente, ni siquiera cuando la voz de Peony se quebró y se abandonó al histerismo.

Cinder seguía temblando, incapaz de moverse. Deseaba consolar a Peony. Deseaba salir huyendo.

¿Cómo era posible?

Peony era una chica joven, sana. No podía estar enferma.

Peony lloraba, frotándose la piel, intentando borrar las manchas.

La conexión de red de Cinder se activó automáticamente, como solía ocurrir cuando se quedaba bloqueada. Buscando, enlazando, proporcionándole información que no deseaba recibir.

Letumosis. La fiebre azul. Pandémica en todo el mundo. Cientos de miles de muertos. Causa desconocida, cura desconocida.

—Peony...

Dio un paso al frente, vacilante, pero Peony retrocedió, pasándose las manos por la nariz y las mejillas húmedas.

—¡No te acerques a mí! Te infectarás. Todos os infectaréis.

Cinder apartó la mano. Oyó a Iko a su lado, el zumbido del ventilador. Vio la luz azul recorriendo el cuerpo de Peony, el vertedero, parpadeando. Estaba asustada.

—¡He dicho que no os acerquéis!

Peony cayó de rodillas y se dobló sobre sí misma.



Cinder retrocedió dos pasos y se detuvo, indecisa, viendo cómo Peony se mecía adelante y atrás bajo el foco de Iko.

—Tengo... que llamar a un levitador de emergencias para...

«Para que venga y se te lleve.»

Peony no contestó. Su cuerpo se sacudía con fuerza. Cinder incluso alcanzaba a oír el castañeteo de los dientes entre un gemido y otro.

Se estremeció. Se frotó los brazos en busca de manchas. No vio ninguna, pero miró el guante derecho con recelo, resistiéndose a comprobar lo que había debajo.

Retrocedió un paso más. Las sombras del depósito de chatarra amenazaban con engullirla. La peste. Estaba allí. En el aire. En la basura. ¿Cuánto tardaban en aparecer los primeros síntomas de la enfermedad?

O...

Pensó en Chang Sacha, en el mercado. La muchedumbre aterrorizada alejándose de la panadería lo más deprisa posible. El aullido ensordecedor de las sirenas.

Se le hizo un nudo en el estómago.

¿Tendría ella la culpa? ¿Habría llevado a casa el brote de peste que se había declarado en el mercado?

Volvió a mirarse los brazos, intentando aplastar los bichitos invisibles que le recorrían la piel. Siguió retrocediendo, a trompicones. Los sollozos de Peony inundaban su cabeza, la ahogaban.

Una alerta roja se iluminó en el visor retinal para informarle de que se estaban detectando niveles altos de adrenalina. La desactivó con un parpadeo. A continuación, enlazó con su conexión com mientras se le retorcían las tripas y envió un escueto mensaje antes de que le diera tiempo a pensárselo dos veces.

EMERGENCIA, DEPÓSITO DE CHATARRA DE TAIHANG.
LETUMOSIS.



Apretó las mandíbulas, con los ojos dolorosamente secos. El palpitante dolor de cabeza que la torturaba le recordó que debería estar llorando, que sus sollozos tendrían que corresponderse con los de su hermana.

—¿Por qué? —gimoteó Peony, con voz temblorosa—. ¿Qué he hecho?

—Tú no has hecho nada —contestó Cinder—. No es culpa tuya.

«Aunque tal vez sí sea mía.»

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Iko, con un hilo de voz.

—No lo sé —contestó Cinder—. Hay un levitador de camino.

Peony se limpió la nariz en la manga. Tenía los ojos enrojecidos.

—Te... Tenéis que ir. Os infectaréis.

Medio mareada, Cinder comprendió que había estado intentando contener la respiración. Retrocedió un paso más antes de llenar los pulmones.

—Puede que ya lo tenga. Tal vez lo has cogido por mi culpa. El brote del mercado... Yo... Yo creía que estaba suficientemente lejos, pero... Peony, lo siento mucho.

Peony cerró los ojos con fuerza y volvió a enterrar el rostro en el pecho. Su melena castaña era una maraña de enredos colgando sobre los hombros que creaba un descarnado contraste sobre su pálida piel. Un hipido, otro sollozo.

—No quiero ir.

—Lo sé.

No se le ocurría qué otra cosa podía decirle. ¿Que no tuviera miedo? ¿Que todo saldría bien? No podía mentirle y, en cualquier caso, tampoco la hubiera creído.

—Ojalá hubiera algo... —Se interrumpió. Oyó las sirenas mucho antes que Peony—. Lo siento mucho.



Peony volvió a limpiarse la nariz en la manga, donde dejó un rastro de mocos, y continuó llorando hasta que el aullido de las sirenas alcanzó sus oídos, momento en que levantó la cabeza con brusquedad. Se quedó mirando a lo lejos, hacia la entrada del vertedero, más allá de las montañas de chatarra. Los ojos abiertos de par en par. Los labios temblorosos. El rostro congestionado.

A Cinder se le encogió el corazón.

No pudo evitarlo. Si tenía que contagiarse, ya lo había hecho.

Cayó de rodillas y estrechó a Peony entre sus brazos. El cinturón de herramientas se le clavaba en la cadera, pero olvidó el dolor. Peony se aferraba a su camiseta con sollozos renovados.

—No sabes cuánto lo siento.

—¿Qué les dirás a mamá y a Pearl?

Cinder se mordió los labios.

—No lo sé. —Lo pensó unos instantes—. La verdad, supongo.

Notó el sabor de la bilis en la boca. Tal vez aquello fuera una señal. Quizá el estómago revuelto fuera un síntoma. Se miró el brazo, con que estrechaba fuertemente a Peony. No había señales de manchas.

Su hermana la apartó de un empujón y retrocedió velozmente, arrastrándose por la tierra.

—No te acerques. Puede que todavía no estés enferma, pero aun así te llevarán con ellos. Tienes que irte.

Cinder vaciló. Oyó el crujido de las orugas de tracción sobre los restos de aluminio y plástico desperdigados por todas partes. No quería dejar a Peony, pero ¿y si tenía razón y todavía no se había contagiado?

Descansó el peso en los talones y se puso en pie. Unos haces de luz amarilla se aproximaban entre las sombras.

La mano derecha le sudaba dentro del guante, y de nuevo evitaba inspirar hondo.

—Peony...





—¡Vete! ¡Vete ya!

Cinder retrocedió un paso. Otro más. Sin ser demasiado consciente de ello, se detuvo para recoger la magnetocorrea que había plegado y se dirigió hacia la salida, con la pierna humana tan insensible como la biónica, perseguida por los sollozos de Peony.

Al doblar un recodo se topó con tres androides blancos. Tenían sensores amarillos y cruces rojas pintadas en la cabeza, y dos de ellos llevaban en vilo una camilla de ruedas.

—¿Es usted la enferma de letumosis? —preguntó uno de ellos con voz neutra, enseñándole un escáner de identidad.

Cinder escondió la muñeca.

—No, es mi hermana, Linh Peony. Está... está en esa dirección, a la izquierda.

Los med-droides de la camilla la sortearon y siguieron las indicaciones.

—¿Ha estado en contacto directo con la enferma en las últimas doce horas? —preguntó el primer androide.

Cinder abrió la boca, vacilante. La culpabilidad y el miedo le atenazaban el estómago.

Podía mentir. No había ninguna señal de que ella también la tuviera, pero si se la llevaban a las cuarentenas, tarde o temprano acabaría contrayendo la enfermedad.

Aunque si volvía a casa, podía infectar a todo el mundo. A Adri. A Pearl. A esos niños que no paraban de chillar y reír correteando por los pasillos.

Apenas alcanzó a oír su propia voz.

—Sí.

—¿Muestra algún síntoma?

—No... No. No lo sé. Estoy un poco mareada, pero no... —se interrumpió.



El med-droide se acercó a ella. Las orugas chirriaron sobre el suelo mugriento. Cinder retrocedió tambaleante, alejándose del androide, pero este, en lugar de protestar, se limitó a avanzar hasta que las pantorrillas de Cinder toparon contra una caja medio podrida. El robot alzó el escáner de identidad que llevaba en la mano de dedos articulados y, de pronto, apareció un tercer brazo del interior del torso, aunque este, en vez de prensores, tenía adaptada una jeringuilla.

Cinder se estremeció, pero no se resistió cuando el androide le asió la muñeca derecha y le clavó la aguja. Aguantó sin rechistar, mirando cómo el líquido oscuro, casi negro bajo la luz amarillenta del androide, llenaba el tubo. No le daban miedo las agujas, pero la cabeza empezó a darle vueltas. El androide la retiró instantes antes de que Cinder se desplomara sobre el cajón.

— ¿Qué haces? —le preguntó en un susurro.

—Iniciar un análisis sanguíneo en busca de los agentes patógenos de la letumosis.

Cinder oyó el encendido de un motor en el interior del androide. Unos débiles pitidos anunciaban las diferentes fases del proceso. La intensidad de la luz del androide fue amortiguándose al desviar el flujo eléctrico.

Cinder contuvo la respiración hasta que el panel de control tomó las riendas y obligó a los pulmones a contraerse.

—Identificación —dijo el androide, alargando el escáner hacia ella.

Una luz roja le recorrió la muñeca y el escáner lanzó un pitido. El robot volvió a guardarlo en el torso hueco.

Cinder se preguntó cuánto tiempo tardaría en finalizar el análisis y concluir que era portadora de la enfermedad, en confirmar que ella tenía la culpa. De todo.

Oyó el rumor de unas orugas de tracción avanzando por el camino. Cinder se volvió y vio aparecer a los dos androides, con Peony sobre la camilla. La muchacha estaba incorporada, con las manos sobre las rodillas. Miraba a su alrededor con ojos hinchados, desesperada, como si buscara una salida. Como si estuviera atrapada en una pesadilla.



Sin embargo, no intentó escapar. Nadie se resistía cuando se lo llevaban a las cuarentenas.

Sus ojos se encontraron. Cinder abrió la boca, pero no dijo nada, intentando implorar su perdón con la mirada.

Los labios de Peony esbozaron una débil sonrisa. La joven levantó una mano y se despidió agitando ligeramente los dedos.

Cinder le devolvió el saludo, consciente de que tendría que haber sido ella.

Ya había burlado a la muerte una vez. Tendría que ser ella la de la camilla. Tendría que ser ella la apestada. Tendría que ser ella.

Unos segundos más y lo sería.

Intentó hablar, intentó decirle a Peony que le haría compañía, que no estaría sola, pero en ese momento el androide emitió un pitido.

—Análisis completado. No se han detectado agentes patógenos de la letumosis. Se recomienda al sujeto que se mantenga a quince metros del paciente infectado.

Cinder parpadeó. El pánico y el alivio le encogieron las entrañas.

No estaba enferma. No iba a morir.

No acompañaría a Peony.

—Le avisaremos vía com cuando Linh Peony entre en las subsiguientes fases de la enfermedad. Gracias por su cooperación.

Cinder se abrazó y vio que Peony se tumbaba mientras se la llevaban, ovillándose como una criatura sobre la camilla.



CAPÍTULO 6

Cinder se adentró furtivamente en la cálida noche, arrastrando tras de sí el rumor de sus pasos sobre el cemento, como si ambas piernas fueran de acero. La solitaria noche era un coro de sonidos apagados en su cerebro: el crujido arenoso de las orugas de Iko, el chisporroteo de las farolas sobre sus cabezas, el zumbido constante del superconductor magnético bajo las calles. La llave inglesa que guardaba en la pantorrilla producía un golpeteo metálico a cada paso. Sin embargo, el vídeo que se reproducía en su mente sin interrupción ahogaba todo lo demás.

Le ocurría de vez en cuando: su interfaz grababa momentos de gran intensidad emocional y después los reproducía sin descanso. Como un *déjà vu* o como cuando las últimas palabras de una conversación quedan suspendidas en el aire mucho después de que se haya instalado el silencio. Por lo general, conseguía detener el recuerdo antes de que la volviera loca, pero esa noche ya no le quedaban fuerzas.

La mancha negra en la piel de Peony. Su alarido. La jeringuilla del med-droide extrayéndole sangre, clavada en el pliegue del brazo. Peony, diminuta y temblorosa en la camilla. Muriéndose.

Se detuvo y se llevó las manos al estómago, tratando de detener la náusea. Iko se paró unos pasos por delante de ella y dirigió su luz hacia el rostro contraído de Cinder.

— ¿Te encuentras bien?

El haz barrió su cuerpo de arriba abajo a gran velocidad. Cinder estaba segura de que Iko buscaba manchas que parecieran cardenales a pesar de que el med-droide había dicho que no estaba infectada.



En vez de contestar, Cinder se quitó los guantes y los guardó en el bolsillo trasero. Cuando se le pasó el mareo, apoyó un hombro contra una farola e inspiró con fuerza el aire húmedo. Casi habían llegado a casa. El bloque de viviendas de la Torre Fénix se alzaba en la siguiente manzana. El débil brillo de la luna creciente únicamente bañaba el último piso, relegando el resto del edificio a las sombras. Salvo por un puñado de ventanas en las que se veía luz o el resplandor azulado de las telerredes parpadeantes, el resto permanecía a oscuras. Cinder contó los pisos hasta dar con las que correspondían a la cocina y el dormitorio de Adri.

Aunque tenues, todavía quedaban luces encendidas en alguna parte de la vivienda. Adri no era un ave nocturna, pero tal vez había descubierto que Peony todavía no había regresado a casa. O quizá Pearl estaba despierta haciendo algún trabajo para el colegio o intercambiando coms con sus amigos a altas horas de la noche.

Tal vez fuera mejor así. Le hubiera incomodado tener que despertarlas.

—¿Qué voy a decirles?

El sensor de Iko se detuvo en el bloque de pisos un instante, antes de volver a dirigirlo al suelo para detectar y esquivar los escombros esparcidos por la acera.

Cinder se secó la mano sudorosa en los pantalones y se obligó a seguir adelante. Por mucho que lo intentaba, no se le ocurrían las palabras adecuadas. Explicaciones, excusas. ¿Cómo le dices a una mujer que su hija se muere?

Pasó la muñeca por delante del escáner de identidad y esta vez entró por la puerta principal. La única decoración del vestíbulo gris consistía en una telerred que emitía información solo relevante para los vecinos: un aumento de las cuotas de mantenimiento, una petición de un escáner de identidad nuevo para la puerta principal, un gato perdido. Luego venía el ascensor, cuya vieja maquinaria producía un estruendoso traqueteo metálico. El pasillo estaba casi desierto, salvo por el inquilino del apartamento 1807, que estaba echándose un sueñecito delante de su puerta. Cinder tuvo que recogerle



el brazo extendido para que Iko no tropezara con él. La pesada respiración y el aroma dulzón del vino de arroz impregnaban el aire.

Vaciló ante la puerta del apartamento 1820, con el pulso acelerado. No conseguía recordar en qué momento el vídeo de Peony había dejado de repetirse en su cabeza, eclipsado por unos nervios a flor de piel.

¿Qué iba a decirles?

Cinder se mordió el labio y levantó la muñeca en dirección al escáner. La lucecita cambió a verde y la joven abrió la puerta intentando hacer el menor ruido posible.

El resplandor de la sala de estar se derramaba hacia el oscuro pasillo. Cinder atisbó la telerred, que todavía seguía retransmitiendo imágenes del mercado de aquella misma mañana. Las llamas consumían la panadería una y otra vez. Habían apagado el sonido.

Cinder entró en la habitación, pero se detuvo con brusquedad. Iko tropezó con su pierna.

Frente a ella, en medio de la sala, había tres androides con cruces rojas pintadas en sus cabezas esféricas. Med-droides de urgencias.

Detrás de ellos, Adri esperaba envuelta en su bata de seda junto a la repisa, aunque el fuego holográfico estaba apagado. Pearl todavía iba vestida de calle, sentada en el sofá con las piernas recogidas y la barbilla apoyada en las rodillas. Ambas se sujetaban unas toallas de mano sobre la nariz y miraban a Cinder con una mezcla de asco y miedo.

A Cinder se le formó un nudo en el estómago. Retrocedió medio paso hacia el pasillo, preguntándose cuál de ellas estaría enferma, aunque enseguida comprendió que no podía tratarse de ninguna de las dos. Los androides se las habrían llevado de inmediato, ellas no se protegerían con un paño de lo que pudiera pulular por el aire y todo el edificio habría quedado clausurado.

Se fijó en el pequeño vendaje que Adri llevaba en el pliegue del brazo. Acababan de hacerles el análisis.



Cinder se quitó el bolso en bandolera y lo dejó en el suelo, pero no soltó la magnetocorrea.

Adri se aclaró la garganta y bajó el trapo hasta el pecho. Parecía un cadáver bajo aquella luz, tan tenue que resaltaba su tez macilenta y su constitución huesuda. No iba maquillada, y bajo los ojos, inyectados en sangre, se le habían formado unas bolsas ojerosas. Había estado llorando, aunque en esos momentos sus labios dibujaban una delgada y severa línea.

—Hace una hora he recibido una com —dijo una vez que el silencio se hubo impuesto en la habitación—. Me informaba de que habían recogido a Peony en el depósito de chatarra de Taihang y que se la habían llevado... —Se le quebró la voz. Bajó la vista y, cuando volvió a alzarla, echaba fuego por los ojos—. Pero, claro, todo eso tú ya lo sabes, ¿verdad?

Cinder se removió incómoda, intentando no mirar a los med-droides.

Sin esperar a que Cinder respondiera, Adri se dirigió a Iko.

—Ya puedes empezar a deshacerte de las cosas de Peony. Cualquier cosa que haya llevado puesta esta última semana irá al recolector de basura, pero llévalo tú misma al callejón, no quiero que atasque los vertedores. Supongo que lo demás podrá venderse en el mercado.

Lo había dicho con voz cortante y segura, como si hubiera repasado mentalmente aquella lista una y otra vez desde que había recibido la noticia.

—Sí, Linh-jie —dijo Iko, al tiempo que retrocedía hacia el pasillo.

Cinder estaba paralizada, con las manos aferradas a la magnetocorrea, como si fuera un escudo. Aunque la androide no estaba programada para desobedecer las órdenes de Adri, por su lentitud era evidente que no deseaba dejar a Cinder sola tanto tiempo mientras los med-droides seguían observándolas con sus sensores amarillos.

—¿Por qué estaba esta noche mi hija pequeña en el depósito de chatarra de Taihang? —preguntó Adri, retorciendo la toalla.



Cinder estrechó la magnetocorrea contra ella, alineándola verticalmente con su cuerpo. Fabricada del mismo acero que su mano e igual de deslustrada, era como una extensión de ella misma.

—Me ha acompañado a buscar una magnetocorrea. —Le costaba respirar. Era como si tuviera la lengua hinchada y se le hubiera formado un nudo en la garganta—. Lo siento mucho. No sabía... He visto las manchas y he llamado a un levitador de emergencias. No sabía qué hacer.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Adri, apenas un instante, antes de enjugarlas con un par de parpadeos. Bajó la cabeza y se quedó mirando la toalla retorcida. Su cuerpo se arqueó hacia a la repisa.

—No sabía si volverías, Cinder. Esperaba recibir otra com en cualquier momento diciéndome que también se habían llevado a mi pupila. —Adri enderezó la espalda y alzó la mirada. El momento de debilidad había pasado y sus ojos oscuros se endurecieron—. Estos med-droides nos han hecho las pruebas a Pearl y a mí. Por ahora, ninguna de las dos ha contraído la peste.

Cinder empezó a asentir, aliviada, pero Adri no había terminado.

—Dime, Cinder. Si Pearl y yo no somos portadoras de la enfermedad, ¿dónde se infectó Peony?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Pero sí sabías lo del brote de peste de hoy en el mercado.

Cinder abrió la boca. Claro. Las toallas. Los med-droides. Creían que ella estaba infectada.

—No lo entiendo, Cinder. ¿Cómo has podido ser tan egoísta?

Irguió la cabeza con brusquedad. No.

—A mí también me han hecho los análisis, en el vertedero. No la tengo. No sé dónde se ha contagiado. —Extendió el brazo, para mostrarle el cardenal, cada vez más extendido—. Pueden volver a comprobarlo si quieren.

Uno de los med-droides dio señales de vida por primera vez y dirigió la luz hacia el pequeño punto rojo que había dejado la aguja. Sin embargo, no se movieron, y Adri tampoco los animó a que lo hicieran. La mujer



dirigió su atención hacia un pequeño portavisor enmarcado que había encima de la repisa y empezó a pasar las fotos de cuando Pearl y Peony eran niñas. Fotos de la antigua casa, de la que tenía jardín. Fotos de Adri, antes de haber perdido la sonrisa. Fotos de las niñas con su padre.

—Lo siento mucho —dijo Cinder—. Yo también la quería.

Los dedos de Adri se crisparon sobre el marco.

—No me insultes —dijo, acercándose al pecho—. ¿Qué sabréis los de tu especie sobre el amor? ¿Sentís algo o solo está... programado?

Hablaba para sí, pero sus palabras hirieron a Cinder. La joven se decidió a mirar a Pearl de reojo, quien seguía sentada en el sofá, con el rostro medio oculto detrás de las rodillas, aunque ya no se sujetaba la toalla contra la boca. Cuando vio que Cinder la miraba, apartó la vista hacia el suelo.

Cinder flexionó los dedos sobre la magnetocorrea.

—Claro que sé qué es el amor.

Y la tristeza también. Ojalá pudiera llorar para demostrárselo.

—Bien. Entonces comprenderás que solo hago lo que haría cualquier madre: proteger a sus hijos.

Adri devolvió el marco a la repisa, boca abajo. En el sofá, Pearl desvió la mirada y descansó la mejilla sobre las rodillas.

El miedo le hizo un mundo en el estómago.

—¿Adri?

—Hace cinco años que formas parte de este hogar, Cinder. Cinco años desde que Garan te dejó a mi cuidado. Sigo sin saber por qué lo hizo, todavía ignoro qué le hizo sentirse obligado a viajar a Europa, precisamente a Europa, en busca de una... mutante a la que cuidar. Nunca me lo explicó. Tal vez lo hubiera hecho, con el tiempo. Pero yo nunca te quise aquí. Lo sabes.

Cinder frunció los labios. Los inexpresivos med-droides la miraron de soslayo.

Lo sabía, pero no recordaba que Adri lo hubiera expresado antes con tanta claridad.



—Garan quería que cuidara de ti y he hecho todo lo que he podido. Incluso después de que muriera, incluso después de que se acabara el dinero, incluso después de... perderlo todo. —Se le quebró la voz y se llevó una mano a la boca. Cinder vio el temblor de los hombros, oyó la respiración entrecortada con que intentaba reprimir los sollozos—. Sin embargo, Garan hubiera estado de acuerdo. Peony es lo primero. ¡Nuestras hijas son lo primero!

A Cinder le sobresaltó el tono de voz, en el que le resultó fácil distinguir la necesidad de justificarse. La determinación.

«No me dejes con esa cosa.»

Se estremeció.

—Adri...

—Si no fuera por ti, Garan seguiría vivo. Y Peony...

—No, no es culpa mía.

Cinder atisbó algo blanco por el rabillo del ojo y vio que Iko seguía en el pasillo, sin saber qué hacer. Su sensor casi se había apagado.

Cinder intentó encontrar las palabras. Le palpitaban las sienes y unos puntitos blancos parpadeaban en su visión. Una lucecita roja se encendía y se apagaba en la comisura del ojo, recomendándole que se tranquilizara.

—Yo no pedí que me hicieran así. No pedí que me adoptaran, ni tú ni nadie. ¡No es culpa mía!

—¡Ni mía tampoco! —replicó Adri, arrancando la telerred de su soporte de un tirón.

La pantalla cayó al suelo y se hizo añicos, arrastrando tras de sí un par de premios de su marido. Trocitos de plástico se esparcieron por la alfombra gastada.

Cinder retrocedió de un salto, pero el arrebato de cólera se apagó con la misma rapidez con que había estallado. Adri recuperó el ritmo pausado de su respiración. Siempre procuraba no molestar a los vecinos. Pasar desapercibida. No causar problemas. No hacer nada que pudiera menoscabar su reputación. Incluso en momentos como ese.



—Cinder —dijo Adri, frotándose los dedos en el trapo, como si quisiera borrar el haber perdido los estribos—. Te irás con estos med-droides. No montes una escena.

Cinder tuvo la sensación de que el suelo cedía bajo sus pies.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque todos tenemos la obligación de hacer lo que podamos, y conoces muy bien la gran demanda que existe de... los que son como tú. Sobre todo ahora. —Hizo una pausa. El rostro, lleno de manchas, había recobrado algo de color—. Todavía estamos a tiempo de ayudar a Peony. Necesitan ciborgs para encontrar un remedio a esta enfermedad.

—¿Me presentas voluntaria para que experimenten conmigo?

Sus labios apenas fueron capaces de formar las palabras.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

Cinder se quedó boquiabierta. Sacudió la cabeza, incrédula, al tiempo que los tres sensores amarillos convergían en ella.

—Pero... Nadie sobrevive a las pruebas. ¿Cómo puedes...?

—Nadie sobrevive a la peste. Si quieres a Peony tanto como aseguras que la quieres, harás lo que te digo. Si no fueras tan egoísta, te habrías presentado voluntaria tú misma después de lo del mercado, en lugar de venir aquí a destrozar mi familia. Otra vez.

—Pero...

—Llévala. Es vuestra.

Cinder estaba demasiado estupefacta para moverse cuando el androide que tenía más cerca alargó un escáner hacia una de sus muñecas. La máquina emitió un pitido y la joven retrocedió de un respingo.

—Linh Cinder —recitó el androide con su voz metálica—, todos los habitantes de la Comunidad Oriental agradecen y admiran su sacrificio voluntario. Sus seres queridos recibirán una compensación como muestra de gratitud por su contribución a los estudios que están llevándose a cabo.

Cinder asió con fuerza la magnetocorrea.



—No, en realidad solo lo haces por eso, ¿verdad? Ni Peony ni yo te importamos lo más mínimo, ¡lo único que quieres es esa maldita compensación!

Adri la miró con los ojos desorbitados. La delgada piel de las sienes se le pegaba al cráneo.

La mujer cruzó la habitación con dos zancadas y abofeteó a Cinder en la cara. La joven se golpeó contra el marco de la puerta y se llevó una mano a la mejilla.

—Lléváosla —dijo Adri—. Apartadla de mi vista.

—No me he presentado voluntaria. ¡No podéis llevarme en contra de mi voluntad!

El androide ni se inmutó.

—Su tutora legal nos ha autorizado a detenerla haciendo uso de la fuerza en caso de ser necesario.

Cinder flexionó los dedos y cerró la mano en un puño junto a la oreja.

—No puedes obligarme a ser un conejillo de indias.

—Sí puedo —contestó Adri, con la respiración igualmente entrecortada—, mientras siga siendo tu tutora legal.

—Sabes muy bien que esto no va a servirle de nada a Peony, así que no finjas que lo haces por ella. Le quedan días. Las posibilidades de que encuentren una vacuna antes...

—Entonces, mi único error ha sido esperar demasiado para deshacerme de ti —la interrumpió Adri, al tiempo que se pasaba la toalla entre los dedos—. Créeme, Cinder, eres un sacrificio del que nunca me arrepentiré.

Las orugas de uno de los med-droides traquetearon sobre la alfombra.

—¿Está preparada para acompañarnos?

Cinder frunció los labios y se apartó la mano de la cara. Fulminó a Adri con la mirada, pero no halló ni un atisbo de compasión en los ojos de su





madrastra. Un odio descarnado se gestó en su interior. Las alarmas se encendieron en su visión.

—No, no lo estoy.

Cinder blandió la magnetocorrea y golpeó el cráneo del androide con fuerza. El robot cayó al suelo y las orugas quedaron girando en el aire.

—No pienso ir. ¡Los científicos ya han hecho suficiente conmigo!

Un segundo androide avanzó hacia ella.

—Iniciando procedimiento 240B: traslado forzoso del sujeto de las levas ciborg.

Cinder sonrió burlonamente y encajó el extremo de la magnetocorrea en el sensor del androide. La lente quedó hecha añicos y alojada en la parte posterior.

Se dio la vuelta para enfrentarse al último androide mientras pensaba cómo iba a huir del apartamento. Preguntándose si sería demasiado arriesgado llamar a un levitador. Preguntándose dónde encontraría un cuchillo para arrancarse el chip de identidad, ya que, si no lo hacía, darían con ella en un abrir y cerrar de ojos. Preguntándose si Iko sería lo bastante rápida para seguirla. Preguntándose si sus piernas conseguirían llevarla hasta Europa.

El med-droide se aproximó demasiado rápido. Cinder tropezó, lo que varió la trayectoria de la magnetocorrea, pero las pinzas metálicas del androide la atraparon por la muñeca. Los electrodos se activaron y la descarga eléctrica recorrió el sistema nervioso de Cinder con un chisporroteo. El cableado fue incapaz de asumir el voltaje. Cinder abrió la boca, pero el grito quedó atrapado en su garganta.

Dejó caer la magnetocorrea y se desplomó. Las alarmas rojas se encendieron en su visión hasta que, siguiendo el protocolo de autoconservación biónica, su cerebro la obligó a apagarse.



CAPÍTULO 7

El doctor Dmitri Erland deslizó el dedo por la pantalla del portavisor, estudiando el historial del paciente. Varón. Treinta y dos años. Tenía un hijo, aunque no se mencionaba a su mujer. En paro. Convertido en ciborg hacía tres años, tras sufrir un accidente laboral que le había impedido trabajar. Seguramente había invertido casi todos sus ahorros en la operación. Procedía de Tokio.

Demasiados factores en contra, aunque el doctor Erland no podía explicárselo a nadie. Asomó la lengua entre los dientes y resopló contrariado.

—¿Usted qué cree, doctor? —preguntó la ayudante que lo asistía en esos momentos, una joven morena de cuyo nombre nunca se acordaba y que como mínimo le sacaba diez centímetros de estatura.

Le gustaba asignarle tareas que la mantuvieran sentada durante el trabajo.

El doctor Erland inspiró profundamente y soltó el aire de golpe mientras llenaba la pantalla el gráfico del cuerpo del paciente, una información más relevante que la que estaba consultando. Solo estaba reconstruido en un 6,4 por ciento: el pie derecho, varios cables y un panel de control del tamaño de un pulgar implantado en el muslo.

—Demasiado viejo —dijo, y arrojó el visor sobre la amplia repisa que había delante de la ventana de observación.

Al otro lado del cristal, el paciente estaba tendido sobre la mesa del laboratorio. Salvo por el incesante tamborileo de los dedos contra el acolchado de plástico, parecía tranquilo. Iba descalzo, pero los injertos de piel le cubrían la prótesis.



—¿Demasiado viejo? —repitió la ayudante. Se levantó y se acercó a la ventana, blandiendo su propio portavisor delante de él—. ¿Ahora tener treinta y dos años es ser demasiado viejo?

—No nos sirve.

La joven frunció los labios hacia un lado.

—Doctor, este será el sexto sujeto de levass que rechaza este mes. No podemos permitirnoslo.

—Tiene hijos. Un niño. Lo dice aquí.

—Sí, un niño que esta noche tendrá un plato en la mesa gracias a que su papaíto ha encajado en el perfil de nuestros sujetos de estudio.

—¿Que encaja en nuestro perfil? ¿Con una ratio de ciberimplantes del 6,4 por ciento?

—Es mejor que hacer pruebas con humanos. —Dejó el portavisor junto a una bandeja de placas petri—. ¿De verdad quiere descartarlo?

El doctor Erland miró la sala de cuarentena con cara de pocos amigos, mientras un gruñido reverberaba en su garganta. Enderezó la espalda y se alisó la bata de laboratorio dándole un tirón.

—Placéballo.

—¿Que lo place...? ¡Pero si no está enfermo!

—Ya lo sé, pero si no le damos nada, en tesorería se preguntarán qué estamos haciendo aquí abajo. Venga, suminístrale un placebo y dale el alta para que pueda irse.

La joven se volvió airada y cogió un vial etiquetado de un estante.

—¿Qué estamos haciendo aquí abajo?

El doctor Erland levantó un dedo, pero la irritación de la joven se traslucía de tal manera en la mirada que le dirigió que el hombre olvidó lo que iba a decir.

—¿Cómo te llamabas?

La joven puso los ojos en blanco.



—Por favor. Claro, al fin y al cabo solo he estado ayudándolo todos los lunes de los últimos cuatro meses.

Le dio la espalda. La larga trenza negra le azotó la cadera. El doctor Erland frunció el ceño, fascinado por aquella trenza que se alzaba y se enroscaba sobre sí misma. Una serpiente negra y brillante irguiendo la cabeza. Silbándole. Preparada para atacar.

Cerró los ojos y contó hasta diez. Cuando volvió a abrirlos, la trenza solo era una trenza. Pelo negro y brillante. Inofensivo.

El doctor Erland se quitó la gorra, se frotó la cabeza y se pasó una mano por el pelo, gris y considerablemente más pobre que el de su ayudante.

Las alucinaciones eran cada vez peores.

En ese momento se abrió la puerta del laboratorio.

—¿Doctor?

Se sobresaltó y volvió a colocarse la gorra.

—¿Sí? —contestó, recuperando su portavisor.

Li, otro ayudante, se quedó con la mano en el picaporte. Al doctor Erland siempre le había gustado Li, quien, a pesar de ser más alto que él, seguía sin superar a la joven.

—Hay una voluntaria esperando en la 6D —anunció Li—. La trajeron anoche.

—¿Una voluntaria? —repitió la joven—. Hace tiempo que no teníamos voluntarios.

Li sacó un portavisor del bolsillo superior de la bata.

—Es bastante joven, una adolescente. Todavía no hemos ejecutado los diagnósticos, pero creo que tendrá una ratio bastante alta. Sin injertos de piel.

El doctor Erland se animó, rascándose la sien con la esquina de su visor.

—¿Y dices que se trata de una adolescente? Es ciertamente... —Intentó encontrar la palabra más adecuada—. ¿Inusual? ¿Casual? ¿Afortunado?



—Sospechoso —dijo la joven en voz baja.

El doctor Erland se dio la vuelta y volvió a toparse con una mirada poco amistosa.

—¿Sospechoso? ¿A qué te refieres?

La joven se sentó en el borde de la repisa, rebajando su estatura hasta que los ojos de ambos estuvieron a la misma altura, aunque los brazos cruzados y el ceño fruncido de alguien que no se deja amedrentar no hacían más que acentuar lo que tenía de intimidatoria.

—Que siempre tiene prisas por placebar a los ciborgs varones que llegan, pero enseguida se anima cuando oye hablar de una mujer, especialmente si es joven.

El hombre abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla.

—Cuanto más jóvenes, más sanos —replicó—. Cuanto más sanos, menos complicaciones encontramos. Y no es culpa mía que lasavas no hagan más que reclutar mujeres.

—Menos complicaciones. Cierto. En cualquier caso, tanto da, porque todos acaban muriendo.

—Sí, bueno, gracias por tu optimismo. —Señaló al hombre que había al otro lado del cristal—. Placebo, por favor. Ve a buscarnos cuando hayas acabado.

El doctor Erland salió del laboratorio acompañado de Li.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó, tapándose la boca con una mano ahuecada.

—¿Fateen?

—¡Fateen! Siempre se me olvida. Uno de estos días se me olvidará hasta cómo me llamo.

Li ahogó una risita y el doctor Erland se alegró de haber hecho aquella broma. La gente parecía ser más indulgente con un anciano que pierde la memoria si de vez en cuando él mismo se burlaba de ello.



Salvo por los dos med-droides detenidos junto a la escalera, a la espera de órdenes, el pasillo estaba desierto. El laboratorio 6D no quedaba demasiado lejos.

El doctor Erland se sacó el lápiz táctil de detrás de la oreja y fue pulsando la pantalla del visor para descargarse la información que Li le había enviado. El historial de la nueva paciente apareció en una ventana emergente.

LINH CINDER, MECÁNICA AUTORIZADA

ID #0097917305

NACIMIENTO 29 DE NOV. DE 109 T. E.

0 APARICIONES EN LOS MEDIOS

RESIDENTE EN NUEVA PEKÍN, COMUNIDAD ORIENTAL.
BAJO TUTELA

DE LINH ADRI.

Li abrió la puerta del laboratorio. El doctor Erland volvió a colocarse el lápiz detrás de la oreja y entró en la habitación sintiendo un hormigueo en los dedos.

La joven estaba tumbada en la mesa al otro lado de la ventana de observación. La iluminación de la sala de cuarentena esterilizada era tan intensa que tuvo que entrecerrar los ojos para no acabar deslumbrado. Un med-droide estaba acabando de tapar un vial de plástico lleno de sangre, a punto de meterlo en el tubo neumático con destino al laboratorio hematológico.

Unas bandas metálicas inmovilizaban las manos y las muñecas de la joven. La izquierda era de acero deslustrado y las articulaciones estaban ennegrecidas, como si le hiciera falta una buena limpieza. Le habían arremangado las perneras de los pantalones hasta las rodillas, lo que dejaba a la vista una pierna humana y una protésica.

—¿Ya está conectada? —preguntó el doctor Erland, deslizando su visor en el bolsillo de la bata.



—Todavía no —contestó Li—, pero mírela.

El doctor Erland gruñó, intentando reprimir su contrariedad.

—Sí, puede que la ratio sea impresionante, pero la calidad deja mucho que desear, ¿verdad?

—Por fuera, tal vez, pero tendría que haber visto el cableado. Autocontrol y sistema nervioso de cuarto grado.

El doctor Erland enarcó una ceja y volvió a relajarla con la misma rapidez.

—¿Se ha mostrado violenta?

—Los med-droides han tenido problemas para detenerla. Inutilizó a dos de ellos con una... correa, o algo parecido, antes de que pudieran electrocutar su sistema. Lleva inconsciente toda la noche.

—Pero ¿se ha presentado voluntaria?

—Lo hizo su tutora legal. Sospecha que la paciente ha entrado en contacto con la enfermedad. Una hermana, se la llevaron ayer.

El doctor Erland atrajo hacia sí el micrófono que había en la mesa.

—Despierta, despierta, bella durmiente —canturreó, dando un golpecito en el cristal.

—Le dieron una descarga de doscientos voltios —dijo Li—, pero yo diría que volverá en sí en cualquier momento.

El doctor Erland introdujo los pulgares de los bolsillos de la bata.

—Bien. No necesitamos que esté consciente, así que vamos allá, empecemos de una vez.

—Vaya, qué bien —comentó Fateen desde la puerta. Los tacones repiquetearon contra el suelo de baldosas al entrar en el laboratorio—. Me alegro de que haya encontrado alguien de su agrado.

El doctor Erland presionó un dedo contra el cristal.

—Joven —dijo, sin apartar la mirada del brillo metálico de las extremidades de la joven—. Sana.



Fateen sonrió burlonamente y reclamó un asiento delante de la telerred que mostraba el historial de la ciborg.

—Si considera que tener treinta y dos años es ser un viejo decrepito, ¿qué se supone que es usted?

—Todo un hallazgo en el mercado de antigüedades. —El doctor Erland acercó los labios al micrófono—. ¿Med? Prepara el detector de ratio, si eres tan amable.



CAPÍTULO 8

Ardía en una pira, tumbada de espaldas sobre las brasas. Llamas. Humo. Ampollas borbotando por toda su piel. Le faltaban una pierna y una mano, y solo le quedaban los muñones en los que los cirujanos le habían implantado las prótesis. Unos cables marchitos colgaban de ellos. Intentó arrastrarse, pero le resultó tan imposible como a una tortuga boca arriba. Alargó su única mano, tratando de remolcar el cuerpo lejos del fuego, pero el lecho de brasas se extendía hacia el infinito.

Había tenido aquel sueño otras veces, cientos de ellas. Sin embargo, en esta ocasión era distinto.

En lugar de estar sola, como siempre, estaba rodeada de otras víctimas, tullidos, que se retorcían entre las brasas, gimiendo, implorando un poco de agua. A todos les faltaba alguna extremidad. Algunos solo tenían una cabeza, un torso y una boca, que suplicaba incesantemente. Cinder se apartó de ellos al percatarse de las manchas azuladas que les cubrían la piel. El cuello, las piernas mutiladas, las muñecas apergaminadas.

Vio a Peony. Chillando. Acusándola. Ella le había hecho aquello. Ella había llevado la peste a su hogar. Todo era culpa suya.

Cinder abrió la boca para implorar perdón, pero se detuvo cuando se vio la mano. Tenía la piel cubierta de manchas azules.

El fuego empezó a consumir la piel enferma y dejó a la vista el metal y los cables que había bajo los músculos.

Volvió a encontrarse con la mirada de Peony. Su hermana abrió la boca, pero tenía una voz extraña, profunda.

—Prepara el detector de ratio, si eres tan amable.



Las palabras zumbaron como abejas en los oídos de Cinder y su cuerpo se sacudió, pero no podía moverse. El olor a humo persistía en su nariz, aunque el calor de las llamas se mitigaba poco a poco, dejándola con la espalda abrasada y dolorida. Peony se desvaneció. El lecho de brasas se fundió en el suelo.

Un texto de color verde se desplazó por la parte inferior de su campo de visión.

Distinguió el rumor familiar de las orugas de un androide en medio de la oscuridad.

REALIZADA COMPROBACIÓN DE DIAGNÓSTICOS.

TODOS LOS SISTEMAS ESTABLES. REINICIANDO EN 3... 2... 1...

Oyó un ruido sobre su cabeza. Un zumbido eléctrico. Uno de los dedos de Cinder se contrajo, lo más cercano a un estremecimiento que su cuerpo era capaz de producir.

La oscuridad empezó a caldearse al tiempo que un tenue resplandor carmesí bañaba sus párpados.

Se obligó a abrir los ojos y bizqueó ante el resplandor despiadado de los fluorescentes.

—¡Vaya! Julieta se despierta.

Volvió a cerrarlos para que fueran acostumbrándose poco a poco a la luz. Intentó llevarse la mano a la cara para tapárselos, pero algo la tenía apresada y le impedía moverla.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, presa del pánico. Abrió los ojos y volvió la cabeza, tratando de distinguir quién había hablado.

Su reflejo en el espejo, que ocupaba toda la pared, le devolvió una mirada asustada. Tenía el pelo hecho un calamidad —sin brillo, enredado, sucio



— y estaba muy pálida, la piel casi parecía traslúcida, como si la descarga hubiera consumido algo más que energía.

Le habían quitado los guantes y las botas, y le habían subido las perneras de los pantalones hasta las rodillas. El espejo no le devolvía la imagen de una chica. Le devolvía la imagen de una máquina.

—¿Cómo se siente, señorita, esto..., señorita Linh? —dijo una voz sin rostro, con un acento que no consiguió ubicar. ¿Europeo? ¿Americano?

Se humedeció los labios reseco y alargó el cuello para ver qué hacía el androide que tenía detrás. El robot estaba manipulando una pequeña máquina que descansaba sobre una repisa, entre una decena de aparatos similares. Equipo médico. Instrumental quirúrgico. Goteros. Agujas. Cinder comprendió que estaba conectada a una de las máquinas mediante unos sensores que llevaba colocados en el pecho y en la frente.

Había una telerred colgada en la pared de la derecha, donde se leía su nombre y número de identidad. Por lo demás, la sala estaba desierta.

—Si no es mucha molestia, le agradecería que se estuviera quieta y cooperara. No le robaremos demasiado tiempo —dijo la voz.

Cinder frunció el ceño.

—Muy gracioso —contestó al tiempo que tiraba con fuerza de las bandas metálicas—. Yo no he dado mi consentimiento. No me he presentado voluntaria para que me sometáis a vuestras malditas pruebas.

Silencio. Algo emitió un pitido detrás de ella. Echó un vistazo por encima de la cabeza y vio que el androide sacaba unos prensos de una máquina, conectados a cables muy finos. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Mantén esa cosa alejada de mí.

—No le dolerá en absoluto, señorita Linh.

—Me da igual. No te acerques a mi cabeza. No soy uno de vuestros voluntarios suicidas.

La voz chascó la lengua.



—Aquí tengo la firma de una tal señora Linh Adri. Supongo que la conoce.

—¡No es mi madre! Solo es...

Sintió un nudo en el estómago.

—¿Su tutora legal?

Cinder dejó caer la cabeza hacia atrás, contra la mesa de examen acolchada. El papel protector de la camilla se arrugó bajo ella.

—Esto no es justo.

—No tiene de qué preocuparse, señorita Linh. Con su presencia, está prestando un gran servicio a sus conciudadanos.

Cinder lanzó una mirada asesina al espejo con la que esperaba fulminar al imbécil del otro lado.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es lo que han hecho ellos por mí?

—Med, por favor, procede —se limitó a decir la voz, sin contestar a su pregunta.

Las orugas de tracción se volvieron hacia ella. Cinder intentó alejar el cuello para evitar los fríos prensos, pero el androide le agarró la cabeza con fuerza mecánica y le aplastó la mejilla contra el papel de la camilla. Intentó mover las manos y los brazos con desesperación, aunque en vano.

Si se resistía lo suficiente, tal vez volverían a dejarla inconsciente. No estaba segura de si sería mejor o peor, pero al recordar el lecho de brasas incandescentes dejó de forcejear.

El corazón le latía con fuerza cuando el androide abrió el cierre de la parte posterior de su cabeza. Cerró los ojos, tratando de imaginar que se encontraba en cualquier otro lugar y no en aquella habitación fría y estéril. No quería pensar en los prensos metálicos trasteando en su panel de control —en su cerebro—, aunque era imposible no hacerlo oyendo cómo maniobraban para acceder hasta él.

Una náusea. Se tragó la bilis.





Oyó el tintineo de las pinzas articuladas. No sentía nada, no tenía terminaciones nerviosas; sin embargo, un escalofrío le recorrió el cuerpo y se le erizó el vello de los brazos. El visor retinal la informó de que estaba conectada al DETECTOR DE RATIO 2.3. EXPLORANDO... 2 %... 7 %... 16 %...

La máquina emitía un zumbido sobre la repisa que había detrás de ella. Cinder imaginó una débil corriente eléctrica atravesaba los cables. Sobre todo la percibía en las zonas donde la piel se unía al metal, una especie de cosquilleo allí donde la sangre encontraba el paso cortado.

63 %...

Cinder apretó los dientes. No era la primera vez que accedían a su panel de control, a su cabeza. Algo que nunca había olvidado, aunque sí había fingido ignorar. Un cirujano, un extraño, le había abierto el cráneo y le había implantado su sistema de cables y conductores hechos a medida mientras ella yacía impotente. Alguien había manipulado su cerebro. Alguien la había manipulado.

78 %...

Ahogó el grito que pugnaba por salir. No sentía dolor. Nada. Pero había alguien en su cabeza. Dentro de ella. Era una invasión. Una violación. Intentó zafarse, pero el androide la tenía bien sujeta.

—¡Déjame!

El grito rebotó en las frías paredes de la habitación.

EXPLORACIÓN COMPLETA

El med-droide desconectó los prensos. Cinder temblaba de la cabeza a los pies, con el corazón encogido en un puño.

El robot no se molestó en cerrarle el panel de la nuca.

Cinder lo odió. Odió a Adri. Odió la voz enloquecedora al otro lado del espejo. Odió a aquella gente sin rostro ni nombre que la había convertido en lo que era.

—Gracias por su magnífica cooperación —dijo la voz anónima—. Solo tardaremos un minuto en grabar su configuración cibernética y enseguida proseguiremos con las pruebas. Póngase cómoda y relájese.





Cinder había vuelto la cara hacia el otro lado y no le prestaba atención. Aquella era una de esas raras ocasiones en que se alegraba de no tener conductos lagrimales, si no estaba segura de que se habría puesto a llorar como una tonta y se habría odiado aún más, si cabía.

Seguía oyendo voces a través de los altavoces, pero la conversación, conducida casi entre murmullos, estaba salpicada de jerga científica que escapaba a su comprensión. Detrás de ella, el med-droide iba arriba y abajo mientras recogía el detector de ratio y preparaba el siguiente instrumento de tortura.

Cinder abrió los ojos. La imagen que aparecía en la telerred de la pared había cambiado y ya no mostraba sus datos biométricos. Su número de identificación seguía apareciendo en la parte superior de la pantalla, justo encima de una representación holográfica.

De una chica. Una chica llena de cables.

Era como si alguien la hubiera abierto por la mitad, hubiera separado la parte frontal y la trasera y luego hubiera colocado la imagen ilustrada en un libro de texto de medicina. El corazón, el cerebro, los intestinos, los músculos, las venas azules. El panel de control, la mano y la pierna biónicas, cables que partían de la base del cráneo, recorrían toda la columna vertebral y se dirigían hacia las prótesis. El tejido cicatrizado donde la carne se unía al metal. Un pequeño cuadradito oscuro en la muñeca: su chip de identidad.

Sin embargo, todo aquello ya lo sabía. Se lo esperaba.

Lo que ignoraba era que su espina dorsal estuviera compuesta de vértebras metálicas, o que tuviera varias férulas en los huesos de la pierna derecha y cuatro costillas también metálicas, o que tuviera el corazón recubierto de tejido sintético.

En la parte inferior de la pantalla se leía:

RATIO: 36,28 %





Era un 36,28 por ciento no humana.

—Gracias por su paciencia —expesó la voz, sobresaltándola—. Como estoy seguro de que habrá notado, es usted el paradigma de la ciencia moderna, jovencita.

—Déjame en paz —susurró.

—Permítame explicarle qué ocurrirá a continuación: el med-droide le inyectará una solución de microbios de la letumosis al diez por ciento. Están identificados magnéticamente, de modo que aparecerán en la representación holográfica en color verde brillante, en tiempo real. Una vez que su cuerpo entre en la primera fase de la enfermedad, su sistema inmunitario se pondrá en funcionamiento e intentará destruir los microbios, pero no lo logrará. A continuación, su cuerpo entrará en la segunda fase de la enfermedad, momento en el que aparecerán las manchas azuladas en la piel, similares a unos cardenales. Llegados a este punto, le inyectaremos el lote de anticuerpos más reciente, el cual, si tenemos éxito, acabará con los patógenos. Abracadabra y estará en casa a tiempo para cenar. ¿Preparada?

Cinder no podía apartar la mirada del holograma, imaginando cómo sería verse morir. En tiempo real.

—¿Cuántos lotes de anticuerpos distintos han probado?

—¿Med?

—Veintisiete —contestó el med-droide.

—Aunque —puntualizó la voz de acento extranjero— cada vez tardan un poco más en morir.

Cinder estrujó el papel de la camilla entre sus dedos.

—Creo que todos estamos listos. Med, por favor, procede con la jeringuilla A.

Algo provocó un traqueteo metálico al topar con la mesa e, instantes después, el androide apareció al lado de la joven. Llevaba el panel del torso abierto, por el cual asomaba un tercer brazo cuyo extremo acababa en una jeringuilla, idéntico al de los androides de emergencias.





Cinder intentó zafarse, pero estaba inmovilizada. Se imaginó la voz sin rostro al otro lado del espejo, observándola, riéndose de sus inútiles forcejeos, por lo que se quedó muy quieta, prometiéndose que ni siquiera pestañaría. Que sería fuerte. Que no pensaría en lo que iban a hacerle.

Sintió los fríos dedos articulados del androide cuando este le asió el codo, todavía amoratado tras las dos extracciones de sangre de las últimas doce horas. Hizo una mueca de dolor y se puso rígida.

—Es más fácil encontrar la vena si está relajada —dijo el androide con su voz hueca.

Cinder tensó los músculos del brazo hasta que empezaron a temblarle. Oyó un bufido por los altavoces, como si a la voz sin rostro le divirtieran sus chiquilladas.

El androide estaba bien programado. A pesar de la resistencia que opuso, la aguja le atravesó la vena al primer intento. Cinder ahogó un grito.

Un pinchazo. Un mero pinchazo. Sus ansias de rebelión la abandonaron cuando el líquido transparente inundó sus venas.



LIBRO SEGUNDO

*Por la noche, aunque estaba extenuada de tanto trabajar,
se llevaron su camastro y tuvo que tumbarse junto al hogar,
entre las cenizas.*



CAPÍTULO 9

—**T**ransmisión correcta de los portadores —dijo Li—. Todas las reacciones parecen normales. Presión arterial estable. Se esperan signos de la fase dos sobre las 1.00 de mañana por la mañana. —Unió las manos dando una palmada e hizo girar la silla para volverse hacia el doctor Erland y Fateen—. Eso significa que podemos irnos a casa y echar una cabezada, ¿no?

El doctor Erland resopló. Deslizó un dedo por la pantalla que tenía delante y, despacio, giró la imagen holográfica de la paciente. Veinte lucecitas verdes parpadeaban a lo largo del torrente sanguíneo, dispersándose lentamente por sus venas. Sin embargo, aquello no era nada nuevo para él, lo había visto cientos de veces. Lo que en esos momentos llamaba su atención era todo lo demás.

—¿Había visto alguna vez algo así? —preguntó Fateen, poniéndose a su lado—. Solo la venta del panel de control ya cubrirá toda la indemnización de la familia.

El doctor Erland trató de dirigirle una mirada reprobatoria, que sin embargo resultó muy poco efectiva al verse obligado a inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarla a los ojos. Gruñendo, se alejó de inmediato y se volvió hacia el holograma. Tocó el extremo superior de la brillante espina dorsal, entre la unión de dos vértebras metálicas, y aumentó la imagen. Lo que antes daba la impresión de ser una pequeña sombra, ahora parecía demasiado sólido, demasiado geométrico.

Fateen cruzó los brazos y se inclinó.

—¿Qué es eso?

—No estoy seguro —dijo Erland, rotando la imagen para verlo mejor.





—Parece un chip —dijo Li, levantándose y acercándose a ellos.

— ¿En la columna? —puso en duda Fateen—. ¿Para qué?

—Solo he dicho que parece un chip. También puede que le hicieran una chapuza con las vértebras y tuvieran que volverlas a soldar o algo por el estilo.

Fateen señaló la pantalla.

—Esto es algo más que un pegote de soldadura. ¿Ves esos rebordes de ahí? Es como si estuviera conectado a...

No se atrevió a seguir. Ambos miraron al doctor Erland, cuyos ojos seguían un pequeño punto verde que acababa de entrar en el campo visual del holograma.

—Como una cruel luciérnaga verde —murmuró el hombre para sí mismo.

—Doctor —dijo Fateen, recuperando su atención—, ¿para qué le conectarían un chip al sistema nervioso?

El hombre se aclaró la garganta.

—Tal vez su sistema nervioso sufrió daños traumáticos —dijo, al tiempo que sacaba unas gafas del bolsillo superior de la bata y se las colocaba sobre la nariz.

—¿Por un accidente de levitador? —aventuró Li.

—Las lesiones de la columna vertebral solían ser bastante frecuentes antes de que se impusiera la navegación controlada por ordenador.

El doctor Erland deslizó la uña sobre la pantalla para arrastrar el holograma de modo que apareciera todo el torso. Aguzó la vista a través de los lentes mientras sus dedos iban de un lado al otro sobre la imagen.

—¿Qué es lo que busca? —preguntó Fateen.

El doctor Erland bajó la mano y miró a la joven inmóvil al otro lado del cristal.

—Falta algo.





El tejido cicatrizado alrededor de la muñeca. El brillo apagado del pie biónico. La grasa bajo la punta de los dedos.

—¿El qué? —preguntó Li—. ¿Qué es lo que falta?

El doctor Erland se acercó un poco más al cristal y apoyó una mano sudorosa sobre la repisa.

—Una pequeña luciérnaga verde.

Detrás de él, Li y Fateen intercambiaron una mirada antes de volverse hacia el holograma. Ambos empezaron a contar; él, en silencio, ella, en alto. Fateen ahogó un grito al llegar al doce y se detuvo.

—Uno acaba de desaparecer —dijo, señalando la pierna derecha de la joven, donde en esos momentos no se veía nada—. Un microbio, estaba justo ahí, estaba mirándolo y ya no está.

En ese momento, dos puntitos más parpadearon y desaparecieron, como bombillas fundidas.

Li cogió su portavisor de la mesa y empezó a aporrearlo con los dedos.

—Su sistema inmunitario se ha vuelto loco.

El doctor Erland se inclinó hacia el micrófono.

—Med, por favor, extráele otra muestra de sangre. Rápido.

La joven se sobresaltó al oír la voz.

Fateen lo acompañó junto a la ventana.

—Todavía no le hemos dado el antídoto.

—No.

—Entonces, ¿cómo...?

El doctor Erland se mordió la uña del pulgar tratando de dominar la sensación de vértigo.

—Tengo que ir a buscar esa primera muestra de sangre —dijo, retrocediendo, casi temeroso de apartar los ojos de la joven ciborg—. Cuando todos los microbios hayan desaparecido, que la lleven al laboratorio cuatro.





—El laboratorio cuatro no está aislado —advirtió Li.

—Lo sé. No es contagiosa. —El doctor Erland chascó los dedos, a punto de salir por la puerta—. Y, ya puestos, que el med la desate.

—¿Que la desate? —repitió Fateen, con un gesto de incredulidad—. ¿Está seguro de que es buena idea? Se mostró violenta con los med-droides, ¿recuerda?

Li cruzó los brazos.

—Tiene razón. Le aseguro que no querría estar al otro lado de ese puño si se enfada.

—En ese caso, no tenéis nada que temer —contestó el doctor Erland—. La veré en privado.



CAPÍTULO 10

Cinder se sobresaltó cuando la voz misteriosa volvió a inundar la habitación, exigiendo otra muestra de sangre del cordero ofrecido en sacrificio. Lanzó una mirada furibunda hacia el espejo, haciendo caso omiso del med-droide mientras este preparaba una aguja nueva con eficiencia robótica.

Tragó saliva para humedecer la garganta.

—¿Cuánto falta para que me deis el falso antídoto?

Esperó, pero no obtuvo respuesta. El androide cerró sus garras metálicas alrededor del brazo de Cinder. La joven dio un respingo al sentir el frío y otro más cuando le clavó la aguja en el brazo dolorido.

El cardenal no se le iría en varios días.

Entonces recordó que al día siguiente estaría muerta. O muriéndose.

Como Peony.

Se le revolvió el estómago. Tal vez Adri tuviera razón. Tal vez aquello era lo mejor.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. La pierna metálica repicó con fuerza contra la mesa.

O tal vez no. Puede que el antídoto funcionara.

Llenó los pulmones con el aire frío y estéril del laboratorio y miró el holograma de la pared que reproducía su cuerpo. Dos puntos verdes pululaban por el pie derecho.

El med-droide extrajo la aguja y utilizó una bolita de algodón para taponar la herida. A continuación, colocó el vial lleno de sangre en una caja metálica pegada a la pared.





Cinder golpeó la cabeza contra la mesa del laboratorio.

—Te he hecho una pregunta. ¿Y el antídoto? Que es para hoy. Al menos intentaréis salvarme la vida, ¿no?

—Med —dijo una voz distinta, femenina. Cinder volvió la cabeza de inmediato para encontrarse con su imagen reflejada en el espejo—. Desconecta a la paciente de los instrumentos de monitorización y acompáñala al laboratorio 4D.

Cinder hundió las uñas en el papel que cubría la camilla. Laboratorio cuatro. ¿Era ahí donde los enviaban para observar cómo morían?

El androide cerró sin más el panel de la cabeza de Cinder y retiró los electrodos del pecho. La máquina que controlaba el ritmo cardíaco mostró una línea continua.

—¿Hola? —dijo Cinder—. ¿Podrías decirme qué está pasando?

Sin respuesta. Una lucecita verde parpadeó junto al sensor del androide y la puerta se abrió a un pasillo de baldosas blancas. El med-droide empujó la mesa de reconocimiento fuera del laboratorio, pasando junto al espejo. El pasillo estaba desierto y olía a lejía. Una de las ruedas de la camilla chirriaba al compás de las orugas del androide.

Cinder intentó alargar el cuello, pero no alcanzó a ver el sensor del med-droide.

—Si quieres que te arregle esa rueda, creo que llevo un poco de aceite en la pantorrilla.

El androide permaneció en silencio.

Cinder apretó los labios. Pasaron junto a varias puertas blancas y numeradas.

—¿Qué hay en el laboratorio 4D?

Silencio.

Cinder tamborileó con los dedos el único acompañamiento del crujido del papel que cubría la camilla y el chirrido de la rueda, que estaba a punto de provocarle un tic nervioso. Oyó unas voces a lo lejos, al fondo de otro





pasillo, y no le habría sorprendido oír gritos tras las puertas cerradas. En ese momento se abrió la que tenía al lado y el androide pasó junto a un 4D negro, empujando la camilla. El laboratorio era una réplica del anterior, aunque sin espejo de observación.

El androide aparcó la camilla junto a la mesa de exploración, sobre la que descansaban un par de botas y guantes que a Cinder le resultaron conocidos. Para su sorpresa, en ese momento se abrieron los grilletes con un silbido simultáneo.

Apartó las manos y los pies de inmediato de las bandas metálicas antes de que el androide cayera en la cuenta de que había cometido un error y quisiera volver a atarla. Sin embargo, el robot no reaccionó de ninguna manera y salió al pasillo, sin comentarios. La puerta se cerró detrás de él con estrépito.

Temblorosa, Cinder se incorporó y buscó cámaras ocultas por toda la habitación, aunque a primera vista no encontró nada. Sobre la repisa que recorría una de las paredes descansaban los mismos instrumentos para controlar el ritmo cardíaco y los detectores de ratio. Una telerred a la derecha, apagada. La puerta. Dos camillas. Y ella.

Dejó las piernas colgando por un lado de la mesa de exploración y recuperó los guantes y el calzado. Mientras se anudaba una de las botas, recordó las herramientas que se había guardado en la pantorrilla antes de salir del vertedero de chatarra, y aunque aquello había ocurrido hacía apenas unas horas, para ella era como si hubieran pasado siglos. Abrió el compartimento y sintió un gran alivio al descubrir que todo seguía allí. Cada vez más tranquila, cogió la herramienta más grande y pesada que tenía —una llave inglesa— antes de volver a cerrarlo y acabar de anudarse la bota.

Con las extremidades biónicas cubiertas y un arma en la mano, estaba más calmada. Seguía tensa, pero no se sentía tan vulnerable como antes.

Aunque sí más confusa que nunca.

¿Por qué le devolvían sus cosas si iban a matarla? ¿Por qué la habían cambiado de laboratorio?

Frotó la fría llave inglesa contra el cardenal que le había salido en el pliegue del brazo. Parecía inquietantemente una mancha de peste. Puso el



pulgar encima y apretó, aliviada al sentir el leve dolor que demostraba que no lo era.

Volvió a buscar cámaras por la estancia, casi esperando que un pequeño ejército de med-droides irrumpiera en la habitación antes de que pudiera destruir el equipo del laboratorio, pero no vio nada. En el pasillo no se oían pisadas.

Cinder se dejó resbalar hasta el suelo, fue hasta la puerta y giró el picaporte. Cerrada. Había un escáner de identidad encajado en el marco, pero la lucecita roja no cambió a verde cuando pasó la muñeca por delante, por lo que supuso que estaría programado para que solo pudiera activarlo el personal.

Se acercó a los armarios e intentó abrir la hilera de cajones, pero ninguno cedió.

Se volvió hacia la telerred mientras iba haciendo golpetear la llave inglesa contra el muslo. De pronto, la pantalla cobró vida con un destello y la asaltó una imagen holográfica. Ella de nuevo, aunque el gráfico estaba empalmado por la mitad.

Pasó la llave inglesa por el abdomen del holograma, que parpadeó antes de volver a la normalidad.

La puerta se abrió a sus espaldas, deslizándose con un leve susurro.

Cinder dio media vuelta, pegando la llave inglesa a la pierna.

Ante ella había un anciano con una gorra visera gris que sostenía un portavisor en una mano y dos viales llenos de sangre en la otra. Era algo más bajo que Cinder. La bata de laboratorio le caía sobre los hombros con la misma gracia que si la llevara un esqueleto articulado para las prácticas de medicina. Las arrugas que surcaban su rostro sugerían muchos años de profundos debates internos acerca de problemas de difícil solución. Sin embargo, tenía unos ojos vivarachos y más azules que el cielo que, en ese momento, le sonreían joviales.

Le recordó a un niño salivando embelesado delante de un bollito glaseado.

La puerta se cerró detrás de él.





—Hola, señorita Linh. —Cinder apretó los dedos en torno a la llave inglesa. El acento extraño. La voz sin rostro—. Soy el doctor Erland, el científico a cargo del equipo de investigación de la casa real sobre la letumosis.

Cinder se obligó a relajar los hombros.

—¿No tendría que llevar mascarilla?

El hombre enarcó las canosas cejas.

—¿Por qué? ¿Acaso está enferma? —Cinder apretó los dientes y pegó la llave inglesa contra la pierna—. ¿Por qué no se sienta? Tengo asuntos importantes que discutir con usted.

—Vaya, ahora quiere hablar —contestó Cinder, acercándose muy lentamente—. Tenía la impresión de que no le importaba demasiado la opinión de sus conejillos de indias.

—Es usted un poco distinta de los voluntarios que solemos ver por aquí.

Cinder se lo quedó mirando. Sentía cómo la herramienta metálica se calentaba en su mano.

—Puede que se deba a que no me presenté voluntaria.

Levantó el brazo en un movimiento fluido. Apuntó a la sien. Lo imaginó desplomándose en el suelo.

Sin embargo, se detuvo, con la mirada borrosa. Su ritmo cardíaco disminuyó y el pico de adrenalina descendió antes de que apareciera la alerta en el visor retinal.

En ese momento, un pensamiento acudió a su mente, una idea prístina en medio de la confusión que le embotaba el cerebro, espesa como el jarabe: solo era un anciano. Un hombre mayor, frágil e indefenso, con los ojos azules más dulces e inocentes que jamás hubiera visto. No quería hacerle daño.

Le tembló el brazo.

De pronto se encendió la lucecita naranja y la llave inglesa se le cayó de la sorpresa. La herramienta se estrelló contra el suelo con gran



estrépito. Sin embargo, Cinder estaba demasiado aturdida para preocuparse de ello.

El hombre no había dicho nada... ¿Cómo podía estar mintiendo?

El doctor ni siquiera se inmutó, aunque sus ojos delataban la satisfacción que le había producido la reacción de Cinder.

—Por favor —dijo, señalando la mesa de exploración con un gesto—. ¿Le importaría sentarse?



CAPÍTULO 11

Cinder parpadeó rápidamente, tratando de disipar la bruma que abotargaba su cerebro. La luz naranja al margen de su visión desapareció, aunque seguía sin saber qué había podido activarla.

Tal vez la descarga eléctrica que había sufrido su sistema había alterado su programación.

El doctor pasó junto a ella, rozándola, y le indicó con un gesto la imagen holográfica que asomaba en la telerred.

—Estoy seguro de que reconoce de quién se trata —dijo, deslizando el dedo por la pantalla. El cuerpo empezó a rotar describiendo un lánguido círculo—. Permítame explicarle qué tiene de peculiar.

Cinder se subió el guante y se tapó el tejido cicatrizado con el borde antes de apresurarse a ponerse a su lado. El pie de Cinder tropezó sin querer con la llave inglesa y la envió debajo de la camilla.

—Yo diría que cerca de un 36,28 por ciento es bastante peculiar.

Aprovechando que el doctor Erland no miraba, Cinder se agachó y recogió la llave inglesa. Le pareció más pesada que antes. En realidad, era como si todo le pesara más de la cuenta. La mano, la pierna, la cabeza.

El doctor señaló el brazo derecho del holograma.

—Aquí es donde le hemos inyectado los microbios portadores de la letumosis. Estaban identificados para poder controlar el avance por su cuerpo. —Retiró el dedo y se dio unos golpecitos en el labio—. ¿Comprende ahora a qué me refiero con lo de peculiar?

—¿Al hecho de que no esté muerta y de que a usted no parezca preocuparle hallarse en la misma habitación que yo?



—Sí, en cierto modo. —La miró a los ojos, rascándose la cabeza por encima de la gorra de lana—. Como puede observar, no se ven microbios.

Cinder se frotó el hombro con la llave inglesa.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no están. Que han desaparecido. Tal que así —contestó, abriendo las manos y separando los dedos, simulando el estallido de fuegos artificiales.

—Entonces... ¿No tengo la peste?

—Exacto, señorita Linh. No tiene la peste.

—Y no voy a morir.

—Correcto.

—Y no soy contagiosa.

—Eso es. Qué maravillosa sensación, ¿verdad?

Cinder se apoyó contra la pared. Sentía un gran alivio, aunque el recelo no tardó en sustituirlo. Le habían inoculado la peste, ¿y ahora estaba curada? ¿Sin el antídoto?

Tenía todo el aspecto de tratarse de una trampa, pero la luz naranja seguía apagada. El hombre decía la verdad, por inverosímil que pudiera parecer.

—¿Había ocurrido antes?

Una sonrisita pícara apareció en el rostro ajado del doctor.

—Usted es la primera. Estoy barajando varias teorías que podrían explicar la causa, pero tendría que hacerle pruebas, claro.

El hombre se apartó del holograma y se dirigió a la repisa, sobre la que depositó los dos viales.

—Estas son sus muestras de sangre, una tomada antes de la inoculación, y la otra, después. Estoy impaciente por descubrir los secretos que guardan.



Cinder desvió la mirada hacia la puerta antes de volverse hacia el doctor.

—¿Está diciendo que cree que soy inmune?

—¡Sí! Eso es exactamente lo que parece. Muy interesante. Realmente especial. —El hombre unió las manos—. Es posible que sea congénito. Puede que haya algo en su ADN que capacite su sistema inmunitario para vencer esta enfermedad en particular. O puede que mucho tiempo atrás, tal vez en su infancia, se viera expuesta a pequeñas cantidades de letumosis y su cuerpo consiguiera vencerla, de modo que quedara inmunizada contra ella. —Cinder se encogió, incómoda ante la mirada entusiasmada de aquel hombre—. ¿Recuerda algo de su infancia que pudiera estar relacionado? —prosiguió el doctor—. ¿Alguna enfermedad grave? ¿Algún encuentro cercano con la muerte?

—No. Bueno... —Vaciló, metiendo la llave inglesa en un bolsillo lateral de los pantalones—. Puede que... Tal vez. Mi padrastro murió de letumosis. Hace cinco años.

—Su padrastro. ¿Sabe dónde pudo haberla contraído él?

Cinder se encogió de hombros.

—No lo sé. Mi madras... Mi tutora, Adri, siempre ha dicho que se contagió en Europa. Cuando me adoptó.

Al doctor le temblaron las manos, como si los dedos crispados fueran lo único que impedía que entrara en ignición.

—Entonces, es europea.

Cinder asintió, insegura. Resultaba extraño pensar que era de un lugar del que no recordaba nada.

—Que usted recuerde, ¿había mucha gente enferma en Europa? ¿Algún brote digno de mención en su provincia?

—No lo sé. En realidad, no recuerdo nada que sea anterior a la operación.

El hombre enarcó las cejas. Sus ojos azules absorbieron toda la luz de la habitación.



— ¿La operación de implantes biónicos?

— No, de cambio de sexo.

La sonrisa del doctor titubeó en sus labios.

— Es broma.

El doctor Erland recuperó la compostura.

— ¿A qué se refiere cuando dice que no recuerda nada?

Cinder se apartó un mechón de pelo del rostro soltando un bufido.

— A eso exactamente. Creo que la instalación de la interfaz neuronal tiene algo que ver; por lo visto causó daños en mi... Ya sabe, como se diga. La parte del cerebro que recuerda las cosas.

— El hipocampo.

— Supongo.

— ¿Cuántos años tenía?

— Once.

— Once. —El doctor Erland soltó el aire de golpe y dirigió una mirada desasosegada al suelo, como si fuera a encontrar allí escrita la explicación de su inmunidad—. Once. A causa de un accidente de levitador, ¿verdad?

— Exacto.

— Hoy día, los accidentes de levitador son casi imposibles.

— Hasta que un idiota inutiliza el sensor de colisión para que corra más rápido.

— Aun así, unas cuantas contusiones y cardenales no parecen justificar la cantidad de reparaciones que tuvieron que hacerle.

Cinder tamborileó con los dedos sobre la cadera. «Reparaciones», un término muy ciborg.

— Sí, bueno, mis padres murieron y yo salí volando por el parabrisas. La fuerza del impacto sacó el levitador de la maglev, la vía de levitación magnética. El vehículo dio varias vueltas de campana y yo quedé



atrapada debajo. Cuando me sacaron de allí, algunos de los huesos de mi pierna tenían la consistencia del serrín. —Hizo una pausa, jugueteando nerviosamente con los guantes—. Al menos, eso es lo que me han contado. Como ya le he dicho, no recuerdo nada.

Lo único que retenía vagamente en la memoria era la bruma inducida por las drogas, los pensamientos incoherentes. Luego llegó el dolor. La inflamación de los músculos. Los quejidos de las articulaciones. El rechazo generalizado de su cuerpo al descubrir lo que le habían hecho.

—Desde entonces, ¿tiene algún problema para retener los recuerdos o formar nuevos?

—Que yo sepa, no. —Lo miró con cara de pocos amigos—. ¿Es eso relevante?

—Es fascinante —contestó el doctor Erland, eludiendo la pregunta y extrayendo su portavisor, en el que realizó varias anotaciones—. Once años —repitió en un murmullo—. Ha debido de cambiar de prótesis varias veces hasta llegar a estas.

Cinder hizo una mueca de contrariedad. Así debería haber sido si Adri no se hubiera negado a pagar recambios nuevos para el monstruo de su hijastra. En vez de responder, echó un vistazo a la puerta y luego a los viales llenos de sangre.

—Entonces... ¿puedo irme cuando quiera?

Los ojos del doctor Erland lanzaron un destello, como si la pregunta lo hubiera ofendido.

—¿Irse? Señorita Linh, creo que no comprende lo valiosa que la ha hecho este descubrimiento.

Cinder se puso tensa y sus dedos repasaron el contorno de la llave inglesa en el bolsillo.

—De modo que sigo siendo su prisionera, solo que ahora, además, soy valiosa.

La expresión del hombre se dulcificó y guardó el visor.



—Mucho más de lo que imagina. No sabe lo importante... No tiene ni idea de su valía.

—En fin, y ahora, ¿qué? ¿Va a inocularme enfermedades mucho más letales para ver cómo se las apaña mi cuerpo?

—Por todos los astros, no. Insisto, es demasiado valiosa para matarla.

—Hace una hora no decía lo mismo.

El doctor Erland se volvió hacia el holograma con el ceño fruncido, como si meditase las palabras de la joven.

—Las cosas son muy distintas de hace una hora, señorita Linh. Con su ayuda, podríamos salvar cientos de miles de vidas. Si es lo que creo que es, podríamos... En fin, para empezar, podríamos cancelar las levas ciborg. —Se tapó la boca con el puño cerrado—. Además, le pagaríamos, claro está.

Cinder se pasó los pulgares por las presillas de los pantalones y se apoyó contra la repisa, donde descansaban los instrumentos que antes la habían inquietado tanto.

Era inmune.

Era importante.

El dinero era tentador, no iba a negarlo. Si conseguía demostrar que era autosuficiente, tal vez pudiera anular la custodia legal de Adri. Podría comprar su libertad.

Sin embargo, incluso esa perspectiva se ensombreció al pensar en Peony.

—¿De verdad cree que puedo ayudar en algo?

—Lo creo. De hecho, creo que, dentro de muy poco, todos los habitantes de la Tierra podrían estarle inmensamente agradecidos.

Cinder tragó saliva. Se subió a una de las camillas y recogió las piernas debajo de ella.



—Está bien, para que no haya dudas: ahora estoy aquí de manera voluntaria, lo que significa que puedo irme cuando quiera. Sin preguntas ni discusiones.

El rostro del doctor se animó y sus ojos se iluminaron como dos antorchas entre las arrugas.

—Sí, por supuesto.

—Y quiero que me paguen, como usted ha dicho, pero ingresándome el dinero en una cuenta aparte. Todo legal, pero por algún medio al que mi tutora no pueda tener acceso. No quiero que tenga ni la más mínima idea de que me he prestado voluntaria, ni ningún derecho sobre el dinero.

Para sorpresa de Cinder, el hombre no vaciló ni dos segundos.

—Por supuesto.

La joven inspiró hondo, tratando de acompasar la respiración.

—Y una cosa más: mi hermana. Ayer se la llevaron a las cuarentenas. Si encuentran un antídoto, o cualquier cosa que pudiera actuar como un antídoto, quiero que ella sea la primera en recibirlo.

Esta vez, la mirada del doctor vaciló. Se volvió y se acercó al holograma, frotándose las manos en el frontal de la bata.

—Me temo que eso no puedo prometérselo.

Cinder apretó los puños.

—¿Por qué no?

—Porque el emperador debe ser el primero en recibir el antídoto.
—Se le formaron unas arruguitas compasivas en los párpados—. Pero puedo prometerle que su hermana será la segunda.



CAPÍTULO 12

El príncipe Kai contemplaba a través del cristal cómo un medroide colocaba una vía en el brazo de su padre. Solo habían transcurrido cinco días desde que el emperador había mostrado los primeros síntomas de la fiebre azul, pero parecía una eternidad. Apenas eran unas horas, aunque equivalían a años de angustia.

El doctor Erland le había contado una vez que tenía la vieja sospecha de que los males siempre venían de tres en tres.

Primero, su androide Nainsi se había estropeado antes de poder comunicarle lo que había averiguado.

Y ahora su padre estaba enfermo, sin esperanza de recuperación.

¿Qué más podía ocurrir? ¿Qué podía ser peor que aquello?

Tal vez que los lunares les declararan la guerra.

Se estremeció, intentando alejar aquel pensamiento al instante de haberlo generado.

Konn Torin, el consejero de su padre y el único humano aparte del príncipe al que se le permitía ver al emperador en su estado, descansó una mano en el hombro de Kai.

—Todo saldrá bien —dijo, sin rastro de emotividad, de aquella manera tan peculiar que tenía de leer el pensamiento de los demás.

El padre de Kai gimió y abrió los ojos hinchados. Habían aislado una habitación en la séptima planta del ala de investigación del palacio, pero se había procurado que el emperador estuviera lo más cómodo posible. Varias pantallas cubrían las paredes para que pudiera disfrutar de música y entretenimiento, para que pudieran leerle. Habían hecho traer cantidades



ingentes de sus flores favoritas, recogidas en los jardines del palacio. Lirios y crisantemos inundaban una habitación, por todo lo demás, estéril. La cama estaba vestida con las mejores sedas que podían encontrarse en la Comunidad.

Sin embargo, aquello no cambiaba nada. Seguía siendo una habitación destinada a mantener a los vivos alejados de los moribundos.

Una ventana separaba a Kai de su padre. El hombre entrecerraba los ojos, como si tratara de verlo, pero su mirada estaba tan vacía como el cristal.

—Su Majestad —dijo Torin—, ¿cómo os encontráis?

Unas arruguitas se formaron en las comisuras de los ojos del emperador. No era un anciano, pero la enfermedad lo había envejecido a marchas forzadas. Estaba pálido y macilento, y varias manchas rojas y negras le salpicaban el cuello.

Separó los dedos de las sábanas, en un gesto lo más cercano a un saludo.

—¿Qué necesitáis? —preguntó Torin—. ¿Un vaso de agua? ¿Algo de comer?

—¿Una Escolta5.3? —sugirió Kai.

Torin le dirigió una mirada desaprobadora, pero al emperador se le escapó una risita entre dientes, casi sin resuello.

Kai sintió que se le empañaban los ojos y los apartó del ventanal, bajándolos hasta los dedos apoyados en la repisa.

—¿Cuánto le queda? —preguntó en voz baja, para que su padre no pudiera oírlo.

Torin sacudió la cabeza.

—Días, con suerte.

Kai sintió la mirada de Torin clavada en él, compasiva, pero también dura.



—Deberíais sentirlos afortunado por el tiempo que estáis pasando con él. La mayoría de la gente no vuelve a ver a sus seres queridos una vez que se los llevan.

—¿Y quién quiere ver a sus seres queridos en este estado? —Kai alzó la vista. Su padre estaba luchando por permanecer despierto, aunque los párpados se le cerraban con un ligero temblor—. Med, dale agua.

El androide se acercó al emperador y le levantó el respaldo para acercarle un vaso de agua a los labios y limpiarle las babas con un paño blanco. No bebió mucho, pero pareció algo más aliviado cuando volvió a desplomarse sobre las almohadas.

—Kai...

—Estoy aquí —contestó el príncipe, empañando el cristal con su aliento.

—Sé fuerte. Confía... —Un acceso de tos interrumpió sus palabras.

El med-droide le sostuvo una toalla delante de la boca y Kai atisbó una mancha de sangre en el tejido de algodón. Cerró los ojos, tratando de controlar la respiración.

Cuando volvió a abrirlos, el med-droide estaba inyectándole un líquido transparente en la vía intravenosa, un calmante para mitigar el dolor. Kai y Torin siguieron mirándolo hasta que se sumió en un sueño estático. Era como si contemplaran a un extraño. Kai lo quería, pero le resultaba difícil identificar a aquel hombre enfermo que tenía delante con el padre lleno de vida de la semana anterior.

Una semana.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y Torin le apretó el hombro. Kai había olvidado que la mano del consejero seguía allí.

—Alteza.

Kai no contestó, concentrado en el movimiento del pecho de su padre.

Los dedos posados en su hombro ejercieron una leve presión y luego se retiraron.





—Vais a ser emperador, Su Alteza. Debemos empezar a prepararos. Ya lo hemos postergado demasiado tiempo.

Demasiado tiempo. Una semana.

Kai fingió no haberlo oído.

—Tal como ha dicho Su Majestad, debéis ser fuerte. Sabéis que os ayudaré en todo lo que pueda. —Torin hizo una pausa—. Vais a ser un gran gobernante.

—No. No lo seré.

Kai se pasó una mano por el pelo, echándoselo hacia atrás, casi tirando de él.

Iba a ser emperador.

Las palabras le parecían vacías.

El verdadero emperador estaba allí, en aquel lecho. Él solo era un impostor.

—Voy a hablar con el doctor Erland —dijo, alejándose del cristal.

—El doctor está ocupado, Alteza. No deberíais distraerlo tan a menudo.

—Solo quiero preguntarle si ha habido algún avance.

—Estoy convencido de que, cuando lo haya, os lo comunicará de inmediato.

Kai apretó los dientes y se quedó mirando a Torin, el hombre que había sido consejero de su padre desde mucho antes de que Kai naciera. A pesar de todo el tiempo que había pasado, compartir el mismo espacio que Torin lo hacía sentir como un niño y, paradójicamente, eso lo empujaba a mostrarse desafiante. Se preguntó si algún día conseguiría superarlo.

—Necesito sentir que estoy haciendo algo —dijo—. No puedo quedarme aquí viendo cómo se muere.

Torin bajó la mirada.

—Lo sé, Alteza. Es duro para todos.





«No es lo mismo», sintió el deseo de contestar Kai, pero se mordió la lengua.

Torin se volvió hacia el ventanal e hizo una breve inclinación de cabeza.

—Larga vida al emperador.

Kai repitió las palabras en un susurro, tratando de burlar la sequedad de la garganta.

—Larga vida al emperador.

Salieron de la sala de visitas y guardaron silencio mientras avanzaban por el pasillo, en dirección a los ascensores, donde los esperaba una mujer. A Kai no debería de haberle sorprendido. Tenía la sensación de que últimamente estaba en todas partes, a pesar de que era la última persona en la tierra a la que deseaba ver.

Sybil Mira. Primera taumaturga de la Corona lunar. Poseía una belleza deslumbrante, una melena negra, sedosa y larga hasta la cintura y unos ojos melosos. Llevaba el atuendo que correspondía a su rango y título, una larga casaca blanca de cuello alto y mangas acampanadas, ribeteada de signos rúnicos y jeroglíficos cuyo significado Kai era incapaz de descifrar.

Cinco pasos por detrás de ella aguardaba su sempiterno y silencioso guardia, un joven tan bello como hermosa era Sybil, con el cabello rubio recogido en una coleta baja y unos rasgos tan duros e impenetrables que Kai todavía no había descubierto ninguna expresión en ellos.

Los labios de Sybil se curvaron al verlos acercarse, pero sus ojos grises conservaron su mirada gélida.

—Su Alteza Imperial —dijo, con una grácil y leve inclinación de cabeza—, ¿cómo evoluciona el honorable emperador Rikan?

—No demasiado bien, aunque gracias por vuestro interés —contestó Torin, al ver que Kai no respondía.

—No sabéis cuánto lamento oír eso. —Por el tono, parecía lamentarlo tanto como un gato que acaba de arrinconar a un ratón—. Mi señora os envía sus condolencias y el deseo de una pronta recuperación.



Clavó los ojos en el príncipe, quien creyó ver cómo su imagen se estremecía ante él, como un espejismo. Unos susurros inundaron su cabeza. Respeto y admiración, lástima y desasosiego.

Kai apartó la mirada y las voces enmudecieron. Tardó unos instantes en recuperar un pulso normal.

—¿Qué deseáis? —preguntó.

Sybil señaló los ascensores con un gesto.

—Charlar con el hombre que pronto será emperador... Si es que así lo quiere el destino.

Kai miró a Torin de reojo y se topó con una expresión severa que le exigía tacto. Diplomacia. En todo momento. Sobre todo cuando se trataba de los malditos lunares.

Kai suspiró y se volvió ligeramente hacia el androide, que esperaba sus indicaciones.

—Tercera planta.

El sensor lanzó un destello.

—Por favor, dirigíos el ascensor C, Alteza.

Al subir a la cabina, Sybil lo hizo flotando como una pluma arrastrada por la brisa. El guardia fue el último y se quedó junto a la puerta, delante de ellos tres, como si la taumaturga se encontrara en peligro de muerte. Su mirada gélida incomodaba a Kai, pero Sybil ni siquiera parecía reparar en su presencia.

—Qué momento tan poco oportuno para que Su Majestad haya caído enfermo —comentó la lunar.

Kai se aferró al pasamanos con fuerza y se volvió hacia ella, aplastando su odio contra la madera pulida.

—¿Acaso os habría venido mejor el mes que viene?

Sybil conservó la compostura.



—Me refiero, claro está, a las conversaciones de paz que mi señora había entablado con el emperador Rikan. Albergamos grandes deseos de llegar a un acuerdo que satisfaga tanto a Luna como a la Comunidad.

Mirarla lo mareaba, como si de pronto perdiera el equilibrio, de modo que volvió a apartar la vista de aquellos ojos y la dirigió a los números descendentes que había sobre las puertas.

—Mi padre ha intentado forjar una alianza con la reina Levana desde que ella ocupó el trono, pero Levana siempre se ha negado.

—Vuestro padre todavía no ha accedido a sus justas peticiones. — Kai apretó los dientes—. Espero que, cuando seáis emperador —prosiguió Sybil—, estéis más dispuesto a entrar en razón, Alteza.

Kai guardó silencio mientras el ascensor dejaba atrás las plantas sexta, quinta y cuarta.

—Mi padre es un hombre sensato. En estos momentos, no tengo la más mínima intención de revocar ninguna de sus decisiones previas. Espero que podamos llegar a un acuerdo, pero me temo que vuestra señora tendrá que rebajar sus tan justas peticiones.

A Sybil se le heló la sonrisa en el rostro.

—Bien, sois joven —dijo, cuando las puertas se abrieron en la tercera planta.

Kai hizo una leve inclinación de cabeza, fingiendo que aceptaba las palabras de Sybil como un cumplido, y se volvió hacia Torin.

—Si te sobra un minuto, ¿te importaría acompañarme a ver al doctor Erland? Tal vez se te ocurran preguntas en las que no he pensado.

—Por supuesto, Su Majestad.

Ambos salieron del ascensor sin prestar mayor atención a la taumaturga o a su guardia, pero Kai oyó la meliflua voz de la mujer a sus espaldas —«Larga vida al emperador»— antes de que se cerraran las puertas.

El joven gruñó.

—Deberíamos encerrarla.



—¿A una embajadora lunar? Eso sería lo más alejado a una demostración de paz.

—Le daríamos un trato mejor del que ellos nos dispensarían a nosotros. —Se pasó una mano por el pelo—. ¡Aj!, lunares.

Al darse cuenta de que Torin había dejado de seguirlo, Kai bajó la mano y, al volverse hacia él, se encontró con una mirada intensa cargada de preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Sé que estáis atravesando momentos muy difíciles.

Kai sintió que empezaba a ponerse a la defensiva e intentó aplacar aquella sensación.

—Son momentos difíciles para todos.

—Su Alteza, tarde o temprano tendremos que hablar sobre la reina Levana y sobre vuestras intenciones respecto a ella. Lo más sensato sería tener un plan.

Kai se acercó a Torin, haciendo caso omiso de un grupo de técnicos de laboratorio que se vieron obligados a separarse y rodearlos para continuar su camino.

—Tengo un plan. Mi plan es no casarme con ella. Al infierno con la diplomacia. Y punto. Fin de la discusión.

La mandíbula de Torin se tensó.

—No me mires así. Nos destruiría. —Kai bajó la voz—. Nos convertiría en esclavos.

—Lo sé, Alteza. —Su mirada comprensiva desarmó la creciente irritación del joven—. Por favor, os ruego que me creáis cuando digo que jamás os pediría algo así. Como jamás se lo he pedido a vuestro padre.

Kai retrocedió y se apoyó contra la pared del pasillo. Atareados científicos pasaban junto a ellos ataviados con sus batas blancas, las orugas de los androides chirriaban sobre el linóleo, pero si alguien reparaba en el príncipe y su consejero, nadie daba muestras de ello.



—De acuerdo, soy todo oídos —dijo—. ¿Cuál es el plan?

—Alteza, este no es el lugar...

—No, no, tienes toda mi atención. Por favor, dame algo en lo que pensar que no sea esa maldita enfermedad.

Torin inspiró lentamente.

—No creo que sea necesario modificar nuestra política exterior. Seguiremos el ejemplo de vuestro padre. Por el momento, nos mantendremos firmes en cuanto a la búsqueda de un acuerdo de paz, un tratado.

—¿Y si no lo firma? ¿Y si se cansa de esperar y decide llevar a cabo sus amenazas? ¿Te imaginas una guerra justo ahora, con la peste, la crisis económica y...? Nos destruiría. Y lo sabe.

—Si quisiera iniciar una guerra, ya lo habría hecho.

—Salvo que esté esperando el momento oportuno, cuando nos hayamos debilitado tanto que no nos quede otro remedio que rendirnos.

Kai se rascó la nuca, observando el trajín del pasillo.

Todo el mundo estaba ocupado, concentrado en la búsqueda de un antídoto.

Si existía dicho antídoto.

Suspiró.

—Tendría que haberme casado. Si estuviera casado, la reina Levana ni siquiera sería un problema. No le quedaría otra que firmar el tratado de paz... Si es que quiere la paz.

Ante el silencio de Torin, se volvió hacia el consejero y se sorprendió al toparse con una candidez muy poco habitual en él.

—Puede que encontréis a la joven perfecta durante los festejos —dijo Torin—. Viviréis un gran idilio, seréis felices para siempre y ya no tendréis más preocupaciones el resto de vuestros días.

Kai trató de dirigirle una mirada desaprobadora, pero no fue capaz de mantenerla demasiado tiempo. Torin rara vez bromeaba.



—Una idea brillante. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? — Se volvió, apoyó el hombro contra la pared y cruzó los brazos sobre el pecho—. De hecho, puede que exista una alternativa que mi padre y tú todavía no habéis considerado. Hace un tiempo que llevo dándole vueltas a un asunto.

—Oigámoslo, Su Alteza.

Kai bajó la voz.

—Me he dedicado a investigar... —Hizo una pausa antes de proseguir—. Sobre... Sobre la heredera lunar.

Torin abrió los ojos de par en par.

—Su Alteza...

—Espera a que acabe —lo interrumpió Kai, alzando las manos para silenciar a Torin antes de recibir sus críticas. Sabía de antemano qué diría el consejero: la princesa Selene, la sobrina de la reina Levana, estaba muerta. Hacía trece años que había muerto, en un incendio. No existía tal heredera lunar—. Todos los días aparecen nuevos rumores —prosiguió Kai—. Gente que asegura haberla visto o haberla ayudado, teorías...

—Sí, todos hemos oído esas teorías. Sabéis tan bien como yo que no tienen ningún fundamento.

—Pero ¿y si fueran ciertas? —Kai cruzó los brazos y agachó la cabeza hacia Torin. Su voz apenas era un susurro—. ¿Y si ahí fuera hubiera una joven que pudiera ocupar legítimamente el trono de Levana? ¿Alguien incluso más poderoso que ella?

—¿Estáis oyéndoos? ¿Alguien más poderoso que Levana? ¿Os referís a alguien como su hermana, quien hizo que le amputaran los pies a su costurera favorita para que no tuviera otra cosa mejor que hacer que quedarse sentada a coserle sus vestidos?

—No hablo de la reina Channary.

—No, habláis de su hija. Kai, no existe ni un solo miembro en todo su linaje que no haya sido codicioso o violento o que no haya acabado corrompido por su propio poder. Lo llevan en la sangre. Creedme cuando os digo que, aunque estuviera viva, la princesa Selene no sería mejor que su tía.





Kai se dio cuenta de que le dolían los brazos de la presión que ejercían sus manos sobre la piel, blanca alrededor de los dedos.

—Tampoco podría ser peor —replicó—. ¿Quién sabe? Si los rumores son ciertos y ha vivido en la tierra todo este tiempo, tal vez sea distinta. Tal vez simpatizase con nosotros.

—Estáis basando vuestros deseos en rumores.

—Nunca encontraron el cuerpo...

Torin apretó los labios en una fina línea.

—Encontraron lo que quedó de un cuerpo.

—¿Qué mal hay en indagar un poco más? —insistió Kai, que empezaba a desesperarse.

Llevaba mucho tiempo depositando todas sus esperanzas en aquella idea y en aquella investigación. Le resultaba insoportable pensar que había podido estar construyendo un castillo de naipes, aunque en el fondo siempre había contado con esa posibilidad.

—Lo hay —contestó Torin—. Si Levana descubriera que os planteáis algo por el estilo, nuestras esperanzas de alcanzar un acuerdo de paz se irían al traste. Ni siquiera deberíamos estar hablando de esto aquí, es peligroso.

—¿Quién es ahora el que hace caso de los rumores?

—Su Alteza, no hay nada más que discutir. Vuestro objetivo ahora mismo es evitar una guerra, no preocuparos sobre princesas lunares imaginarias.

—¿Y si no puedo evitarlo?

Torin abrió las manos en un gesto de rendición, como si la discusión lo hubiera agotado.

—Entonces la Unión tomará las armas.

—Bien. Un plan excelente. Me alegro mucho de haber tenido esta charla.

Dio media vuelta y se encaminó ofuscado hacia los laboratorios.





No le cabía duda de que la Unión terrestre presentaría batalla. Sin embargo, contra Luna, perdería.



CAPÍTULO 13

—Su panel de control es de una sofisticación extraordinaria. Una de las tecnologías más avanzadas que haya visto en un ciborg. —El doctor Erland rotó la imagen holográfica hacia un lado y luego hacia el otro—. Y mire los cables que le recorren la columna vertebral: casi se fusionan a la perfección con su sistema nervioso central. Un trabajo impecable. Y, ¡ah!, ¡mire esto! —Señaló la pelvis holográfica—. Su sistema reproductor está casi intacto. Como sabrá, muchas ciborgs quedan estériles por culpa de las técnicas invasivas, pero, por lo que aquí parece, no creo que usted vaya a tener ningún problema.

Cinder estaba sentada en una de las camillas, con la barbilla apoyada sobre las palmas de las manos.

—Qué suerte.

El doctor le hizo un gesto admonitorio con el dedo.

—Tendría que estar agradecida de que sus cirujanos se tomaran tantas molestias.

—Estoy convencida de que me sentiré mucho más agradecida cuando encuentre un tipo al que vuelvan loco los cableados sofisticados. —Golpeó los talones contra la base metálica de la mesa—. ¿Tiene eso algo que ver con mi inmunidad?

—Puede que sí y puede que no.

El doctor se sacó las gafas del bolsillo y se las colocó sobre la nariz, sin apartar la vista del holograma.

Cinder ladeó la cabeza.

—¿No le pagan lo suficiente para operarse la vista?



—Me gusta su tacto. —El doctor Erland arrastró hacia abajo el holograma y la pantalla mostró el interior de la cabeza de Cinder—. Hablando de operaciones de vista, ¿sabe que carece de conductos lacrimales?

—¿Qué? ¿De verdad? Y yo que creía que solo era un poco retraída emocionalmente. —Alzó los pies y se abrazó las rodillas—. Tampoco puedo sonrojarme, si esa iba a ser su próxima brillante observación.

El hombre se volvió. Las lentes le agrandaban los ojos.

—¿No puede sonrojarse? ¿Cómo es eso?

—Mi cerebro controla mi temperatura corporal, lo que me obliga a enfriarme si me sobrecaliento demasiado rápido. Supongo que no bastaba con sudar como un ser humano normal y corriente.

El doctor Erland sacó su portavisor e introdujo algo en la pantalla.

—Una idea sublime —musitó—. Supongo que les preocupaba que su sistema se recalentara.

Cinder alargó el cuello, pero no alcanzó a ver la pantallita del visor.

—¿Es importante?

Erland la ignoró.

—Y mire su corazón —dijo, volviendo a señalar el holograma—. Estas dos cámaras son básicamente de silicio, mezclado con biotejido. Fascinante.

Cinder se llevó una mano al pecho. Su corazón. Su cerebro. Su sistema nervioso. ¿Qué no habían tocado?

Se llevó la mano a la nuca y siguió el contorno de la columna mientras recorría con la mirada las vértebras, aquellas invasoras metálicas.

—¿Qué es eso? —preguntó, adelantando un poco el cuerpo y señalando la sombra que se veía en el gráfico.

—Ah, sí, mis ayudantes y yo estábamos discutiéndolo hace solo unos momentos. —El doctor Erland se rascó la cabeza por encima de la gorra—. Parece que está hecho de un material distinto al de las vértebras y se encuentra



justo en medio de un manojo principal de nervios. Tal vez se lo implantaron para corregir algún tipo de problema técnico.

Cinder arrugó la nariz.

— Genial. Ahora tengo problemas técnicos.

— ¿El cuello le ha dado problemas alguna vez?

— Solo cuando me he pasado todo el día debajo de un levitador — contestó.

«Y cuando sueño», pensó. En sus pesadillas, el fuego siempre parecía más intenso en la nuca, desde donde el calor se propagaba hacia la columna. El dolor era constante, como si tuviera brasas bajo la piel. Se estremeció al recordar el sueño de la noche anterior en el que Peony lloraba y gritaba, culpándola de su desgracia.

El doctor Erland la observaba, dándose golpecitos en los labios con el portavisor.

Cinder se removió, incómoda.

— Tengo una pregunta.

— ¿Sí? — la animó el doctor, devolviendo la pantalla a su bolsillo.

— Antes ha dicho que dejé de ser contagiosa en cuanto mi cuerpo se deshizo de esos microbios.

— Correcto.

— Entonces... Si hubiera contraído la peste de manera natural hace, por ejemplo, un par de días, ¿cuánto tiempo habría tenido que transcurrir para dejar de ser contagiosa?

El doctor Erland frunció los labios.

— Bien. Es de suponer que su cuerpo gana en eficacia a la hora de deshacerse de los portadores cada vez que entra en contacto con ellos. De modo que si esta vez ha tardado veinte minutos en vencerlos... Bueno, yo diría que la vez anterior no habría tardado más de una hora. Dos a lo sumo. Aunque no puedo asegurárselo, claro está, dado que cada enfermedad y cada cuerpo son diferentes.



Cinder cruzó los brazos sobre el regazo. Había tardado algo más de una hora en llegar a casa desde que había salido del mercado.

—¿Y en cuanto, no sé, a la ropa? ¿Se queda en la ropa?

—Por muy poco tiempo. Los patógenos necesitan un huésped para sobrevivir. —La miró con el ceño fruncido—. ¿Se encuentra bien?

Cinder jugueteó con los dedos de los guantes. Asintió.

—¿Cuándo vamos a empezar a salvar vidas?

El doctor Erland se recolocó la gorra.

—Me temo que no hay mucho que hacer hasta que pueda analizar sus muestras de sangre y decodificar su secuencia de ADN. Sin embargo, primero me gustaría estudiar más a fondo cómo se configura su cuerpo, por si eso pudiera afectar a los resultados.

—El ADN no varía por ser ciborg, ¿no?

—No, pero ciertos estudios sugieren que el cuerpo humano produce hormonas distintas, desequilibrios químicos, anticuerpos, ese tipo de cosas, como resultado de las operaciones. Evidentemente, cuanto más invasivo es el procedimiento, más...

—¿Cree que ser ciborg tiene algo que ver con ser inmune?

La mirada del doctor se iluminó con un brillo encandilador que incomodó a Cinder.

—No exactamente —contestó—, pero como ya he dicho antes... Tengo un par de teorías.

—¿Y tiene intención de compartir alguna de esas teorías conmigo?

—Oh, por descontado. En cuanto averigüe si estoy en lo cierto, la intención es compartir mis hallazgos con el mundo. De hecho, se me ha ocurrido lo que podría ser esa sombra misteriosa de la columna. ¿Le importa si pruebo algo?

Se quitó las gafas y volvió a guardárselas en el bolsillo, al lado del portavisor.

—¿Qué va a hacer?





—Un pequeño experimento, no tiene de qué preocuparse.

Cinder volvió la cabeza al tiempo que el doctor Erland rodeaba la camilla. El hombre le palpó la nuca con las puntas de los dedos para encontrar y pinzar las vértebras de la base del cuello. La joven se puso tensa en cuanto sintió que la tocaban. A pesar de que el hombre tenía las manos calientes, Cinder se estremeció.

—Dígame si siente algo... fuera de lo normal.

Cinder abrió la boca para decir que cualquier contacto humano era algo fuera de lo normal para ella, cuando se le cortó la respiración.

El fuego y el dolor le atravesaron la columna y se abrieron paso a través de sus venas.

Cinder cayó de la mesa de exploración con un grito agónico y se desplomó en el suelo.



CAPÍTULO 14

El visor retinal se había vuelto loco y proyectaba un galimatías de color verde contra la parte interior de sus párpados cerrados, al tiempo que una luz roja intentaba atravesarlos. Algo les pasaba a sus conexiones: tenía un tic incontrolable en los dedos de la mano izquierda.

—Tranquila, señorita Linh. Está usted perfectamente bien.

Una voz mucho más alterada contradijo a aquella primera, serena, flemática y de acento extraño.

—¿Perfectamente bien? No lo dirá en serio. ¿Qué le ha ocurrido?

Cinder gruñó.

—Solo ha sido un pequeño experimento. Enseguida se recuperará, Su Alteza. ¿Lo veis? Ya empieza a despertarse.

Cinder dejó escapar un nuevo gemido antes de poder abrir los ojos. La blancura del laboratorio la habría cegado de no ser por las dos sombras que se recortaban contra ella. Poco a poco, sus ojos fueron desentrañando las formas de la gorra de lana y los ojos azul cielo del doctor Erland, y el rostro del príncipe Kai, medio oculto bajo los oscuros mechones de pelo que le caían alborotados sobre la frente.

Volvió a cerrarlos en cuanto el visor retinal empezó a ejecutar los diagnósticos básicos por segunda vez el mismo día, temiendo que el príncipe Kai se hubiera percatado de la luz verde que se proyectaba en la base de su pupila.

Al menos llevaba los guantes puestos.

—¿Sigues viva? —preguntó Kai, apartándole el pelo desordenado de la frente.





Creyó percibir el calor y la humedad que desprendían los dedos del joven sobre su piel antes de caer en la cuenta de que era ella quien tenía fiebre.

Lo cual era imposible. No podía sonrojarse, no podía tener fiebre.

No podía recalentarse.

¿Qué le había hecho el doctor?

—¿Se ha golpeado la cabeza? —preguntó Kai.

El tic se detuvo. De manera instintiva, Cinder pegó las manos contra el cuerpo, tratando de esconderlas.

—Está bien, de verdad —insistió el doctor Erland—. Ha sufrido un pequeño ataque de pánico, pero no es nada. Le pido disculpas, señorita Linh. No sabía que sería tan sensible.

—¿Qué me ha hecho? —preguntó Cinder, procurando no arrastrar las palabras.

Kai le pasó un brazo por debajo y la ayudó a incorporarse. Cinder se estremeció y se bajó la pernera del pantalón de un tirón para ocultar el posible brillo metálico de la pantorrilla.

—Simplemente le he recolocado la columna.

Cinder miró al doctor con los ojos entrecerrados, sin necesidad de que la lucecita naranja le dijera que mentía, aunque esta se encendió de todas formas.

—¿Qué le pasa a su columna?

La mano de Kai se deslizó hasta la zona lumbar.

Cinder inspiró con fuerza, recorrida por un escalofrío. Temió que regresara el dolor, que las manos del príncipe volvieran a bloquear su sistema como lo habían hecho las del doctor Erland. Sin embargo, no ocurrió nada, y Kai no tardó en disminuir la presión de los dedos.

—No le pasa nada —aseguró el doctor Erland—. No obstante, la zona dorsal es donde se concentran muchos de nuestros nervios antes de enviar mensajes a nuestro cerebro.



Cinder le lanzó una mirada desesperada al doctor Erland, imaginando lo rápido que Kai se apartaría de ella cuando el doctor le dijera que estaba sirviéndole de apoyo a una ciborg.

—La señorita Linh se quejaba de unas molestias en el cuello...

Cinder apretó los puños hasta que notó que empezaban a dolerle los dedos.

—... y por eso le he hecho un pequeño ajuste. La quiropráctica es un tratamiento curativo muy antiguo, aunque sorprendentemente efectivo. La joven debía de tener la columna peor alineada de lo que pensaba y, al recolocarle las vértebras de manera tan repentina, ha sido como si su sistema hubiera recibido una descarga.

El hombre sonrió abiertamente al príncipe, sin que en sus ojos se revelara preocupación alguna. La lucecita naranja seguía encendida.

Cinder lo miró boquiabierta, temiendo el momento en que el doctor acabase confesándole al príncipe que le había contado una mentirijilla y empezase a revelarles los secretos de su paciente. Que era una ciborg, que era inmune a la peste y que era su nuevo conejillo de indias preferido.

Sin embargo, el doctor Erland no añadió nada más, se limitó a sonreírle con aquellos ojillos traviesos que tanto la escamaban.

Al notar los ojos del joven clavados en ella, Cinder se volvió hacia él con la intención de encogerse de hombros, como si la explicación del doctor Erland le pareciera tan plausible como a él, pero la intensidad de la mirada del príncipe Kai la dejó sin palabras.

—Espero que el doctor Erland esté diciéndome la verdad, porque sería una lástima que te murieras justo cuando acabamos de tener el placer de conocernos. —Sus ojos lanzaron un destello, como si compartiera con ella una broma privada, y Cinder forzó la risa más falsa que jamás habían esbozado sus labios—. ¿Estás bien? —insistió, cogiéndole la mano y sin apartar el brazo sobre el que se apoyaba la espalda de Cinder—. ¿Puedes levantarte?

—Creo que sí.



La ayudó a ponerse en pie. El dolor había desaparecido por completo.

—Gracias.

Cinder se separó de Kai y empezó a sacudirse la ropa, a pesar de que el suelo del laboratorio estaba immaculado. Se golpeó el muslo con la camilla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el joven, dejando caer las manos a los lados, donde colgaron unos segundos hasta que decidió metérselas en los bolsillos.

Cinder abrió la boca, pero el doctor Erland se le adelantó, tras aclararse la garganta.

—¿Ustedes dos ya se conocían? —preguntó, al tiempo que sus pobladas cejas desaparecían bajo el reborde de la gorra.

—Nos conocimos ayer —contestó Kai—. En el mercado.

Cinder hundió las manos en los bolsillos, imitando a Kai, y descubrió la llave inglesa.

—Estoy aquí, esto... Porque... Eh...

—Uno de los med-droides estaba dando problemas, Su Alteza —intervino el doctor Erland—, y le pedí que le echara un vistazo. Su taller mecánico es de los mejores que existen.

Kai empezó a asentir, aunque se detuvo y miró a su alrededor.

—¿Qué med-droide?

—Ya no está aquí, claro —contestó el doctor Erland con tono jovial, como si mentir le resultara divertido—. Seguramente ahora estará por ahí, sacando sangre.

—Sssí, ya lo he arreglado —añadió Cinder, obligándose a cerrar la boca para dejar de parecer una tonta de remate—. Ha quedado como nuevo.

Sacó la llave inglesa y la hizo girar entre los dedos, como si aquello zanjara la cuestión.



A pesar de que Kai parecía confuso, asintió. Tal vez no valía la pena seguir indagando. Cinder se alegró de que al doctor le hubiera resultado tan fácil inventarse aquella historia, aunque seguía desconcertaba. ¿Qué razones tendría para ocultar la verdad al príncipe heredero, sobre todo cuando era posible que estuviera muy cerca de un gran avance en la investigación de la peste? ¿Acaso el príncipe Kai no merecía saber qué ocurría? ¿Acaso no lo merecía todo el mundo?

—Supongo que no habrás tenido tiempo de echarle un vistazo a Nainsi, ¿verdad? —preguntó Kai.

Cinder dejó de girar la llave inglesa y la asió con fuerza con ambas manos para obligarse a estar quieta.

—No, todavía no. Lo siento. Las últimas veinticuatro horas... Han sido...

—Seguramente tienes una lista de clientes kilométrica. —Se encogió de hombros, como para restar importancia a sus palabras, aunque su postura delataba cierta tensión. Torció el gesto—. No debería esperar un trato especial. Aunque supongo que lo hago de todos modos.

A Cinder le dio un vuelco el corazón al toparse de pronto con la sonrisa del príncipe, tan encantadora e inesperada como en el mercado, hasta que vio de soslayo el holograma que había detrás de él y que todavía mostraba su funcionamiento interno: desde las vértebras metálicas hasta los manojos de cables o los ovarios intactos. Desvió la mirada de inmediato hacia Kai, con el corazón desbocado.

—Prometo echarle un vistazo en cuanto pueda. Antes de las fiestas. Eso seguro.

Kai se volvió, siguiendo la mirada de Cinder hacia el holograma. La joven apretó los puños, con los nervios atenazándole el estómago, cuando el príncipe retrocedió ante la imagen.

Una chica. Una máquina. Un monstruo.

Cinder se mordió los labios, resignada a no volver a ser nunca la destinataria de una de aquellas sonrisas principescas que detenían el corazón,



cuando el doctor Erland se acercó al holograma y apagó la telerred pasando la mano por encima.

—Disculpadme, Alteza, confidencialidad médico-paciente. Era del sujeto de las levas de hoy.

Otra mentira.

Cinder estrujó la llave inglesa entre las manos, agradecida y recelosa al mismo tiempo.

Kai se sobrepuso a su impresión con un estremecimiento.

—Eso es precisamente para lo que he bajado. Quería saber si había hecho algún progreso.

—Es difícil de decir en estos momentos, Su Alteza, pero podríamos haber hallado un posible camino. No os preocupéis, os mantendré informado de las novedades.

Sonrió con inocencia, primero a Kai y luego a Cinder. La mirada no dejaba lugar a dudas: no pensaba decirle nada a Kai, aunque Cinder no alcanzaba a comprender la razón.

La joven se aclaró la garganta y retrocedió hacia la salida.

—Entonces, será mejor que me vaya para que pueda volver al trabajo —dijo, dándose unos golpecitos en la palma de la mano con la llave inglesa—. Supongo que... Bueno... Volveré para comprobar que el med funciona correctamente. Pongamos... ¿mañana?

—Perfecto —contestó el doctor—. Además, tengo su número de identidad en el caso de que necesitara encontrarla.

La sonrisa del doctor se ensombreció de manera apenas perceptible, con lo que daba a entender que la consideraría voluntaria siempre y cuando volviera voluntariamente. La joven era valiosa, y él no tenía la más mínima intención de permitir que saliera por aquella puerta para siempre.

—Te acompañaré a la salida —dijo el príncipe, que pasó la muñeca por delante del escáner.

La puerta se abrió con un susurro.



Cinder levantó las manos enguantadas, con los dedos cerrados con fuerza sobre la llave inglesa.

—No, no, no pasa nada. Ya la encontraré yo sola.

—¿Seguro? No es ninguna molestia.

—Sí, seguro. Supongo que tendréis asuntos importantes de... gobierno... e investigación... imperiales... que discutir. Aunque, gracias, Alteza.

Se arriesgó a hacer una reverencia, algo desmañada, y agradeció que, al menos esta vez, tuviera los dos pies en su sitio.

—Está bien. Bueno, ha sido un placer volver a verte. Una agradable sorpresa.

Cinder rió con sorna, aunque se sorprendió al ver que el príncipe parecía haberlo dicho en serio y al notar aquellos ojos de mirada cálida y un tanto curiosa clavados en ella.

—Lo... Lo mismo digo. —Retrocedió hasta la puerta. Sonriendo. Temblando. Rezando por que esta vez no llevara manchas de grasa en la cara—. Bueno, entonces, ya os enviaré una com. Cuando vuestra androide esté lista.

—Gracias, Linh-mèi.

—Podéis llamarme Cin... —la puerta se cerró entre ellos— der. Cinder. A secas. Alteza. —Apoyó la espalda contra la pared con un gesto derrotado y se golpeó la frente con los nudillos—. Os enviaré una com. Podéis llamarme Cinder —repitió, con tono burlón. Se mordió el labio—. No hagáis caso de la chica que no sabe cuándo dejar de hablar.

No había joven en el país que no soñara con el príncipe Kai. Estaba tan fuera de su alcance, de su mundo, que tendría que haber dejado de pensar en él en cuanto la puerta se hubo cerrado. Tendría que dejar de pensar en él de inmediato. No debería volver a pensar en él, salvo, tal vez, como cliente o príncipe.

Sin embargo, el recuerdo de aquellos dedos sobre su piel se negó a desvanecerse.





CAPÍTULO 15

Cinder tuvo que descargarse un mapa del ala de investigación del palacio para encontrar la salida. Entre lo del príncipe, lo de Peony y lo de... todo, tenía los nervios a flor de piel. Se sentía como una impostora deambulando por los relucientes pasillos blancos, con la cabeza gacha, evitando encontrarse con la mirada de científicos y androides de chapa blanca. A pesar de que ahora sí que era una verdadera voluntaria. Y una voluntaria valiosa.

Pasó junto a una sala de espera —amueblada con dos telerredes y tres sillas acolchadas—, y los ojos se le fueron a la ventana.

La vista.

La ciudad.

A ras de suelo, Nueva Pekín era un auténtico caos: demasiados edificios embutidos en demasiado poco espacio; calles descuidadas, callejones cruzados de un lado al otro por cables eléctricos y cuerdas de tender y molestas enredaderas que invadían hasta la última pared de cemento.

Sin embargo, desde allí, en lo alto del precipicio y alejada del suelo, la ciudad era bella. El sol estaba en su cenit, y la luz se modulaba sobre los rascacielos de cristal y los tejados bañados en oro. Cinder veía el movimiento constante de telerredes enormes y el destello de los levitadores, que se movían a velocidad vertiginosa entre los edificios. Desde allí, la ciudad era un hervidero de vida, aunque sin el runrún tecnológico.

Cinder buscó el conglomerado de esbeltos edificios de cristal azul y cromo que custodiaban la plaza del mercado y luego intentó trazar una ruta desde allí hacia el norte, intentando encontrar la Torre Fénix, pero se escondía detrás de demasiada ciudad y demasiadas sombras.

El embrujo se disipó.



Tenía que volver. A su casa. A su cárcel.

Tenía que arreglar la androide de Kai. Tenía que proteger a Iko, pues no pasaría ni una semana antes de que a Adri se le pasara por la cabeza desmontarla para venderla por piezas o, peor aún, cambiarle el chip de personalidad «defectuoso». Había estado quejándose de lo respondona que era la androide desde que Cinder había ido a vivir con ella.

Además, no tenía otro sitio adonde ir. Hasta que el doctor Erland no encontrara el modo de ingresar el pago en la cuenta de Cinder sin que Adri lo descubriera, no tenía ni dinero ni levitador, y su única amiga humana también estaba encerrada, en las cuarentenas.

Apretó los puños.

Tenía que volver. Aunque no se quedaría mucho tiempo. Adri había dejado bastante claro que consideraba a Cinder una carga y que la despreciaba. No había tenido ningún reparo en despacharla en cuanto había descubierto la manera lucrativa de hacerlo, un modo que le ahorraba los remordimientos, ya que, al fin y al cabo, había que encontrar un antídoto. Peony lo necesitaba.

En realidad, tal vez había hecho lo correcto. Tal vez Cinder, por ser ciborg, tenía la obligación de sacrificarse para que los humanos normales pudieran curarse. Tal vez era lógico que utilizaran a los que ya habían sufrido alteraciones. Sin embargo, Cinder sabía que jamás perdonaría a Adri. Aquella mujer tenía el deber de protegerla, de ayudarla. Si Adri y Pearl eran la única familia que le quedaba, estaría mejor sola.

Tenía que irse. Y sabía muy bien cómo iba a hacerlo.

La cara que puso Adri al ver entrar a Cinder en el apartamento casi consiguió convencer a la joven de que la espantosa experiencia había merecido la pena.

La mujer estaba sentada en el sofá, leyendo en su portavisor. Pearl estaba en la otra punta de la habitación, entretenida con un juego de mesa holográfico cuyas piezas tenían la forma de los famosos preferidos de la joven, entre los que se incluían tres versiones del príncipe Kai. Llevaba mucho tiempo



siendo el juego favorito de Pearl y Peony, aunque en esos momentos la joven combatía con extraños en la red y parecía aburrida y cansada de él. Cuando Cinder entró en la estancia, tanto Pearl como Adri se quedaron boquiabiertas y una versión del príncipe en miniatura cayó traspasada por la larga hoja de un rival virtual. Pearl puso el juego en pausa demasiado tarde.

—Cinder —dijo Adri, dejando el portavisor en una mesita de café—. ¿Cómo es que estás...?

—Me han hecho pruebas y han decidido que no soy lo que andan buscando, así que me han mandado de vuelta a casa. —Cinder esbozó una sonrisa forzada—. No te preocupes, estoy segura de que seguirán teniendo en cuenta tu noble sacrificio. Puede que te envíen una com de agradecimiento.

Adri se puso en pie, mirándola incrédula.

—¡No pueden enviarte a casa!

Cinder se quitó los guantes y se los metió en el bolsillo.

—Me temo que tendrás que presentar una queja oficial. Siento interrumpirte, veo que estabas muy ocupada encargándote de los quehaceres domésticos. Si me disculpas, será mejor que vaya a intentar ganarme el sustento para que tú puedas volver a deslomarte la próxima vez que encuentres una manera conveniente de deshacerte de mí.

Se dirigió hacia el pasillo. En ese momento, Iko asomó la reluciente cabeza por la cocina con el sensor azul brillando de asombro. A Cinder le sorprendió la velocidad con que la sensación de alivio desterró su resentimiento. Por un momento, había pensado que no volvería a ver a Iko nunca más.

La alegría momentánea se desvaneció cuando Adri salió al pasillo detrás de ella, como una exhalación.

—Cinder, quieta ahí.

A pesar de lo tentada que estuvo de desobedecerla, Cinder se detuvo y se volvió hacia su tutora.



Se sostuvieron la mirada. Adri todavía no se había recuperado de la sorpresa y le temblaba la mandíbula. Parecía mayor. Mucho más vieja que antes.

—Llamaré al centro de investigación para verificar que es cierto lo que dices y asegurarme de que no mientes —le informó—. Si has hecho algo... Si has echado a perder la única oportunidad que tenía de ayudar a mi hija... — La rabia se apoderó de su voz, que alcanzó un tono estridente. Cinder la oía enterrar las lágrimas bajo las palabras—. ¡Es imposible que no les sirvas para nada!

Adri enderezó la espalda, agarrándose al marco de la puerta.

—¿Qué más quieres que haga? —contestó Cinder con el mismo tono, agitando las manos—. ¡Muy bien, llama a quien quieras! No he hecho nada malo. Fui allí, me hicieron pruebas y me echaron. Siento mucho que no me hayan devuelto a casa en una caja de cartón, si era eso lo que esperabas.

Adri apretó los labios.

—Sigues ocupando el mismo lugar que antes en esta casa y no me gusta que la huérfana que acepté en mi hogar me falte al respeto hablándome de esa manera.

—No me digas —contestó Cinder—. ¿Quieres que te haga una lista de todas las cosas que me han hecho hoy y que tampoco me han gustado? Me han clavado agujas, me han metido pinzas en la cabeza, me han inoculado... —Se interrumpió. No quería que Adri supiese la verdad. Lo importante que había resultado ser para la investigación—. Sinceramente, ahora mismo me importa bastante poco lo que te gusta y lo que no. Eres tú quien me ha vendido y yo nunca te he hecho nada.

—Ya basta. Sabes muy bien lo que me has hecho. A mí y a esta familia.

—Yo no tuve la culpa de la muerte de Garan.

Volvió la cabeza cuando unos puntitos blancos de rabia le enturbiaron la visión.



—De acuerdo, ya vuelves a estar aquí —dijo Adri, sin abandonar su altivez—. Bienvenida a casa, Cinder. Sin embargo, mientras vivas bajo mi techo, obedecerás mis órdenes. ¿Lo has entendido?

Cinder apoyó la mano biónica en la pared, con los dedos abiertos para apuntalarse.

—Que obedezca tus órdenes. Muy bien. Tipo: «Haz las tareas del hogar, Cinder. Ponte a trabajar para que pueda pagar las facturas, Cinder. Haz de ratón de laboratorio para esos científicos locos, Cinder». Sí, te entiendo a la perfección. —Miró atrás, pero Iko había vuelto a esconderse en la cocina—. Del mismo modo que tú también entenderás que he perdido media jornada de trabajo y que será mejor que me lleve tu Serv9.2 para ponerme al día. No te importa, ¿verdad?

Sin esperar una respuesta, se encaminó con paso decidido hacia la caja de cerillas que tenía por habitación y cerró la puerta de golpe tras de sí.

Esperó con la espalda apoyada contra la puerta hasta que el texto de advertencia de la retina hubo desaparecido y dejaron de temblarle las manos. Cuando volvió a abrir los ojos, descubrió que la vieja telerred, la que Adri había arrancado de la pared, estaba tirada sobre la pila de mantas que le servían de cama. Había trocitos de plástico esparcidos por la almohada.

No se había fijado en si Adri ya había comprado una nueva o si la pared del salón seguía vacía.

Lanzó un suspiro y se cambió, ansiosa por deshacerse del olor a antiséptico que se le había pegado a la ropa. Metió las piezas de plástico en la caja de herramientas y se colocó la pantalla debajo del brazo antes de salir de nuevo al pasillo. Iko no se había movido y seguía medio escondida junto a la puerta de la cocina. Cinder le señaló la salida con la cabeza y la androide la siguió.

No se volvió a mirar el salón al pasar, pero creyó oír el grito agónico y apagado del príncipe Kai en el juego de Pearl.

Apenas habían salido por la puerta —a un pasillo insólitamente silencioso debido a que los niños del vecindario estaban en el colegio— cuando Iko envolvió las piernas de Cinder con sus brazos desgarrados.



—¿Cómo es posible? Estaba segura de que te matarían. ¿Qué ha ocurrido?

Cinder le pasó la caja de herramientas y se dirigió a los ascensores.

—Te lo contaré todo, pero tenemos mucho trabajo.

Esperó a que estuvieran solas, de camino al sótano, antes de informar a Iko de lo que había sucedido. Únicamente obvió la parte en que el príncipe Kai había entrado en la sala de laboratorio y la había encontrado inconsciente en el suelo.

—Entonces, ¿tienes que volver? —preguntó Iko cuando salían del ascensor.

—Sí, pero no pasa nada. El doctor me ha dicho que ya no estoy en peligro. Además, van a pagarme y Adri no se enterará.

—¿Cuánto?

—No estoy segura, pero creo que bastante.

Iko asió la muñeca de Cinder justo cuando esta abría la puerta de rejilla que daba paso a su taller.

—¿Te das cuenta de qué significa esto?

Cinder mantuvo la puerta abierta con el pie.

—¿Qué parte?

—Significa que puedes comprarte un vestido bonito... ¡Incluso más bonito que el de Pearl! ¡Puedes ir al baile y Adri no podrá hacer nada para detenerte!

Cinder apretó los labios, como si acabara de morder un limón, y se zafó de la mano de la androide.

—¿Eso crees, Iko? —dijo, repasando aquel caos de herramientas y piezas de recambio—. ¿De verdad crees que Adri va a dejarme ir solo porque puedo pagarme el vestido? Seguramente me lo arrancaría para intentar revender los botones.

—Bueno, de acuerdo, pues no le diremos nada, ni del vestido ni del baile. No tienes por qué ir con ellas. Eres mejor que ellas. Eres valiosa. —El





ventilador de Iko chirriaba como un poseso, como si al procesador le costara asimilar todas aquellas revelaciones—. Inmune a la letumosis. ¡Por todas las estrellas del firmamento, podrías hacerte famosa!

Cinder no le hizo caso. Se agachó y dejó la telerred apoyada contra las estanterías. Su mirada había reparado en un bulto de tela plateada, hecho un ovillo en un rincón, que lanzaba un brillo muy tenue bajo la luz mortecina.

—¿Qué es eso?

El ventilador de Iko fue apagándose con un lento zumbido.

—El vestido de fiesta de Peony. No... no he podido tirarlo. Creía que nadie volvería a bajar aquí nunca más, entre que tú... Resumiendo, que decidí quedármelo. Para mí.

—Eso no ha estado bien, Iko. Podría estar infectado. —Cinder vaciló un instante antes de acercarse al vestido y levantarlo por las mangas salpicadas de perlas. Estaba manchado de tierra, arrugado y, para colmo, cabía la posibilidad de que hubiera estado expuesto a la letumosis, aunque el doctor había dicho que era muy difícil contagiarse a través de la ropa. Además, ahora ya nadie iba a llevarlo.

Dejó el vestido sobre la soldadora y se dio la vuelta.

—No vamos a gastarnos el dinero en un vestido —dijo—. Y, por enésima vez, no vamos a ir al baile.

—¿Por qué no? —preguntó Iko, con un claro lamento robótico.

Cinder se acercó a la mesa de trabajo, subió la pierna al tablero y empezó a sacar las herramientas que había guardado en el compartimento de la pantorrilla.

—¿Recuerdas ese coche que vimos en el depósito de chatarra? ¿Ese viejo, de gasolina?

De los altavoces de Iko surgió un sonido huraño y rezongón, lo más cercano a un gruñido que era capaz de producir.

—¿Qué le pasa?



—Vamos a tener que emplear todo nuestro tiempo y dinero en arreglarlo.

—¡No, Cinder! Dime que es una broma.

Cinder empezó a grabar una lista mental mientras cerraba el compartimento de la pantorrilla y se bajaba la pernera. Las palabras se desplazaban ante su visión: SACAR EL COCHE DEL VERTEDERO, EVALUAR SU ESTADO, ENCONTRAR PIEZAS, DESCARGAR DIAGRAMA DE CABLEADO, COMPRAR GASOLINA. En ese momento vio la androide de Kai sobre la mesa. ARREGLAR LA ANDROIDE.

—Lo digo en serio.

Se recogió el pelo en una coleta tirante. Animada por una extraña excitación, se dirigió con paso decidido hacia la caja de herramientas vertical del rincón y empezó a buscar varias cosas que le vendrían bien: correas elásticas, cadenas, trapos, dínamos, cualquier cosa que pudiera servirle para adecentar el coche y dejarlo listo para su reparación.

—Volveremos esta noche. Si podemos, lo traeremos al aparcamiento y, si no, habrá que arreglarlo en el depósito. Veamos, tengo que volver al palacio mañana por la mañana y echarle un vistazo a la androide del príncipe por la tarde, pero, si nos ponemos en serio, creo que podría tenerlo listo en un par de semanas, tal vez menos. Depende de las reparaciones que necesite, claro.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué vamos a arreglarlo?

Cinder metió las herramientas en la bolsa.

—Porque ese coche va a sacarnos de aquí.



CAPÍTULO 16

Sanitarios y androides del turno de noche se arrimaron a las paredes cuando el príncipe Kai atravesó el pasillo como una exhalación. Había salido corriendo de su dormitorio, en la decimosexta planta del ala privada del palacio, y solo se había detenido para tomar aire cuando no le había quedado más remedio que esperar el ascensor. Irrumpió en la sala de visitas y se detuvo en seco, todavía con la mano en el picaporte.

Su mirada enloquecida recayó en Torin, cruzado de brazos, apoyado contra la pared del fondo. El consejero apartó los ojos del ventanal y recibió la expresión angustiada de Kai con gesto resignado.

—He oído... —empezó a decir Kai, enderezando la espalda.

Tragó saliva para humedecerse la garganta reseca y acabó de entrar en la habitación. La puerta se cerró detrás de él con un ligero chasquido. Una única lamparita y el resplandor de los fluorescentes de la cuarentena iluminaban la pequeña sala.

Kai escudriñó la habitación del enfermo a través del cristal justo en el momento en que un med-droide extendía una sábana blanca sobre los ojos cerrados de su padre. El martilleo de su corazón se detuvo de golpe.

—He llegado demasiado tarde.

Torin cambió de postura.

—Hace apenas unos minutos —le confirmó, y se apartó de la pared con movimientos pesados.

Kai se fijó en las arrugas que le surcaban el rostro, en los ojos exhaustos y privados de sueño y en la taza de té intacta que descansaba junto a un portavisor. Torin se había quedado trabajando hasta tarde en vez de volver a casa, a su cama.



El agotamiento finalmente venció a Kai, quien apoyó la frente ardiendo contra el frío cristal. Él también tendría que haber estado allí.

—Convocaré una rueda de prensa —dijo Torin, con voz apagada.

—¿Una rueda de prensa?

—El país tiene que saberlo. Todos lloraremos su pérdida.

Por un insólito momento, el consejero pareció profundamente afectado, aunque la respiración contenida lo disimulaba.

Kai cerró los ojos con fuerza y se los frotó con los dedos. A pesar de ser consciente de que su padre había contraído una enfermedad incurable y cuál sería el desenlace, nada parecía tener sentido. Era incapaz de asimilar todo lo que acababa de perder en apenas un instante. No solo a su padre. No solo al emperador.

Su juventud. Su libertad.

—Seréis un buen emperador —dijo Torin—. Como lo fue él.

Kai se apartó de él con un estremecimiento. No quería pensar en aquello, en sus muchas deficiencias. Era demasiado joven, demasiado simple, demasiado optimista, demasiado ingenuo. No podía hacerlo.

La pantalla que tenían detrás lanzó un breve pitido, seguido de una voz dulce y femenina: «Comunicación entrante de la reina Levana de Luna para Su Majestad Kaito, príncipe heredero de la Comunidad Oriental».

Kai dio media vuelta hacia la telerred, que en esos momentos solo mostraba un globo terráqueo girando sobre sí mismo en una de las esquinas, señal de que había una com disponible. La tensión se respiraba en el ambiente, pero ninguno de los dos se movió.

—¿Cómo ha podido enterarse? ¿Tan pronto? —preguntó Kai—. Debe de tener espías.

Vio de soslayo que Torin le lanzaba una mirada iracunda, como advirtiéndole de que no empezara tan pronto con las teorías conspiratorias.

—O puede que la taumaturga o su guardia os hayan visto correr por el palacio en medio de la noche —dijo—. ¿Qué otra cosa podría significar?





Kai apretó los dientes, enderezó la espalda y le hizo un gesto a la pantalla, como si saludara a un enemigo.

—Me temo que se acabó el luto —murmuró—. Pantalla, acepta la com.

La pantalla se iluminó. A Kai se le erizó el vello al ver a la reina lunar, quien ocultaba la cabeza y los hombros bajo un recargado velo de color crema, como una novia perpetua. Lo único que se adivinaba bajo aquel sudario era una insinuación de su cabello largo y oscuro y un atisbo de sus facciones. Los lunares justificaban aquella peculiar carta de presentación con la belleza de su reina, de tal perfección que los terrestres no eran dignos de contemplarla. Sin embargo, Kai había oído que, en realidad, el hechizo de la reina —su facultad para conseguir que la gente la considerara sublimemente hermosa mediante la manipulación de sus ondas cerebrales— no tenía efecto sobre las telerredes y, por tanto, nunca permitía que se la viera a través de estas.

Se debiera a la razón que se debiera, a Kai siempre acababan escociéndole los ojos si miraba largo rato la figura envuelta en aquel velo blanco.

—Mi querido príncipe regente —dijo Levana con voz meliflua—, permitidme ser la primera en transmitir mis condolencias por la pérdida de vuestro padre, el buen emperador Rikan. Que descanse en paz.

Kai lanzó una mirada gélida a Torin. ¿Espías?

Torin no se la devolvió.

—A pesar de las trágicas circunstancias, espero poder continuar las conversaciones de paz con vos, como nuevo líder de la Comunidad Oriental de la Tierra. Puesto que no veo que exista motivo alguno para postergar dichas conversaciones hasta el momento de vuestra coronación, se celebre cuando haya de celebrarse, creo que sería conveniente concertar un encuentro tan pronto como creáis oportuno, teniendo en cuenta vuestro período de luto. Mi lanzadera está lista para partir tan pronto como amanezca en vuestras latitudes, para poder expresar tanto mis condolencias como mis felicitaciones en persona. Avisaré a mi taumaturga de mi llegada. Ella se encargará de que mis aposentos estén debidamente acondicionados, de modo que os ruego que no os



preocupéis por mi alojamiento. Estoy segura de que tendréis otros asuntos de los que ocuparos en estos momentos tan trágicos. Mi más sentido pésame a vos y a la Comunidad.

Finalizó el mensaje con una leve inclinación de cabeza y la pantalla se fundió en negro.

Boquiabierto, Kai se volvió hacia Torin y apretó los puños contra los costados antes de que empezaran a temblarle.

—¿Quiere venir... aquí? ¿Ahora? ¡No hace ni quince minutos que mi padre ha pasado a mejor vida!

Torin se aclaró la garganta.

—Deberíamos discutir este asunto por la mañana. Lo más conveniente sería hacerlo antes de la conferencia de prensa.

Kai se dio la vuelta y apoyó la cabeza contra el ventanal, de golpe. Al otro lado, la silueta angulosa del cuerpo de su padre quedaba oculta bajo la sábana blanca, muy similar a la reina y su velo. El emperador había perdido tanto peso en las últimas semanas que parecía más un maniquí que un hombre.

Su padre ya no estaba a su lado. Ya no volvería a protegerlo. No volvería a darle consejos. No volvería a gobernar el país.

—Levana cree que soy débil —dijo Kai—. Intentará persuadirme durante el período de confusión que vendrá a continuación para que acepte un matrimonio que selle la alianza. —Le dio una patada a la pared, aunque tuvo que ahogar un grito de dolor al recordar que iba descalzo—. ¿No podemos decirle que no? Que no es bienvenida.

—No creo que eso fuera la señal de paz por la que vuestro padre tanto ha estado luchando.

—¡Pero si es ella la que lleva doce años amenazándonos con la guerra!

Torin frunció los labios y la viva preocupación que se traslucía en su mirada sofocó la rabia de Kai.



—Las conversaciones se entablan entre dos interlocutores, Alteza. Escucharemos sus peticiones, pero ella también tendrá que escuchar las nuestras.

Kai hundió los hombros. Se dio la vuelta y apoyó la coronilla contra el cristal.

—¿Qué ha querido decir con eso de que su taumaturga se ocupará de su alojamiento? —preguntó, con la mirada dirigida hacia el techo oculto en la penumbra.

—Supongo que se refiere a retirar los espejos.

Kai cerró los ojos con fuerza.

—Los espejos. Claro. Lo había olvidado.

Se masajeó la frente. ¿Qué pretenderían los lunares? Y no una lunar cualquiera. La reina Levana. En la Tierra. En su país, en su hogar. Se estremeció.

—Esto no va a gustarle al pueblo.

—No. —Torin suspiró—. Mañana será un día aciago para la Comunidad.



CAPÍTULO 17

Un tintineo atravesó la mente de Cinder, seguido de un mensaje de texto que se desplazó en medio de la oscuridad del sueño.

COM REMITIDA DESDE EL DISTRITO 29 DE NUEVA PEKÍN, CUARENTENA DE LETUMOSIS. LINH PEONÍA HA ENTRADO EN EL TERCER ESTADIO DE LA LETUMOSIS A LAS 04.57 DEL 22 DE AG. DE 126 T. E

Necesitó un minuto para sacudirse de encima la modorra y entender aquellas palabras reptantes. Abrió los ojos en el dormitorio sin ventana y se incorporó. Le dolía todo el cuerpo de la visita nocturna al depósito de chatarra. Tenía la espalda tan dolorida que era como si ese viejo coche le hubiera pasado por encima en vez de haber estado empujándolo y tirando de él por los callejones con la ayuda de Iko. Sin embargo, lo habían conseguido, el coche ya era suyo. Lo habían trasladado a un rincón oscuro del aparcamiento subterráneo del edificio, donde podría trabajar en él cada vez que tuviera un momento. Mientras que nadie se quejara del olor, sería el pequeño secreto que compartiría con Iko.

Cuando por fin habían llegado a casa, Cinder se había derrumbado en la cama como si alguien hubiera apretado su botón de apagado. Por una vez, no tuvo pesadillas.

Al menos, hasta que aquel mensaje la despertó.

Imaginarse a Peony sola en las cuarentenas la sacó inmediatamente de la cama improvisada sobre un montón de mantas apiladas, reprimiendo un gruñido. Se puso un par de guantes, se agenció una manta



verde de brocado del armario de la ropa blanca del pasillo, estableció la configuración de Iko en modo ahorro de energía y la conectó a una estación de carga del salón. Le resultaba extraño dejar a la androide en casa, pero había decidido que después iría directa al palacio.

Una vez en el pasillo principal, oyó que alguien se paseaba por la planta de arriba y el murmullo de una telerred que emitía las noticias de la mañana. Cinder pidió un levitador vía com por primera vez en su vida y este ya la esperaba cuando llegó a la calle. Pasó su identificador por el escáner e introdujo las coordenadas de la cuarentena antes de acomodarse en el asiento trasero, donde se conectó a la red para poder seguir el camino del levitador hasta las instalaciones. El mapa que se superpuso a su visión le indicó que se encontraban en el distrito industrial, a unos veinticinco kilómetros a las afueras de la urbe.

La ciudad era un laberinto de sombras, edificios somnolientos y desdibujados y aceras desiertas. Los bloques de viviendas iban perdiendo altura y ganando distancia entre ellos a medida que se alejaban del centro. La desvaída luz del amanecer se arrastraba por las calles y proyectaba sombras alargadas sobre la calzada.

Cinder supo que habían llegado al distrito industrial sin necesidad del mapa. Se desconectó con un parpadeo y vio pasar por la ventanilla las fábricas, entre las que se intercalaban almacenes de hormigón de escasa altura, con puertas de persiana gigantescas, que podían albergar hasta el levitador más grande que existiera. Seguramente incluso cargueros.

Cinder pasó su identificador por el escáner al salir para que el levitador pudiera cargarle la carrera en su cuenta casi agotada y le pidió que la esperara. Se dirigió al almacén más cercano, donde un grupo de androides esperaba junto a la puerta, sobre la que había una telerred nuevecita en la que se proyectaba:

CUARENTENA DE LETUMOSIS. ACCESO LIMITADO A
ANDROIDES Y PACIENTES.





Se colocó la manta sobre los antebrazos e intentó parecer lo más segura posible mientras avanzaba, preguntándose qué diría si los androides le preguntaban algo. Sin embargo, los med-droides no parecían estar programados para ocuparse de la gente sana que quisiera entrar en las cuarentenas. Apenas se fijaron en ella cuando pasó por su lado. Cinder esperaba que resultara igual de sencillo salir de allí. Tal vez debería haberle pedido un pase al doctor Erland.

El hedor a excrementos y podredumbre la golpeó en la cara en cuanto entró en el almacén. Retrocedió tambaleante, con el estómago revuelto, tapándose la boca y la nariz con la mano y lamentándose de que su interfaz cerebral no pudiera amortiguar los olores con tanta facilidad como los sonidos.

Cogió aire a través del guante y contuvo la respiración antes de obligarse a volver a entrar en el almacén.

Dentro no hacía tanto calor. Los rayos de sol no llegaban a tocar el suelo, también de hormigón. Una lámina de plástico verde y opaco cubría una delgada hilera de ventanas pegadas al techo y bañaba el edificio de una bruma sombría. Unas bombillas grisáceas zumbaban sobre su cabeza, incapaces de atenuar la oscuridad.

Había cientos de camastros alineados a lo largo de las paredes, cubiertos con mantas variopintas, procedentes de donaciones y restos de fábrica. Se alegró de haber traído una manta bonita para Peony. La mayoría de las camas estaban vacías. Aquella cuarentena se había construido con prisas en las últimas semanas, al tiempo que la enfermedad se acercaba sigilosamente a la ciudad. Sin embargo, las moscas ya se habían adueñado del lugar y su zumbido inundaba la estancia.

Los escasos pacientes junto a los que pasó dormían o tenían la mirada clavada en el techo, con el cuerpo cubierto de sarpullidos morados. Aquellos que todavía conservaban la razón, se encorvaban sobre sus portavisoires, su última conexión con el mundo exterior. Las miradas vidriosas se volvían hacia ella cuando pasaba por su lado con paso apresurado y la seguían.





Había med-droides yendo de un lado al otro entre los camastros, llevando comida y agua, pero ninguno de ellos detuvo a Cinder.

Encontró a Peony dormida, hecha un ovillo bajo una manta azul de bebé. De no ser por los rizos castaños que se derramaban sobre la almohada, no sabía si la había reconocido. Las manchas violáceas se habían extendido a los brazos. A pesar de estar temblando, tenía la frente perlada de sudor. Parecía una ancianita, con las horas contadas.

Cinder se quitó el guante y le tocó la frente con el dorso de la mano. Estaba caliente y húmeda al tacto. Era la tercera fase de la letumosis.

Le puso la manta verde por encima y se quedó mirándola, preguntándose si debería despertarla o si era mejor dejarla descansar. Se enderezó y miró a su alrededor. La cama que tenía detrás estaba vacía. La que Peony tenía al otro lado estaba ocupada por un bulto menudo que les daba la espalda, ovillado en posición fetal. Un niño.

Cinder dio un respingo al sentir que alguien le tiraba de la mano. Peony le había cogido los dedos de acero y se los estrechaba con las pocas fuerzas que le quedaban. Miraba a Cinder fijamente, suplicante. Asustada. Sobrecogida, como si estuviera viendo un fantasma.

Cinder tragó saliva con dificultad y se sentó en la cama. Era casi tan dura como el suelo de su dormitorio.

—¿Has venido a llevarme a casa? —preguntó Peony, arrastrando las palabras con voz ronca.

Cinder se estremeció. Cubrió con su mano la de Peony.

—Te he traído una manta —contestó, como si aquello explicara su presencia.

Peony apartó la vista y con la otra mano tocó el relieve del brocado. Permanecieron largo rato sin decir nada, hasta que oyeron un chillido estridente. Las manos de Peony se cerraron sobre la de Cinder cuando esta se dio la vuelta, intentando averiguar qué ocurría, segura de que estaban matando a alguien.





Cuatro pasillos más allá, una mujer se removía en su cama, gritando, suplicando que la dejaran en paz mientras un tranquilo med-droide esperaba para inyectarle una jeringuilla. Un minuto después, llegaron dos androides más para sujetar a la mujer, la obligaron a postrarse en la cama y le sostuvieron el brazo para poder pincharla.

Cinder se volvió al percibir que Peony se encogía a su lado. Estaba temblando.

—Esto es un castigo por algo que he hecho —dijo Peony, al tiempo que cerraba los ojos.

—No digas tonterías —contestó Cinder—. La peste no es más... No es justo. Lo sé. Pero no has hecho nada malo.

Le dio unas palmaditas en la mano.

—¿Mamá y Pearl están...?

—Destrozadas —dijo Cinder—. Todas te echamos mucho de menos. Pero no se han contagiado.

Peony parpadeó y abrió aún más los ojos. Miró fijamente el rostro de Cinder, el cuello, como si buscara algo.

—¿Y tus manchas? —Cinder abrió la boca, sin saber qué decir, frotándose el cuello de manera ausente, pero Peony no le dio tiempo a responder—. Puedes dormir ahí, ¿no? —dijo, señalándole el camastro que tenía al lado—. No irán a darte una cama en la otra punta, ¿verdad?

Cinder estrechó con fuerza las manos de Peony.

—No, Peony, no estoy... —Miró a su alrededor, pero nadie les prestaba atención. Un med-droide dos camas más allá estaba ayudando a un paciente a beber un poco de agua—. No estoy enferma.

Peony ladeó la cabeza.

—Pero estás aquí.

—Ya lo sé. Es complicado. Verás, ayer fui al centro de investigación de la letumosis, me hicieron pruebas y... Peony, soy inmune. No puedo contraer la letumosis.



Peony relajó la frente arrugada. Volvió a mirar el rostro de Cinder, el cuello, los brazos, como si su inmunidad fuera algo visible, algo que debería apreciarse a simple vista.

— ¿Inmune?

Cinder acarició la mano de Peony más rápido, nerviosa después de haberle revelado a alguien su secreto.

— Me pidieron que volviera hoy. El jefe médico cree que tal vez pueda ayudarles para encontrar un antídoto. Le dije que si descubre algo, lo que sea, tú tienes que ser la primera persona en recibirlo. Se lo hice prometer.

Asombrada, vio que los ojos de Peony se llenaban de lágrimas.

— ¿De verdad?

— De verdad. Vamos a encontrar la cura.

— ¿Cuánto tiempo tardaréis?

— No... No lo sé.

La otra mano de Peony encontró su muñeca y la apretó. Las largas uñas se le clavaron en la carne, pero Cinder tardó bastante en advertir el dolor. La respiración de Peony se había acelerado. Las lágrimas no dejaban de acudir a sus ojos, pero parte de la esperanza repentina se había desvanecido y la había invadido la desesperación.

— No dejes que me muera, Cinder. Yo quería ir al baile. ¿Recuerdas? Ibas a presentarme al príncipe.

Volvió la cabeza, enterrando el rostro en la almohada en un vano intento por detener las lágrimas, o por esconderlas, o por secárselas de una sola vez. En ese momento, la asaltó una tos seca que dejó un fino hilillo de sangre sobre el cojín.

Cinder torció el gesto y se inclinó de inmediato para limpiarle la barbilla con la esquina de la manta de brocado.

— No te rindas, Peony. Si soy inmune, eso quiere decir que tiene que existir la manera de combatir esta enfermedad. Y ellos averiguarán cómo. Seguro que acabarás yendo al baile. — Sopesó si contarle que Iko había decidido



conservar su vestido, pero comprendió que eso implicaría tener que decirle que habían tirado todo lo que alguna vez hubiera tocado. Se aclaró la garganta y le apartó el pelo de la sien con una caricia—. ¿Hay algo que pueda hacer para que estés más cómoda?

Peony sacudió la cabeza sobre la almohada gastada, sujetando la manta contra la boca. Entonces, levantó la mirada.

—¿Mi portavisor?

Cinder se estremeció con una sensación de culpa.

—Lo siento, todavía no está arreglado. Pero le echaré un vistazo esta noche.

—Solo quería enviarle una com a Pearl. Y a mamá.

—Claro. Te lo traeré en cuanto pueda. —El portavisor de Peony. La androide del príncipe. El coche—. Lo siento mucho, Peony, pero tengo que irme.

Las manitas se aferraron a su muñeca.

—Volveré tan pronto como pueda, te lo prometo.

Peony inspiró débilmente, se sorbió la nariz y la soltó. Enterró las débiles manos bajo la manta y se tapó hasta la barbilla.

Cinder se puso en pie y le desenredó el pelo con los dedos.

—Intenta dormir un poco. Reserva fuerzas.

Peony siguió a Cinder con ojos llorosos.

—Te quiero, Cinder. Me alegro de que no estés enferma.

A Cinder se le encogió el corazón. Frunció los labios, se inclinó y besó la frente sudorosa de Peony.

—Yo también te quiero.

Le costó encontrar la fuerza necesaria para apartarse de ella, hasta que se obligó a alejarse de allí intentando engañarse, diciéndose que todavía quedaba una esperanza. Una esperanza.





Se dirigía hacia la salida de la cuarentena con la mirada al frente cuando oyó que alguien la llamaba por su nombre. Se detuvo, creyendo que aquella voz ronca había sido fruto de su imaginación en medio de un sinfín de gritos histéricos.

Se volvió y vio una cara familiar medio cubierta por una colcha descolorida por el tiempo.

—¿Chang-jie?

Se acercó al pie de la cama, arrugando la nariz ante el olor acre que despedía el lecho de la mujer. Chang Sacha, la panadera del mercado, apenas era reconocible bajo aquellos párpados hinchados y la piel cetrina.

Intentando respirar con normalidad, Cinder rodeó la cama.

La colcha que cubría la nariz y la boca de Sacha se movía con su trabajosa respiración. Tenía los ojos vidriosos y abiertos de par en par. Era la única vez que recordaba que Sacha la hubiera mirado sin desprecio.

—¿Tú también? ¿Cinder?

—¿Puedo hacer algo por ti? —dijo Cinder con inseguridad, eludiendo la pregunta.

Eran las palabras más amables que jamás habían intercambiado. La colcha se movió y descubrió unos centímetros más del rostro de Sacha. Cinder reprimió un grito al ver las manchas azuladas en la mandíbula de la mujer, que se extendían hacia el cuello.

—Mi hijo —dijo, entre resuellos—. ¿Puedes traer a Sunto? Tengo que verlo.

Cinder no se movió, recordando que apenas hacía unos días Sacha le había prohibido a Sunto que se acercara a su puesto.

—¿Que lo traiga?

Sacha asomó un brazo por debajo de las mantas, lo alargó hacia la joven y la atrapó por la muñeca, allí donde la piel se unía al metal. Cinder retorció la mano, intentando zafarse, pero Sacha la tenía apresada con fuerza. Un pigmento azulado rodeaba las uñas amarillentas.



La cuarta y última fase de la fiebre azul.

—Lo intentaré —dijo.

Acercó la otra mano, vaciló, y luego le dio unos suaves golpecitos en los nudillos. Los dedos azules la soltaron y cayeron sobre la cama.

—Sunto —murmuró Sacha. Su mirada seguía detenida en el rostro de Cinder, pero ya no lo reconocía—. Sunto.

La joven retrocedió, viendo cómo las palabras se marchitaban en los labios de la mujer. La vida se apagó en los ojos negros de Sacha.

Todo el cuerpo de Cinder sufrió una sacudida. Se llevó las manos al estómago y miró a su alrededor. Los demás pacientes continuaban completamente ajenos a ella y a la mujer —al cadáver— que tenía al lado. Sin embargo, en ese momento vio que se acercaba un androide y supuso que los med-droides estarían conectados de algún modo con los pacientes para saber cuándo moría uno de ellos.

¿Cuánto tardaba en llegar la notificación por com a la familia?
¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Sunto supiera que se había quedado huérfano de madre?

Sintió deseos de salir corriendo, de abandonar aquel lugar lo antes posible, pero era como si tuviera los pies clavados al suelo. El androide llegó hasta la cama y tomó la mano exangüe de Sacha entre sus prensos. Salvo por las manchas amoratadas de la mandíbula, el resto del rostro de la mujer tenía un tono macilento. Todavía seguía con los ojos abiertos, vueltos hacia el cielo.

Tal vez el med-droide quisiera hacerle alguna pregunta a Cinder. Puede que alguien quisiera conocer las últimas palabras de la mujer. Tal vez le interesara a su hijo. Puede que tuviera que comunicárselo a alguien.

Con todo, el sensor del med-droide no se volvió hacia ella.

Cinder se pasó la lengua por los labios. Abrió la boca, pero no se le ocurrió qué decir.

El med-droide introdujo la mano libre en el interior del compartimento que acababa de abrirse en su torso y sacó un escalpelo entre los dedos articulados. Cinder contempló, hipnotizada y asqueada, cómo el



androide colocaba la hoja sobre la muñeca de Sacha. Un hilillo de sangre rodó por la palma de la mujer.

La joven se sacudió de encima el aturdimiento y dio un tambaleante paso al frente. Sus muslos toparon con el pie de la cama.

—¿Qué estás haciendo? —dijo, más alto de lo que pretendía.

El med-droide se detuvo con el escalpelo hundido en la muñeca de Sacha. El visor amarillo lanzó un destello en dirección a Cinder y luego se atenuó.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo, con su educación de serie.

—¿Qué estás haciendo? —volvió a preguntar Cinder.

Se reprimió para no alargar la mano y quitarle el escalpelo, pero quería asegurarse de que no se trataba de un malentendido. Tenía que haber una razón, una explicación lógica. Los med-droides eran pura lógica.

—Retirando el chip de identidad —contestó el androide.

—¿Por qué?

El visor volvió a brillar y el androide devolvió su atención a la muñeca de Sacha.

—Ya no lo necesita.

El robot cambió el escalpelo por unas pinzas y Cinder oyó el pequeño tintineo del metal contra el metal. Hizo una mueca de asco cuando extrajo el pequeño chip. La cobertura protectora de plástico lanzó un destello escarlata.

—Pero... ¿no lo necesitáis para identificar el cadáver?

El androide dejó el chip en una bandeja que asomó por la carcasa de plástico. Cinder lo vio caer sobre un colchón de decenas de chips ensangrentados.

El robot extendió la colcha andrajosa sobre los ojos abiertos de Sacha.

—He sido programado para seguir las instrucciones —se limitó a contestar el robot, eludiendo la pregunta.





CAPÍTULO 18

Un med-droide se interpuso en el camino de Cinder cuando esta abandonaba el almacén y le cortó el paso con los largos y desgarrados brazos extendidos.

—Los pacientes tienen estrictamente prohibido abandonar la zona de cuarentena —dijo, empujando a Cinder de vuelta hacia las sombras de la puerta.

Cinder venció el pánico y detuvo al robot colocando la palma de la mano contra la suave frente del androide.

—No soy una paciente —dijo—. Ni siquiera estoy enferma. Mira.

Extendió el brazo y le enseñó el pequeño moretón que le había salido de todas las veces que le habían clavado agujas en aquellos dos últimos días.

Las entrañas del androide emitieron un ligero zumbido mientras procesaba la información, buscando en su base de datos una reacción lógica. A continuación, se abrió un panel en el torso y el tercer brazo, el de la jeringuilla, se movió en dirección a Cinder. La joven se estremeció, pues todavía tenía la zona dolorida, pero intentó relajarse mientras el androide extraía una nueva muestra de sangre. La jeringuilla desapareció en el interior del cuerpo del robot y Cinder esperó mientras se desenrollaba la manga hasta el dobladillo del guante.

Tuvo la impresión de que la prueba duraba más que en el depósito de chatarra y unos escalofríos de pánico aterrador empezaron a recorrerle la columna vertebral —¿y si el doctor Erland se había equivocado?— cuando oyó un pitido grave y el androide retrocedió para franquearle el paso.





Cinder dejó de contener la respiración y no se volvió hacia el robot ni hacia ninguno de sus compañeros mientras avanzaba por el asfalto caliente. El levitador seguía esperándola. Se acomodó en el asiento trasero y le dijo que la llevara al palacio de Nueva Pekín.

La primera vez que la habían llevado al palacio estaba inconsciente, por lo que en esta ocasión no se despegó de la ventanilla del levitador cuando inició el ascenso por la empinada y sinuosa carretera que conducía a lo alto de los escarpados precipicios que se asomaban a la ciudad. Su conexión de red buscó información y averiguó que el palacio había sido construido tras la Cuarta Guerra Mundial, cuando la ciudad apenas era algo más que una llanura de escombros. El diseño, inspirado en el viejo mundo, combinaba una gran carga de simbolismo nostálgico con ingeniería de vanguardia. Los tejados estilo pagoda tenían un tono dorado y estaban bordeados de gárgolas de qilins, aunque, en realidad, las tejas eran de acero galvanizado cubierto con diminutas cápsulas solares que producían suficiente energía para abastecer a todo el palacio, incluida el ala de investigación. Las gárgolas estaban equipadas con sensores de movimiento, escáneres de identidad, cámaras de trescientos sesenta grados y radares capaces de detectar la aproximación de cualquier aeronave o levitador en un radio de cien kilómetros. No obstante, toda aquella tecnología quedaba oculta entre las vigas profusamente adornadas y los pabellones escalonados.

Sin embargo, no fueron precisamente los modernos avances tecnológicos los que llamaron la atención de Cinder, sino una carretera de adoquines flanqueada por cerezos. Mamparas de bambú enmarcaban el paso a los jardines y a través de un ventanillo se distinguía el tranquilo discurrir de un riachuelo.

El levitador no se detuvo en la entrada principal, con sus pérgolas carmesíes, sino que rodeó el edificio y se dirigió hacia el ala norte, la más cercana al centro de investigación. A pesar de que aquella parte del palacio era más moderna, menos nostálgica, Cinder atisbó la estatua de un buda rechoncho de rostro sonriente a un lado del camino. Ya había pagado el levitador y se encaminaba hacia la puerta automática de cristal cuando sintió una pulsación tenue en el tobillo: el buda registraba a las visitas en busca de armas. Para su alivio, la pierna de acero no hizo saltar ninguna alarma.





Una vez dentro, la recibió un androide que le preguntó su nombre y le pidió que esperara junto a los ascensores. El centro de investigación era un hervidero de actividad: diplomáticos y médicos, embajadores y androides, todos deambulaban por los pasillos con su propio cometido.

Se abrieron las puertas de un ascensor y Cinder entró, contenta de encontrarlo vacío. Las puertas empezaron a cerrarse, pero de pronto se detuvieron y volvieron a abrirse.

—Por favor, espere —dijo la voz mecánica del operario del ascensor.

Segundos después, el príncipe Kai entraba a toda prisa por las puertas medio abiertas.

—Disculpe, lo siento, gracias por espe... —Al verla, se detuvo en seco—. ¿Linh-mèi?

Cinder se arrimó a la pared del fondo del ascensor e intentó hacer una reverencia de la manera más natural posible mientras comprobaba que el guante le tapaba la muñeca por completo.

—Alteza.

La palabra le salió sin más, pronunciada de manera automática, aunque enseguida sintió la necesidad de añadir algo, para llenar el vacío, pero no se le ocurrió nada.

Se cerraron las puertas y la cabina inició el ascenso.

Cinder se aclaró la garganta.

—Podéis, esto... Podéis llamarme Cinder. No es necesario que seáis tan...

«Diplomático.»

Los labios del príncipe se curvaron en una ligera sonrisa, aunque su mirada no los acompañaba.

—De acuerdo. Cinder. ¿Estás siguiéndome?

La joven frunció el ceño, a punto de ponerse a la defensiva, cuando comprendió que estaba burlándose de ella.



—Voy a revisar el med-droide. Ese al que le eché un vistazo ayer. Para asegurarme de que no quede ningún error residual ni nada por el estilo.

El príncipe asintió, pero Cinder percibió un velo tras su mirada y una rigidez en los hombros de la que no se había percatado hasta aquel momento.

—Iba a hablar con el doctor Erland sobre sus avances. He oído decir que podría haber hecho algún progreso con uno de los últimos sujetos de las levas. Supongo que no te habrá comentado nada, ¿verdad?

Cinder jugueteó con las presillas de su cinturón.

—No, no me ha comentado nada. Solo soy una mecánica.

El ascensor se detuvo. Kai le cedió el paso con caballerosidad y se encaminaron hacia los laboratorios. Cinder veía el suelo blanco pasando bajo sus pies.

—Alteza. —Lo abordó una mujer joven de cabello negro recogido en una trenza muy tirante. Lo miraba fijamente, con verdadera lástima—. Lo siento mucho.

Cinder se volvió hacia Kai, quien inclinó ligeramente la cabeza.

—Gracias, Fateen.

Y continuó caminando.

Cinder frunció el ceño.

No habían avanzado ni diez pasos cuando volvieron a verse obligados a detenerse. Esta vez se trataba de un hombre que llevaba un puñado de viales vacíos en la mano.

—Mis condolencias, Alteza.

Cinder se estremeció y poco a poco fue quedándose atrás, hasta que se detuvo.

Kai la imitó y se volvió hacia ella.

—No has visto la red esta mañana.





Un segundo después, Cinder accedía a su conexión y las páginas empezaron a pasar ante sus ojos. La página de noticias de la CO, media decena de fotografías del emperador Rikan, dos de Kai, el príncipe heredero.

Se tapó la boca con una mano.

Kai pareció sorprendido, pero la confusión solo duró unos instantes. Agachó la cabeza y varios mechones azabache le cayeron sobre los ojos.

—Lo has acertado.

—Lo siento mucho. No lo sabía.

El joven se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirando el final del pasillo. Hasta ese momento, Cinder no se había fijado en el fino ribete enrojecido que le bordeaba los ojos.

—Ojalá todo quedara en la muerte de mi padre.

—¿Alteza?

La conexión a la red de Cinder seguía buscando información, pero no encontró nada que pudiera compararse con el fallecimiento del emperador Rikan. El otro cotilleo de cierto peso era que la coronación del príncipe había sido fijada para la noche de la Fiesta de la Paz, antes del baile.

El joven la miró a la cara, sorprendido, como si hubiera olvidado con quién estaba hablando.

—Puedes llamarme Kai.

—¿Disculpad? —preguntó asombrada.

—Olvida lo de «Alteza». Ya me llama así... todo el mundo. Puedes llamarme Kai.

—No. Eso no estaría...

—No me obligues a dictar una orden real —repuso el príncipe con una débil sonrisa.

En un repentino ataque de timidez, Cinder se encogió de hombros hasta que estos casi le rozaron las orejas.



—De acuerdo. Supongo.

—Gracias. —Señaló el pasillo con un gesto de la cabeza—. Bueno, pues entonces, ya podemos continuar.

Cinder casi había olvidado que estaban en el ala de investigación, rodeados de personas que educadamente fingían ignorarlos, como si ni siquiera estuvieran allí. La joven reanudó sus pasos, preguntándose si habría dicho algo fuera de lugar y sintiéndose un tanto incómoda junto a aquel príncipe que, de pronto, había pasado a ser simplemente Kai. Era una sensación muy extraña.

—¿Qué le pasaba al androide?

Cinder se frotó una manchita de aceite del guante.

—Vaya, lo siento, todavía no está lista, pero estoy en ello, lo prometo.

—No, me refería al med-droide. El que arreglaste para el doctor Erland.

—Ah. Sí, claro. Hum... Estaba... Tenía... un... cable suelto. Entre el optosensor y... el panel de control. —Kai enarcó una ceja, por lo que Cinder no estaba demasiado segura de haberlo convencido. Se aclaró la garganta—. ¿No habías dado a entender que, bueno, que había más noticias y no demasiado buenas? —Al ver que Kai tardaba en contestar, se encogió de hombros—. No importa. No pretendía ser indiscreta.

—No, no, no pasa nada. De todas maneras no tardarás en enterarte. —Bajó la voz e inclinó la cabeza hacia ella mientras seguían caminando—. Esta mañana, la reina lunar nos ha informado de que realizará una visita a la Comunidad en misión diplomática. Supuestamente.

Cinder estuvo a punto de tropezar, pero Kai no se detuvo. Lo siguió como pudo.

—¿La reina lunar va a venir aquí? Estás de broma.

—Ojalá. Todos los androides del palacio se han pasado la mañana entera retirando las superficies reflectantes del ala de invitados. Es ridículo, como si no tuviéramos nada mejor que hacer.



— ¿Superficies reflectantes? Siempre había creído que no eran más que supersticiones.

— Pues parece ser que no. Tiene algo que ver con su encanto... — Enmarcó su rostro con un dedo—. ¿Qué más da?

— ¿Cuándo vendrá?

— Hoy.

A Cinder le dio un vuelco el estómago. ¿La reina lunar? ¿En Nueva Pekín? Se le erizó el vello de los brazos.

— Lo anunciaré dentro de media hora.

— Pero ¿para qué viene justo ahora, cuando la Comunidad está de luto?

Kai esbozó una sonrisa amarga.

— Por eso mismo, porque estamos de luto. — Guardó silencio unos instantes. Miró un momento a su alrededor, bajó la voz y se inclinó hacia Cinder—. Mira, te agradezco sinceramente que nos eches una mano con los med-droides y estoy seguro de que la mejor mecánica de la ciudad tiene un millón de encargos urgentes, pero a riesgo de parecer el típico príncipe consentido, ¿sería mucho pedir que pusieras a Nainsi la primera de la lista? Tengo ganas de volver a verla. Creo... — Vaciló un instante—. Creo que ahora mismo me vendría bien el apoyo moral de mi tutora de la infancia, ¿sabes?

La intensidad de su mirada no trató de ocultar el verdadero significado de lo que pretendía decirle. Kai quería que Cinder supiera que estaba mintiendo. Aquello no tenía nada que ver con el apoyo moral o los lazos de la infancia.

El pánico que se escondía tras aquellos ojos lo decía todo. ¿Qué información almacenaría la androide que fuera tan importante? ¿Y qué relación tenía con la reina lunar?

— Claro, Alteza. Perdón, príncipe Kai. Le echaré un vistazo en cuanto vuelva a casa.



Creyó entrever un atisbo de gratitud en aquella mirada cargada de preocupación. Kai hizo un gesto para indicar la puerta que tenía al lado, en cuya placa se leía: DR. DMITRI ERLAND. La abrió e hizo pasar a Cinder.

El doctor Erland estaba sentado tras una mesa lacada, con la atención puesta en una pantalla encajada en la superficie. Al ver a Kai, se puso en pie de un salto, se quitó la gorra de lana con gesto presuroso y rodeó la mesa en su dirección.

—Alteza, lo lamento de veras. ¿Qué podría hacer para aliviar vuestro dolor?

—Nada, gracias —contestó Kai de manera automática, aunque de pronto enderezó la espalda y pareció cambiar de opinión—. Encontrar una cura.

—Así lo haré, Alteza. —Volvió a ponerse la gorra—. Por descontado.

La determinación que se reflejaba en el rostro del científico casi resultaba desconcertante, aunque también tranquilizadora. Cinder se preguntó de inmediato si no habría descubierto algo nuevo desde la última vez que se habían visto.

Pensó en Peony, sola, en la cuarentena. Se dijo que no estaba bien pensar en aquello y enseguida se lo recriminó, aunque no podía evitarlo: ahora que el emperador Rikan había fallecido, Peony encabezaba la lista de las primeras personas que recibirían el antídoto.

Kai se aclaró la garganta.

—Me he encontrado con su guapa mecánica en el vestíbulo y me ha dicho que ha venido a revisar los med-droides. Ya sabe que si lo necesita puedo conseguirle más fondos para comprar modelos actualizados.

Cinder dio un respingo al oír lo de «guapa», pero ni Kai ni el doctor Erland se dieron cuenta.

Tambaleante, echó un vistazo a la estancia. El ventanal que ocupaba parte de la pared, del suelo al techo, encuadraba una vista perfecta de los exuberantes jardines del palacio y de la ciudad que se extendía tras ellos. Las estanterías estaban llenas de objetos de todo tipo, familiares y desconocidos,



nuevos y antiguos. Una de ellas estaba repleta de libros, no de portavisores, sino de libros de verdad, de papel. Tarros llenos de hojas y flores secas, tarros llenos de líquidos etiquetados con cuidada caligrafía, tarros llenos de especímenes de animales y formaldehído. Una colección de piedras, metales y minerales, todos rigurosamente identificados.

Era la guarida de un brujo y el despacho de un aclamado científico de la casa real al mismo tiempo.

—No, no, solo necesitan un poco de mantenimiento —aseguró el doctor Erland, mintiendo con tanta naturalidad como lo había hecho el día anterior—. No hay nada de lo que preocuparse, y sería una pesadilla tener que programar un modelo nuevo. Además, si no tuviéramos androides medio averiados, ¿con qué excusa haríamos venir a la señorita Linh al palacio de vez en cuando?

Cinder le lanzó una mirada iracunda, medio muerta de vergüenza, pero en el rostro de Kai se dibujó un atisbo de sonrisa.

—Doctor —dijo Kai—, me han llegado rumores de que ha hecho un gran avance en los últimos días. ¿Es eso cierto?

El doctor Erland se sacó las gafas del bolsillo y empezó a limpiárselas con el dobladillo de la bata.

—Príncipe, deberíais saber que nunca hay que hacer caso de los rumores. No querría daros falsas esperanzas antes de contar con datos concretos. Sin embargo, cuando disponga de información fiable, seréis el primero en recibir el informe.

Se colocó las gafas sobre la nariz.

Kai se metió las manos en los bolsillos, supuestamente satisfecho.

—De acuerdo, en ese caso le dejaré trabajar tranquilo a la espera de ver un informe sobre la mesa de mi despacho en cualquier momento.

—Eso podría traernos algún problema, Alteza, teniendo en cuenta que no disponéis de despacho.

Kai se encogió de hombros y se volvió hacia Cinder. Su mirada se suavizó ligeramente mientras hacía una leve inclinación de cabeza.



—Espero que nuestros caminos vuelvan a encontrarse.

—¿De verdad? En ese caso creo que seguiré persiguiéndoos.

Se arrepintió al instante de haber bromeado con tanta ligereza, hasta que Kai se echó a reír. Una risa sincera que derritió el corazón de la joven.

En ese momento, el príncipe tendió la mano hacia la suya, hacia la mano mecánica.

Cinder se puso tensa, aterrorizada ante la posibilidad de que notara el duro metal a través del guante, aunque mucho más aterrada de retirarla y de que el gesto le resultara sospechoso. Mentalmente ordenó a su extremidad robótica que fuera delicada, que fuera flexible, que fuera humana, mientras veía a Kai llevársela a los labios y depositar un beso en el dorso. Cinder contuvo la respiración, abrumada y muerta de vergüenza.

El príncipe le soltó la mano, hizo una breve inclinación de cabeza —el pelo volvió a caerle sobre los ojos— y abandonó la habitación.

Cinder estaba clavada al suelo, sintiendo el zumbido de los cables conectados a los nervios.

Oyó el gruñido lleno de curiosidad del doctor Erland, pero la puerta volvió a abrirse tan pronto como se hubo cerrado.

—Santo cielo —musitó el doctor Erland al ver entrar a Kai de nuevo.

—Discúlpeme, pero ¿le importaría que le preguntara una última cosa a Linh-mèi?

El doctor Erland giró la muñeca en dirección a la joven.

—En absoluto, adelante.

Kai se dirigió a ella, con medio cuerpo fuera de la habitación.

—Ya sé que tal vez no sea el mejor momento, pero créeme cuando digo que mis motivos responden a la pura supervivencia. —Hizo una rápida inspiración—. ¿Querías ser mi invitada personal al baile?

El suelo se abrió bajo los pies de Cinder. De pronto se quedó en blanco. Seguro que no lo había oído bien.



Sin embargo, allí seguía él, esperando. Al cabo de una larga pausa, el joven enarcó ambas cejas como invitándola a contestar.

—¿Dis... disculpadme?

Kai se aclaró la garganta y se puso derecho.

—Supongo que irás al baile, ¿no es así?

—No... no lo sé. Es decir, no. No, lo siento, no voy a ir al baile.

Kai retrocedió, desconcertado.

—Ah. Bien... Pero... puede que ahora quieras pensártelo, porque soy... Bueno, ya sabes.

—El príncipe.

—No estoy fanfarroneando, es solo lo que soy —se apresuró a matizar Kai.

—Lo sé.

Cinder tragó saliva. El baile. El príncipe Kai estaba pidiéndole que lo acompañara al baile. Sin embargo, esa sería la noche en que Iko y ella se irían de allí, siempre que el coche estuviera listo a tiempo. La noche de su huida.

Además, él no sabía a quién, mejor dicho, a qué estaba invitando. Si supiera la verdad... ¿Acaso no se avergonzaría si alguien lo descubriera?

Kai removió los pies, lanzando una mirada nerviosa al médico.

—Lo... lo siento —tartamudeó Cinder—. Gracias. Yo... Gracias, Alteza. Pero, con todos mis respetos, debo rechazar vuestra invitación.

Kai parpadeó. Bajó la mirada, tratando de digerir la respuesta. Acto seguido, alzó la barbilla e intentó esbozar una amplia sonrisa, aunque a nadie se le escapó su desilusión.

—No pasa nada. Lo entiendo.

El doctor Erland se apoyó contra la mesa.

—Mis más sinceras condolencias, Alteza. En más de un sentido, parece ser.



Cinder le lanzó una mirada gélida, pero el hombre se concentró en volver a limpiarse las gafas.

Kai se rascó la nuca.

—Ha sido un placer volver a verte, Linh-mèi.

La joven acusó la vuelta a las formalidades y quiso decir algo, trabándose en disculpas y explicaciones, pero el príncipe no esperó a oírlas. La puerta se deslizó tras él.

Cinder cerró la boca mientras los pensamientos se agolpaban en su cabeza. El doctor Erland chascó la lengua y la joven se disponía a verter airadamente sobre él las justificaciones que pugnaban por salir, cuando este se dio la vuelta y regresó a su asiento antes de que ella tuviera tiempo de abrir la boca.

—Qué lástima que no pueda sonrojarse, señorita Linh.



CAPÍTULO 19

El doctor Erland le indicó la silla que había frente a su escritorio con ambas manos.

—Tome asiento, por favor. Permítame terminar un par de cosillas y enseguida le informaré de los descubrimientos que he realizado desde ayer por la tarde.

Cinder se sentó, agradecida de poder dar un respiro a unas piernas que le flaqueaban.

—El príncipe acaba...

—Sí. Yo también estaba aquí.

El doctor Erland tomó asiento a su vez y pulsó varias veces la pantalla del escritorio.

Cinder se recostó contra el respaldo de la silla, agarrándose los brazos para detener el temblor. Repasó mentalmente la conversación mientras el escáner de la retina le informaba de que su cuerpo estaba produciendo endorfinas en cantidades masivas y que debía intentar tranquilizarse.

—¿Qué cree que ha querido decir con eso de que sus motivos responden a la supervivencia?

—Seguramente que este año no le apetecía que las jovencitas lo acosaran en el baile. Ya sabe que hace un par de años casi hubo una estampida.

Cinder se mordió el labio. De todas las chicas de la ciudad, ella era...

La más conveniente.

Decidió que aquellas palabras resonarían en su interior como un eco, que se le quedarían grabadas. Estaba en el lugar y el momento apropiados,



parecía sana y, aunque la invitara al baile, aquello no lo comprometía a nada. Ni más ni menos.

Además, estaba de luto. El príncipe se había limitado a tomar una decisión con la cabeza fría.

—El emperador Rikan ha muerto —dijo Cinder, buscando algo diferente en que entretener sus pensamientos.

—Así es. El príncipe Kai estaba muy unido a su padre, supongo que lo sabe.

Cinder bajó la vista hacia la pantalla sobre la que el doctor Erland se encorvaba. Solo alcanzó a ver un pequeño gráfico de un torso humano, rodeado de cajas llenas de texto comprimido. No parecía el suyo.

—La engañaría si le dijera —prosiguió el doctor Erland— que en ciertos momentos no he acariciado la secreta esperanza de encontrar un antídoto a tiempo de salvar a Su Majestad, a pesar de ser muy consciente de las escasas posibilidades de éxito que tenía desde el momento en que lo diagnosticué. Sin embargo, debemos continuar con nuestro trabajo.

Cinder asintió con la cabeza, pensando en la pequeña mano de Peony aferrada a la suya.

—Doctor, ¿por qué no le ha dicho nada al príncipe sobre mí? ¿No quiere que sepa que ha encontrado a alguien inmune? ¿Acaso no es importante?

El hombre frunció los labios, pero no levantó la vista.

—Tal vez debería hacerlo, pero sus responsabilidades le obligarían a comunicárselo al pueblo y no creo que todavía estemos preparados para atraer tanta atención. Cuando dispongamos de las pruebas sólidas que testimonien que usted es... tan valiosa como espero, entonces compartiremos la noticia con el príncipe. Y con el mundo.

Cinder cogió un lápiz de portavisores que corría por la mesa y lo examinó como si se tratara de una maravilla de la ciencia.

—Tampoco le ha dicho que soy una ciborg —murmuró, haciendo girar el lápiz entre los dedos, como un molinillo.



El hombre por fin la miró y las arrugas que le bordeaban los ojos se acentuaron.

—Ya. Eso es lo que le preocupa en realidad, ¿verdad? —Antes de poder confirmar o refutar aquella afirmación, el doctor Erland agitó una mano para desarmar con aquel gesto la actitud defensiva de la joven—. ¿Cree que debería decirle que es una ciborg? Lo haré, si es eso lo que quiere, pero, sinceramente, creo que no es asunto del príncipe.

A Cinder se le cayó el lápiz en el regazo.

—No, no es eso lo... Yo solo...

El doctor Erland intentó reprimir una risotada. Estaba burlándose de ella.

Cinder lanzó un bufido, irritada, y se volvió hacia la ventana. El sol de la mañana bañaba la ciudad con una luz cegadora.

—La verdad es que da igual. Lo averiguará, tarde o temprano.

—Sí, supongo que sí. Sobre todo si continúa mostrando, digamos, interés en usted. —El doctor Erland empujó la silla hacia atrás—. Veamos. Hemos completado su secuencia de ADN. ¿Qué le parece si vamos al laboratorio?

Salió detrás de él al pasillo esterilizado. Los laboratorios no estaban muy lejos y esta vez entraron en la sala 11D, idéntica en todo a la anterior, la 4D: telerredes, armarios empotrados y una sola mesa de reconocimiento. Sin espejos.

Cinder se sentó en la camilla sin que nadie se lo dijera.

—Hoy he ido a las cuarentenas, a ver a mi hermana.

El doctor se detuvo con el dedo sobre el botón de encendido de la telerred.

—Eso ha sido un poco arriesgado. Sabe que quien entra no puede salir, ¿verdad?



—Lo sé, pero tenía que verla. —Balanceó las piernas. Los pies golpearon las patas de la mesa—. Uno de los med-droides me extrajo una muestra de sangre antes de irme y estaba limpia.

El doctor pulsó los controles de la telerred.

—Ajá.

—Pensé que debía saberlo, por si eso pudiera afectar a lo que fuera.

—En absoluto.

La punta de la lengua asomó por la comisura de los labios del doctor Erland y un segundo después la pantalla cobró vida. A continuación, el hombre deslizó las manos por la superficie para subir el fichero de Cinder. Ese día estaba mucho más completo y contenía información sobre ella que ni siquiera la joven conocía.

—Y he visto algo —insistió Cinder.

El doctor gruñó, más concentrado en la pantalla que en ella.

—Uno de los med-droides le arrancó el chip de identidad a una enferma. Después de que muriera. El med-droide dijo que estaba programado para ello. Tenía decenas de chips.

El doctor Erland se volvió hacia ella ligeramente interesado. Pareció considerar la información unos instantes y acto seguido relajó la expresión.

—Ya.

—Ya, ¿qué? ¿Para qué quiere esos chips?

El doctor se rascó la curtida mejilla, cubierta por una fina barba incipiente.

—Es una práctica común en algunas zonas rurales de todo el mundo, donde la letumosis lleva cobrándose vidas desde hace mucho más tiempo que en las ciudades. Les extraen los chips a los fallecidos y los venden. De manera ilegal, por descontado, pero supongo que deben de sacar bastante dinero por ellos.



—¿Por qué iba a querer alguien comprar el chip de identidad de otra persona?

—Porque es difícil ganarse la vida sin uno: cuentas corrientes, prestaciones, permisos... Se necesita una identidad para todo. —Frunció el ceño—. Aunque eso nos plantea una cuestión interesante. Con la cantidad de bajas que la letumosis ha producido en los últimos años, lo lógico sería que el mercado estuviera saturado de chips de identidad que nadie necesita. Es curioso que todavía haya demanda de ellos.

—Lo sé, pero si ya tienes uno...

Se detuvo, asimilando el significado de las palabras del doctor. ¿De verdad era tan sencillo robar la identidad de alguien?

—Salvo que tengas la intención de convertirte en otra persona —prosiguió el doctor, leyéndole el pensamiento—. Ladrones. Prófugos de la justicia. —El hombre se rascó la cabeza por encima de la gorra—. Algún lunar un tanto raro. Ellos, claro está, no llevan chips de identidad.

—No hay lunares en la tierra. Bueno, salvo los embajadores, supongo.

El doctor Erland le dirigió una mirada llena de lástima, como si Cinder fuera una niña ingenua.

—Ya lo creo que sí. Para infinita consternación de la reina Levana, no todos los lunares se dejan lavar el cerebro con tanta facilidad para vivir sumidos en una felicidad ciega, y son muchos los que han arriesgado sus vidas para escapar de Luna e instalarse aquí. Es difícil salir de la luna y estoy seguro de que son muchos más los que mueren en el intento que quienes lo consiguen, sobre todo después de las últimas restricciones impuestas en los puertos lunares, pero estoy convencido de que las fugas no se han detenido.

—Pero... eso es ilegal. Se supone que no deben estar aquí. ¿Por qué no los hemos detenido?

Por un momento dio la impresión de que el doctor Erland iba a echarse a reír.





—Escapar de Luna es difícil, llegar a la Tierra es la parte sencilla. Los lunares saben cómo camuflar sus aeronaves y entrar en la atmósfera terrestre sin ser detectados.

Magia. Cinder se removió inquieta.

—Tal como lo describe, parece como si escaparan de una cárcel.

El doctor Erland enarcó ambas cejas.

—Sí. Eso es exactamente lo que es.

Las botas de Cinder golpearon la mesa del laboratorio. Se le había revuelto el estómago solo de pensar que la reina Levana visitaría Nueva Pekín, pero que decenas, tal vez incluso cientos de lunares pudieran estar viviendo en la Tierra, suplantando a otros terrestres, eso casi la había hecho salir corriendo en dirección al fregadero. Esos salvajes, con un chip de identidad programado y su capacidad para lavarle el cerebro a la gente, podían ser cualquiera, podían convertirse en cualquiera.

Y los terrestres jamás sabrían que estaban siendo manipulados.

—No se espante, señorita Linh. La mayoría se queda en las zonas rurales, donde es más fácil que su presencia pase desapercibida. Las posibilidades de que alguna vez haya podido cruzarse con uno de ellos son prácticamente nulas.

Esbozó una leve sonrisa burlona.

Cinder enderezó la espalda.

—Parece que sabe mucho sobre ellos.

—Ya tengo una edad, señorita Linh. Sé mucho sobre muchas cosas.

—Muy bien, pues tengo una pregunta. ¿Qué tienen los lunares contra los espejos? Siempre había pensado que eso de que temieran los espejos no era más que un cuento, pero... ¿Es cierto?

El doctor frunció el ceño.

—Algo de cierto hay. ¿Sabe cómo funciona el hechizo de los lunares?



—No mucho.

—Ya veo. En fin... —Se inclinó hacia atrás—. Ese don lunar no es más que la capacidad para manipular la energía bioeléctrica, la energía que crean de manera natural todos los seres vivos. Por poner un ejemplo, se trata de la misma energía que utilizan los tiburones para detectar a sus presas.

—Suenan bastante lunar.

Las arrugas que bordeaban la boca del doctor se acentuaron.

—Los lunares poseen la capacidad única de no solo detectar la bioelectricidad que generan los demás, sino también de controlarla. Pueden manipularla para que la gente vea lo que el lunar desee que vea, e incluso sienta lo que el lunar desee que sienta. Llamamos «hechizo» a la imagen que proyectan de ellos mismos en las mentes de los demás.

—¿Como hacer creer a la gente que eres más guapo de lo que en realidad eres?

—Exactamente. O... —Hizo un gesto hacia las manos de Cinder— hacer que alguien vea piel donde no hay más que metal.

Cinder se frotó con timidez la mano mecánica a través del guante.

—Esa es la razón por la cual la reina Levana parece poseer una belleza tan deslumbrante. Algunos lunares con grandes dotes, como la reina, son capaces de mantener el hechizo en todo momento. Sin embargo, así como no puede burlar a las telerredes, tampoco puede engañar a los espejos.

—Entonces, ¿no les gustan los espejos porque no quieren verse?

—No podemos descartar la vanidad, pero en realidad se trata de una cuestión de control. Es más sencillo engañar a los demás para que crean que eres hermosa si eres capaz de convencerte a ti misma de que en realidad lo eres. Sin embargo, los espejos tienen la rara virtud de decirnos la verdad. —El doctor Erland la miró fijamente, como si le divirtiera la conversación—. Y, ahora, una pregunta para usted, señorita Linh: ¿a qué viene este súbito interés por los lunares?

Cinder se humedeció los labios, bajó la vista hacia el regazo y vio que todavía llevaba en las manos el lápiz que había cogido de la mesa.





—Por algo que ha dicho Kai.

—¿Su Alteza?

Asintió con la cabeza.

—Me ha dicho que la reina Levana visitará Nueva Pekín.

El doctor se echó hacia atrás, mirándola boquiabierto, con las pobladas cejas rozando el borde de la gorra, y retrocedió hasta los armarios. Por primera vez desde que se habían visto ese día, la joven había conseguido acaparar toda su atención.

—¿Cuándo?

—Se supone que llegará hoy.

—¿Hoy?!

Cinder se sobresaltó. No recordaba haber oído al doctor Erland levantar la voz. El hombre se alejó de ella girando a un lado y a otro, rascándose la cabeza sobre la gorra, sumido en sus pensamientos.

—¿Se encuentra bien?

El doctor Erland hizo un gesto con la mano, como si quisiera espantar la pregunta.

—Supongo que esto era lo que estaba esperando. —Se quitó la gorra, lo que dejó a la vista una calva bordeada por un pelo muy fino y enmarañado. Se pasó la mano por la cabeza varias veces, mirando el suelo como si allí se encontrara su peor enemigo—. Pretende aprovecharse de Kai. De su juventud e inexperiencia.

Soltó un bufido furioso y volvió a colocarse la gorra.

Cinder estiró los dedos, que le cubrieron las rodillas.

—¿Qué quiere decir con eso de que pretende aprovecharse de él?

El hombre se volvió hacia ella. La tensión se reflejaba en un rostro de expresión turbulenta. La mirada que le dirigió la hizo estremecer.

—No es por el príncipe por quien debería preocuparse usted, señorita Linh.



—Ah, ¿no?

—¿Vendrá hoy? ¿Eso es lo que le ha dicho? —Cinder asintió con la cabeza—. Entonces debe irse. Rápido. No puede estar aquí cuando ella llegue.

La echó de la mesa de exploración. Cinder bajó de un salto, pero no se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Tenemos sus muestras de sangre, su ADN, por ahora podemos seguir trabajando sin necesidad de tenerla por aquí. Manténgase alejada del palacio hasta que ella se haya ido, ¿entendido?

Cinder plantó los pies en el suelo.

—No, no lo entiendo.

El hombre volvió la vista hacia la telerred, que todavía mostraba toda la información relacionada con la joven. Parecía confuso. Viejo. Rendido.

—Pantalla, actualización de noticias.

La información sobre Cinder desapareció y fue sustituida por un presentador. El encabezado en lo alto de la pantalla informaba del fallecimiento del emperador. «... Alteza está preparándose para realizar una comparecencia en cuestión de minutos sobre el deceso de Su Majestad Imperial y la próxima coronación. Emitiremos en directo...»

—Fuera sonido.

Cinder cruzó los brazos.

—¿Doctor?

El hombre se volvió hacia ella con mirada suplicante.

—Señorita Linh, escúcheme con suma atención.

—Subiré el volumen de mi interfaz auditiva al máximo.

Se recostó contra los armarios, decepcionada al ver que el doctor Erland aceptaba su sarcasmo sin pestañear. De hecho, el hombre lanzó un pequeño bufido de contrariedad.



—No sé cómo decirle esto. Creía que tendría más tiempo. —Se frotó las manos. Se acercó a la puerta. Enderezó la espalda y se volvió una vez más hacia Cinder—. Tenía once años cuando la operaron, ¿correcto?

Cinder no esperaba aquella pregunta.

—Sí...

—Y antes de eso, ¿no recuerda nada?

—Nada. ¿Qué tiene eso que ver con...?

—¿Y sus padres adoptivos? Por fuerza tienen que haberle contado algo sobre su infancia. Sobre sus raíces.

A Cinder empezó a sudarle la mano derecha.

—Mi padrastro murió poco después del accidente y a Adri no le gusta hablar de ello, si es que sabe algo. Adoptarme no fue precisamente idea suya.

—¿Sabe algo acerca de sus padres biológicos?

Cinder negó con la cabeza.

—Solo sus nombres y sus fechas de nacimiento... Lo que había en los archivos.

—Los archivos de su chip de identidad.

—Bueno... —Había conseguido irritarla—. ¿Adónde quiere ir a parar?

La mirada del doctor Erland se suavizó, intentando tranquilizarla, aunque solo consiguió desconcertarla aún más.

—Señorita Linh, gracias a sus muestras de sangre he concluido que, en realidad, es usted lunar.

La palabra resbaló sobre Cinder como si el hombre hablara en otro idioma. La maquinaria de su cerebro continuó haciendo tictac, tictac, como si intentara desentrañar una ecuación imposible.

—¿Lunar?



La palabra se evaporó en cuanto abandonó sus labios, casi como si no hubiera sido pronunciada.

—Sí.

—¿Lunar?!

—Así es.

Cinder intentó contenerse. Miró las paredes, la mesa de observación, el presentador de noticias silenciado.

—No sé hacer magia —dijo, cruzando los brazos en actitud defensiva.

—Sí, bueno, no todos los lunares nacen con esa capacidad. Se les llama «caparazones», un término que tiene una ligera connotación peyorativa en Luna, así que... En fin, «bioeléctricamente limitado» tampoco suena mucho mejor, ¿verdad?

El hombre soltó una incómoda risita.

Cinder cerró la mano metálica. Por un instante deseó tener algún poder para lanzarle un rayo a la cabeza.

—No soy lunar. —Se arrancó el guante y agitó la mano delante de él—. Soy una ciborg. ¿No cree que eso ya es más que suficiente?

—Los lunares pueden ser ciborgs igual que los humanos. Es raro, de acuerdo, teniendo en cuenta la férrea oposición que presentan ante la cibernética y las interfaces cerebro-máquina...

Cinder fingió un grito de sorpresa.

—No me diga. ¿Quién se opondría a una cosa así?

—... pero lunar y ciborg no son dos términos mutuamente excluyentes. Pensándolo bien, no es de extrañar que la enviaran aquí. Desde que la reina Channary instauró el infanticidio de los que no poseían el don, muchos padres lunares han intentado salvar a sus hijos caparazón enviándolos a la Tierra. Ciertamente, la mayoría de ellos mueren o se los ejecuta por intentarlo, pero aun así... Creo que ese fue su caso. Lo de que intentaron salvarla, no lo de la ejecución.



Una lucecita naranja se encendió en el límite de la visión de Cinder. La joven lo miró fijamente.

—Miente.

—No miento, señorita Linh.

Cinder abrió la boca para rebatir... ¿el qué? De todo lo que había dicho, ¿qué era exactamente lo que había hecho saltar el detector de mentiras?

La luz se apagó cuando el doctor continuó hablando.

—Eso también explica lo de su inmunidad. De hecho, cuando ayer venció a los patógenos, la primera posibilidad que se me pasó por la cabeza fue que usted fuera lunar, pero no quería decir nada hasta haberlo confirmado.

Cinder se presionó los ojos con las palmas de las manos, intentando protegérselos de los cegadores fluorescentes.

—¿Qué tiene eso que ver con la inmunidad?

—Que los lunares son inmunes a la enfermedad, es evidente.

—¡No! No es evidente. Eso no es algo que sepa todo el mundo.

Cinder se pasó las manos por el pelo, introduciendo los dedos entre los mechones sujetos por la coleta.

—Ya, claro, pero es de sentido común cuando se conoce la historia. —Se retorció las manos—. Algo que, me temo, no conoce todo el mundo.

Cinder ocultó su rostro, respirando con dificultad. Solo le quedaba confiar en que el hombre hubiera perdido la razón, de ese modo no tendría que creer nada de lo que decía.

—Verá, los lunares son los huéspedes portadores originales de la letumosis. La ola de emigración a las zonas rurales de la Tierra, principalmente durante el gobierno de la reina Channary, puso por primera vez la enfermedad en contacto con los humanos. Desde un punto de vista histórico, no es un hecho inusual. Las ratas llevaron la peste bubónica a Europa y los conquistadores españoles llevaron la viruela a los indios americanos. Ahora parece que haya que remontarse a la Segunda Era para encontrar un momento en la historia en



que los humanos se creían inmunes a todo, pero con la inmigración de los lunares, en fin... El sistema inmunitario terrestre no estaba preparado. En cuanto un puñado de lunares portadores de la enfermedad llegó a la Tierra, la enfermedad empezó a propagarse como un reguero de pólvora.

—Creía que yo no era contagiosa.

—Ahora no lo es, porque su cuerpo ha creado las defensas con que combatir la enfermedad por sí solo, pero puede que lo haya sido en algún momento. Además, sospecho que los lunares poseen distintos grados de inmunidad: mientras que unos combaten y eliminan la enfermedad por completo, otros la transmiten sin manifestar ni un solo síntoma externo y la propagan allí por donde pasan, completamente ajenos a los problemas que crean.

Cinder agitó las manos delante de él.

—No. Se equivoca. Tiene que haber otra explicación. No puedo ser...

—Comprendo que tiene que asimilar demasiada información, pero necesito que entienda la razón por la cual no debe estar presente cuando llegue Su Majestad. Es demasiado peligroso.

—No, quien no lo entiende es usted. ¡No soy uno de ellos!

Ciborg y, además, lunar. Lo primero bastaba para convertirla en una mutante, en una marginada, pero ¿ambas cosas? Se estremeció. Los lunares eran un pueblo salvaje y cruel. Asesinaban a sus hijos caparazón. Se mentían, engañaban y manipulaban entre ellos porque sí, porque podían. No les importaba a quién pudieran perjudicar siempre que ellos salieran beneficiados. No era una de ellos.

—Señorita Linh, tiene que hacerme caso. La trajeron aquí por una razón.

—¿Cuál? ¿Ayudarlo a encontrar una cura? ¿Cree que esto es un retorcido regalo del destino?

—Yo no he hablado ni de suerte ni de destino, sino de pura supervivencia. No puede dejar que la vea la reina.



Cinder retrocedió hasta el armario, cada vez más confusa.

— ¿Por qué? ¿Por qué iba a importarle alguien como yo?

— Créame, le importa mucho alguien como usted. — Vaciló. El pánico se leía en sus ojos azul marino—. Verá, ella... Ella odia a los caparazones lunares. Los caparazones son inmunes al hechizo lunar. — Hizo aspavientos con las manos, como si buscara una palabra en el aire—. A su lavado de cerebro, por decirlo de alguna manera. La reina Levana no puede controlar a los caparazones, razón por la cual continúa con su exterminio. — Sus labios se convirtieron en una fina línea—. La reina Levana no se detendrá ante nada para asegurarse el control total, para eliminar cualquier tipo de oposición, y eso implica acabar con aquellos capaces de resistirse a ella, gente como usted. ¿Me comprende, señorita Linh? Si la viera, la mataría.

Cinder tragó saliva y presionó el pulgar contra la muñeca izquierda. No llegó a notar el chip de identidad, pero sabía que estaba allí.

Robado a un muerto.

Si el doctor Erland tenía razón, entonces todo lo que sabía sobre ella, su infancia, sus padres, todo era mentira. Una historia inventada. Una persona inventada.

La idea de que los lunares fueran fugitivos había dejado de parecerle tan extraña.

Se volvió hacia la telerred. Kai aparecía en la pantalla, en la sala de prensa, hablando desde un podio.

— Señorita Linh, alguien se tomó muchísimas molestias para traerla aquí y ahora usted se encuentra en grave peligro. No puede arriesgar su vida.

Apenas lo oía, concentrada en el texto que empezaba a desplazarse por la parte inferior de la pantalla.

ÚLTIMA HORA: LA REINA LEVANA VISITARÁ LA COMUNIDAD ORIENTAL PARA RETOMAR LAS CONVERSACIONES SOBRE EL TRATADO DE PAZ. ÚLTIMA HORA: LA REINA LEVANA...



— ¿Señorita Linh? ¿Está escuchándome?

—Sí —contestó—. En grave peligro. Ya le he oído.



CAPÍTULO 20

La aeronave lunar era muy similar a las terrestres, salvo por que el fuselaje de la primera relucía como si estuviera recubierto de diamantes y una hilera de símbolos rúnicos dorados envolvía el casco. La nave resplandecía de tal manera bajo la luz del sol de media tarde que Kai tuvo que entrecerrar los ojos para no acabar deslumbrado. Ignoraba si los símbolos rúnicos eran mágicos o si simplemente pretendían parecerlo. Desconocía si la nave estaba construida con un material extraño muy brillante o si tan solo se trataba del acabado de la pintura. Lo único que sabía era que resultaba imposible mirarla de frente.

Era mayor que la lanzadera privada en que había llegado a la Tierra la primera taumaturga de la reina, Sybil, pero, aun así, seguía siendo relativamente pequeña teniendo en cuenta la relevancia del personaje al que transportaba. No superaba en tamaño a la mayoría de las naves de pasajeros, era incluso menor que cualquier nave de transporte que Kai hubiera visto. Un vehículo privado, diseñado únicamente para la reina lunar y su comitiva.

La lanzadera aterrizó con gran suavidad. Ondas de calor abrasador se alzaron del suelo de cemento. La delicada camisa de seda de Kai se le pegaba a la espalda y las gotas de sudor empezaban a correrle por el cuello. Al atardecer, la plataforma de bienvenida habría quedado a resguardo de los muros de piedra del palacio, pero en esos momentos se encontraba a merced de la inclemencia del sol de los últimos días de agosto.

Esperaron.

Torin, a un lado, parecía tranquilo. Estaba impasible, a la expectativa. Aquella serenidad solo consiguió inquietar aún más a Kai.



Al otro lado del príncipe estaba Sybil Mira, ataviada con su casaca blanca protocolaria, bordada con símbolos rúnicos similares a los de la nave. La tela parecía ligera, aunque la cubría desde la barbilla hasta los nudillos de las manos. Los faldones acampanados le llegaban por debajo de las rodillas. Debía de estar asfixiada de calor, pero mantenía la compostura a la perfección.

Unos pasos por detrás de ella se hallaba el guardia rubio, con las manos entrelazadas a la espalda.

Dos guardias reales de palacio flanqueaban la plataforma.

Aquello era todo. Levana había insistido en que nadie más fuera a recibirla al lugar de aterrizaje.

Kai hundió las uñas en las palmas de las manos tratando de reprimir el desdén que pugnaba por reflejarse en su rostro, y siguió esperando mientras el calor le pegaba el flequillo a la frente.

Cuando por fin pareció que la reina se había cansado de hacerlos sufrir, la rampa de la nave descendió y unos escalones plateados quedaron a la vista.

Dos hombres fueron los primeros en bajar, ambos altos y fornidos. Uno era muy blanco y pelirrojo, con el cabello estudiadamente despeinado, y pertrechado con la misma especie de coraza y armas que el guardia de Sybil. El otro hombre era de piel oscura como el firmamento nocturno, llevaba la cabeza completamente afeitada y vestía una casaca como la de Sybil, con las mangas acampanadas y los bordados. La suya, sin embargo, era de color rojo carmesí, lo que lo situaba en un escalafón inferior al de la primera taumaturga. Kai se alegró de saber lo suficiente sobre la corte lunar para, al menos, conocer las jerarquías.

Vio que los dos hombres examinaban la plataforma, los muros circundantes y la comitiva de bienvenida con expresiones estoicas antes de colocarse a ambos lados de la rampa.

Sybil se adelantó de manera apenas perceptible. Kai inspiró una bocanada de aire sofocante.

En ese momento, la reina Levana apareció en lo alto de la escalera. Todavía llevaba el largo velo, de un brillo cegador bajo el sol inclemente. El



vestido blanco susurró en torno a sus caderas al descender los escalones con porte regio y aceptar la mano que Sybil le ofrecía.

La taumaturga hincó una rodilla en el suelo y se llevó el nudillo de la reina a la frente.

—Nuestra separación ha sido insoportable. Me complace volver a estar a vuestro servicio, mi reina.

A continuación se levantó con gesto elegante y retiró el velo de la reina hacia atrás para descubrir el rostro de Levana.

El aire caliente se estancó en la garganta de Kai, estrangulándolo. La reina se detuvo lo justo y necesario para simular que sus ojos necesitaban unos instantes para adaptarse a la brillante luz diurna de la Tierra, aunque Kai sospechó que, en realidad, solo estaba exhibiéndose ante él.

Era de una belleza incomparable, como si alguien hubiera calculado las medidas de la perfección y las hubiera utilizado para modelar un espécimen único de proporciones ideales. Su rostro tenía ligera forma de corazón, de pómulos altos levemente sonrosados. El cabello, de color caoba, caía en una cascada de rizos sedosos hasta la cintura y su inmaculada piel marfileña desprendía un brillo nacarado a la luz del atardecer. Tenía unos labios rojísimos, como si acabara de beberse una jarra de sangre.

Un escalofrío nacido en lo más profundo de su ser sacudió el cuerpo de Kai. Aquella mujer era antinatural.

Kai miró a Torin de soslayo y, al ver que este sostenía la mirada de Levana sin transmitir emoción alguna, se contagió de la determinación y el aplomo de su consejero. Recordándose que no era más que un espejismo, aunó fuerzas para volver a mirar a la reina.

Los ojos de ónice de la soberana lanzaron un destello al pasar sobre él.

—Su Majestad —dijo Kai, cerrando el puño y llevandoselo al corazón—, es para mí un gran honor daros la bienvenida a mi país y a mi planeta.



Los labios de la reina se curvaron. Una gran dulzura le iluminó el rostro, una inocencia equiparable a la de un niño. Aquello lo desconcertó. La reina no hizo ninguna reverencia, ni siquiera inclinó la cabeza, sino que se limitó a tenderle la mano.

Kai vaciló, sin apartar la vista de aquella piel blanca y traslúcida, preguntándose si sería suficiente con tocarla para destruir la mente de un hombre.

Se armó de valor, aceptó la mano tendida y depositó un beso superficial sobre los dedos. No ocurrió nada.

—Alteza —le correspondió la reina con una voz tan cadenciosa que un cosquilleo recorrió la espalda de Kai—. Es para mí un gran honor recibir esta bienvenida. Permitidme presentaros una vez más mis más sentidas condolencias por la pérdida de vuestro padre, el gran emperador Rikan.

Kai sabía que Levana no lamentaba en absoluto la muerte de su padre, pero ni la expresión ni el tono de voz de la reina traicionaron los verdaderos sentimientos de la soberana lunar.

—Gracias —contestó el príncipe—. Espero que encontréis todo de vuestro agrado durante vuestra estancia.

—Ansío disfrutar de la afamada hospitalidad de la Comunidad Oriental.

Sybil dio un paso al frente, con la mirada respetuosamente apartada de la reina Levana.

—He inspeccionado vuestros aposentos personalmente, mi reina. No pueden compararse con nuestras dependencias en Luna, pero creo que los encontraréis aceptables.

Levana ignoró a su taumaturga por completo, pero su mirada se dulcificó y el mundo se transformó. Kai sintió que el suelo temblaba bajo sus pies, que la atmósfera terrestre se había quedado sin aire, que el sol se había extinguido y que la etérea reina era la única fuente de luz de todo el universo.

Las lágrimas pugnaban por acudir a sus ojos.

La amaba. La necesitaba. Haría cualquier cosa para complacerla.





Hundió las uñas en las palmas de las manos con todas sus fuerzas, a punto de gritar de dolor, pero funcionó. Venció el control que la reina pretendía ejercer sobre él y solo quedó la mujer hermosa, no la adoración desesperada que de pronto había sentido por ella.

Kai sabía que la reina era muy consciente del efecto que había tenido en él al ver cómo intentaba controlar su agitada respiración, y aunque esperaba toparse con una mirada fría y altanera, en sus ojos negros no se leía nada. Nada de nada.

—Si tenéis la bondad de seguirme —dijo el príncipe con voz ligeramente ronca—, os acompañaré a vuestros aposentos.

—No será necesario —aseguró Sybil—. Conozco bastante bien el ala de invitados y yo misma puedo conducir hasta allí a Su Majestad. Desearíamos disponer de un momento para hablar en privado.

—Por descontado —contestó Kai, esperando que su expresión no revelara la satisfacción que aquella decisión le producía.

Sybil abrió la marcha, seguida del segundo taumaturgo y de los dos guardias. No se molestaron en dirigir ni una sola mirada al príncipe o a su consejero cuando pasaron junto a ellos, pero Kai no dudaba de que le hubieran partido el cuello ante el más mínimo movimiento sospechoso.

Respiró con gran alivio en cuanto se hubieron ido, sin poder evitar un escalofrío.

—¿Has sentido eso? —preguntó, con un hilo de voz.

—Por supuesto —contestó Torin. Estaba vuelto hacia la nave, pero a juzgar por la verdadera atención que le prestaba, podría haber estado contemplando Marte—. Habéis opuesto resistencia con gran valentía, Alteza. Sé que no ha sido sencillo.

Kai se retiró el pelo de la frente para que le diera un poco el aire, por poco que fuera, pero no corría la menor brisa.

—No ha sido tan difícil. Solo ha sido un instante.

Sus miradas se encontraron. Una de las pocas ocasiones en que Kai vería verdadera lástima en aquellos ojos.



— Esto no ha hecho más que empezar.





LIBRO TERCERO

*«No puedo permitir que vengas con nosotras
porque no tienes qué ponerte y no sabes bailar.
¡Solo conseguirías avergonzarnos!»*





CAPÍTULO 21

Cinder se desplomó sobre su mesa de trabajo, agradecida de estar, por fin, lejos del agobiante apartamento. Para variar, no solo no funcionaba el aire acondicionado ni se veía a los de mantenimiento por ninguna parte, sino que además la tirantez entre Adri y ella rayaba lo insoportable. Habían estado tratando de evitarse desde que había salido del laboratorio y vuelto a casa, un par de días atrás. Adri había intentado dejarle muy claro que estaba por encima de ella y le había ordenado que desfragmentara el ordenador central del apartamento y actualizara todo el software que ya ni siquiera utilizaban, persiguiéndola a todas horas, como si se avergonzara de lo que le había hecho.

Aunque era probable que aquello último no fueran más que imaginaciones de Cinder.

Al menos Pearl no había estado allí en todo el día y solo había aparecido cuando Cinder e Iko estaban a punto de salir para ir a trabajar en el coche.

Otro largo día. Otra noche hasta las tantas. Iba a tener que dedicarle a aquella tartana más tiempo del que había previsto: tenía que sustituir todo el sistema de escape, lo que significaba fabricar una buena cantidad de piezas con sus propias manitas, lo cual a su vez implicaba un sinfín de dolores de cabeza. Tenía la sensación de que le iban a faltar horas de sueño si quería que estuviera en condiciones de pisar el asfalto la noche del baile.

Suspiró. El baile.

No se arrepentía de haber rechazado la invitación del príncipe, porque sabía lo estrepitosamente mal que habría acabado el asunto. Había un millón de cosas que estaban abocadas al desastre: desde tropezarse en las



escaleras y enseñarle al príncipe una atractiva pierna metálica sin querer, a toparse con Pearl, Adri o cualquier otra persona del mercado. La gente hablaría. Los canales de cotilleo indagarían en su pasado y el mundo entero no tardaría en enterarse de que el príncipe había llevado a una ciborg al baile de coronación. El pobre se moriría de vergüenza. Ella se moriría de vergüenza.

Sin embargo, no facilitaba las cosas que se preguntase constantemente si no estaría equivocada. ¿Y si al príncipe Kai le diera igual? ¿Y si la gente no era como ella creía y a nadie le importaba que fuera una ciborg... y además de eso, lunar?

Sí, ya, seguro.

Vio la telerred rota en la alfombra, se levantó con aire cansado del asiento y se arrodilló junto al aparato. Se reflejaba lo suficiente en la pantalla negra para adivinar el contorno de su rostro y su cuerpo; la piel morena de sus brazos contrastaba con el metal oscuro de la mano.

El proceso de negación de la verdad había continuado su curso hasta que no había encontrado adónde ir. Era lunar.

Sin embargo, no temía los espejos, no le temía a su propio reflejo. No alcanzaba a comprender qué era lo que Levana y su pueblo, ahora también el de ella, encontraban tan inquietante. Sus partes mecánicas eran lo único perturbador en la imagen que le devolvía la pantalla, y aquello se lo habían hecho en la Tierra.

Lunar. Y ciborg.

Y fugitiva.

¿Lo sabría Adri? No, Adri jamás habría dado cobijo a una lunar. Si hubiera estado al corriente, lo más probable era que la hubiera entregado ella misma, con la esperanza de obtener una recompensa.

¿Lo habría sabido el marido de Adri?

Aquella era una pregunta para la cual, tal vez, jamás obtendría una respuesta.



Sin embargo, confiaba en que, mientras el doctor Erland no dijera nada, su secreto estaría a salvo. Solo tenía que continuar con su vida como si nada hubiera cambiado.

Y, en cierto modo, así era. Seguía siendo la misma marginada de siempre.

Una sombra blanquecina llamó su atención en la superficie de la pantalla: la androide de Kai, con el sensor apagado dirigido hacia ella, colocada sobre la mesa de trabajo. El cuerpo en forma de pera era el objeto más reluciente de la estancia y posiblemente el más limpio. Le recordó a los asépticos med-droides de los laboratorios y las cuarentenas, aunque aquella máquina no llevaba escalpelos ni jeringuillas ocultas en el torso.

El trabajo. La mecánica. Necesitaba distraerse.

Regresó al tablero y buscó un poco de música de fondo tranquila en su interfaz auditiva. Se quitó las botas de una patada, asió a la androide por los costados y la atrajo hacia sí. Tras un breve examen de la cubierta externa, la inclinó hacia un lado y la tumbó sobre la mesa hasta que quedó apoyada en el borde de sus orugas de tracción.

Cinder abrió el panel trasero e inspeccionó el cableado del revestimiento cilíndrico. Era un androide sencillo. El interior estaba casi vacío, no era más que una carcasa para dar cabida al número mínimo de discos duros, cables y chips. Los androides tutor requerían poco más que una unidad central de procesamiento. Cinder sospechaba que lo único que necesitaba la androide era una buena limpieza y reprogramación, pero algo le decía que aquella no era una opción inviable. A pesar del aire despreocupado de Kai, era evidente que la androide sabía algo importante y, tras la conversación que habían mantenido en el pasillo del ala de investigación, tenía la inquietante sensación de que estaba relacionado con los lunares.

¿Estrategias de guerra? ¿Comunicaciones secretas? ¿Pruebas de chantaje? Fuera lo que fuera, Kai estaba convencido de que sería de ayuda y había confiado a Cinder la tarea de salvar lo que pudiera.





—En fin, cómo me gusta trabajar sin presión... —murmuró, sosteniendo una linterna entre los dientes para poder ver el interior de la androide.

Cogió unos alicates de punta redonda y apartó los cables del cráneo de la androide a un lado y a otro. Su configuración era similar a la de Iko, por lo que Cinder estaba familiarizada con la distribución y sabía dónde buscar las conexiones importantes. Comprobó que los conectores de cable estuvieran en buen estado, que la batería estuviera cargada y que no faltara ninguna pieza fundamental. Todo parecía correcto. Limpió el traductor acústico y ajustó el ventilador interno, pero Nainsi, la androide, continuó siendo una estatua de plástico y aluminio sin vida.

—Toda peripuesta y sin tener a donde ir —dijo Iko desde la puerta.

Cinder escupió la linterna de una carcajada y le echó un vistazo a sus pantalones cargo manchados de aceite.

—Sí, tienes razón, solo me falta una diadema de diamantes.

—Lo decía por mí.

Cinder giró sobre la silla. Iko se había colocado una vuelta del collar de perlas de Adri alrededor de la prominente cabeza y se había pintarrajeado con pintalabios una horrible mueca bajo el sensor que pretendía imitar unos labios.

Cinder se echó a reír.

—Guau. Ese color te queda genial.

—¿Tú crees? —Iko entró en el trastero y se detuvo delante de la mesa de Cinder, intentando verse reflejada en la telerred—. Estaba imaginando cómo sería ir al baile y bailar con el príncipe.

Cinder se frotó la barbilla con una mano y tamborileó con los dedos de la otra sobre la mesa de manera ausente.

—Es curioso. Últimamente yo también hago lo mismo.

—Sabía que te gustaba. Finges que eres inmune a sus encantos, pero vi cómo lo mirabas en el mercado.





Iko se frotó el pintalabios y se embadurnó la barbilla.

—Sí, bueno. —Cinder se pellizcó los dedos metálicos con la punta de los alicates—. Todos tenemos nuestros puntos débiles.

—Lo sé —dijo Iko—. El mío son los zapatos.

Cinder lanzó la herramienta sobre el tablero. Algo semejante a un sentimiento de culpabilidad crecía en su interior cada vez que Iko estaba cerca. Sabía que debía contarle que era lunar, que ella mejor que nadie entendería qué era ser diferente y sentirse rechazada. Sin embargo, no sabía por qué, pero era incapaz de decirlo en voz alta. «Por cierto, Iko, resulta que soy lunar. No te importa, ¿verdad?»

—¿Qué haces aquí abajo?

—Solo he venido a ver si necesitabas ayuda. Se supone que debería estar quitándoles el polvo a los respiraderos, pero Adri estaba en el baño.

—¿Y?

—Que la he oído llorar.

Cinder parpadeó.

—Oh.

—Y he empezado a sentirme inútil.

—Ya veo.

Iko no era una androide de servicio normal, pero conservaba una característica común a todos los robots de su clase: la inutilidad era lo peor que podía ocurrirles.

—Bueno, en fin, claro que puedes ayudar —dijo Cinder, frotándose las manos—. Pero será mejor que Adri no te pille con esas perlas.

Iko se quitó inmediatamente el collar con los dedos articulados y Cinder se fijó en que también llevaba la cinta que Peony le había regalado. Se puso tensa de inmediato, como si se hubiera pinchado con algo.

—¿Y si iluminamos esto un poco?





La luz del sensor azul aumentó de intensidad y enfocó el interior de Nainsi.

Cinder sonrió levemente.

—¿Crees que podría tener un virus? —preguntó Cinder.

—Tal vez el atractivo del príncipe Kai fue demasiado para su programación.

Cinder hizo una mueca de contrariedad.

—¿Podríamos dejar de hablar del príncipe?

—No creo que eso sea posible. Al fin y al cabo estás reparando su androide. Piensa en todo lo que sabe, lo que ha visto y... —Sus palabras acabaron atropellándose—. ¿Crees que lo ha visto desnudo?

—¡Oh, por todos los cielos! —Cinder se quitó los guantes de un tirón y los arrojó sobre la mesa—. No estás siendo de mucha ayuda.

—Solo intentaba darte conversación.

—Pues para. —Cinder cruzó los brazos sobre el pecho, apartó la silla de la mesa de trabajo y descansó las piernas encima del tablero—. Tiene que ser un problema de software.

Se le escapó un bufido. Los problemas de software normalmente acababan con una reinstalación, pero eso convertiría a la androide en una tabla rasa. No sabía si a Kai le preocupaba el chip de personalidad de la androide, la cual se habría vuelto bastante compleja después de veinte años de servicio, pero sí sabía que le preocupaba algo que contenía el disco duro y no quería arriesgarse a borrar lo que fuera que contuviese.

El único modo de averiguar qué le ocurría y si era necesaria una reinicialización era comprobando los diagnósticos internos de la androide, pero para eso tendría que conectarse a ella. Cinder odiaba conectarse. Siempre había considerado demasiado arriesgado conectar sus cables a un objeto extraño. Temía que su software pudiera quedar invalidado si cometía el más mínimo error.

Se reprendió por tener tantos remilgos y alargó una mano hacia el panel que tenía en la nuca. Introdujo la uña en el pequeño cierre y lo abrió.





— ¿Qué es eso? —preguntó la androide.

Cinder miró atentamente el dedo extendido de Iko.

— ¿Qué es qué?

— Ese chip.

Cinder bajó los pies al suelo y se inclinó hacia delante. Aguzó la vista para mirar en el interior de la androide, donde vio una hilera de chips diminutos formando fila como soldados a lo largo de la parte inferior del panel de control. Había un total de veinte clavijas, pero solo trece estaban ocupadas. Los fabricantes siempre dejaban espacio de sobra para componentes opcionales y actualizaciones.

A Iko le había llamado la atención el decimotercer chip, y con razón. Era distinto de los demás. Estaba conectado a suficiente distancia del resto para pasar fácilmente desapercibido durante una revisión rutinaria, pero cuando Cinder dirigió el haz de luz hacia él, relució como la plata bruñida.

Cinder cerró el panel trasero de su cabeza e hizo aparecer en su retina el plano digital del modelo de la androide. Según el dibujo original del fabricante, aquel modelo solo venía con doce chips. En cualquier caso, tampoco era nada extraño que, después de veinte años, a la androide se le hubiera añadido algún complemento. Aun así, aquella era la primera vez que Cinder veía un chip de aquellas características.

Apretó con una uña el botón de bloqueo y sujetó el borde del chip plateado con los alicates. Se separó de la clavija como si estuviera untado de aceite.

Cinder lo alzó para examinarlo más de cerca. Salvo por el acabado perlado y reluciente, parecía un chip como otro cualquiera. Le dio la vuelta y vio las letras D-COM grabadas en el reverso.

— Ah, ¿sí?

Bajó el brazo.

— ¿Qué es? —preguntó Iko.

— Un chip de comunicación directa.





Cinder frunció el ceño. Casi todas las comunicaciones se realizaban a través de la red. Aquellas que la evitaban por completo estaban prácticamente obsoletas, puesto que se trataba de conexiones lentas, con cierta tendencia a interrumpirse. Imaginó que habría gente paranoica que encontraría en las coms directas la respuesta a sus necesidades, ya que estas proporcionaban una intimidad absoluta, pero aun así utilizarían un visor o una telerred, un aparato diseñado para ello. Utilizar un androide en uno de los extremos de la conexión no tenía demasiado sentido.

La luz de Iko se atenuó.

—Mi base de datos me informa de que los androides no vienen equipados con comunicación directa desde 89 T. E.

—Lo que explicaría por qué no funcionaba con su programación.

—Cinder le tendió el chip a Iko—. ¿Puedes hacerle un análisis de materiales para ver de qué está hecho?

Iko retrocedió.

—Ni lo sueñes. Tener una avería no está en mi lista de tareas de hoy.

—Aunque no creo que fuera eso lo que ha hecho que dejara de funcionar. El sistema se habría limitado a rechazarlo y ya está, ¿no? —Cinder volvía el chip de uno y otro lado, fascinada por el modo en que la luz de Iko se reflejaba en la superficie—. Salvo que la androide intentara enviar información a través de la conexión directa. Eso podría haber colapsado el ancho de banda.

Cinder se levantó y cruzó el almacén en dirección a la telerred. A pesar de que el marco estaba hecho añicos, la pantalla y los controles parecían intactos. Introdujo el chip y apretó el botón de encendido, aunque tuvo que presionar con más fuerza de la habitual hasta que una pálida luz verde se encendió junto al lector y la pantalla lanzó un intenso destello azulado. Una espiral en una de las esquinas les informó de que estaba leyendo el nuevo chip. Cinder dejó de contener la respiración y se sentó sobre los talones.

Un segundo después, la espiral desapareció y la sustituyó un texto.





INICIANDO CONEXIÓN DIRECTA CON USUARIO DESCONOCIDO.

POR FAVOR, ESPERE...

INICIANDO CONEXIÓN DIRECTA CON USUARIO DESCONOCIDO.

POR FAVOR, ESPERE...

INICIANDO CONEXIÓN DIRECTA CON USUARIO DESCONOCIDO.

POR FAVOR, ESPERE...

Cinder esperó. Y meneó el pie. Y esperó. Y tamborileó con los dedos sobre la rodilla. Y empezó a preguntarse si no estaría perdiendo el tiempo. Nunca había oído que un chip de comunicación directa interfiriera en el funcionamiento de ningún dispositivo, ni aunque la tecnología fuera de otra época. Aquello no estaba ayudándola a resolver el problema.

—Creo que no hay nadie en casa —dijo Iko, acercándose a ella. El ventilador interno se encendió y lanzó aire caliente sobre el cuello de Cinder—. Oh, maldita sea, Adri está intentando comunicarse conmigo por com. Debe de haber salido del lavabo.

Cinder echó la cabeza hacia atrás.

—Gracias por tu ayuda. No olvides quitarte esas perlas antes de que te vea.

Iko se inclinó hacia delante y apoyó su suave y frío rostro contra la frente de Cinder, lo cual, sin duda, le dejó una mancha de pintalabios. Cinder se echó a reír.

—Descubrirás qué le ocurre a la androide de Su Alteza. Estoy segura.





—Gracias.

Cinder se frotó la palma sudorosa en los pantalones, mientras oía cómo se alejaban las orugas de Iko. El texto seguía repitiéndose en la pantalla. Parecía que quien fuera que se encontrara al otro lado de la conexión no tenía intención de contestar.

Una serie de clics la sobresaltaron, seguidos de un zumbido revelador. Se volvió, apoyando los nudillos en el suelo arenoso.

El panel de control de la androide emitía un débil resplandor mientras el sistema ejecutaba los diagnósticos de rutina. Estaba volviendo en sí.

Cinder se levantó y se limpió las manos en el momento en que una voz femenina empezó a oírse por los altavoces de la robot, como si continuara una conversación que hubiera sido groseramente interrumpida.

—... pecha que un hombre llamado Logan Tanner, un médico lunar en activo durante el gobierno de la reina Channary, trajo a la princesa Selene a la tierra unos cuatro meses después de su supuesta muerte.

Cinder se quedó helada. ¿La princesa Selene?

—Por desgracia, Tanner fue internado en el Hospital Psiquiátrico de Xu Ming el 8 de mayo de 125 T. E. y se suicidó, tras inducirse a ello bioeléctricamente, el 17 de enero de 126 T. E. Aunque diversas fuentes señalan que la princesa Selene habría podido ser entregada a un nuevo custodio años antes del ingreso de Tanner, hasta la fecha no he logrado confirmar la identidad de dicho custodio. Entre los sospechosos se encuentra una antigua piloto miliar de la Federación Europea, la teniente coronel Michelle Benoit, quien...

—Para —dijo Cinder—. Deja de hablar.

La voz enmudeció. La cabeza de la androide rotó ciento ochenta grados y su sensor lanzó una potente luz azulada para escanear a Cinder. El brillo del panel de control interno se atenuó. El ventilador del torso empezó a girar.

—¿Quién eres? —preguntó la androide—. Mi sistema de posicionamiento global indica que nos encontramos en el septuagésimo sexto



sector de Nueva Pekín. No conservo ningún registro en mi memoria de haber abandonado el palacio.

Cinder se sentó a horcajadas en su silla y envolvió el respaldo con los brazos.

—Bienvenida a la suite de la mecánica de Nueva Pekín. El príncipe Kai me ha contratado para que te repare.

A pesar del silencio que reinaba allí abajo, el zumbido del torso de la androide fue apagándose hasta que apenas fue perceptible.

La cabeza prominente rotó a un lado y a otro, escaneó aquel habitáculo desconocido para ella y acto seguido volvió a concentrarse en Cinder.

—Según mi calendario, he permanecido inconsciente doce días y quince horas. ¿He sufrido un fallo sistémico?

—No exactamente —contestó Cinder, echándole un vistazo a la telerred por encima del hombro. Continuaba repitiendo la misma línea de texto, incapaz de establecer la conexión directa—. Parece ser que alguien te instaló un chip com que no acabó de entenderse bien con tu programación.

—Vengo preinstalada con capacidad de vídeo y texto com. Un chip com nuevo sería innecesario.

—Era para una conexión directa. —Cinder apoyó la barbilla en la muñeca—. ¿Sabes si fue el príncipe Kai? Tal vez quisiera poder ponerse en contacto contigo sin tener que recurrir a la red.

—Desconocía tener instalado un chip de comunicación directa en mi programación.

Cinder se mordió el labio. Era evidente que el chip com era el responsable del súbito fallo de la androide, pero ¿por qué? Y si Kai no lo había instalado, entonces ¿quién lo había hecho?

—Cuando te has despertado —dijo—, decías que... tenías información sobre la heredera lunar.

—Era información secreta. No tendrías que haberla oído.





—Lo sé, pero creo que podrías haber estado transmitiéndosela a alguien cuando te averiaste.

Cinder rezó para que hubiera sido Kai o alguien leal a él. Dudaba mucho que a la reina Levana le complaciera descubrir que el futuro emperador andaba buscando a la legítima heredera a su trono.

—Estate quieta —dijo, alargando la mano hacia el destornillador—. Volveré a poner el panel en su sitio y luego te llevaré al palacio. Mientras tanto, deberías bajarte las noticias de los últimos días. Han pasado muchas cosas mientras dormías.



CAPÍTULO 22

Cinder no dejó de oír las advertencias del doctor Erland repitiéndose y resonando en su cabeza como si fueran un archivo de audio dañado durante los casi diez kilómetros que la separaban del palacio.

La reina Levana no se detendrá ante nada para asegurarse control total, para eliminar cualquier tipo de oposición, y eso implica acabar con aquellos capaces de resistirse a ella, gente como usted.

Si la viera, la mataría.

Aun así, si algo le sucediera entre el apartamento y el palacio a aquella androide que poseía información vital sobre la princesa lunar desaparecida, Cinder jamás se lo perdonaría. Era su responsabilidad devolvérsela a Kai sana y salva.

Además, el palacio era muy grande. ¿Qué posibilidades había de toparse con la reina lunar, quien, por otro lado, seguramente tampoco tenía ninguna intención de perder el tiempo socializando con la gente de a pie?

Las orugas de tracción de Nainsi eran mucho más rápidas que las de Iko y Cinder tuvo que apretar el paso para no quedarse atrás. Sin embargo, no les quedó más remedio que reducir la marcha a medida que se acercaban al descubrir que esa tarde no eran las únicas ciudadanas que deseaban visitar el palacio. Habían cortado la carretera principal al pie del precipicio y esta se había convertido en el camino particular del palacio, sombreado por pinos retorcidos y sauces encorvados. La tortuosa calle estaba abarrotada de gente que subía la colina con paso reposado. Algunos iban solos, otros en grupos numerosos. Cinder podía oír sus conversaciones, palabras cargadas de rabia y determinación, que acompañaban de gestos airados. «No la queremos aquí.» «¿En qué estaría pensando Su Alteza?» El rugido creciente de la muchedumbre



se extendía por toda la carretera. Cientos, tal vez miles, de voces alzadas coreando al unísono.

«¡Fuera la reina lunar! ¡Fuera la reina lunar! ¡Fuera la reina lunar!»

Al doblar el último recodo, la mirada de Cinder se posó en la multitud que ocupaba el patio al pie de las portaladas granates del palacio y que se extendía calle abajo. Una hilera de nerviosos guardias de seguridad la contenían a duras penas.

Las pancartas ondeaban sobre sus cabezas. ¡MEJOR LA GUERRA QUE LA ESCLAVITUD! ¡QUEREMOS UNA EMPERADORA, NO UNA DICTADORA! ¡NO QUEREMOS TRATOS CON EL DIABLO! En muchas aparecía la imagen de la reina cubierta por el velo y tachada con aspas rojas.

Media docena de levitadores de noticias volaban en círculos, grabando la manifestación para su difusión internacional.

Cinder bordeó la multitud y fue abriéndose camino a empujones hasta la puerta principal, intentando proteger el cuerpo compacto de Nainsi con el suyo. Sin embargo, al llegar junto a la entrada, descubrió que esta estaba cerrada y vigilada tanto por humanos como por androides, pegados unos junto a otros.

—Discúlpeme —le dijo a uno de los guardias que tenía más cerca—. Tengo que entrar en el palacio.

El hombre alargó el brazo en su dirección y la obligó a retroceder un paso.

—Hoy está cerrado al público.

—No voy con ellos. —Colocó las manos sobre la cabeza de Nainsi—. Esta androide pertenece a Su Majestad Imperial. Me contrataron para repararla y ahora vengo a devolvérsela. Es muy importante que la recupere lo antes posible.

El guardia bajó la vista hacia la androide sin mover la cabeza.

—¿Su Majestad Imperial le proporcionó un pase?

—Bueno, no, pero...



— ¿El androide lleva identificación?

— Sí, la llevo.

Nainsi rotó el torso y le enseñó el código de identificación al guardia. El hombre asintió con la cabeza.

— Adelante.

Se abrieron las puertas, apenas un resquicio, y antes de que nadie se diera cuenta la multitud se abalanzó hacia ellas. Cinder lanzó un chillido ante el estruendo que produjo el griterío airado en sus oídos y el súbito aplastamiento de unos cuerpos contra otros, que la empujaron contra el guardia de seguridad. Nainsi cruzó la puerta sin vacilar, pero cuando Cinder se adelantó para colarse detrás de ella, el guardia volvió a extender el brazo para cerrarle el paso y la empujó hacia atrás.

— Solo la androide.

— ¡Pero si vamos juntas! —gritó Cinder, intentando hacerse oír por encima de las proclamas.

— Sin pase, no puede entrar.

— ¡Pero la he reparado! Tengo que entregarla. Tengo que... cobrar.

El tono lastimero de su voz la avergonzó incluso a ella misma.

— Envíe la factura al Tesoro, como hace todo el mundo —contestó el hombre—. Nadie puede entrar sin pase.

— Linh-mèi —dijo Nainsi desde el otro lado de la puerta de hierro—. Informaré al príncipe Kai de que te gustaría verlo. Estoy segura de que puede enviarte un pase oficial por com.

En ese instante, Cinder comprendió hasta dónde llegaba su estupidez. Pues claro que no necesitaba ver al príncipe. Había entregado a la androide y, por tanto, había hecho su trabajo. Además, de todas formas tampoco iba a cobrarle la reparación. Sin embargo, Nainsi ya había dado media vuelta y se dirigía a la entrada principal del palacio sin haberle dado tiempo a retractarse ni a encontrar algo, una excusa razonable que justificara la importancia de ver a Kai. Y que ese algo no fuera la primera razón bobalicona e infantil que se le pasó por la cabeza: porque quería.



El repentino enmudecimiento de las frases coreadas sobresaltó a Cinder.

El silencio creó un vacío que ansiaba llenarse de aire, de ruido, de lo que fuera. Cinder miró a su alrededor, vio los rostros embobados y alzados hacia el palacio, vio las pancartas bajadas y sostenidas por dedos sin fuerza. Y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Siguió la dirección de las miradas hasta un balcón que sobresalía en una de las plantas más altas del palacio.

La reina lunar estaba allí, con una mano posada en la cadera y la otra en la barandilla del balcón. Tenía una expresión severa, dura, pero ni siquiera aquello conseguía desvirtuar su deslumbrante belleza. A pesar de la distancia, Cinder distinguió la pálida luminiscencia de la piel, el tinte rojo rubí de los labios. La reina volvió sus ojos oscuros hacia la silenciosa multitud y Cinder se apartó de inmediato de la puerta, esperando pasar desapercibida entre la marea de rostros inexpresivos.

La sorpresa y el pánico apenas duraron. Aquella mujer no era aterradora, no era peligrosa.

Era cariñosa. Cordial. Generosa. Debería ser su reina. Ella debía gobernarlos, guiarlos, protegerlos...

El visualizador de retina de Cinder lanzó una advertencia luminosa. Cinder intentó desconectarla en vano, molesta por la distracción. Quería seguir mirando a la reina hasta el fin de los tiempos. Quería que la reina hablara. Que prometiera paz y seguridad, buenaventura y prosperidad.

La luz naranja parpadeó en el margen de su campo visual. Cinder tardó unos instantes en comprender de qué se trataba, qué significaba. Sabía que algo no encajaba. No tenía sentido.

Mentiras.

Cerró los ojos con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, el amable espejismo había desaparecido. La dulce sonrisa de la reina se había vuelto altiva y amenazadora. A Cinder se le revolvió el estómago.

Estaba lavándoles el cerebro.





Le había lavado el cerebro.

Cinder retrocedió un paso, tambaleante, y tropezó con un hombre de mediana edad en actitud contemplativa.

Los ojos oscuros de la reina se volvieron repentinamente hacia ellos y se detuvieron en Cinder. La sorpresa apareció en su semblante unos instantes antes de dar paso al odio. Al desprecio.

Cinder se estremeció, deseando hacerse invisible. Unos dedos fríos se cerraron en torno a su corazón. Una voz interior le gritó que corriera, pero era como si las piernas se le hubieran licuado. El visor retinal dibujaba líneas confusas, rayones, sobre su campo de visión, como si no pudiera soportar seguir contemplando el hechizo de la reina ni un segundo más.

Se sentía desnuda y vulnerable, completamente sola en medio de aquella multitud sometida a un lavado de cerebro. Estaba convencida de que el suelo se abriría de un momento a otro bajo sus pies y se la tragaría. Estaba segura de que la mirada de la reina la convertiría en una montaña de cenizas sobre la carretera de adoquines.

La mirada colérica de la reina se recrudeció hasta que Cinder empezó a sentir que, con conductos lagrimales o sin ellos, se echaría a llorar.

Sin embargo, justo en ese momento Levana dio media vuelta, con la espalda muy recta, y volvió a entrar en el palacio con paso airado.

Cuando la monarca lunar desapareció, Cinder supuso que la gente reanudaría las protestas, incluso más enfervorizada ante la desfachatez que había tenido la reina de mostrarse en público. Sin embargo, no lo hicieron. Poco a poco, empezaron a dispersarse como en un desfile de sonámbulos. Los que llevaban pancartas, las dejaron caer al suelo, donde acabaron pisoteadas y olvidadas. Cinder se pegó contra el muro que circundaba el palacio para no entorpecer el camino de aquellos que pasaban por su lado con ánimo derrotado.

De modo que aquel era el resultado del hechizo lunar, el encantamiento con que cautivaban, embaucaban y encerraban a uno en sí mismo para volverlo contra sus enemigos. Lo peor de todo era que, en medio de toda aquella gente que despreciaba a la reina lunar, Cinder parecía ser la única que se había resistido.





Aunque tampoco había sido así. Al menos al principio. Se le pusieron los pelos de punta. La piel le ardía donde se unía al metal.

No había sido completamente inmune al hechizo, como se suponía que le ocurría a los caparazones.

Peor aún, la reina la había visto y lo sabía.



CAPÍTULO 23

Kai hundió las uñas en las rodillas cuando cesaron las protestas de los manifestantes. Torin se volvió hacia él con una expresión de sincera sorpresa, similar a la del príncipe, aunque el consejero fue más rápido en disimular la suya. La reina había conseguido acallar a las masas con demasiada facilidad. Kai había esperado al menos un conato de resistencia por parte de los ciudadanos.

El joven tragó saliva y transformó su rostro en la viva imagen de la calma.

—Es un recurso muy útil —comentó Sybil, sentada en el borde del diván, junto al fuego holográfico—. Sobre todo cuando hay que tratar con súbditos alborotadores, a quienes no toleramos en Luna.

—He oído que cuando los ciudadanos se revuelven, por lo general suele existir una buena razón para ello —replicó Kai. Torin le lanzó una mirada de advertencia, pero el joven la ignoró—. Y lavar el cerebro no parece precisamente la solución más adecuada.

Sybil entrelazó las manos con gran dignidad sobre el regazo.

—«Adecuada» es una apreciación subjetiva. La solución es efectiva, y eso es algo innegable.

Levana irrumpió en el salón como un vendaval, con los puños cerrados. El pulso de Kai se aceleró cuando la mirada encendida de la reina se posó en él. Estar en su presencia era como esperar sentado en un espacio reducido cada vez con menos oxígeno.

—Parece ser —dijo, pronunciando cada palabra con sumo cuidado— que habéis violado el Artículo 17 del Acuerdo Interplanetario de 54 T. E.



Kai hizo lo que pudo para conservar la calma ante una acusación de aquel peso, pero no consiguió evitar el pequeño tic que le surgió en una ceja.

—Me temo que no he memorizado el Acuerdo Interplanetario por entero. ¿Os importaría ilustrarme brevemente acerca del artículo en cuestión?

La mujer inspiró lentamente, dilatando las trémulas aletas de la nariz. Incluso entonces, a pesar del odio y la rabia que crispaban su rostro, era de una belleza deslumbrante.

—El Artículo 17 estipula que ninguna de las partes firmantes del acuerdo brindará refugio o protección a desertores lunares.

—¿Desertores lunares? —Kai miró a Torin, pero su consejero permanecía impassible—. ¿Qué os hace pensar que ofrecemos refugio a desertores lunares?

—Que acabo de ver a uno en vuestro patio, junto a esos insolentes manifestantes. Esto es intolerable.

Kai se levantó y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Es la primera vez que oigo hablar de la presencia de lunares en mi país. Sin contar la compañía presente, claro está.

—Lo que me induce a pensar que habéis estado evitando enfrentaros al problema, igual que hizo vuestro padre.

—¿Cómo voy a haber estado evitando algo de lo que jamás había oído hablar?

Torin carraspeó.

—Con el debido respeto, Su Majestad, puedo aseguraros que controlamos todas las aeronaves, tanto las que parten como las que toman tierra en la Comunidad. A pesar de que no podemos descartar la posibilidad de que algunos lunares hayan conseguido burlar nuestro radar, os aseguro que hacemos todo lo que está en nuestras manos para cumplir el Acuerdo Interplanetario. Además, aunque un desertor lunar hubiera acabado instalándose en la Comunidad, no parece demasiado probable que hubiera decidido arriesgarse a ser descubierto viniendo a manifestarse, consciente de vuestra presencia. Puede que os hayáis equivocado.



La reina lo fulminó con la mirada.

—Reconozco a los míos cuando los veo y ahora mismo hay uno entre los muros de esta ciudad. —Señaló el balcón con un dedo—. Quiero que la encuentren y me la traigan.

—De acuerdo, eso no será ningún problema en una ciudad de dos millones y medio de habitantes —dijo Kai—. Permitidme que vaya a buscar mi detector de lunares especial y me pondré manos a la obra de inmediato.

Levana irguió la barbilla para dirigirle una mirada altiva, aun cuando él la superaba en altura.

—No os recomiendo que pongáis a prueba mi paciencia con vuestro sarcasmo, joven príncipe. —Kai apretó los dientes—. Si no os veis capaz de encontrarla, haré venir un destacamento de mi guardia personal a la Tierra y os aseguro que ellos sí sabrán dar con la desertora.

—No será necesario —intervino Torin—. Disculpad por haber dudado de vos, Su Majestad. Estamos ansiosos por cumplir con nuestra parte del acuerdo. Por favor, permitidnos ultimar los preparativos de la coronación y los festejos e iniciaremos la búsqueda de la desertora en cuanto nuestros recursos nos lo permitan.

Levana se volvió hacia Kai con mirada escrutadora.

—¿Tenéis intención de que vuestro consejero tome siempre las decisiones por vos?

—No —contestó Kai, esbozando una gélida sonrisa—. Tarde o temprano una emperadora se encargará de eso.

La mirada de la reina Levana se suavizó y Kai a duras penas consiguió reprimir lo que iba a añadir a continuación: «Y no seréis vos».

—Muy bien —dijo la reina, que dio media vuelta y se sentó junto a su taumaturga—. Os doy de plazo hasta un ciclo lunar después de vuestra coronación para que entreguéis a esa desertora a Luna, junto con cualquier otro lunar que haya en vuestro país.

—De acuerdo —contestó Kai, con la esperanza de que Levana hubiera olvidado aquella conversación antes de la fecha establecida.



Lunares en Nueva Pekín... En toda su vida había oído nada tan absurdo.

La ira desapareció del rostro de Levana de manera tan absoluta que dio la impresión de que los últimos minutos habían sido cosa de la imaginación. La mujer cruzó las piernas y una franja de piel blanca como la leche asomó a través de la raja del vestido semitransparente. Kai apretó la mandíbula y volvió la vista hacia la ventana, sin saber si se sonrojaría o tendría una arcada.

—Hablando de vuestra coronación —dijo la reina—, os he traído un presente.

—Qué considerada —contestó Kai de manera inexpresiva.

—Sí. No sabía si reservarlo para la gran noche, pero he decidido que podría suscitar malentendidos si lo retenía durante más tiempo.

Incapaz de ocultar su curiosidad, Kai se volvió hacia la reina.

—Ah, ¿sí?

Unos rizos de color caoba cayeron sobre el pecho de Levana al ladear la cabeza y extender los dedos hacia su segundo taumaturgo, el hombre de la casaca roja, quien se extrajo de la manga un vial de cristal no más grande que el meñique de Kai y lo depositó en la mano abierta de la reina.

—Deseo que sepáis que tengo depositado un vivo interés en la prosperidad de la Comunidad —dijo Levana— y que vuestra lucha contra la letumosis ha sido desgarradora.

Kai hundió las uñas en las palmas de las manos.

—Es probable que lo desconozcáis, pero hace varios años destiné un equipo de investigación al estudio de la enfermedad y parece ser que mis científicos por fin han dado con un antídoto.

A Kai le subió la sangre a la cabeza.

—¿Qué?

Levana tomó el vial entre los dedos con suma delicadeza y se lo tendió.



—Con esto debería haber suficiente para curar a un hombre adulto —dijo, antes de chascar la lengua—. Qué lástima, tan solo por unos días, ¿verdad?

Fue como si el mundo empezara a dar vueltas. El cosquilleo de los dedos del joven príncipe, deseoso de abalanzarse sobre ella y estrangularla, se extendió hacia los brazos, que le temblaban ya de forma incontrolable.

—Adelante —dijo Levana, mirándolo con calidez—. Es vuestro.

Kai le arrebató el vial.

—¿Cuánto hace que lo tenéis?

La reina enarcó las cejas, como atónita ante la pregunta.

—A decir verdad, me confirmaron que funcionaba apenas unas horas antes de mi partida.

Mentía. Y ni siquiera se molestó en disimularlo.

Bruja.

—Alteza —intervino Torin en voz baja, colocando una mano firme en el hombro de Kai.

Al principio, apretó con suavidad; luego, ejerció mayor presión, como aviso. Las fantasías en que Kai se veía asesinándola empezaron a disiparse al compás de sus pulsaciones, aunque de manera muy sutil.

Levana entrelazó las manos sobre el regazo.

—Ese vial es vuestro regalo. Espero que lo halléis de utilidad, joven príncipe. Creo que ambos compartimos el interés por erradicar esa enfermedad de vuestro planeta. Mis científicos podrían tener preparadas miles de dosis a final de mes. Sin embargo, una empresa de este tamaño, junto a los seis años durante los que se han invertido recursos e incontables horas de duro trabajo, han obligado a mi nación a realizar grandes sacrificios y, por consiguiente, estoy convencida de que convendréis que es necesaria una compensación. Habrá que entablar negociaciones.

A Kai se le cortó la respiración.



— ¿Seríais capaz de detener la distribución hasta entonces, cuándo hay tantas vidas en juego?

Era una pregunta retórica. Era evidente que ya lo había retenido el tiempo que había considerado necesario, ¿qué le importaba a ella la agonía de unos cuantos terrestres más?

— Tenéis mucho que aprender de política. Sospecho que no tardaréis en comprender que todo gira en torno a dar y recibir, mi querido y apuesto príncipe.

Kai sentía el pulso golpeándole las sienes. Sabía que tenía el rostro encendido, que provocar su ira era precisamente lo que Levana pretendía, pero no le importaba. ¿Cómo se atrevía a usar el antídoto como una moneda de cambio? ¿Cómo se atrevía?

Sybil se levantó de pronto.

— Tenemos visita.

El joven príncipe dejó de contener la respiración, siguió la dirección de la mirada de Sybil hasta la puerta, agradecido de tener una excusa para apartar los ojos de la reina, y ahogó un grito.

— ¡Nainsi!

El sensor de Nainsi lanzó un destello.

— Alteza, disculpad la interrupción.

Kai sacudió la cabeza, intentando sobreponerse de la sorpresa.

— ¿Cómo...? ¿Cuándo...?

— Hace cuarenta y siete minutos que me han devuelto la conciencia —dijo la androide—. He venido a presentarme al servicio. Mis más sentidas condolencias por la prematura pérdida del emperador Rikan. Se me partió el corazón al oír la noticia.

Kai oyó el resoplido burlón de la reina Levana detrás de él.

— La idea de que un montón de chatarra pueda sentir algo es insultante. Despachad a esa abominación.



Kai frunció los labios tratando de reprimir un comentario sobre la falta de corazón de la reina y se volvió hacia Torin.

—Por descontado. Con vuestro permiso, apartaré esta «abominación» de la presencia de Su Majestad y la devolveré al servicio activo.

Casi esperaba que Torin lo reprendiera por el lamentable plan de fuga, pero el consejero parecía aliviado de que la discusión se hubiera acabado. Kai se fijó en su palidez y se preguntó hasta qué punto Torin habría tenido que luchar para dominar su temperamento.

—Por supuesto. ¿Tal vez a Su Majestad le apetecería visitar los jardines?

Kai dirigió una mirada cargada de desprecio a la reina Levana y dio un taconazo.

—Gracias por vuestro tan considerado presente —dijo, con una leve y brusca inclinación de cabeza.

—Ha sido un placer, Alteza.

Kai abandonó la habitación acompañado de Nainsi. Cuando llegaron al pasillo principal, el príncipe dejó escapar un grito gutural y golpeó la pared que le quedaba más cerca. Seguidamente se apoyó en ella y descansó la frente contra el yeso.

En cuanto su respiración recuperó un ritmo regular, se dio la vuelta, asaltado por el deseo irreprimible de echarse a llorar: de rabia, de desesperación, de alivio. Nainsi había vuelto.

—No sabes lo contento que estoy de verte.

—Eso parece, Alteza.

Kai cerró los ojos.

—Ni te lo imaginas. Estos últimos días... Estaba convencido de que había perdido todo lo que habíamos averiguado.

—Todos los archivos parecen intactos, Alteza.

—Bien. Tenemos que ponernos manos a la obra con la investigación de inmediato. Ahora es más importante que nunca.



Kai luchó por contener el pánico que le desgarraba las entrañas. Faltaban nueve días para que subiera al trono. La reina Levana no llevaba ni veinticuatro horas en la Tierra y ya había conseguido dar un vuelco a las negociaciones del tratado de paz. ¿Qué otros secretos desvelaría la reina lunar antes de la coronación, cuando todo el peso de proteger a la Comunidad recaería únicamente sobre las espaldas del joven príncipe?

Sentía la cabeza a punto de estallar. Odiaba a Levana: por lo que era, por todo lo que había hecho y por cómo había transformado el sufrimiento de la Tierra en un juego político.

Sin embargo, estaba equivocada si pretendía convertirlo en su títere. Se opondría a ella cuanto y como pudiera. Encontraría a la princesa Selene. El doctor Erland duplicaría el antídoto. Ni siquiera bailarían con Levana en aquella estupidez de baile si podía evitarlo. Al cuerno con el protocolo.

El recuerdo del baile dispersó de pronto los nubarrones que encapotaban sus pensamientos. Abrió un ojo y miró a la androide.

—¿Por qué no ha venido la mecánica contigo?

—Sí que ha venido —contestó Nainsi—. Está esperando a las puertas del palacio. No la han dejado entrar sin un pase oficial.

—¿A las puertas del palacio? ¿Todavía está aquí?

—Supongo que sí, Alteza.

Kai apretó el vial que llevaba en el bolsillo.

—Supongo que no te habrá comentado nada sobre el baile, ¿verdad? No te habrá dicho si ha cambiado de opinión.

—No ha mencionado ningún baile.

—Bien. Bueno. —Tragó saliva, se sacó las manos de los bolsillos y se frotó las palmas contra los costados de los pantalones, comprendiendo hasta qué punto había estado reprimiendo su ira—. Ojalá se lo haya pensado mejor.



CAPÍTULO 24

Cinder se agachó junto al muro que rodeaba el palacio. El tacto frío de la piedra le traspasaba la camiseta. Los manifestantes se habían ido, las pancartas pisoteadas eran el único testimonio que quedaba de ellos. Incluso los guardias habían abandonado el patio, aunque la portalada de hierro repujado seguía cerrada a cal y canto. De vez en cuando, dos qilins de piedra apostados sobre la cabeza de Cinder enviaban un impulso magnético que zumbaba en sus oídos.

Por fin se detuvo el temblor de la mano. Las advertencias que cruzaban su visión finalmente habían desaparecido. Con todo, el desconcierto seguía reinando en su interior, con mayor insistencia que nunca.

Era lunar. De acuerdo.

Era una especie rara de lunar, una caparazón, incapaz de manipular los pensamientos y las emociones de los demás e inmune a que pudieran hacer otro tanto con ella.

De acuerdo.

Pero, entonces, ¿por qué el hechizo de Levana le había afectado igual que a los demás?

O bien el doctor Erland estaba equivocado o bien le había mentido. Tal vez no fuera lunar y el hombre hubiera metido la pata. Tal vez era inmune por otras causas.

Lanzó un gruñido cargado de frustración. La curiosidad por conocer su procedencia, su pasado, nunca había sido tan acuciante. Necesitaba saber la verdad.



El zumbido de las puertas al deslizarse por los raíles enterrados la sobresaltó. Cinder alzó la vista y vio un androide de un blanco inmaculado que avanzaba por el suelo adoquinado en su dirección.

— ¿Linh Cinder? —preguntó, alargando un escáner.

La joven parpadeó, se levantó con cierta dificultad y se apoyó en la pared para sostenerse en pie.

— ¿Sí? —contestó, tendiéndole la muñeca.

El escáner emitió un pitido y, antes de detenerse por completo, el torso del androide dio un giro de ciento ochenta grados e inició el traqueteante regreso hacia el palacio.

— Sígame.

— Un momento, ¿qué?

Alzó la mirada, intimidada, hacia el balcón al que se había asomado la reina lunar.

— Su Majestad Imperial desea hablar con usted.

Cinder comprobó que llevaba los guantes bien puestos y echó un vistazo a la carretera que podía alejarla del palacio y devolverla a la seguridad que le proporcionaba ser una chica invisible en una ciudad gigantesca. Soltó el aire lentamente, se volvió y siguió al androide.

El reflejo del sol sobre las elaboradas y descomunales portaladas bañadas en oro, de dos pisos de altura, estuvo a punto de cegarla cuando estas se abrieron para franquearle el paso. El vestíbulo que se abría al otro lado era un lugar reconfortantemente fresco y lleno de suntuosas esculturas de jade, de flores exóticas, de las voces y los pasos de decenas de diligentes diplomáticos y funcionarios mezclados con el rumor balsámico del borboteo del agua, aunque Cinder apenas reparó en nada de todo aquello. La aterrizzaba la posibilidad de encontrarse cara a cara con la reina Levana, aunque con quien acabó topándose de verdad fue con el príncipe Kai, que la esperaba apoyado contra una columna tallada.

El joven se enderezó al verla y la saludó con una sonrisa que nada tenía de radiante y despreocupada. En realidad, parecía extenuado.



Cinder inclinó la cabeza.

—Alteza.

—Linh-mèi. Nainsi me ha dicho que estabas esperando.

—No dejaban entrar a nadie en el palacio. Solo quería asegurarme de que la recibíais sin contratiempos. —Entrelazó las manos en la espalda—. Espero que vuestros problemas de seguridad nacional se resuelvan pronto.

Cinder había adoptado un tono ligero y desenfadado, pero vio que Kai vacilaba antes de contestar. El joven bajó la vista hacia el androide.

—Eso es todo —dijo, y esperó hasta que el robot hubiera regresado a su garita junto a la entrada antes de continuar—. Ruego que me disculpes por robarte un poco de tiempo, pero quería agradecerte personalmente que la hubieras arreglado.

Cinder se encogió de hombros.

—Ha sido un honor. Espero... espero que encuentres lo que buscas.

Kai entrecerró los ojos con recelo y lanzó una breve mirada de soslayo a las dos mujeres elegantemente ataviadas que pasaban junto a ellos, una de ellas enfrascada en una animada charla y la otra asintiendo a sus palabras. Ninguna de las dos demostró el más mínimo interés por Cinder o Kai. Cuando se alejaron, Kai lanzó un suspiro y se volvió hacia ella.

—Hay novedades. Tengo que ir a hablar con el doctor Erland.

Cinder asintió, tal vez con demasiada vehemencia, para darle a entender que se hacía cargo.

—Claro —dijo, retrocediendo hacia las imponentes puertas—. Ahora que ya tienes a Nainsi, iré...

—¿Quieres acompañarme?

La joven se detuvo con un pie levantado.

—¿Disculpa?

—Así puedes explicarme qué has averiguado. Lo que le pasaba.



Se retorció las manos, sin acabar de decidir si el cosquilleo que le recorría la piel lo había provocado el halago o algo más cercano al miedo. Todavía no había conseguido desprenderse de la abrumadora desazón que le producía la presencia de la reina. Aun así, se descubrió intentando reprimir una estúpida sonrisita.

—Claro, cómo no.

La respuesta pareció aliviar a Kai, quien le indicó un amplio pasillo con un gesto de cabeza.

—Bueno... ¿qué le ocurría? —preguntó el príncipe mientras cruzaban el majestuoso vestíbulo.

—Un chip —contestó Cinder—. El chip de comunicación directa interfería en la conexión de encendido, creo. Solo había que quitárselo para que volviera a despertarse.

—¿Un chip de comunicación directa?

Cinder echó un vistazo a la gente que abarrotaba el vestíbulo, aunque nadie parecía ni mínimamente interesado en el príncipe heredero. Aun así, bajó la voz antes de contestar.

—Eso mismo, un D-COM. ¿No se lo instalaste tú?

Kai negó con la cabeza antes de contestar.

—No. Utilizamos ese tipo de chips para las conferencias internacionales, pero, aparte de eso, creo que ni siquiera he visto cómo son. ¿Por qué le instalarían uno a mi androide?

Cinder frunció los labios, recordando todo lo que había dicho Nainsi al despertar. Era muy probable que la androide hubiera estado confiando esa misma información en el momento de la avería, seguramente en medio de la conexión de comunicación directa.

Pero ¿quién la había recibido?

—¿Cinder?

La joven se subió el guante. Deseaba confesarle que sabía lo de su investigación, que era muy probable que alguien más también estuviera al



tanto, pero no podía decirle nada en medio de los transitados pasillos del palacio.

—Alguien ha debido de tener acceso a ella justo antes de que se averiara. Para instalarle el chip.

—Pero ¿por qué iba nadie a instalarle un chip defectuoso?

—No creo que fuera defectuoso. Parece ser que Nainsi envió cierta información a través de la conexión antes de apagarse.

—¿Qué...? —Kai vaciló. Cinder vio el nerviosismo en la mirada, la tensión en el gesto. Kai inclinó la cabeza hacia ella, sin apenas aflojar el paso—. ¿Qué tipo de información puede enviarse a través de coms directas?

—Cualquier cosa que pueda enviarse a través de la red.

—Pero aunque alguien pudiera acceder de manera remota a ella, no podría... Es decir, ella tendría que permitir el acceso a cualquier información que esa persona quisiera recibir, ¿no?

Cinder abrió la boca, lo pensó detenidamente y volvió a cerrarla.

—No lo sé. Desconozco el funcionamiento de una com directa en un androide, sobre todo en uno que no ha sido diseñado para ello. Sin embargo, cabe la posibilidad de que quien le instalara ese chip lo hiciera con la intención de obtener información. Información específica... lo más probable.

Kai tenía la mirada perdida mientras cruzaban el puente cubierto de cristal que conducía al ala de investigación.

—Entonces, ¿cómo puedo saber quién le ha colocado el chip y lo que ha averiguado a través de ella?

Cinder tragó saliva.

—He intentado iniciar la conexión, pero parece que está desactivada. Seguiré intentándolo, aunque ahora es imposible saber quién estaba al otro lado. En cuanto a lo que hayan averiguado...

Kai captó lo que insinuaba el tono de voz de Cinder. Se detuvo en seco y se volvió hacia ella con ojos centelleantes.

Cinder bajó la voz y las palabras salieron como en un torrente.



— Sé lo que estás buscando. Oí parte de la información que Nainsi había descubierto.

— Ni siquiera yo sé todavía lo que ha descubierto.

Cinder asintió con la cabeza.

— Es... interesante.

La mirada del príncipe se iluminó y bajó la cabeza, acercándose a la joven.

— Está viva, ¿verdad? ¿Sabe Nainsi dónde se encuentra?

Cinder sacudió la cabeza. El pánico había vuelto a apoderarse de ella, pues era consciente de que Levana estaba en algún lugar entre aquellas paredes.

— No podemos hablar de eso aquí. Además, en cualquier caso, Nainsi sabe mucho más que yo.

Kai frunció el ceño y retrocedió, pero Cinder vio que el príncipe seguía dándole vueltas a la cabeza mientras se encaminaban hacia la zona de ascensores y le daba instrucciones al androide que aguardaba junto a las puertas.

— Entonces —dijo Kai, cruzando los brazos mientras esperaban—, estás diciéndome que Nainsi posee información importante, pero que, tal vez, alguien que desconocemos dispone de la misma información.

— Eso me temo —contestó Cinder—. Además, el chip en cuestión es... distinto. No es ni de silicio ni de carbono. Es la primera vez que veo un chip de esas características.

Kai se la quedó mirando con el ceño fruncido.

— ¿Cómo es eso posible?

Cinder alzó los dedos como si sostuviera entre ellos el chip y lo tuviera allí delante.

— En cuanto a tamaño y forma, parece un chip normal y corriente, pero brilla mucho. Como... una piedra preciosa diminuta. Y tiene un tono perlado.



Kai empalideció de pronto. Un segundo después, cerró los ojos con el rostro crispado.

— Es lunar.

— ¿Qué? ¿Estás seguro?

— Sus naves están hechas del mismo material. No sé exactamente qué es, pero... —Lanzó una maldición y se masajeó la sien con el pulgar—. Tiene que haber sido Sybil, o su guardia. Llegaron pocos días antes de que Nainsi dejara de funcionar.

— ¿Sybil?

— La taumaturga de Levana. La lacaya que le hace el trabajo sucio.

Cinder sintió una fuerte presión en los pulmones. Si la información había ido a parar a manos de Sybil, entonces no cabía duda alguna de que habría llegado a oídos de la reina.

— Ascensor B para Su Alteza Imperial —dijo el androide cuando se abrieron las puertas de la segunda cabina.

Cinder siguió a Kai, incapaz de reprimir una mirada de soslayo a la cámara del techo. Si los lunares se habían infiltrado en un androide de la casa real, podían haberse infiltrado en cualquier lugar del palacio.

Se apartó un mechón de pelo suelto y se lo sujetó detrás de la oreja mientras las puertas se cerraban, sintiéndose empujada por su paranoia a actuar de manera natural.

— Por lo que veo, las cosas no van muy bien con la reina, ¿no?

El rostro de Kai se contrajo con amargura, como si no existiera tema de conversación más desagradable que aquel, y se apoyó contra la pared del ascensor. A Cinder le afectó ver cómo el porte real abandonaba al joven y bajó la vista hacia las puntas de las botas.

— No creo que sea posible odiar a nadie tanto como yo odio a esa mujer. Es mala.

Cinder dio un ligero respingo.





—Crees que es seguro... Es decir, si colocó ese chip en tu androide...

Comprendiendo lo que la joven quería decir, Kai lanzó una mirada fugaz a la cámara y se encogió de hombros.

—Me da igual. Ella sabe que la odio. Créeme, hace méritos.

Cinder se humedeció los labios.

—He visto lo que les ha hecho a los manifestantes.

Kai asintió.

—No tendría que haberle permitido que se enfrentara a ellos. En cuanto las telerredes informen de lo rápido que ha conseguido controlarlos, la ciudad se sumirá en el caos. —Cruzó los brazos y volvió a encogerse de hombros—. Y por si fuera poco, ahora además cree que damos cobijo a desertores lunares.

Cinder sintió que el estómago le daba un vuelco.

—¿De verdad?

—Ya lo sé, es absurdo. Lo último que desearía es más lunares ávidos de poder corriendo a sus anchas por mi país. ¿Por qué iba yo a...? ¡Aj! No sabes lo frustrante que es.

Cinder se frotó las manos, repentinamente nerviosa. Ella era la razón por la que Levana creía que Kai daba cobijo a lunares. Ni se le había pasado por la cabeza que la posibilidad de que la reina la viera también pudiera poner en peligro a Kai.

Al ver que seguía guardando silencio, se arriesgó a mirarlo de soslayo. Tenía los ojos clavados en los guantes de la joven. Cinder se llevó las manos al pecho para comprobar que los llevaba bien puestos, como así era.

—¿No te los quitas nunca? —preguntó Kai.

—No.

El joven ladeó la cabeza y se la quedó mirando como si pudiera ver el revestimiento metálico del cráneo a través de la piel.



—Creo que tendrías que venir al baile conmigo —dijo, sin apartar los ojos de ella ni un solo instante.

Cinder contrajo los dedos. No había dudas ni vacilación en la expresión del joven. Cinder sentía los nervios a flor de piel.

—Por todos los astros —musitó—, ¿no me lo habías preguntado ya?

—Esta vez tengo la esperanza de recibir una respuesta más favorable. Y parece que cada vez estoy más desesperado.

—Qué halagador.

Kai curvó los labios.

—Por favor.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—No, que por qué yo.

Kai colgó los pulgares en los bolsillos.

—¿Porque si mi levitador de fuga se estropea tendré a alguien a mano que lo pueda reparar?

Cinder puso los ojos en blanco y se descubrió incapaz de devolverle la mirada, por lo que la desvió hacia el botón rojo de emergencias que había junto a las puertas.

—En serio. No puedo ir solo y por nada del mundo iré con Levana.

—Bueno, hay más de doscientas mil chicas solteras en esta ciudad que matarían por tener ese privilegio.

El silencio se instaló entre ellos. Aunque ni siquiera la rozaba, Cinder sentía su presencia, cálida y embriagadora, así como el aire caldeado, a pesar de que su indicador de temperatura le aseguraba que nada había cambiado en la cabina del ascensor.

—Cinder.



No pudo resistirse. Lo miró. Sus defensas flaquearon unos instantes al toparse con aquellos ojos castaños tan sinceros. La preocupación había sustituido la antigua seguridad del joven. La incertidumbre.

—Doscientas mil jóvenes solteras —dijo—. ¿Por qué no tú?

Ciborg. Lunar. Mecánica. Era lo último que le convenía.

Abrió la boca y el ascensor se detuvo.

—Lo siento, pero, créeme: no te conviene ir conmigo.

Las puertas se abrieron y Cinder sintió cómo desaparecía la tensión. Abandonó la cabina rápidamente, con la cabeza agachada, intentando no mirar al grupito de personas que esperaban para entrar.

—Ven al baile conmigo.

Se quedó helada. Todo el mundo se quedó helado.

Cinder se volvió. Kai seguía dentro del ascensor B, sujetando la puerta con una mano.

La joven tenía los nervios a flor de piel y las emociones de la última hora convergían en una única y nauseabunda sensación: exasperación. El vestíbulo estaba abarrotado de médicos, sanitarios, androides, funcionarios y técnicos y todos guardaban un incómodo silencio, atentos al príncipe y la joven de los anchos pantalones cargo con quien flirteaba.

Flirteaba.

Se puso derecha y regresó a la cabina, dando un empujón a Kai para que se metiera dentro, sin importarle haberlo hecho con la mano metálica.

—Retén el ascensor —le dijo Kai al androide cuando las puertas se cerraban. Sonrió—. Por fin me prestas atención.

—Escucha —dijo Cinder—, lo siento, de verdad que lo siento, pero no puedo ir contigo al baile. Tienes que confiar en mí.

Kai bajó la mirada hacia la mano enguantada abierta sobre su pecho. Cinder la retiró y cruzó los brazos.

—¿Por qué? ¿Por qué no quieres venir conmigo?



Cinder refunfuñó.

—No es que no quiera ir contigo, es que no voy a ir al baile.

—Entonces quieres venir conmigo.

Cinder enderezó la espalda.

—Eso no importa, porque no puedo.

—Pero yo te necesito.

—¿Me necesitas?

—Sí. ¿No lo entiendes? Si me paso todo el tiempo contigo, la reina Levana no podrá arrastrarme a ninguna conversación o... —se estremeció— a la pista de baile.

Cinder retrocedió medio mareada, desviando la mirada. La reina Levana. Claro, todo aquello era por la reina Levana. ¿Qué le había dicho Peony, hacía siglos? ¿No le había hablado sobre los rumores de una alianza matrimonial?

—No es que tenga nada en contra del baile. Sé bailar. Si es que quieres bailar.

Lo miró sin verlo.

—¿Qué?

—O no, si es que no quieres. O no sabes. Lo cual no es nada de lo que avergonzarse.

Cinder empezó a frotarse la frente tratando de aliviar un incipiente dolor de cabeza, aunque se detuvo al recordar que llevaba los guantes sucios.

—De verdad que no puedo ir —dijo—. Verás... —No tengo vestido. Adri no me dejaría. Porque Levana me mataría—. Se trata de mi hermana.

—¿Tu hermana?

Tragó saliva y bajó la vista hacia el reluciente suelo de palisandro. Incluso los ascensores eran de una belleza excepcional.



—Sí. Mi hermana pequeña. Tiene la peste. No sería lo mismo sin ella y no puedo ir. No, no voy a ir. Lo siento.

Cinder se sorprendió de lo convincentes que sonaron sus palabras, incluso a ella misma. Se preguntó si, de haberse visto, habría saltado la alarma de su detector de mentiras.

Kai se apoyó contra la pared. El pelo le caía justo sobre los ojos.

—No, soy yo quien lo siente. No lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo? —Cinder se frotó las manos en los costados. Los guantes le daban mucho calor—. En realidad, hay algo que... me gustaría pedirte. Si no te importa. —Kai ladeó la cabeza, asaltado por la curiosidad—. Creo que le gustaría que te hablara de ella, solo es eso. En fin... Se llama Peony. Tiene catorce años y está locamente enamorada de ti. —El joven enarcó las cejas—. Acaba de ocurrírseme que si, por un milagro, sobreviviera, ¿crees que sería posible que le concedieras un baile?

Las palabras de Cinder le rasparon la garganta, consciente de que los milagros no existían. Sin embargo, tenía que intentarlo. Kai la traspasó con la mirada mientras asentía con un lento y decidido gesto.

—Será un placer.

Cinder bajó la cabeza.

—Se lo diré, así tendrá algo en que pensar que le haga ilusión. —Cinder vio por el rabillo del ojo que Kai metía una mano en el bolsillo y la cerraba en un puño—. Seguramente la gente de ahí fuera estará empezando a pensar cosas raras. Los rumores correrán como la pólvora.

Acompañó el comentario con una risita incómoda, que Kai no correspondió. Cuando se atrevió a alzar la cabeza, el joven tenía los ojos clavados en la pared que había detrás de ella, con la mirada perdida. Parecía alicaído.

—¿Te encuentras bien?

Kai iba a asentir, pero se detuvo.

—Levana cree que puede manejar me como a una marioneta. —Frunció el ceño—. Y tal vez tenga razón.



Cinder jugueteó incómoda con los guantes. Qué fácil era olvidar con quién estaba hablando y todo lo que debía de pasar por su cabeza, asuntos de mayor relevancia que ella.

Incluso más importantes que Peony.

—Tengo la sensación de que voy a echarlo todo a perder — comentó Kai.

—No lo harás. —Ardía en deseos de consolarlo, pero se contuvo, retorciendo las manos—. Vas a ser ese tipo de emperador que todo el mundo ama y admira.

—Sí, seguro.

—Lo digo en serio. Mira cómo te preocupas, el empeño que estás poniéndole, y ni siquiera eres emperador todavía. —Cruzó los brazos y ocultó las manos en el pliegue de los codos—. Además, no es que estés precisamente solo. Tienes consejeros, representantes provinciales, secretarios, tesoreros... Vamos a ver, ¿qué daño puede hacer un hombre solo?

Kai esbozó media sonrisa.

—No estás haciéndome sentir mejor, pero te agradezco el esfuerzo. —Volvió la vista hacia el techo—. De todas formas, no debería estar contándote todo esto. No es problema tuyo. Pero es que... contigo es fácil hablar.

Cinder removió los pies.

—Podría decirse que también es mi problema. Es decir, todos vivimos aquí.

—Podrías ir a Europa.

—¿Sabes?, últimamente me lo he planteado.

Kai volvió a reír, aunque esta vez con su cálida risa.

—A eso se le llama un voto de confianza.

Cinder bajó la cabeza.

—Mira, ya sé que perteneces a la realeza y todo eso, pero la gente seguramente estará empezando a impacientarse por subir al ascen...



Se le cortó la respiración al ver que Kai se inclinaba hacia delante, tan cerca que por un instante creyó que iba besarla. Se quedó helada, presa del pánico, sin atreverse a levantar la vista.

—Imagina que existiera una cura —le susurró Kai al oído en vez de besarla—, pero tuvieras que pagar un precio tan alto por su descubrimiento que te arruinara la vida por completo. ¿Qué harías?

El aire caliente se cerró sobre ella. Kai estaba tan cerca que hasta percibía el delicado olor a jabón que desprendía su piel.

El joven clavó sus ojos en ella, impaciente, desesperado.

Cinder tragó saliva.

—¿Mi vida a cambio de la de millones de personas? ¿Dónde está la elección?

Kai abrió la boca y los ojos de Cinder se vieron irremediamente atraídos hacia ella antes de volver a alzarlos de inmediato hacia los de Kai. Casi podía contar las pestañas negras que los bordeaban. En ese momento, la mirada de Kai se tiñó de tristeza.

—Tienes razón. No hay elección.

El cuerpo de Cinder deseaba ardientemente salvar la distancia que los separaba al mismo tiempo que alejar el de Kai de un empujón. La ansiedad que le abrasaba los labios le impedía hacer ninguna de las dos cosas.

—¿Alteza?

Cinder ladeó la cabeza hacia él con un movimiento apenas perceptible y oyó su respiración entrecortada. Esta vez fueron los ojos de Kai los que descendieron hasta sus labios.

—Lo siento —se disculpó Kai—. Sé que estas cosas no se hacen, pero... parece que mi vida está a punto de irse al garete.

Cinder frunció el ceño con una mirada inquisitiva, pero él no quiso dar más explicaciones. Los dedos de Kai, ligeros como una brisa, le rozaron el codo. El joven bajó la cabeza. Cinder no podía moverse, apenas fue capaz de mojar los labios antes de cerrar los ojos.



El dolor estalló en su cabeza y recorrió toda su columna.

Cinder se quedó sin aliento y se dobló por la mitad, llevándose las manos al estómago. El mundo se tambaleó bajo sus pies. El sabor de la bilis le raspó la garganta. Kai lanzó un grito y la sujetó antes de que se desplomara en el suelo del ascensor, donde la posó con delicadeza. Mareada, Cinder se estremeció apoyada contra él.

El dolor remitió con la misma rapidez con que había aparecido.

Cinder permaneció tumbada, jadeante, encorvada sobre el brazo de Kai. Sus tímpanos empezaron a filtrar la voz del joven, que repetía su nombre una y otra vez. Palabras amortiguadas. «¿Estás bien?» «¿Qué ha ocurrido?» «¿Ha sido culpa mía?»

Cinder estaba ardiendo, la mano le sudaba dentro del guante y tenía la cara muy caliente. Igual que cuando el doctor Erland la había tocado. ¿Qué le ocurría?

Se humedeció los labios. Era como tener la lengua de trapo.

—Estoy bien —dijo, preguntándose si sería cierto—. Ya ha pasado. Estoy bien.

Cerró los ojos con fuerza y esperó, temiendo que incluso el más leve movimiento hiciera regresar el dolor.

Los dedos de Kai le presionaban la frente, el pelo.

—¿Estás segura? ¿Puedes moverte?

Cinder intentó asentir con un gesto y se arriesgó a abrir los ojos.

Kai ahogó un grito y apartó la mano con brusquedad, deteniéndola a escasos centímetros de la frente de Cinder. La joven sintió un nudo en el estómago. ¿Habría visto el visor retinal?

—¿Qué? —preguntó, ocultando el rostro tras la mano mientras se palpaba la piel, el pelo, con dedos nerviosos—. ¿Qué pasa?

—Na... nada.

Cuando volvió a atreverse a mirarlo a los ojos, vio que Kai no dejaba de parpadear, completamente desconcertado.



— ¿Alteza?

— No, no es nada. — Esbozó una sonrisa, sin demasiada convicción

—. Debe de haber sido cosa de mi imaginación.

— ¿El qué?

Kai sacudió la cabeza.

— Nada, de verdad. Vamos. — Se levantó y la ayudó a ponerse en pie—. Tendríamos que ir a ver si el doctor Erland puede hacerte un hueco en su apretada agenda.



CAPÍTULO 25

Desde que salieron del ascensor y hasta que llegaron al despacho del doctor Erland, Kai recibió dos coms —Cinder lo sabía porque había oído el tintineo que procedía del cinturón—, que no contestó. El joven insistió en servirle de sostén a pesar de las protestas de Cinder, que afirmaba que podía caminar sin ayuda, y de las miradas curiosas de aquellos con quienes se cruzaron y que al príncipe no parecieron importarle ni la mitad de lo que incomodaban a Cinder.

Kai entró sin llamar cuando se detuvieron frente a la puerta del doctor Erland, y este no pareció sorprenderse al ver que quien había irrumpido en su despacho sin anunciarse no era otro que el príncipe Kai.

—Le ha vuelto a ocurrir —informó Kai—. Lo del desmayo o lo que sea.

Los ojos azules del doctor Erland se volvieron hacia Cinder.

—Ya se me ha pasado —aseguró la joven—. Estoy bien.

—No estás bien —insistió Kai—. ¿Qué le ocurre? ¿Qué podríamos hacer para que no volviera a ocurrirle?

—Le echaré un vistazo —dijo el doctor Erland—. A ver qué se puede hacer.

Kai se conformó con aquella respuesta, aunque no parecía demasiado convencido.

—Si necesita fondos para la investigación... O un equipo especial o lo que sea...

—No adelantemos acontecimientos —dijo el médico—. Seguramente lo único que necesita es un par de reajustes.





Cinder apretó la mandíbula en cuanto el detector de mentiras empezó a parpadear. Volvía a mentir al príncipe. Y a ella. Sin embargo, Kai no puso objeciones ni hizo más preguntas, pero sí una profunda inspiración antes de volverse hacia Cinder. Su expresión la incomodó, aquellos ojos que la miraban como a una frágil muñeca de porcelana.

Aunque también creyó distinguir en ellos cierto desengaño.

—Estoy bien, de verdad.

Cinder sabía que no la creía, pero Kai no tenía modo de demostrar que mentía. El comunicador volvió a sonar. Esta vez lo consultó. Kai frunció el ceño y lo apagó.

—Tengo que irme.

—Es evidente.

—El primer ministro de África ha convocado una reunión de dirigentes mundiales. Cosas aburridas de políticos. Mi consejero está a punto de sufrir una crisis nerviosa.

Cinder enarcó las cejas, esperando que aquel gesto expresara suficientemente que aprobaba su partida. Después de todo, era un príncipe. Los hombres y mujeres más poderosos de la Tierra lo habían citado. Lo comprendía.

Aun así, él siguió allí, con ella.

—Estoy bien —repitió—. Vete.

Kai pareció relajarse. De pronto, se volvió hacia el doctor Erland, sacó algo del bolsillo y se lo puso en la mano.

—También venía a darle esto.

El doctor Erland se colocó las gafas y alzó el vial de cristal hacia la luz. Estaba lleno de un líquido transparente.

—Y esto es...

—Un presente de la reina Levana. Según ella, es un antídoto contra la letumosis.

A Cinder le dio un vuelco el corazón. Su mirada se concentró en el vial.



¿Un antídoto?

Peony.

El doctor Erland empalideció y abrió los ojos de par en par tras los vidrios de las gafas.

—Ah, ¿sí?

—Podría ser una treta. No lo sé. Se supone que es una dosis única, suficiente para un hombre adulto.

—Ya veo.

—En fin, ¿cree que podría duplicarlo? Suponiendo que realmente sea una cura.

El doctor Erland frunció los labios hasta que formaron una fina línea y bajó el vial.

—Eso depende de muchas cosas, Alteza —dijo, tras una larga pausa—, pero haré todo lo que esté en mis manos.

—Gracias. Infórmeme en cuanto obtenga resultados.

—Por descontado.

Aliviado, Kai relajó el ceño y se volvió hacia Cinder.

—¿Y tú me informarás si, por casualidad...

—Que sí.

—... cambias de opinión sobre lo de ir al baile?

Cinder apretó los labios.

La sonrisa de Kai no se reflejó en sus ojos. El joven se despidió del doctor con una breve reverencia y se fue. Cinder se volvió de nuevo hacia el vial, encerrado en el puño del médico y sintió que la esperanza renacía en su interior. Sin embargo, también se fijó en los nudillos blancos del hombre y al levantar la vista se topó con una mirada furibunda.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —preguntó el hombre, aporreando la mesa con la otra mano. Cinder dio un respingo, sorprendida ante su vehemencia—. ¿Es que no sabe que la reina Levana está aquí, ahora, en este



palacio? ¿Es que no me entendió cuando le dije que se mantuviera alejada de aquí?

—Tenía que traerle la androide al príncipe. Es parte de mi trabajo.

—Usted está hablándome de cómo se gana la vida y yo de cómo puede conservarla. ¡Este no es un lugar seguro para usted!

—Para que lo sepa, esa androide podría ser de importancia vital.

—Apretó los dientes, reprimiéndose para no decir nada más. Se quitó los asfixiantes guantes con un hondo suspiro y se los metió en el bolsillo—. Está bien, lo siento, pero ahora ya estoy aquí.

—Tiene que irse. De inmediato. ¿Y si le da por visitar los laboratorios?

—¿Por qué iba la reina a molestarse en visitar los laboratorios? — Se agenció la silla que había frente al doctor Erland. Él permaneció de pie—. Además, es demasiado tarde. La reina ya me ha visto.

Esperaba que el médico estallara ante aquella confesión, pero para su sorpresa, una expresión aterrorizada sustituyó el ceño. Las pobladas cejas rozaron el borde de la gorra. Despacio, el hombre se desplomó en su asiento.

—¿La ha visto? ¿Está segura?

Cinder asintió con la cabeza.

—Estaba en el patio, durante la manifestación. La reina Levana apareció en uno de los balcones superiores e... hizo algo, a la gente. Les lavó el cerebro o los hechizó o como quiera que se llame, pero todos se calmaron y dejaron de protestar. Fue espeluznante. Como si de pronto hubieran olvidado por qué estaban allí, como si ya no la odiaran. Y luego se fueron sin más.

—Sí. —El doctor Erland dejó el vial en la mesa—. Así es fácil entender que su pueblo no se rebele en su contra, ¿verdad?

Cinder se inclinó hacia delante y empezó a tamborilear con los dedos metálicos sobre el escritorio.

—Sin embargo, hay algo más: usted me dijo que el hechizo lunar no afecta a los caparazones, ¿verdad? Y que por eso ordenó que los... que nos mataran, ¿no es así?



— Así es.

— Pues me afectó. Confié en ella igual que hicieron los demás. Al menos, hasta que mi programación intervino y se hizo con el control. — Vio que el doctor Erland se quitaba la gorra, se ajustaba la visera y volvía a colocársela sobre el cabello cano, suave y ahuecado—. Eso no debería haber ocurrido, ¿no es cierto? Porque soy una caparazón.

— No — contestó, sin demasiada convicción —, eso no debería haber ocurrido.

El hombre se levantó de la silla y se volvió hacia el alto ventanal que iba del suelo al techo.

Cinder sintió la tentación de alargar la mano y hacerse con el vial que descansaba sobre la mesa, pero se reprimió. El antídoto, si es que era un antídoto, debía ser para todos.

Tragó saliva y enderezó la espalda.

— ¿Doctor? No parece demasiado sorprendido.

El hombre alzó una mano y se dio unos golpecitos en la boca con un par de dedos antes de volverse hacia ella, muy despacio.

— Debo de haber interpretado mal sus diagnósticos.

Mentira.

Cinder se retorció las manos en el regazo.

— O no me ha dicho la verdad.

El hombre frunció el entrecejo, pero no lo negó.

Los dedos de Cinder se crisparon.

— Entonces, ¿no soy lunar?

— No, no, usted es lunar sin lugar a dudas.

Verdad.

Se recostó contra el respaldo de la silla, enfurruñada, desilusionada.



—He estado investigando un poco sobre su familia, señorita Linh.
—El hombre debió de ver cómo se le iluminaba la mirada, porque se apresuró a alzar ambas manos—. Me refiero a su familia adoptiva. ¿Sabía usted que su tutor, el fallecido Linh Garan, diseñaba sistemas robóticos?

—Esto... —Cinder pensó en las placas y los premios que descansaban en la repisa del salón de Adri—. La verdad es que no me extraña.

—Bien. El año anterior a que la operaran, su tutor presentó un invento en la feria científica de Nueva Pekín. Un prototipo. Lo llamaba sistema de seguridad bioeléctrico.

Cinder lo miró de hito en hito.

—¿Qué?

De pie, el doctor Erland manipuló la telerred hasta que un holograma familiar parpadeó delante de ellos. Hizo que apareciera en primer plano la representación del cuello de Cinder y señaló un puntito negro en la parte superior de la columna.

—Esto.

Cinder se llevó la mano a la nuca y se la masajeó.

—Es un dispositivo conectado al sistema nervioso de una persona. Tiene dos propósitos: en un terrestre, impide la manipulación externa de su bioelectricidad personal. Es decir, consigue que este sea inmune al control lunar. Por el contrario, implantado en un lunar, le impide a este manipular la bioelectricidad de los demás. Es como si le hubieran puesto un seguro a esa capacidad.

Cinder sacudió la cabeza, sin dejar de frotarse el cuello.

—¿Un seguro? ¿A la magia? ¿Es eso posible?

El doctor Erland levantó un dedo a modo de advertencia.

—No es magia. Lo único que consigue insistiendo en que se trata de magia es conferirles más poder.

—De acuerdo. A lo que sea bioeléctrico. ¿Es eso posible?



—Por lo visto, sí. El don de los lunares reside en su capacidad para manipular el cerebro de los demás y controlar su energía electromagnética. Para impedir que utilizaran dicha capacidad sería necesario modificar el sistema nervioso cuando entra en el tallo cerebral, y conseguirlo sin que queden afectados la motricidad y el sistema sensorial es... impresionante. Realmente brillante.

Boquiabierta, Cinder siguió al hombre con la mirada mientras este regresaba a su asiento.

—Se habría hecho rico.

—Puede ser, si hubiera vivido lo suficiente. —El hombre apagó la pantalla—. Cuando presentó el prototipo en la feria, todavía no lo había probado y sus contemporáneos acogieron la idea con escepticismo, tal como corresponde. Primero tenía que realizar las pruebas pertinentes.

—Y para ello necesitaba a un lunar.

—Lo ideal hubiera sido contar con ambos especímenes, uno lunar y otro terrestre, para comprobar ambas funcionalidades de manera separada. Desconozco si encontró un sujeto terrestre, pero es evidente que dio con usted y que le instaló su invento para impedir que utilizara su don. Eso explica por qué no ha podido usarlo desde que la operaron.

Cinder movía la pierna con nerviosismo.

—No se equivocó al interpretar mis diagnósticos. Usted lo sabía desde el principio. Desde el momento en que entré en este laboratorio, sabía que yo era lunar y que tenía ese seguro de locos y... Usted lo sabía.

El doctor Erland se retorció las manos. Hasta ese momento, Cinder no se había fijado en la alianza de oro que llevaba en el dedo.

—¿Qué me hizo? —dijo, levantándose del asiento—. Cuando sentí ese dolor tan insoportable después de que me tocara el cuello y acabé desmayándome. Y luego hoy otra vez. ¿Por qué me ocurre eso? ¿Qué me está pasando?

—Tranquilícese, señorita Linh.



— ¿Por qué? ¿Para seguir mintiéndome, igual que le ha mentido al príncipe?

— Si le he mentado solo ha sido para protegerla.

— ¿Protegerme de qué?

El doctor Erland unió las yemas de los dedos de ambas manos.

— Entiendo que esté confusa...

— ¡No, no entiende nada! Hace una semana sabía exactamente quién era, qué era, y puede que solo fuera una ciborg insignificante, pero al menos lo sabía. Ahora... Ahora resulta que soy lunar, una lunar que podría tener poderes pero que no puede usarlos, y encima está esa loca demente que quiere matarme y no sé por qué.

NIVELES ELEVADOS DE ADRENALINA, le avisó su panel de control. LÍNEA DE ACTUACIÓN RECOMENDADA: RESPIRACIÓN LENTA Y ACOMPASADA. CONTANDO: UNO, DOS, TRES...

— Por favor, señorita Linh, tranquilícese. En realidad, es bueno que la escogieran para ponerle ese seguro.

— Oh, claro, por supuesto, tiene toda la razón del mundo. ¿A quién no le gustaría que la trataran como a un conejillo de indias?

— Le guste o no, el seguro le ha ahorrado muchos problemas.

— ¡¿Cuáles?!

— Se lo diré en cuanto deje de chillar.

Cinder se mordió el labio y sintió que su respiración se estabilizaba casi en contra de su voluntad.

— De acuerdo, pero esta vez dígame la verdad.

Cruzó los brazos y volvió a sentarse.

— A veces, es usted capaz de crisparle los nervios a cualquiera, señorita Linh. — El doctor Erland suspiró y se rascó la sien—. Verá, manipular la bioelectricidad es un acto tan natural para los lunares que resulta prácticamente imposible impedir que lo hagan, sobre todo cuando son muy jóvenes. Si hubieran dejado que se las arreglara sola, habría atraído demasiada



atención hacia su persona. Habría sido como tatuarle «lunar» en la frente. Y aunque hubiera conseguido aprender a controlarlo, el don es una parte tan fundamental de lo que somos que dominarlo puede producir efectos psicológicos colaterales devastadores: alucinaciones, depresión... incluso locura. —Volvió a unir las puntas de los dedos de ambas manos. Hizo una pausa—. En fin, veré, ponerle un seguro a su don la protegió de usted misma, en muchos sentidos.

Cinder se lo quedó mirando fijamente.

—¿Comprende hasta qué punto ambos salieron ganando? —prosiguió el doctor—. Linh Garan consiguió a su sujeto y usted pudo integrarse entre los terrestres sin perder la cabeza.

Cinder se inclinó hacia delante, despacio.

—¿Somos?

—¿Disculpe?

—Somos. Ha dicho que el don forma parte fundamental de lo que somos.

El hombre se enderezó y tiró de las solapas de la bata.

—Ah, ¿he dicho eso?

—Usted es lunar.

El doctor Erland se quitó la gorra y la arrojó sobre la mesa. Sin ella, parecía más encorvado. Más viejo.

—No me mienta.

—No iba a hacerlo, señorita Linh. Solo intentaba encontrar el modo de explicárselo de manera que dejara de lanzarme esas miradas tan acusadoras.

Cinder apretó los dientes, se levantó de un salto y se alejó de la mesa sin apartar la mirada de él, como si en cualquier momento fuera a aparecer un tatuaje en la frente del hombre donde se leyera «lunar».

—¿Cómo voy a creer nada de lo que me ha dicho? ¿Cómo sé que ahora mismo no está lavándose el cerebro?



El hombre se encogió de hombros.

—Si fuera por ahí hechizando a la gente todo el día, al menos haría que me vieran más alto, ¿no cree usted?

Cinder frunció el ceño, ausente, recordando a la reina en el balcón y a su optobiónica advirtiéndole de que alguien mentía, a pesar de que nadie había dicho nada. De algún modo, su cerebro distinguía entre realidad y ficción, aun cuando sus ojos eran incapaces de hacerlo.

Lo miró con desconfianza, señalándolo con un dedo acusador.

—Utilizó su mente para controlarme. Cuando nos conocimos. Usted... me lavó el cerebro. Igual que la reina. Hizo que confiara en usted.

—Sea justa. Iba a atacarme con una llave inglesa.

Su rabia flaqueó.

El doctor Erland abrió las palmas hacia ella.

—Señorita Linh, le aseguro que en los doce años que llevo en la Tierra no he utilizado el don ni una sola vez, y pago el precio de esa decisión a diario. Mi estabilidad mental, mi salud psicológica, hasta mis sentidos se resienten porque me niego a manipular los pensamientos y los sentimientos de los que me rodean. No todos los lunares son de confianza, eso lo sé bien, pero puede confiar en mí.

Cinder tragó saliva y apoyó los brazos en el respaldo de la silla.

—¿Lo sabe Kai?

—Por supuesto que no. Nadie debe saberlo.

—Pero trabaja en el palacio. Ve a Kai a todas horas. ¡Y al emperador Rikan!

Los ojos azules del doctor Erland delataron una irritación pasajera.

—Sí, ¿y eso por qué tendría que preocuparla?

—¡Porque es usted lunar!

—Igual que usted. ¿Debería considerar que la seguridad del príncipe Kai se ve amenazada porque le pidió que lo acompañara al baile?



—¡No es lo mismo!

—No se obstine, señorita Linh. Entiendo que pueda tener prejuicios. En muchos aspectos, son comprensibles, incluso justificados, teniendo en cuenta la historia conjunta de la Tierra y Luna, pero eso no significa que todos seamos seres malvados, interesados y codiciosos. Créame, no hay una sola persona en este planeta que desee ver destronada a la reina Levana más que yo. La mataría yo mismo si pudiera.

El doctor echaba chispas por los ojos y tenía el rostro ligeramente congestionado.

—De acuerdo. —Cinder pellizcó el cojín del respaldo hasta que sintió que el material cedía entre sus dedos de acero—. Estoy dispuesta a aceptar que no todos los lunares son seres malvados y que no todos permiten que Levana les lave el cerebro con tanta facilidad; sin embargo, ¿cuántos de esos que desean plantarle cara arriesgan sus vidas para huir? —Hizo una pausa y lo miró fijamente—. ¿Por qué huyó usted?

El doctor Erland fue a levantarse, pero tras una breve vacilación, volvió a hundirse en su asiento, derrotado.

—Asesinó a mi hija.

Verdad.

Cinder irguió la espalda.

—Lo peor de todo —prosiguió el hombre— es que, si se hubiera tratado de cualquier otra criatura, me habría parecido justo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque era una caparazón. —Recogió la gorra de la mesa y la estudió con atención mientras hablaba, resiguiendo el diseño de espiguilla con los dedos—. Siempre había aprobado las leyes, creía que los caparazones eran peligrosos, que nuestra sociedad se desintegraría si se les permitía vivir. Pero mi niñita no. —Una sonrisa amarga contrajo sus labios—. Cuando nació, pensé en huir con ella, en traerla a la Tierra, pero mi mujer era incluso más devota de Su Majestad de lo que yo lo había sido. No quería saber nada de la niña. Y se



llevaron a mi pequeña Media Luna, igual que a todos los demás. —Volvió a encasquetarse la gorra y miró a Cinder—. Ahora tendría su edad.

Cinder rodeó la silla y se sentó en el borde.

—Lo siento.

—De eso ya hace mucho tiempo. Señorita Linh, es necesario que entienda por todo lo que tuvo que pasar la persona que la sacó de Luna para traerla hasta aquí y los riesgos que asumió para ocultar su don lunar. En resumidas cuentas, para protegerla.

Cinder cruzó los brazos y se retrajo.

—Pero ¿por qué yo? No soy una caparazón. No estaba en peligro. No tiene sentido.

—Lo tendrá, se lo prometo. Escúcheme con atención, pues lo que voy a decirle puede que la impresione profundamente.

—¿Que me impresione? ¿Quiere decir que ahora viene el plato fuerte y que todo lo que me ha contado hasta ahora no era nada más que un aperitivo?

La mirada del hombre se dulcificó.

—Está recuperando su don, señorita Linh. Logré manipular su bioelectricidad para anular de manera temporal el dispositivo de Linh Garan. Eso es lo que hice el primer día que estuvo aquí, cuando perdió la consciencia. El seguro que le colocaron a su don quedó irremediablemente dañado. Con la práctica, conseguirá anular los mecanismos de seguridad usted sola, hasta que vuelva a hacerse con el control total de su don. Ya sé que le provoca grandes dolores cuando aparece de sopetón, como hoy, pero ese tipo de episodios no deberían repetirse demasiado a menudo, solo en momentos de intensa alteración emocional. ¿Sabe qué ha podido desencadenarlo hace unos instantes?

Cinder sintió que el estómago le daba un vuelco al recodar la proximidad de Kai en el ascensor. Se aclaró la garganta.

—Lo que está diciéndome es que estoy convirtiéndome en una verdadera lunar. Con magia incluida.

El doctor Erland frunció los labios, pero no volvió a corregirla.



—Sí. Tardará un tiempo, pero al final acabará recuperando el uso total del don natural con el que nació. —Hizo un gesto con los dedos, dibujando círculos en el aire—. ¿Le gustaría probar a utilizarlo ahora? Tal vez pueda. No estoy seguro.

Cinder imaginó un chispazo en los cables y algo chisporroteando en la base de su columna vertebral. Sabía que probablemente solo eran imaginaciones suyas, que solo se debía al pánico, pero no deseaba arriesgarse. ¿Qué se sentía siendo lunar? ¿Qué se sentía teniendo ese poder?

Sacudió la cabeza.

—No, así está bien, todavía no estoy preparada.

El doctor Erland apretó los labios y esbozó una débil sonrisa, como si se sintiera ligeramente decepcionado.

—Por supuesto. Cuando esté lista.

Cinder cruzó los brazos sobre el regazo e inspiró débilmente.

—¿Doctor?

—¿Sí?

—¿Es usted inmune a la letumosis, como yo?

El doctor Erland le sostuvo la mirada, imperturbable.

—Sí, lo soy.

—Entonces, ¿por qué no ha utilizado sus muestras de sangre para encontrar el remedio? Ha muerto mucha gente... Y las levas ciborg...

Las arrugas del rostro del hombre se atenuaron.

—Las he utilizado, señorita Linh. ¿De dónde cree que han salido los veintisiete antídotos que hemos probado?

—Y no ha funcionado ninguno. —Metió los pies bajo la silla, sintiéndose pequeña. Insignificante... otra vez—. Entonces, mi inmunidad no es el milagro que usted me hizo creer.

Cinder desvió la mirada hacia el vial. El antídoto de la reina.

—Señorita Linh.



La joven volvió la vista hacia él y descubrió un brillo en los ojos del anciano que producía un ligero mareo, como la primera vez que se habían visto.

—Usted es el milagro que andaba buscando —dijo—, pero tiene razón, no por su inmunidad.

Cinder se lo quedó mirando, esperando una explicación. ¿Qué más podía tener de especial? ¿No sería el seguro de su magia lo que realmente andaba buscando el hombre? ¿El dispositivo de Linh Garan?

Su com interna emitió un tintineo y la arrancó de su abstracción. Cinder dio un respingo y se volvió de espaldas al doctor al tiempo que el texto de color verde se deslizaba por su campo de visión.

COM RECIBIDA DESDE EL DISTRITO 29 DE NUEVA PEKÍN,
CUARENTENAS DE LETUMOSIS. LINH PEONY HA ENTRADO EN LA
CUARTA FASE DE LETUMOSIS A LAS 17.24, EL 18 AG. 126 T. E

—¿Señorita Linh?

A Cinder le temblaban las manos.

—Mi hermana ha entrado en la cuarta fase.

Sus ojos se desviaron hacia el vial que el doctor Erland tenía sobre la mesa. El hombre siguió la mirada.

—Ya veo —dijo—. La cuarta fase evoluciona con rapidez. No hay tiempo que perder. —Se inclinó hacia delante y cogió el vial entre los dedos—. Una promesa es una promesa.

Cinder sentía el corazón bombeando contra sus costillas.

—Pero ¿no lo necesita? ¿Para replicarlo?

El doctor se levantó, se acercó a una estantería y cogió un vaso de precipitados.

—¿Cuántos años tiene?



—Catorce.

—Entonces, creo que con esto habrá suficiente. —Vertió una cuarta parte del antídoto en el vaso de precipitados. A continuación colocó el tapón en el vial y se volvió hacia Cinder—. Tenga en cuenta que proviene de la reina Levana. Desconozco cuál es su plan, pero sé que no lo ha hecho por el bien de la Tierra. Podría tratarse perfectamente de un engaño.

—Mi hermana no tiene nada que perder.

El hombre asintió y se lo tendió.

—Eso pensaba.

Cinder se levantó, tomó el vial y lo dejó en la palma de la mano.

—¿Está seguro?

—Con una sola condición, señorita Linh. —Cinder tragó saliva, cerró la mano y se la llevó al pecho—. Debe prometerme que no volverá a acercarse al palacio mientras la reina Levana siga aquí.



CAPÍTULO 26

El príncipe Kai llegó a la reunión diecisiete minutos tarde y fue recibido por las miradas reprobadoras de Torin y otros cuatro funcionarios del Estado sentados a una larga mesa, junto a una decena de rostros que los contemplaban desde el otro lado de sus respectivas telerredes, instaladas en la pared panelada que tenía enfrente. Eran embajadores de todos los estados del planeta: el Reino Unido, la Federación Europea, la Unión Africana, la República Americana y Australia. Una reina, un presidente, un gobernador general, dos primeros ministros, tres representantes estatales y dos representantes provinciales. En el texto al pie de las pantallas se leían sus nombres, cargos y filiación.

—Qué amable por vuestra parte, joven príncipe, honrarnos con vuestra presencia —dijo Torin, mientras los funcionarios del Estado sentados a la mesa se levantaban para dar la bienvenida a Kai.

Kai pasó por alto el comentario de Torin con un gesto de la mano.

—Pensé que tal vez podría iluminaros con mi sabiduría.

En las pantallas de la pared, la primera ministra Kamin, de África, gruñó de manera muy poco propia de una dama. Los demás guardaron silencio.

Kai se dirigía a ocupar su lugar habitual cuando Torin lo detuvo y le señaló la silla que había en un extremo. El asiento del emperador. Con la mandíbula apretada, Kai obedeció. Miró la hilera de rostros. A pesar de que aquellos líderes mundiales se hallaban a miles de kilómetros de distancia, vueltos igual que él hacia su propia pared de telerredes, tenía la sensación de que todos los ojos estaban clavados en él, con desaprobación.

Se aclaró la garganta, tratando de mantener la compostura.



—¿La conexión es segura? —preguntó, pensando en el chip de comunicación directa que Cinder había encontrado en el interior de Nainsi.

Las pantallas de aquella sala estaban equipadas con chips D-COM para poder llevar a cabo conferencias internacionales sin miedo a que alguien estuviera escuchando en la red. ¿Sería por eso que uno de los lacayos de Levana habría colocado el chip en el interior de Nainsi? ¿Para mantener la confidencialidad? Si así era, ¿hasta dónde sabía Levana?

—Por descontado —contestó Torin—. Las conexiones han sido verificadas durante cerca de veinte minutos, Alteza. Estábamos discutiendo las relaciones entre la Tierra y Luna cuando os habéis dignado acompañarnos.

Kai dio una palmada.

—De acuerdo. Veamos, ¿os referís a esas en que la reina dominatriz coge un berrinche y amenaza con declararnos la guerra cada vez que no se sale con la suya? ¿A esas relaciones?

Nadie rió. Torin miró fijamente a Kai.

—¿Acaso preferiríais celebrar la reunión en otro momento, Alteza?

Kai se aclaró la garganta.

—Disculpadme. Eso ha estado fuera de lugar.

Se enfrentó a los rostros de los dirigentes terrestres, que lo observaban desde miles de kilómetros de distancia. Entrelazó las manos bajo la mesa, con fuerza, sintiéndose como un niño que asiste a las reuniones de su padre.

—Es obvio que las relaciones entre la Tierra y Luna han sido tensas durante muchos años —intervino el presidente Vargas, de América— y que la forma de gobierno de la reina Levana no ha hecho más que empeorar las cosas. No podemos culpar a una sola de las partes, pero lo importante es enderezarlas antes...

—Antes de que inicie una guerra —lo interrumpió un representante provincial de Sudamérica—, como el joven príncipe ha observado hace unos momentos.





—Sin embargo, si hemos de dar crédito a lo que se dice en la red —dijo Williams, el gobernador general de Australia—, dichas conversaciones entre la Tierra y Luna ya se han reanudado. ¿Es cierto que Levana se encuentra ahora mismo en nuestro planeta? Apenas pude creerlo cuando lo oí.

—Sí —contestó Torin, al tiempo que todas las miradas se volvían hacia él—. La reina llegó ayer por la tarde, y su primera taumaturga, Sybil Mira, lleva dos semanas alojada en nuestra corte, en calidad de invitada.

—¿Os ha informado Levana del propósito de su visita? —preguntó la primera ministra Kamin.

—Según asegura, desea alcanzar un acuerdo de paz.

Uno de los representantes de la República Americana profirió una carcajada.

—Lo creeré cuando lo vea.

El presidente Vargas ignoró el comentario.

—El momento escogido levanta sospechas, ¿no creen? Tan pronto como...

No terminó la frase. Nadie miró a Kai.

—Estamos de acuerdo —convino Torin—, pero no pudimos rechazar su solicitud.

—Da la impresión de que siempre ha estado más dispuesta a establecer una alianza con la Comunidad antes que con ninguno de nosotros —dijo el presidente Vargas—, pero sus demandas nunca han sido satisfactorias. ¿Acaso han variado sus peticiones?

Kai vio de soslayo que el pecho de Torin se expandía lentamente.

—No —contestó el consejero imperial—. Por lo que sabemos, las peticiones de Su Majestad no han variado. Su objetivo sigue siendo una alianza matrimonial con el emperador de la Comunidad.

Aunque los rostros de la sala y las pantallas intentaron mantenerse impertérritos, todos reflejaron cierta incomodidad. Kai apretó las manos con tanta fuerza que le quedaron grabadas en la piel las marcas de las



uñas. Siempre había desaprobado la diplomacia que se empleaba en aquel tipo de reuniones. Todos pensaban lo mismo, pero nadie se atrevía a decirlo.

Era evidente que compadecían a Kai por el futuro que le esperaba, aunque al mismo tiempo se alegraban de no estar en su pellejo. Nadie quería que la reina Levana desembarcara con su dictadura en ningún país terrestre, aunque sabían muy bien que aquello era bastante mejor a que desembarcara con su ejército.

—La postura de la Comunidad tampoco ha variado —añadió Torin.

Aquello sí que pareció sobresaltar a los reunidos.

—¿No os casaréis con ella? —preguntó la reina Camilla del Reino Unido, al tiempo que se le pronunciaban las arrugas de la frente.

Kai se irguió, a la defensiva.

—Mi padre se mantuvo firme en su decisión de evitar esa clase de alianza y creo que sus razones son tan válidas hoy como lo eran la semana pasada, el año pasado o hace diez años. Debo pensar en qué es mejor para mi país.

—¿Se lo habéis comunicado a Levana?

—No le he mentado.

—¿Y qué medidas tomará al respecto? —preguntó el primer ministro Bromstad de Europa, un hombre rubio de mirada amable.

—¿Cuáles van a ser? —contestó Kai—. Pretende seguir sacándose ases de la manga hasta dejarnos sin cartas.

Todos se volvieron a un lado y a otro, cruzando sus miradas a través de las pantallas. Sin abrir la boca y con los labios lívidos, Torin conminó a Kai a andar con pies de plomo. El joven supuso que no entraba en los planes de su consejero mencionar el antídoto, al menos hasta que les hubiera dado tiempo de decidir cuál sería su siguiente paso; sin embargo, la letumosis era una pandemia que afectaba a todos y tenían derecho a saber que existía un remedio. Siempre y cuando Levana no le hubiera mentado.

Kai inspiró hondo y plantó las manos sobre la mesa.





—Levana asegura que ha encontrado una cura para la letumosis.

Las telerredes parecieron chisporrotear de sorpresa, a pesar de que todos se habían quedado mudos de asombro.

—Ha traído una única dosis, que ya he entregado a mi equipo de investigación. No sabremos si realmente funciona hasta que puedan estudiarla. Si es un verdadero antídoto, el siguiente paso será averiguar si podemos replicarlo.

—¿Y si no podemos?

Kai miró al gobernador general australiano. Era mucho mayor que su padre. Todos eran mucho mayores que él.

—No lo sé —confesó—, pero haré lo que tenga que hacer por la Comunidad.

Pronunció la palabra «comunidad» con sumo cuidado. Ciertamente, formaban una alianza de seis países y un solo planeta, pero todos debían sus propias lealtades, y él no olvidaría la suya.

—Aun así —intervino Torin—, todavía albergamos la esperanza de conseguir que entre en razón y convencerla para que firme el Tratado de Bremen sin recurrir a una alianza matrimonial.

—Se negará —dijo un representante estatal de la Federación Europea—. No nos engañemos, es más terca que una...

—Tampoco debemos olvidar que la familia imperial de la Comunidad no es la única casa real con la que podría tener interés en unir lazos —dijo el representante estatal africano, consciente de que jamás podría tratarse de su país, puesto que no era una monarquía. Cualquier vínculo matrimonial sería demasiado insustancial, demasiado efímero—. Creo que debemos estudiar todas las opciones posibles para tener algo que ofrecerle, independientemente de lo que Levana decida hacer a continuación —prosiguió—. Una oferta que nosotros, como grupo, creyéramos que es la más beneficiosa para todos los habitantes del planeta.

Kai había conseguido redirigir la atención del grupo hacia la reina Camilla del Reino Unido, quien tenía un hijo soltero de treinta y pocos, más



próximo a la edad de Levana que él. El joven príncipe se percató de que la reina trataba de pasar desapercibida y tuvo que hacer grandes esfuerzos para disimular su satisfacción. Sentaba bien volver las tornas.

Sin embargo, desde un punto de vista político, no cabía duda de que Kai era la mejor opción para Levana. El príncipe del Reino Unido era el menor de tres hermanos y jamás llegaría a ser rey. Kai, en cambio, sería coronado la semana siguiente.

—¿Y si rechaza a cualquier otro? —dijo la reina Camilla, enarcando una ceja que había pasado por demasiadas operaciones de rejuvenecimiento a lo largo de los años. Al ver que nadie respondía a su pregunta, prosiguió—: No es mi intención generar alarmas infundadas, pero ¿habéis considerado la posibilidad de que la razón de su visita pudiera ser la de sellar dicha alianza por la fuerza? Tal vez pretenda lavarle el cerebro al joven príncipe para que se case con ella.

A Kai le dio un vuelco el estómago. Vio su propia inquietud reflejada en los rostros de los demás diplomáticos.

—¿Podría hacer algo así? —preguntó.

Al ver que nadie se atrevía a responder, se volvió hacia Torin.

El consejero se tomó su tiempo —mucho, demasiado— antes de negar con la cabeza, lo que despertó en Kai todo tipo de temores.

—No —contestó—. En teoría, tal vez, pero no. Para poder mantener el engaño, tendría que permanecer a vuestro lado día y noche. En cuanto dejarais de estar bajo su influjo, podríais demostrar que el matrimonio no había sido legítimo. No se arriesgaría a algo así.

—Querrás decir que esperamos que no se arriesgue a algo así —lo corrigió Kai, sintiéndose muy poco reconfortado.

—¿Y qué hay de la hija de Levana, la princesa Winter? —apuntó el presidente Vargas—. ¿Ya se ha hablado de ella?

—Hijastra —puntualizó Torin—. Además, ¿qué hay que discutir acerca de la princesa lunar?





—¿No podríamos establecer una alianza matrimonial con ella? —intervino la reina Camilla—. Cualquier cosa es mejor que Levana.

Torin entrelazó las manos sobre la mesa.

—La princesa Winter es hija de otra mujer y su padre no era más que un guardia de palacio. No posee sangre real.

—Pero puede que Luna reconociera la validez de una alianza matrimonial con ella, ¿no es así? —dijo Kai.

Torin suspiró, como si hubiera preferido que Kai hubiera mantenido la boca cerrada.

—Políticamente, tal vez, pero eso no cambia el hecho de que la reina Levana se encuentra en una situación delicada, ya que necesita casarse y concebir un heredero que continúe la estirpe real. No creo que esté dispuesta a casar a su hijastra mientras ella siga necesitando una alianza matrimonial conveniente a sus propósitos.

—¿Y no cabe ninguna posibilidad de que los lunares acepten algún día a la princesa Winter como su reina? —inquirió la primera ministra africana.

—Solo si es usted capaz de convencerlos para que abandonen sus supersticiones —contestó Torin— y todos sabemos lo profundamente enraizadas que están en su cultura. Si no es así, exigirán que el heredero sea de sangre real.

—¿Y si Levana nunca tiene un heredero? ¿Qué harán entonces?

Kai volvió la vista hacia su consejero y enarcó una ceja.

—No lo sé —admitió Torin—. Estoy seguro de que la familia real cuenta con gran cantidad de primos lejanos que gustosamente reclamarán el trono.

—Pero si Levana debe casarse —intervino el representante sudamericano—, y solo lo hará con un emperador de la Comunidad, y el emperador de la Comunidad se niega a casarse con ella, entonces, ¿qué? Nos encontramos en un callejón sin salida.



—Puede que cumpla sus amenazas —aventuró el gobernador general Williams.

Torin sacudió la cabeza.

—Si deseara iniciar una guerra, habría tenido infinitas oportunidades para hacerlo.

—Parece evidente que desea ser emperatriz —replicó el gobernador general—, pero no sabemos qué tiene pensado hacer en el supuesto de que no...

—En realidad, sí lo sabemos —lo interrumpió el presidente Vargas, con voz solemne—. Me temo que ya no es necesario seguir especulando sobre si Levana tiene intención o no de declararle la guerra a la Tierra. La información de la que dispongo me induce a creer que la guerra no es solo probable, sino inminente. —Un rumor cargado de inquietud recorrió la sala—. Si nuestras teorías son correctas, Levana tiene pensado atacar la Tierra en los próximos seis meses.

Kai se inclinó hacia delante, toqueteándose nervioso el cuello de la camisa.

—¿Qué teorías?

—Parece ser que la reina Levana está reuniendo un ejército.

La consternación se extendió por la sala.

—Es cierto que hace tiempo que Luna posee un ejército —dijo el primer ministro Bromstad—. No puede decirse que sea ni algo nuevo ni tema de controversia. Por mucho que nos gustaría, no podemos pedirles que renuncien a tener un ejército.

—No se trata del típico ejército lunar compuesto de soldados y taumaturgos —replicó el presidente Vargas—, ni se parece a ninguno de los que podamos tener en la Tierra. Estas son algunas de las imágenes que han podido obtener nuestros agentes en órbita.

La imagen del presidente desapareció y la sustituyó una fotografía borrosa que parecía hecha a gran distancia. Fotos de satélite tomadas sin luz solar. Sin embargo, a pesar de lo granulada que estaba la imagen, Kai consiguió



distinguir hileras e hileras de hombres en formación. Aguzó la vista y en ese momento una nueva fotografía ocupó la pantalla. Estaba tomada más de cerca y en ella aparecían las espaldas de cuatro de los hombres vistas desde arriba aunque, para gran consternación del joven, Kai constató que no se trataba de tales. Los hombros eran demasiado anchos, estaban demasiado encorvados. El perfil del rostro, apenas discernible, era demasiado alargado. Y algo semejante a pelo de animal les cubría la espalda.

Una nueva imagen. En ella aparecía media docena de aquellos seres vistos de frente: los rostros eran una mezcla de hombre y bestia. La nariz y la mandíbula sobresalían de manera extraña, y una mueca perpetua contraía sus labios. Unos puntos blancos asomaban por sus bocas. Kai no los distinguía con claridad, no podía asegurarlo, pero tenía la sensación de que se trataba de colmillos.

—¿Qué son esas criaturas? —preguntó la reina Camilla.

—Mutantes —contestó el presidente Vargas—. Creemos que son lunares modificados genéticamente. Suponemos que se trata de un proyecto en el que llevan trabajando décadas. Hemos calculado unos seiscientos solo ahí, pero sospechamos que hay muchos más, seguramente en la red de tubos de lava que recorre el subsuelo de la luna. Por lo que sabemos, podría haber miles, decenas de miles de esas criaturas.

—¿Y tienen poderes? —fue la pregunta vacilante formulada por la representante provincial canadiense.

La imagen se fundió y volvió a aparecer la del presidente americano.

—No lo sabemos. No hemos podido verlos entrenando, solo en formación y entrando y saliendo de las cavernas.

—Son lunares —sentenció la reina Camilla—. Si no están muertos, tienen poderes.

—No tenemos pruebas de que asesinen a los niños que no nacen con el don —los interrumpió Torin—, y por fascinante que sea mirar esas imágenes y crear locas especulaciones, no debemos olvidar que la reina Levana



todavía no ha atacado la Tierra y que no disponemos de ninguna evidencia de que esas criaturas estén destinadas a ese tipo de intervención.

—¿A qué otra cosa iban a estar destinadas? —preguntó el gobernador general Williams.

—¿A mano de obra? —repuso Torin, retando a los demás a rebatir aquella posibilidad. El gobernador general dejó escapar un bufido, pero no dijo nada—. Por descontado que debemos estar preparados para una posible guerra, pero, hasta entonces, nuestra prioridad debe ser la de establecer una alianza con Luna, no la de socavarla dejándonos arrastrar por la paranoia y la desconfianza.

—No —dijo Kai, apoyando la barbilla en el puño—, creo que es el momento perfecto para la paranoia y la desconfianza.

Torin lo miró con el ceño fruncido.

—Alteza.

—Parece que a todos se les ha pasado por alto lo más obvio de esas imágenes.

El presidente Vargas hinchó el pecho.

—¿A qué os referís?

—¿No ha dicho que es probable que lleven reuniendo ese ejército desde hace décadas? ¿Que han realizado grandes avances científicos para crear esas... criaturas?

—Eso parece.

—Entonces, ¿por qué no los hemos visto hasta ahora? —Agitó una mano frente la pantalla en la que habían aparecido las imágenes—. Cientos de ellos, formando a cielo abierto como si no tuvieran nada mejor que hacer. Esperando a que los fotografieran. —Cruzó los brazos sobre la mesa, viendo varios rostros dubitativos vueltos hacia él—. La reina Levana quería que viéramos su ejército espectral. Quería que tomáramos nota.

—¿Creéis que pretende amenazarnos? —preguntó la primera ministra Kamin.

Kai cerró los ojos, con la hilera de mutantes fresca en su memoria.





—No. Creo que pretende amenazarme a mí.



CAPÍTULO 27

El levitador se detuvo con gran estruendo en el exterior de la cuarentena. Cinder salió como una exhalación por la puerta levadiza lateral y retrocedió casi de inmediato, enterrando la nariz en el pliegue del codo. El hedor le revolvió el estómago, el calor sofocante de las primeras horas de la tarde intensificaba el olor a carne en descomposición. Junto a la entrada del edificio, un grupo de med-droides cargaba cadáveres en un levitador para transportarlos a otro sitio, cuerpos hinchados y macilentos con una pequeña raja encarnada en la muñeca. Cinder apartó la mirada. Con los ojos clavados en el suelo y conteniendo la respiración al pasar junto a ellos, entró en el almacén.

La cegadora luz del atardecer se enturbió, atrapada en las planchas verdes de las ventanas que bordeaban el techo. Durante la visita anterior, la cuarentena estaba casi vacía; ahora, sin embargo, rebosaba de enfermos de todas las edades y de ambos sexos. Los ventiladores del techo apenas conseguían aliviar el calor sofocante y el olor a muerte que impregnaba el aire.

Los med-droides se afanaban entre los camastros, pero no había suficientes para atender a todos los enfermos.

Cinder avanzó por el pasillo, haciendo pequeñas y cortas inspiraciones, sin apartar la nariz de la manga. Vio la manta de brocado verde de Peony y corrió al pie de la cama.

—¡Peony!

Al ver que no reaccionaba, alargó una mano y la posó sobre su hombro. La manta era suave, cálida, pero el bulto de debajo siguió sin moverse.

Temblando, Cinder asió el borde del edredón y tiró de él hacia atrás.



Peony lanzó una débil y quejumbrosa protesta que consiguió estremecer de alivio los brazos de Cinder, quien se dejó caer junto a la cama.

—Estrellas, Peony. He venido tan pronto como lo he sabido.

Peony la observó de reojo, con la mirada nublada. Tenía el rostro ceniciento y los labios pelados. Las manchas oscuras del cuello habían empezado a difuminarse y habían adoptado un tono lavanda bajo la superficie de una piel espectral. Sin apartar los ojos de Cinder, Peony sacó un brazo de debajo de la manta y abrió los dedos para enseñarle las puntas de color negro azulado y las uñas amarillentas.

—Lo sé, pero vas a ponerte bien. —Intentando respirar lo más superficialmente posible, Cinder se desabotonó el bolsillo lateral de los pantalones cargo y sacó el guante derecho. El vial estaba en uno de los dedos, protegido—. Te he traído algo. ¿Puedes incorporarte?

Peony cerró la mano en un puño, sin fuerzas, y volvió a esconderla bajo la manta. Tenía la mirada perdida. Cinder sospechó que ni siquiera la había oído.

—¿Peony?

Cinder oyó un tintineo en su cabeza. El visor mostró un mensaje entrante de Adri y el ataque de ansiedad que solía acompañarlo le atenazó la garganta.

Desechó el mensaje.

—Peony, escúchame. Ahora tienes que incorporarte. ¿Puedes hacerlo?

—¿Mamá? —susurró Peony, formándosele una salivilla blanca en la comisura de los labios.

—Está en casa. No sabe...

«Que estás muriéndote.» Aunque, claro, sí lo sabía. La com también le habría llegado a ella.

Con el pulso acelerado, Cinder se inclinó sobre Peony y le pasó el brazo por debajo de la espalda.



—Vamos, que te ayudo.

Peony continuó igual —la mirada ausente, exánime—, pero profirió un quejido cuando Cinder la incorporó.

—Lo siento —dijo—, pero tienes que beberte esto.

Un nuevo aviso, otro mensaje de Adri. Esta vez, irritada, Cinder deshabilitó la conexión de red para impedir la entrada de más llamadas.

—Es del palacio. Puede que te ayude. ¿Lo entiendes? —No se atrevía a levantar la voz por miedo a que los otros pacientes pudieran oírla y se amotinaran para exigir su dosis. Sin embargo, Peony continuaba con la mirada perdida—. Una cura, Peony —le susurró al oído—. Un antídoto.

Peony no contestó. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Cinder. Las fuerzas la habían abandonado, y era tan ligera como una muñeca de madera hueca.

Cinder sintió la garganta rasposa, como si tragara arena, cuando la miró a los ojos, unos ojos vacíos. Unos ojos que la miraban sin ver, que la traspasaban.

—No... Peony, ¿no me has oído? —Cinder atrajo a Peony hacia sí y le quitó el tapón al vial—. Tienes que beberte esto. —Llevó el vial a los labios de su hermana, pero la joven no se movió. No se resistió—. Peony.

Con mano temblorosa, le inclinó la cabeza hacia atrás. Los labios apergaminados quedaron abiertos.

Cinder se concentró para detener el temblor de la mano mientras levantaba el vial por temor a verter una sola gota. Apoyó el cristal contra los labios de su hermana y contuvo la respiración, pero se detuvo. Tenía el corazón desbocado y creía que la cabeza le estallaría en cualquier momento a causa de las lágrimas que era incapaz de derramar. La sacudió, con brusquedad.

—Peony, por favor.

Al ver que ni la voz ni el aire atravesaban los labios de su hermana, Cinder apartó el vial. Enterró la cabeza en el cuello de Peony, apretando los dientes hasta que empezó a dolerle la mandíbula. Cada vez que respiraba, el aire, cargado del hedor que la rodeaba, le quemaba la garganta,



aunque en él todavía conseguían distinguirse pequeños efluvios del champú que Peony había utilizado por última vez muchos días atrás.

Con el vial guardado en el puño, soltó a Peony con delicadeza y fue dejando la cabeza poco a poco sobre la almohada. Todavía tenía los ojos abiertos.

Cinder dio un puñetazo en el colchón y unas gotas de antídoto se derramaron sobre su pulgar. Finalmente se vino abajo y enterró su rostro en la manta, cerrando los ojos con tanta fuerza que acabó viendo lucecitas.

—Maldita sea. Maldita sea. ¡Peony! —Se incorporó, hizo una larga y temblorosa inspiración y contempló el rostro en forma de corazón y la mirada vacía de su hermana pequeña—. He cumplido mi promesa. Te lo he traído. —Tuvo que contenerse para no hacer añicos el vial entre sus manos—. Además, he hablado con Kai. Peony, dijo que sí, dijo que bailarías contigo. ¿No lo entiendes? No puedes morirte. Estoy aquí... Estoy...

Un repentino e intenso dolor de cabeza la doblegó sobre la cama. Se agarró al borde del colchón y bajó la cabeza para apoyarla contra el pecho. El dolor procedía de nuevo de la parte superior de la columna, aunque esta vez no la dejó fuera de combate, como en la ocasión anterior. Esta vez solo se trató de una desagradable sensación de calor, como si algo la quemara por dentro.

Por fin se le pasó. El dolor solo dejó atrás una sorda palpitación y la imagen imborrable de los ojos sin vida de su hermana. Levantó la cabeza, tapó el vial, sin fuerza, y volvió a guardárselo en el bolsillo antes de alargar el brazo y cerrarle los párpados a Peony.

Cinder oyó el crujido característico de las orugas de tracción sobre el cemento sucio y vio a un med-droide dirigiéndose hacia ella, aunque esta vez no traía ni agua ni trapos húmedos entre los dedos articulados. El robot se detuvo al otro lado de la cama de Peony, abrió el torso y extrajo un escalpelo.

Cinder alargó la mano enguantada y la cerró en torno a la muñeca de Peony.

—No —dijo, en voz más alta de lo que había pretendido.

Los pacientes más cercanos volvieron la cabeza hacia allí.



El androide dirigió su sensor hacia Cinder. La luz seguía siendo tenue.

Ladrones. Presidarios. Fugitivos.

—Este no.

El androide la miró con su rostro blanco e inexpresivo. Por su torso asomaba el escalpelo, con el filo manchado de sangre seca.

Sin contestar, el androide extendió uno de los brazos libres y apresó el codo de Peony.

—He sido programado...

—Me da igual para lo que hayas sido programado. Este no te lo vas a llevar.

Cinder le dio un tirón al brazo de Peony para desembarazarse del androide. Los dedos articulados dejaron unos arañazos profundos en la piel.

—Tengo que extraer y proteger el chip de identidad —dijo el androide, volviendo a adelantarse.

Cinder se inclinó sobre la cama y le plantó una mano en el sensor para mantenerlo alejado.

—He dicho que este no. Déjala en paz.

El androide alzó el escalpelo y hundió la punta en el guante de Cinder. Se oyó un ruido metálico, metal contra metal. Cinder retrocedió sorprendida. La hoja se había quedado clavada en la gruesa tela de los guantes de trabajo.

Apretando los dientes, se arrancó el escalpelo y lo enterró en el sensor del androide. El cristal se hizo añicos. La brillante luz amarilla se apagó. El androide retrocedió, agitando los brazos metálicos y emitiendo pitidos estridentes y mensajes de error a través de los altavoces ocultos.

Cinder se abalanzó sobre la cama como un rayo y encajó el puño en la cabeza del androide, el cual se estrelló contra el suelo, silenciado, sin dejar de sacudir los brazos.



Casi sin aliento, la joven miró a su alrededor. Los pacientes que podían se incorporaban en sus lechos y la miraban con ojos vidriosos y sobresaltados. Un med-droide que se encontraba a cuatro pasillos de allí, dejó a su paciente y se dirigió hacia ella de inmediato.

Cinder tomó aire. Se agachó, rebuscó entre el sensor hecho añicos del androide y recuperó el escalpelo. Se volvió hacia Peony. Las mantas desordenadas, los arañazos del brazo, las puntas de los dedos azules colgando por un lado de la cama. Se arrodilló junto a su hermana y le suplicó un apresurado perdón mientras le sujetaba la frágil muñeca.

Apoyó el escalpelo en el tejido blando. La sangre empezó a manar de la herida y le empapó el guante, donde se mezcló con años de mugre. Los dedos de Peony se movieron cuando Cinder tocó un tendón. La joven dio un respingo.

Tras considerar que el corte era lo bastante amplio, lo abrió con el pulgar y el músculo brillante y rojo quedó a la vista. Sangre. Se le revolvió el estómago, pero hundió la punta de la hoja con sumo cuidado y separó el chip cuadrado de la carne.

—Lo siento, no sabes cuánto lo siento —susurró, al tiempo que dejaba la muñeca mutilada sobre la barriga de Peony y se ponía en pie.

El chirrido que producían las orugas del med-droide se oía cada vez más cerca.

—Cenizas, cenizas...

Con el escalpelo sujeto con firmeza en una mano y el chip de Peony en la otra, se volvió en redondo hacia la voz ronca que trataba de entonar la canción.

El niño del pasillo de al lado se encogió de miedo cuando sus ojos de pupilas dilatadas vieron el arma. La cancioncilla infantil fue apagándose poco a poco. Cinder tardó unos segundos en reconocerlo: Chang Sunto, el niño del mercado. El hijo de Sacha. Tenía la piel brillante de sudor y el pelo, negro y apelmazado, pegado a un lado de la cabeza, de tanto dormir. «Cenizas, cenizas, todo se derrumba.»

Todo aquel con fuerzas para aguantar sentado la miraba.



Cinder tomó aire levemente y se dirigió hacia Sunto sin pensárselo dos veces mientras rebuscaba el vial en el bolsillo. Lo sujetó con dedos sudorosos, procurando que no se le resbalara.

—Bébetelo.

El med-droide llegó al pie de la cama y Cinder lo apartó a un lado de un empujón. El robot cayó al suelo como un peón derribado. Los ojos delirantes de Sunto la miraban sin reconocerla.

—¡Bébetelo! —le ordenó, quitándole el tapón y llevándoselo a la boca.

Comprobó que los labios del niño se cerraban sobre el tubito y echó a correr.

El sol la cegó unos instantes al salir precipitadamente a la calle. Al ver que varios med-droides y dos camillas de pacientes fallecidos le cortaban el paso hacia el levitador, dio media vuelta y corrió en la dirección opuesta.

Había avanzado cuatro manzanas cuando, al doblar una esquina, oyó otro levitador sobre su cabeza al tiempo que el zumbido de los imanes despertaba bajo sus pasos apresurados.

—Linh Cinder —dijo una voz estentórea a través de un altavoz—, se le ordena que se detenga para proceder a su arresto. No oponga resistencia.

Cinder lanzó una maldición. ¿Iban a llevarla a la cárcel?

Plantó los pies en el suelo y se volvió hacia el levitador blanco, jadeando. Era un vehículo de la policía tripulado por androides. ¿Cómo habían dado con ella tan rápido?

—¡No lo he robado! —gritó, alzando el puño en el que llevaba el chip de Peony—. ¡Pertenece a su familia, solo a ella!

El levitador se posó en el suelo con el motor al ralentí. Un androide descendió por la rampa y escaneó a Cinder con su luz amarilla a medida que se acercaba. Llevaba una pistola eléctrica entre los dedos prensos.

Cinder retrocedió poco a poco, apartando la basura de la calle desierta con los tobillos.



—No he hecho nada malo —dijo, con las manos extendidas hacia el androide—. Ese med-droide me ha atacado. Ha sido en defensa propia.

—Linh Cinder —dijo la voz mecánica de la máquina—, su tutora legal ha informado sobre una ausencia no autorizada. Por la presente ha violado la Ley de Protección Ciborg y en estos momentos se la considera una ciborg fugitiva. Tenemos órdenes de detenerla y de devolverla a su tutora legal haciendo uso de la fuerza en caso de ser necesario. Si no opone resistencia, esta infracción no aparecerá en su historial.

Cinder lo miró de soslayo, confusa. Una gota de sudor rodó por su ceja al volver la vista hacia un segundo androide que en ese momento descendía por la rampa del levitador.

—Un momento —dijo la joven, bajando las manos—, ¿os ha enviado Adri?



CAPÍTULO 28

El incómodo silencio que imperaba en el gran salón comedor solo se veía interrumpido por el repiqueteo de los palillos contra la porcelana y los pasos apresurados de los sirvientes. Únicamente sirvientes humanos, una concesión a la profunda desconfianza de Levana hacia los androides. Según la reina lunar, para su pueblo era amoral e iba en contra de las leyes de la naturaleza conferir una falsa idea de emoción y raciocinio a máquinas fabricadas por el hombre.

Sin embargo, Kai sabía que la razón de su rechazo hacia los androides era su propia incapacidad para lavarles el cerebro.

Sentado frente a la reina, Kai ponía todo su empeño en no mirarla. Era tentador y desagradable al mismo tiempo, y ambas sensaciones lo sacaban de quicio. Torin estaba a su lado, mientras que Sybil y el segundo taumaturgo flanqueaban a la reina. Los dos guardias lunares montaban guardia junto a la pared. Kai se preguntó si alguna vez comerían.

El asiento del emperador, en la cabecera de la mesa, permanecería desocupado hasta la coronación. Kai tampoco deseaba mirar aquella silla vacía.

Levana hizo un gesto elegante y grandilocuente con el que atrajo la atención de todos los comensales, aunque únicamente pretendía tomar un sorbo de té. Los labios de la reina se curvaron al dejar la taza sobre la mesa y encontrarse con la mirada de Kai.

—Sybil me ha informado de que celebráis anualmente unos pequeños festejos —comentó con una voz tan cadenciosa como el arrullo de una nana.

—Sí —contestó Kai, atrapando un wonton de gambas con los palillos—. Siempre se inician con la novena luna llena del año.



—Oh, qué detalle por vuestra parte regir vuestras festividades por los ciclos de mi planeta.

Kai estuvo a punto de atragantarse al oír la palabra «planeta», pero reprimió sus burlas a tiempo.

—Celebramos el final de la Cuarta Guerra Mundial —comentó Torin.

Levana chascó la lengua.

—Ese es el problema de que haya tantos países en un solo planeta. Demasiadas guerras.

Algo cayó en el plato de Kai. Al mirar, vio que el relleno del wonton se había escurrido del envoltorio debido a la presión de los palillos.

—Tal vez tendríamos que agradecer que estallara la guerra y obligara a los países a unirse como acabaron haciendo.

—No creo que a los terrestres les hiciera ningún mal —comentó Levana.

A Kai le palpitaban los oídos. Habían muerto millones de personas en la Cuarta Guerra Mundial. Culturas enteras se habían extinguido, decenas de ciudades habían quedado reducidas a cenizas, entre ellas la antigua Pekín. Por no mencionar los incontables recursos naturales que se habían desperdiciado y perdido en la guerra química y nuclear. Sí, estaba bastante seguro de que a los terrestres no les había hecho ningún bien.

—¿Más té, Alteza? —intervino Torin.

El ofrecimiento del consejero sobresaltó a Kai, quien en ese momento se dio cuenta de que empuñaba los palillos como si fueran un arma.

Renegando para sus adentros, se incorporó ligeramente para que un sirviente le llenara la taza.

—No obstante, hemos de reconocer que gracias a la guerra se acabó firmando el Tratado de Bremen —prosiguió Torin—, el cual, hasta la fecha, ha demostrado ser beneficioso para todos los países de la Unión Terrestre. Por descontado, esperamos ver pronto vuestra firma en el documento, Su Majestad.



Los labios de la reina formaron una fina línea.

—Por supuesto. Vuestros libros de historia se prodigan en las bondades del tratado. Aun así, sigo teniendo la impresión de que Luna, un país único dirigido por un único gobernante, se presta como una fórmula más idónea. Un sistema justo y beneficioso para todos sus habitantes.

—Siempre que su gobierno sea justo —observó Kai.

La reina tensó la mandíbula con cierto desdén, que fue sustituido casi al instante por una sonrisa serena.

—Algo de lo que Luna disfruta, por descontado, como lo demuestran cientos de años en los que no ha estallado ni una sola revuelta, ni hemos conocido la más mínima disensión. Nuestros libros de historia así lo atestiguan.

«Menuda sorpresa.» Eso es lo que hubiera rezongado Kai de no haberse percatado de la mirada severa que le dirigía Torin.

—Algo que todos los gobernantes tratan de alcanzar —contestó Torin.

Los sirvientes se adelantaron y se llevaron el primer plato para sustituirlo por el segundo, cubierto con una tapa de plata.

—Mi reina siente tantos deseos como ustedes de estrechar los lazos entre Luna y la Tierra —intervino Sybil—. Es una lástima que no pudiera alcanzarse un acuerdo durante el mandato de vuestro padre, pero albergamos la esperanza de que vos, Alteza, seáis más partidario de aceptar nuestros términos.

Una vez más, Kai se obligó a moderar la fuerza con que sujetaba los palillos, no fuera a ser que, sin querer, saltara por encima de la mesa y se los clavara en los ojos a aquella bruja. Su padre había probado todos los arreglos posibles para forjar una alianza con Luna, salvo el único punto en el que no estaba dispuesto a claudicar. Aquel que, de producirse, conduciría al fin de la libertad de su pueblo: un matrimonio con la reina Levana.

Sin embargo, nadie puso objeciones al comentario de Sybil. Ni siquiera él. Era incapaz de apartar de su mente la imagen de la reunión que se



había celebrado ese mismo día, la de los mutantes lunares, el ejército de criaturas de aspecto inhumano. A la espera.

Le producía escalofríos, aunque no solo por lo que había visto, sino por lo que imaginaba que le quedaba por ver. Si estaba en lo cierto, Levana había sacado a su ejército para exhibirlo, como una amenaza. Sin embargo, sabía que la reina no era de las que mostraba sus cartas con tanta facilidad.

De modo que ¿qué más les ocultaba?

¿Y se atrevería Kai a arriesgarse a descubrirlo?

Matrimonio. Guerra. Matrimonio. Guerra.

Los sirvientes levantaron al unísono las tapas de plata y liberaron nubecillas de vapor aromatizadas con ajo y aceite de sésamo.

Kai les musitó un agradecimiento por encima del hombro, pero sus palabras se vieron interrumpidas por el chirrido de las patas de la silla de la reina sobre el suelo de mármol. Levana había separado su asiento de la mesa con brusquedad, ahogando un grito.

Desconcertado, Kai siguió la mirada de Levana hasta su plato. En vez del fino filete de solomillo de cerdo y los fideos de arroz, el plato contenía un pequeño espejo de mano encajado en un marco de un reluciente blanco plateado.

—¿Cómo te atreves? —Levana volvió su mirada encendida hacia la camarera que le había servido la comida, una mujer de mediana edad y pelo cano.

La sirvienta retrocedió tambaleante, con los ojos abiertos de par en par.

Levana se levantó tan rápido que la silla cayó al suelo detrás de ella. Un coro de chirridos acompañó el estrépito al tiempo que todo el mundo se ponía en pie arrastrando las sillas.

—¡Habla, repugnante terrestre! ¿Cómo te atreves a insultarme?

La sirvienta sacudió la cabeza, muda.

—Su Majestad... —trató de intervenir Kai.



—¡Sybil!

—Mi reina.

—Esta humana me ha faltado al respeto. Es intolerable.

—¡Su Majestad! —dijo Torin—. Por favor, calmaos. No sabemos si esta mujer es la responsable. No debemos precipitarnos.

—Entonces debe servir de ejemplo —replicó Sybil, con voz gélida—, de esa manera el verdadero culpable cargará con los remordimientos, lo cual a menudo es un castigo mucho peor.

—Nuestro sistema no funciona así —repuso Torin. Tenía el rostro encendido—. Mientras estéis aquí en calidad de invitados, tendréis que ateneros a nuestras normas.

—No acataré unas leyes que permiten prosperar la desobediencia —dijo Levana—. ¡Sybil!

Sybil rodeó la silla caída de la reina. La sirvienta retrocedió, haciendo reverencias, musitando disculpas y suplicando piedad, sin saber qué decía.

—¡Basta ya! ¡Dejadla en paz! —intervino Kai, corriendo hacia la sirvienta.

Sybil cogió un cuchillo de la mesa y se lo tendió a la mujer por la empuñadura. La mujer lo aceptó, llorando, sin dejar de suplicar.

Kai se quedó boquiabierto, a un tiempo indignado y fascinado al ver que la sirvienta volvía la hoja hacia sí misma, asiendo la empuñadura con ambas manos.

El bello rostro de Sybil conservó su expresión autocomplaciente.

Con manos temblorosas, la sirvienta fue alzando poco a poco el cuchillo hasta detener el reluciente filo en la comisura del ojo.

—No —gimoteó—. Por favor.

Kai se estremeció al comprender lo que Sybil pretendía obligarle a hacer a aquella mujer. Irguió la espalda, con el corazón a punto de salirse del pecho.



—¡He sido yo!

Un silencio absoluto se impuso sobre la estancia, únicamente interrumpido por los sollozos convulsos de la mujer.

Todos se volvieron hacia él. La reina, Torin, la sirvienta, con un rasguño diminuto e hinchado junto al párpado, sin soltar el cuchillo.

—He sido yo —repitió.

Miró a Sybil, quien lo observaba imperturbable, y luego a la reina Levana.

La reina tenía las manos cerradas en un puño junto a las caderas y echaba fuego por los ojos. Una ira apenas controlada le encendía la piel. Por un fugaz instante, incluso resultó repulsiva, con la respiración entrecortada y los labios coralinos crispados en una expresión desdeñosa.

Kai se pasó la lengua seca por el paladar.

—Di orden en cocina para que pusieran un espejo en vuestra bandeja. —Mantuvo los brazos pegados a los costados para contener el temblor—. Solo pretendía gastaros una broma inocente. Ahora comprendo que tomé una decisión precipitada, animado por mi ignorancia, y que existen diferencias culturales insalvables, por todo lo cual os presento mis disculpas y solicito vuestro perdón. —Sostuvo la mirada de Levana—. Y si no podéis concederme el perdón, al menos dirigid vuestra rabia hacia mí y no hacia la sirvienta, quien ignoraba que el espejo estuviera ahí. Solo yo merezco ser castigado.

Si la tensión le había resultado difícil de soportar durante el aperitivo, en esos momentos lo asfixiaba.

La respiración de Levana volvió a sosegar mientras sopesaba las opciones. No se lo había creído, era mentira, y todos lo sabían. Sin embargo, el joven había confesado.

Abrió las manos y extendió los dedos sobre la tela del vestido.

—Suéltala.

La energía se disipó. A Kai se le destaponaron los oídos, como si hubiera variado la presión de la estancia.



El cuchillo cayó al suelo con estruendo. La mujer retrocedió tambaleante hasta topar con la pared y se llevó las manos temblorosas a los ojos, a la cara, a la cabeza.

—Gracias por vuestra sinceridad, Alteza —dijo Levana con voz neutra y apagada—. Disculpas aceptadas.

Acompañaron fuera del salón a la mujer llorosa. Torin se estiró, cogió la tapa de plata y cubrió el espejo.

—Traigan a nuestra honorabilísima invitada su plato.

—No es necesario —dijo Levana—. He perdido el apetito.

—Su Majestad... —quiso protestar Torin.

—Me retiraré a mis aposentos —zanjó la reina. Seguía enfrentada a Kai a través de la mesa, con sus ojos fríos y calculadores clavados en el futuro emperador, que era incapaz de apartar los suyos—. Esta noche he aprendido algo muy valioso sobre vos, joven príncipe. Espero que vos también hayáis aprendido algo sobre mí.

—¿Que preferís recurrir al terror en lugar de a la justicia para gobernar? Lo lamento, Su Majestad, pero me temo que eso ya lo sabía.

—No, en absoluto. Espero que hayáis comprendido que sé decidir qué batalla me conviene librar. —Sus labios se curvaron en una sonrisa y recuperó su belleza en todo su esplendor—. Si con ello gano la guerra.

Abandonó la estancia con la liviandad de una pluma, como si nada hubiera ocurrido. Su comitiva acomodó el paso tras ella. Cuando el repiqueteo de las botas de los guardias se perdió en los pasillos, Kai se desmoronó en la silla que tenía más cerca y hundió la cabeza entre las rodillas. Tenía arcadas y sentía los nervios a flor de piel.

Oyó que alguien levantaba una silla y vio que Torin se sentaba a su lado, con un hondo suspiro.

—Tendremos que investigar quién está realmente detrás del asunto del espejo. Si resulta ser alguien del personal, habría que relevarlo durante el tiempo que la reina permanezca en el palacio.



Kai levantó la cabeza lo justo para mirar por encima del borde de la mesa, donde vio la magnífica tapa de plata delante de la silla abandonada de la reina. Hizo una profunda inspiración, alargó la mano, levantó la tapa y asió el espejo por el bello mango. Era tan liso como el cristal, pero lanzó destellos de diamante cuando lo movió bajo la luz tenue de la sala. Solo había visto aquel tipo de material una vez. En una astronave.

Volvió el espejo hacia Torin y sacudió la cabeza, indignado.

—Misterio resuelto —dijo, girándolo para que el consejero pudiera apreciar los extraños símbolos rúnicos grabados en la parte posterior de la montura.

Torin se lo quedó mirando, atónito.

—Nos ha puesto a prueba.

Kai dejó caer el espejo sobre la mesa y se frotó la frente con los dedos, sin dejar de temblar.

—Alteza. —Un mensajero se detuvo junto a la puerta y unió los talones con un golpe seco—. Traigo un mensaje urgente de la ministra de Salud y Seguridad Pública.

Kai ladeó la cabeza, entreviendo al mensajero a través del flequillo.

—¿No podría haberme enviado una com? —dijo, llevándose la mano libre al cinturón antes de recordar que Levana había solicitado la retirada de todos los portavisores durante la comida. Gruñó y se enderezó—. ¿Cuál es el mensaje?

El mensajero entró en la estancia, con ojos brillantes.

—Se ha producido un altercado en la cuarentena del distrito veintinueve. Una persona no identificada ha atacado a dos med-droides, ha inutilizado a uno de ellos y se ha dado a la fuga.

Kai frunció el ceño, enderezándose.

—¿Un paciente?



—No estamos seguros. El único androide que habría podido obtener una buena imagen era precisamente el que quedó inutilizado. Otro androide consiguió registrar desde lejos parte de lo que sucedía, pero solo grabó la espalda de la persona en cuestión. No hemos podido obtener una identificación precisa. En cualquier caso, no parece enferma.

—Todos los que están en las cuarentenas están enfermos.

El mensajero vaciló.

Kai aferró con fuerza los brazos de la silla.

—Tenemos que encontrar a ese sujeto. Si tiene la letumosis...

—Parece que se trata de una mujer, Alteza. Y todavía hay más. Las grabaciones que obran en nuestro poder la muestran hablando con otro paciente momentos después de que atacara al primer med-droide. Un niño llamado Chang Sunto, que ingresó ayer en las cuarentenas con letumosis en fase dos.

—¿Y?

El oficial se aclaró la garganta.

—Parece que el chico está recuperándose.

—¿De qué? ¿Del ataque?

—No, Alteza. Parece que está recuperándose de la enfermedad.



CAPÍTULO 29

Cinder cerró la puerta del apartamento de golpe y entró en el salón a grandes zancadas. Adri, que estaba sentada junto a la chimenea, muy tiesa, fulminó a Cinder con la mirada, como si hubiera estado esperándola.

La joven cerró los puños.

—¿Cómo te atreves a enviar a la policía en mi busca como si fuera una vulgar delincuente? ¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez estaba ocupada y que por eso no contestaba?

—¿Quieres decir que cómo me atrevo a tratarte como a una vulgar ciborg? —Adri entrelazó los dedos sobre el regazo—. Eres una ciborg como otra cualquiera, pero resulta que estás bajo mi tutela. Es mi deber asegurarme de que no te conviertes en una amenaza para la sociedad y parecía evidente que estabas aprovechándote de los privilegios que te he concedido en el pasado.

—¿Qué privilegios?

—Cinder, siempre te he dado libertad para hacer lo que quisieras e ir donde te apeteciera. Sin embargo, me he dado cuenta de que no respetas los límites y las responsabilidades que dicha libertad conlleva.

Cinder frunció el ceño y se echó hacia atrás. Había estado ensayando mentalmente su indignado discurso durante todo el camino a casa a bordo del levitador, pero no había esperado que Adri pudiera contraatacar con un discurso propio.

—¿Todo esto es por no haber respondido a un par de coms?

Adri enderezó la espalda.

—¿Qué estabas haciendo hoy en el palacio, Cinder?

El corazón le dio un vuelco.



— ¿En el palacio?

Adri enarcó lentamente una ceja.

— Has estado rastreando mi chip de identidad.

— Tú tienes la culpa de que me haya visto obligada a tomar precauciones.

— No he hecho nada.

— No has contestado a mi pregunta.

Las alarmas internas de Cinder saltaron. La adrenalina se disparaba. Inspiró hondo.

— Fui a la manifestación, ¿de acuerdo? ¿Es eso un crimen?

— Creía que estabas en el sótano, trabajando, como se suponía que debías estar haciendo. Escabullirte de casa sin permiso, sin informarme siquiera, para asistir a un desfile absurdo, y todo ello mientras Peony está... — Se le quebró la voz. Adri bajó la vista y recuperó la compostura, aunque le costó seguir hablando—. El registro también indica que hoy has tomado un levitador para ir a las afueras de la ciudad, al distrito de los viejos almacenes. A mí me parece evidente que intentabas huir.

— ¿Huir? No. Hay... Allí es donde... — Vaciló—. Allí hay un viejo almacén de piezas de recambio. He ido a comprar cosas que necesitaba.

— No me digas. Entonces, veamos, ¿de dónde has sacado el dinero para el levitador? — Cinder se mordió los labios y bajó la mirada—. ¡Esto es inaceptable! — exclamó Adri—. No pienso tolerar este comportamiento.

Cinder oyó ruido en el pasillo. Se asomó ligeramente y vio a Pearl sacando la cabeza por la puerta de su dormitorio, atraída por la voz crispada de su madre. Cinder se volvió hacia Adri.

— Después de todo lo que he hecho por ti — prosiguió la mujer—, después de todo lo que he sacrificado, todavía tienes la desfachatez de robarme.

Cinder frunció el ceño.

— Yo no te he robado.



—¿No? —Los nudillos de Adri se volvieron blancos—. Podría haber pasado por alto unos cuantos univs por el paseo en levitador, pero dime, Cinder, ¿de dónde has sacado los seiscientos univs para pagar tu... —dirigió la vista hacia las botas de Cinder y sus labios se curvaron con desprecio— nuevo miembro? ¿Acaso no es cierto que ese dinero estaba destinado a pagar el alquiler, la comida y los gastos del hogar?

A Cinder se le cerró el estómago.

—He revisado la memoria de Iko. Seiscientos univs en una sola semana, y eso por no mencionar que estuvisteis jugando con las perlas que Garan me regaló por nuestro aniversario. Me pongo enferma solo de pensar qué otras cosas has podido estar ocultándome.

Cinder apretó los puños temblorosos contra los muslos, agradecida, al menos por esta vez, de no haberle revelado a Iko que era lunar.

—No estaba...

—No quiero oír ni una sola palabra. —Adri frunció los labios—. Si no hubieras estado perdiendo el tiempo por ahí todo el santo día sabrías que... —Alzó la voz, reafirmandose, como si la rabia pudiera contener las lágrimas—. Que ahora tengo que pagar un funeral. Seiscientos univs le habrían comprado a mi hija una placa decente, y tengo intención de recuperar ese dinero. Vamos a vender varios efectos personales para costearla y vas a contribuir en buena parte.

Cinder se asió con fuerza al marco de la puerta. Sintió la tentación de decirle a Adri que ninguna placa, por valiosa que fuera, les devolvería a Peony, pero no tenía fuerzas. Cerró los ojos y apoyó la frente contra la fría madera.

—No te quedes ahí parada, como si pudieras comprender por lo que estoy pasando. No formas parte de esta familia. Ya ni siquiera eres humana.

—Soy humana —dijo Cinder con un hilo de voz, olvidada la rabia.

Solo quería que Adri dejara de hablar para poder irse a su habitación y pensar en Peony, a solas. Y en el antídoto. Y en su huida.



—No, Cinder. Los humanos lloran. —Cinder se encogió, envolviéndose en sus propios brazos en actitud protectora—. Adelante. Vierte una lágrima por tu hermana pequeña. Esta noche parece que a mí se me han acabado, así que ¿por qué no compartes esta carga?

—Eso no es justo.

—¿No es justo? —replicó Adri—. Lo que no es justo es que tú sigas viva y ella no. ¡Eso no es justo! Tendrías que haber muerto en aquel accidente. ¡Tendrían que haberte dejado morir y olvidarse de mi familia!

Cinder estampó un pie contra el suelo.

—¡Yo no tengo la culpa! Yo no pedí vivir. No pedí que me adoptaran. No pedí que me convirtieran en una ciborg. ¡No tengo la culpa de nada de lo que ha ocurrido! Y tampoco de lo de Peony, ni de lo de Garan. Yo no traje la peste, yo no...

Se detuvo al recordar las palabras del doctor Erland, que cayeron sobre ella como una losa: los lunares habían llevado la peste a la Tierra. La culpa la tenían los lunares. Los lunares.

—¿Te has cortocircuitado?

Cinder apartó aquel pensamiento de su mente y fulminó a Pearl con una mirada asesina antes de volverse hacia Adri.

—Puedo devolverte el dinero —dijo—. Tendrás de sobra para comprarle a Peony la mejor placa de todas. Incluso una lápida de verdad.

—Ya es demasiado tarde para eso. Has demostrado que no formas parte de esta familia. Has demostrado que no se puede confiar en ti. —Adri se alisó la falda, que le tapaba las rodillas—. Como castigo por tus robos y por la huida frustrada de esta tarde, he decidido que no asistirás al baile anual.

Cinder reprimió una agria carcajada. ¿Acaso Adri pensaba que era tonta?

—Hasta próximo aviso —prosiguió—, durante la semana solo podrás ir al sótano y, durante las fiestas, al puesto del mercado, para que puedas empezar a devolverme el dinero que me has robado.



Cinder hundió las uñas en los muslos, demasiado indignada para discutir. No había fibra, nervio o cable que no sintiera palpar.

—Y me quedaré el pie.

Cinder dio un respingo.

—¿Disculpa?

—Creo que es lo más justo. Después de todo, lo compraste con mi dinero, por lo tanto, es mío y puedo hacer con él lo que me plazca. En algunas culturas te cortarían una mano, Cinder. Considérate afortunada.

—¡Pero es mi pie!

—Pues tendrás que pasar sin él hasta que encuentres un repuesto más barato. —Bajó el ceño fruncido hacia los pies de Cinder. Sus labios se curvaron, asqueada—. No eres humana, Cinder. Ya es hora de que te des cuenta.

Con la mandíbula temblorosa, Cinder trató de oponerse, pero legalmente el dinero que había utilizado era de Adri. Legalmente, Cinder pertenecía a Adri. No tenía derechos ni pertenencias. No era nada más que una ciborg.

—Puedes retirarte —dijo Adri, volviendo la mirada hacia la repisa vacía—. Será mejor que dejes el pie en el pasillo antes de irte a dormir.

Cinder cerró los puños y dio media vuelta. Pearl se arrimó a la pared, mirándola con desprecio. Tenía las mejillas sonrojadas de haber estado llorando.

—Espera, una cosa más, Cinder.

La joven se detuvo en seco.

—Como verás, ya he empezado a vender algunos trastos. He dejado varias piezas defectuosas en tu habitación que han considerado inservibles. Tal vez tú les encuentres alguna utilidad.

En cuanto quedó claro que Adri había terminado, Cinder cruzó el pasillo a grandes zancadas. La rabia la consumía. Quería arrasar la casa, destruirlo todo; sin embargo, una vocecilla interior consiguió tranquilizarla.



Aquello era lo que Adri quería. Una excusa para que la arrestaran, para deshacerse de ella de una vez por todas.

Solo necesitaba tiempo. Una semana más, dos a lo sumo, y el coche estaría listo.

Entonces sí sería una verdadera ciborg a la fuga, pero, esta vez, Adri no podría dar con ella.

Entró en su dormitorio y, tras dar un portazo, se apoyó contra la puerta, con la respiración agitada. Cerró los ojos con fuerza. Solo una semana. Una sola semana.

En cuanto consiguió serenarse y las alertas que parpadeaban en su visión desaparecieron, Cinder volvió a abrir los ojos. Su dormitorio estaba tan desordenado como siempre. Había herramientas y piezas viejas desparramadas encima de las mantas manchadas de grasa sobre las que dormía, pero sus ojos se detuvieron de inmediato en algo nuevo entre el caos habitual.

Se le cayó el alma al suelo.

Se arrodilló junto a la pila de piezas inservibles que Adri le había dejado. Unas orugas de tracción gastadas e incrustadas de piedras y desperdicios. Un ventilador viejo con una pala torcida. Dos brazos de aluminio; uno de ellos todavía llevaba la cinta de terciopelo de Peony atada en la muñeca.

Apretó los dientes y empezó a clasificar las piezas. Con mimo. Una por una. Los dedos le temblaban sobre cada tornillo destrozado. Sobre cada trocito de plástico derretido. Sacudió la cabeza, suplicando en silencio. Suplicando.

Finalmente encontró lo que buscaba.

Con un sollozo áspero y colmado de gratitud, se dobló sobre sí misma y estrechó contra su pecho el chip de personalidad de Iko, que nadie había querido.



LIBRO CUARTO

*El príncipe había hecho barnizar las escaleras,
y cuando Cenicienta las bajó corriendo,
uno de los zapatos quedó atrapado en la brea de la madera.*



CAPÍTULO 30

Cinder miraba la gigantesca telarred que había al otro lado de la atestada calle, sentada en el interior de la tienda, con la barbilla apoyada en las manos. Con tanto jaleo, no oía al comentarista, aunque tampoco era necesario, pues en ese momento se encontraban retransmitiendo la celebración en medio de la que se hallaba atrapada. El reportero parecía pasárselo mucho mejor que ella y no paraba de gesticular exageradamente mientras pasaban por delante de él vendedores de comida ambulantes, malabaristas, contorsionistas en carrozas diminutas y la cola de una cometa de un dragón de la suerte. Por el barullo, Cinder supuso que el reportero se encontraba en la plaza, a una manzana de allí, donde se celebrarían la mayoría de los festejos de aquel largo día. Un lugar mucho más festivo que la calle de tiendecitas, pero al menos ella estaba a la sombra.

Podría haber hecho bastante negocio en comparación con un día normal de mercado —muchos clientes potenciales se habían interesado por el precio de la reparación de un portavisor averiado y de recambios para androides—, pero se había visto obligada a rechazarlos a todos. No aceptaría más clientes en Nueva Pekín. Ni siquiera habría abierto de no ser por Adri, quien la había dejado allí mientras Pearl y ella se iban de compras de última hora para el baile. Sospechaba que, en realidad, lo único que Adri deseaba era que todos vieran a la tullida, a la joven coja.

No podía decirle a su madrastra que Linh Cinder, la reconocida mecánica, había echado el cierre.

Porque no podía decirle que se iba.

Suspiró y se apartó un mechón de la cara con un bufido. El calor era insoportable. No había manera de desprenderse de la humedad que le



impregnaba la piel y le pegaba la camisa a la espalda. Un bochorno que, junto con las nubes que se cernían en el horizonte, prometía lluvia, a raudales.

No eran las mejores condiciones para conducir.

Sin embargo, aquello no la detendría. Faltaban ya menos de doce horas para que se encontrase a kilómetros de la ciudad, tratando de poner tanta distancia de por medio entre Nueva Pekín y ella como le fuera posible. Esa semana había bajado al garaje todas las noches después de que Adri y Pearl se hubieran ido a la cama, avanzando a brincos sobre unas muletas caseras para poder trabajar en el coche. La noche anterior, por primera vez, el motor había vuelto a la vida con un rugido.

Bueno, en realidad había vuelto a la vida con un petardeo y había expulsado gases tóxicos por el tubo de escape que la habían hecho toser de manera incontrolada. Había invertido casi la mitad del dinero de la investigación sobre la peste que Erland le había ingresado en un enorme tanque de gasolina. Con un poco de suerte, aquel combustible la llevaría al menos hasta la siguiente provincia. Sería un viaje movidito. Y apestoso.

Pero sería libre.

No, serían libres. El chip de personalidad de Iko, el chip de identidad de Peony y ella. Huirían juntas, como siempre había dicho que harían.

Aunque sabía que nada le devolvería a Peony, al menos albergaba la esperanza de encontrar algún día otro cuerpo para Iko. Tal vez el cuerpo de otra androide, puede que incluso una escolta, con sus formas femeninas pretendidamente perfectas. Seguro que a Iko le gustaría.

Imágenes de la otra noticia de la semana sustituyeron a las del mercado en la telerred: Chang Sunto, el niño milagro. El superviviente de la peste. Lo habían entrevistado cientos de veces a raíz de su recuperación milagrosa. Cada vez que lo veía, el corazón de silicio de Cinder se llenaba de ternura.

Las pantallas también habían emitido casi sin descanso las secuencias de la desenfrenada huida de las cuarentenas, pero en la grabación nunca aparecía su rostro y Adri había estado demasiado ocupada en otros



menesteres —entre el baile y el funeral, al que Cinder no había sido invitada— para caer en la cuenta de que la chica misteriosa vivía bajo su techo. De todos modos, también cabía la posibilidad de que, con la poca atención que Adri le prestaba, no la hubiera reconocido.

Corrían todo tipo de rumores sobre la joven y la recuperación milagrosa de Chang Sunto, y aunque algunos hablaban de la existencia de un antídoto, todavía no se había aclarado el asunto. El niño se encontraba a cargo del equipo de investigación del palacio, lo que significaba que el doctor Erland ya contaba con una nueva cobaya con la que jugar. Esperaba con aquello que el doctor se contentara, dado que Cinder se había dado de baja como voluntaria para la investigación. Sin embargo, todavía no había reunido el valor necesario para decírselo a Erland y la sensación de culpa le atenazaba el estómago cada mañana, cuando veía el nuevo ingreso. El hombre había cumplido su promesa: había abierto una cuenta vinculada a un chip de identidad de modo que solo Cinder pudiera tener acceso a ella y le había hecho transferencias casi diarias desde los fondos de investigación y desarrollo. Hasta el momento, Erland no le había pedido nada a cambio. Las únicas coms que le había enviado habían sido para informarle de que seguían utilizando sus muestras de sangre y para recordarle que no debía volver al palacio hasta que la reina se hubiera ido.

Cinder frunció el ceño mientras se rascaba la mejilla. El doctor Erland nunca había llegado a explicarle por qué creía que ella era tan especial, teniendo en cuenta que él también era inmune. La acuciaba la curiosidad, pero no tanto como su necesidad de irse de allí. Algunos misterios tendrían que quedar sin resolver.

Acercó la caja de herramientas que había sobre la mesa y rebuscó en su interior sin otra intención que la de tener las manos ocupadas. El aburrimiento de los últimos cinco días la había llevado a organizar meticulosamente hasta la última tuerca y tornillo. Ahora le había dado por contar y crear un inventario digital en su cerebro.

Una niña asomó la cabeza al otro lado del tablero. Llevaba el pelo, negro y sedoso, recogido en coletas.

—Disculpe —dijo, dejando un portavisor sobre la mesa—. ¿Podría arreglarlo?



La mirada hastiada de Cinder pasó de la niña al visor. Era tan pequeño que cabía en la palma de la mano, e iba protegido con una deslumbrante funda de color rosa. Suspirando, cogió el visor y le dio varias vueltas. Apretó el botón de encendido, pero lo que aparecía en la pantalla era incomprensible. Frunció los labios y golpeó la esquina del visor un par de veces contra la mesa. La niña retrocedió con un respingo.

Cinder volvió a apretar el botón de encendido y apareció la pantalla de bienvenida.

—Prueba a darle un golpecito cuando no te funcione —dijo, lanzándoselo a la niña, quien casi perdió el equilibrio para atraparlo.

Los ojos de la pequeña se iluminaron y le dedicó una amplia sonrisa mellada antes de alejarse corriendo y perderse entre la multitud.

Cinder se encorvó y apoyó la barbilla sobre los antebrazos, deseando por enésima vez que Iko no estuviera atrapada en el interior de un diminuto pedacito de metal. Ahora estarían burlándose de los vendedores ambulantes de rostros sudorosos y sonrosados que se abanicaban bajo los toldos de sus tenderetes. Estarían charlando sobre todos esos lugares que iban a visitar: el Taj Mahal, el mar Mediterráneo, la vía de levitación magnética transatlántica. Iko querría ir de compras a París.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y hundió la cara en el brazo. ¿Cuánto tiempo arrastraría a sus fantasmas con ella?

—¿Te encuentras bien?

Dio un respingo y alzó la vista. Kai estaba apoyado contra la esquina del puesto, con un brazo en el riel de la puerta metálica y el otro escondido a la espalda. Llevaba el mismo disfraz de la vez anterior, la sudadera gris con la capucha echada sobre la cabeza, y a pesar del calor asfixiante, parecía estar cómodo. El cabello alborotado, el sol inclemente a su espalda... Cinder sintió que se le henchía el corazón y le puso freno de inmediato.

No se molestó en enderezarse, pero tiró de la pernera hacia abajo de manera mecánica para tapar cuantos cables le fuera posible, agradecida una vez más por la fina tela que cubría el mostrador.

—Alteza.



—Veamos, no soy quién para decirte cómo tienes que llevar el negocio —dijo—, pero ¿te has planteado en serio cobrar a la gente por tus servicios?

Por un momento, Cinder tuvo la sensación de que sus cables trataban de conectarse al cerebro, hasta que recordó a la niña que la había visitado hacía apenas unos instantes. Se aclaró la garganta y miró a su alrededor. La pequeña estaba sentada en el bordillo, con el vestido echado sobre las rodillas, tarareando al compás de la música que producían los diminutos altavoces. Los compradores se paseaban arriba y abajo, con los bolsos balanceándose junto a sus caderas mientras saboreaban unos huevos cocidos en té y los tenderos estaban demasiado ocupados sudando la gota gorda. Nadie les prestaba atención.

—No soy quién para decirte cómo llevar la corona, pero ¿no debería acompañarte un guardaespaldas o algo por el estilo?

—¿Guardaespaldas? ¿Quién querría hacerle daño a un tipo tan encantador como yo?

Al ver la cara de reproche con que lo miró, Kai le sonrió y le mostró la muñeca.

—Créeme, saben muy bien dónde estoy en todo momento, pero intento no pensar en ello.

Cinder escogió un destornillador de cabeza plana de la caja de herramientas y empezó a darle vueltas entre los dedos, cualquier cosa para mantener las manos ocupadas.

—En fin, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar, qué se yo, preparándote para una coronación o algo así?

—Lo creas o no, parece que vuelvo a tener problemas técnicos. —Sacó el portavisor del cinturón y lo miró—. Verás, pensé que sería demasiada casualidad que la mecánica de mayor renombre de toda Nueva Pekín tuviera problemas con su visor, de modo que he supuesto que debía de ocurrirle algo al mío. —Frunció los labios, golpeó la esquina del portavisor contra la mesa y luego volvió a comprobar la pantalla con un hondo suspiro—. Pues no, nada. Puede que haya estado ignorando mis coms a propósito.



—Puede que haya estado ocupada.

—Sí, claro, por supuesto, pareces abrumada por el trabajo. — Cinder puso los ojos en blanco—. Toma, te he traído una cosa.

Kai guardó el portavisor y sacó la mano que escondía detrás de la espalda, en la que llevaba una caja achatada y alargada envuelta en papel dorado y atada con una cinta blanca. A pesar de la suntuosidad del papel, el trabajo de envoltura dejaba bastante que desear.

El destornillador que empuñaba Cinder produjo cierto estrépito al caer al suelo.

—¿Para qué es eso?

Por un instante, Kai pareció ofendido.

—¿Qué pasa? ¿Es que no puedo hacerte un regalo? —preguntó, con un tono que casi detuvo los impulsos eléctricos del cableado de la joven.

—No. Sobre todo después de haber ignorado seis coms la última semana —contestó Cinder—. Veo que nos cuesta entender las cosas, ¿eh?

—¡Así que las recibiste!

La joven apoyó los codos en la mesa y descansó la barbilla sobre las manos.

—Pues claro que las recibí.

—Entonces, ¿por qué me ignoras? ¿Es que te he hecho algo?

—No. Sí.

Cinder cerró los ojos con fuerza y se masajeó las sienes. Creía que lo más duro ya había pasado. Ella desaparecería y él continuaría con su vida. Se pasaría el resto de su vida viendo al príncipe, no, al emperador Kai dando discursos y aprobando leyes. Viajando por todo el mundo en misiones diplomáticas. Estrechando manos y besando bebés. Lo vería casarse, vería a su esposa darle hijos, porque el mundo entero estaría pendiente de ello.

Y él la olvidaría. Como tenía que ser.

Qué ingenua había sido al creer que sería tan simple.



—¿No? ¿Sí?

Cinder intentó encontrar las palabras adecuadas, pensó lo sencillo que sería culpar a Adri de su mutismo, la madrastra cruel que se había negado a permitirle salir de casa, pero no era tan fácil. No podía arriesgarse a darle falsas esperanzas. No podía arriesgarse a que nada la hiciera cambiar de opinión.

—Es solo que...

Enderezó la espalda, consciente de que debía sincerarse con él. Kai creía que era una simple mecánica y puede que estuviera dispuesto a cruzar esa barrera social, pero ¿ciborg y lunar? ¿Estaría dispuesto a exponerse a que todos los pueblos de la galaxia lo odiaran y despreciaran? No necesitaría ni tres segundos para comprender por qué era necesario que la olvidara.

Es más, probablemente la olvidaría con la misma celeridad.

Sus dedos metálicos se contrajeron. La mano le quemaba bajo el algodón.

«Quítate los guantes y enséñaselo.»

De manera inconsciente, se llevó la mano al borde del guante y tocó la tela manchada de grasa.

Pero no pudo. Él no lo sabía y ella no quería que lo supiera.

—Es que no dejabas de insistir una y otra vez en lo de ese maldito baile —dijo al fin, avergonzada ante aquella flagrante mentira.

Kai miró de soslayo la caja dorada que tenía en las manos. La tensión fue desapareciendo poco a poco, hasta que el joven dejó caer los brazos a los lados.

—Por todos los astros, Cinder, si hubiera sabido que ibas a darme con la puerta en las narices por haberte pedido una cita, ni lo habría intentado.

La joven puso los ojos en blanco, lamentándose de que la respuesta no hubiera logrado contrariarlo ni siquiera un poco.

—De acuerdo, no quieres ir al baile. Entendido. No volveré a mencionarlo.



Cinder jugueteó con las puntas de los dedos de los guantes.

—Gracias.

Kai dejó la caja sobre la mesa.

La joven se removió incómoda en el asiento, sin atreverse a alargar la mano.

—¿No tendrías que estar haciendo algo importante, como gobernar un país?

—Seguramente.

Kai plantó una mano sobre el tablero, adelantó el cuerpo y se inclinó hacia delante para echar un vistazo al regazo de Cinder. A la joven le dio un vuelco el corazón y se arrimó a la mesa todo lo que pudo mientras alejaba el pie para que Kai no lo viera.

—¿Qué haces? —preguntó.

—¿Estás bien?

—Perfecta. ¿Por qué?

—Sueles cumplir el protocolo a rajatabla, pero hoy ni siquiera te has levantado y quería hacerme el perfecto caballero y pedirte que volvieras a sentarte.

—Siento mucho aguar tu gran momento —contestó Cinder, arrellanándose aún más en su asiento—, pero llevo aquí desde el amanecer y estoy cansada.

—¡Desde el amanecer! ¿Qué hora es ahora? —Kai le echó un vistazo a su portavisor—. Las 13.04. —Hizo una pausa, dejando la mano detenida en el cinturón—. Bueno, entonces es hora de tomarse un descanso, ¿no? —La miró con una sonrisa radiante—. ¿Me concederías el honor de invitarte a comer?

El pánico se adueñó de Cinder.

—Por supuesto que no —contestó la joven, poniéndose derecha.

—¿Por qué?



—Porque estoy trabajando. No puedo irme de aquí.

Kai enarcó una ceja mirando las montañitas de tornillos perfectamente ordenados encima de la mesa.

—¿Trabajando en qué?

—Para que lo sepas, está a punto de llegar un gran pedido de piezas y tiene que haber alguien para recibirlo.

Se sintió orgullosa de lo creíble que había sonado la mentira.

—¿Dónde está tu androide?

Se le cortó la respiración.

—No... no está aquí.

Kai retrocedió un paso para alejarse de la mesa y miró a su alrededor, exagerando.

—Pídele a alguno de los demás comerciantes que te vigile el puesto.

—Ni hablar. Pago el alquiler de esta barraca y no voy a abandonarla solo porque a un príncipe le dé por presentarse de repente.

Kai volvió a acercarse al mostrador.

—Vamos. No puedo llevarte al... A eso que empieza por be, no puedo llevarte a comer... Salvo que desconecte el procesador de uno de mis androides, esta podría ser la última vez que nos viéramos.

—Aunque no lo creas, ya me había hecho a la idea de que iba a ser así.

Kai apoyó los codos en la mesa y se inclinó de tal manera que la capucha le ocultó los ojos. Encontró un tornillo y empezó a jugar con él.

—Al menos verás la coronación, ¿no?

Cinder vaciló antes de encogerse de hombros.

—Por supuesto que sí.



Kai asintió con la cabeza y utilizó el extremo del tornillo para pasárselo por debajo de la uña del pulgar, aunque Cinder no vio ni rastro de suciedad.

—Está previsto que esta noche haga un anuncio sobre las negociaciones de paz que hemos mantenido a lo largo de toda esta semana, aunque no será durante la coronación, sino en el baile. No se grabará por esa absurda política de Levana de prohibir las cámaras, pero quería que lo supieras.

Cinder se puso tensa.

—¿Ha habido avances?

—Supongo que podría decirse así. —Alzó la vista hacia ella, aunque enseguida la desvió hacia los recambios solitarios a la espalda de la joven, incapaz de sostenerle la mirada demasiado tiempo—. Sé que es una locura, pero una parte de mí creía que si conseguía verte, si lograba convencerte de que me acompañaras al baile de esta noche, entonces todavía quedaba la esperanza de que pudiera cambiar las cosas. Es una tontería, lo sé. Como si a Levana le importara que yo, bueno, en fin, pudiera sentir algo por alguien.

Volvió a levantar la cabeza y devolvió el tornillo a su pila.

Un cosquilleo agradable recorrió el cuerpo de Cinder al oír aquellas palabras, pero la joven tragó saliva e intentó poner freno a la sensación de vértigo que empezaba a apoderarse de ella, recordándose que esa sería la última vez que volvería a verlo.

—Te refieres a que vas... —No acabó la frase. Bajó la voz—. Pero ¿y Nainsi? ¿Y todo eso que...? ¿Y lo que sabía?

Kai se metió las manos en los bolsillos, ahuyentando sus preocupaciones.

—Es demasiado tarde. Aunque consiguiera encontrarla, tendría que ser hoy, o al menos antes de... Además, está lo del antídoto y eso... Eso no puedo posponerlo. Hay demasiadas vidas en juego.

—¿El doctor Erland no ha hecho progresos?

Kai asintió, lentamente.



—Ha confirmado que el antídoto funciona, pero dice que no puede replicarlo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Creo que uno de los componentes solo se encuentra en la luna. Irónico, ¿verdad? Y luego está lo del niño que se recuperó la semana pasada. El doctor Erland lleva días haciéndole pruebas, pero se muestra muy reservado con los resultados. Dice que es mejor que no me haga demasiadas ilusiones respecto a que la recuperación del niño pueda conducir a nuevos avances. No me lo ha dicho así, pero... Tengo la impresión de que el doctor no cree que vaya a encontrar un antídoto a corto plazo. O, al menos, un antídoto que no sea el de Levana. Podrían pasar años antes de que consiguiéramos dar con una solución, y para entonces... —Vaciló, desesperado—. Creo que no soportaría ver morir a tanta gente.

Cinder bajó la mirada.

—Lo siento mucho. Ojalá pudiera hacer algo.

Kai se dio un ligero impulso para apartarse de la mesa y se puso derecho.

—¿Todavía piensas en ir a Europa?

—Eh... sí, podría decirse que sí. —Cinder inspiró hondo—. ¿Quieres venir conmigo?

A Kai se le escapó una breve sonrisa y se retiró el pelo de la cara.

—Claro, ¿estás de broma? Creo que es la mejor proposición que me han hecho en la vida.

Cinder también sonrió, aunque con la misma brevedad. Un momento único y precioso en que ambos se siguieron el juego.

—Tengo que volver —dijo Kai, mirando la caja envuelta en papel dorado.

Cinder casi la había olvidado. El joven le dio un empujoncito y se llevó por delante una pila de tornillos.

—No, no puedo...





—Claro que puedes —insistió Kai, encogiéndose de hombros, como si le incomodara la situación, un azoramiento que le daba un aire extrañamente encantador—. Era para el baile, pero... En fin, supongo que será para cuando se te presente la ocasión.

A Cinder le reconcomía la curiosidad, pero se reprimió y empujó la caja hasta el otro lado del mostrador, para devolvérsela.

—No, de verdad.

Kai colocó una mano sobre la de ella, con firmeza. Cinder sintió el calor que desprendía incluso a través de los gruesos guantes.

—Acéptalo —le pidió, dedicándole su típica sonrisa de príncipe encantador, como si no pasara absolutamente nada—. Y piensa en mí.

—Cinder, ven, coge esto.

La joven dio un respingo al oír la voz de Pearl y retiró la mano que Kai había apresado bajo la suya. Pearl colocó una montaña de bolsas de papel sobre el mostrador después de barrer tuercas y tornillos con el brazo y enviarlos al suelo con gran estrépito.

—Ponlas por ahí atrás, donde no pueda cogerlas la gente —dijo Pearl, señalando la trastienda con gesto autoritario—. Mira que no esté muy sucio, si es posible.

Con el corazón a punto de salirse del pecho, Cinder alargó la mano y atrajo las bolsas hacia sí. Enseguida pensó en el tobillo huérfano, en que tendría que ir cojeando hasta la trastienda y en la imposibilidad de seguir ocultando su deformidad.

—Vaya, ¿ni un triste «por favor» o un «gracias»? —dijo Kai.

Cinder se estremeció, lamentándose de que Kai no se hubiera ido antes para impedir que Pearl le arruinara la última vez que iba a verlo.

El comentario irritó a Pearl, quien se apartó el largo pelo sobre uno de los hombros al tiempo que se volvía hacia el príncipe, con cara de pocos amigos.

—¿Y tú quién eres para...?



Sus labios se detuvieron en un gesto sorprendido, interrumpiendo sus palabras.

Kai se metió las manos en los bolsillos y la miró con una antipatía mal disimulada.

Cinder pasó los dedos por la cuerda que unía las bolsas de Pearl.

—Alteza, os presento a mi hermanastra, Linh Pearl.

Pearl se quedó boquiabierta cuando el príncipe la saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Un placer —dijo Kai, con sequedad intencionada.

Cinder se aclaró la garganta.

—Gracias de nuevo por vuestro generoso pago, Alteza. Y... esto... os deseo lo mejor en el día de vuestra coronación.

La mirada de Kai se suavizó al apartarla de Pearl. La leve insinuación de un secreto compartido revoloteó en la comisura de sus labios, aunque demasiado evidente para que a Pearl se le pasara por alto. Kai inclinó la cabeza ante Cinder.

—Entonces, me temo que ha llegado el momento de despedirnos. Por cierto, si cambias de opinión, mi propuesta sigue en pie.

Para alivio de Cinder, Kai no dio más explicaciones y se limitó a dar media vuelta y a desaparecer entre la multitud.

Pearl lo acompañó con la mirada. A Cinder también le hubiera gustado hacerlo, pero se obligó a concentrarse en la montaña de bolsas de su hermanastra.

—Sí, claro —dijo, como si el príncipe no las hubiera interrumpido—, las pondré en este estante de aquí atrás.

Pearl atrapó la mano de Cinder bajo la suya y la detuvo, mirándola con incredulidad.

—Era el príncipe.

Cinder fingió indiferencia.



—Arreglé uno de los androides reales la semana pasada. Solo ha venido a pagarme.

Una arruga se formó entre las cejas de Pearl mientras los labios se estrechaban en una fina línea. La mirada suspicaz de la joven recayó en la caja envuelta en papel dorado que Kai había dejado sobre la mesa y, sin pensárselo dos veces, la cogió.

Cinder ahogó un grito y alargó la mano para recuperarla, pero Pearl se apartó con pasos danzarines. Cinder ya había subido una rodilla a la mesa, lista para abalanzarse sobre ella, cuando pensó en las consecuencias que aquello podría tener. Con el pulso acelerado, no hizo nada mientras Pearl dejaba caer al suelo sucio la cinta blanca que acababa de arrancar y hacía trizas el papel dorado. La caja era sencilla y blanca, sin distintivos. La joven levantó la tapa.

Intrigada por la cara de asombro de Pearl, Cinder alargó el cuello, intentando adivinar qué contenía, y alcanzó a ver algo blanco y suave envuelto en papel de seda. Observó a Pearl, tratando de formarse una idea a partir de sus gestos, pero solo vio desconcierto.

—¿Es una broma?

Cinder retrocedió poco a poco y bajó la rodilla de la mesa sin decir palabra.

Pearl inclinó la caja para que Cinder la viera. Contenía los guantes más hermosos que hubiera podido imaginar. De pura seda y de un blanco plateado deslumbrante. Eran tan largos que le habrían llegado por encima del codo, y la hilera de perlas que adornaba las costuras le confería un sencillo toque de elegancia. Eran unos guantes dignos de una princesa.

Sí, realmente parecía una broma.

Pearl lanzó una sonora carcajada.

—No lo sabe, ¿verdad? No sabe nada de tu... De ti. —La joven cerró la mano sobre los guantes, los arrancó de su lecho de papel de seda y arrojó la caja a la calle—. ¿Qué creías que iba a ocurrir? —Los agitó delante de ella. Los dedos vacíos y mustios se sacudían de un lado a otro—. ¿Creías que tal



vez podrías gustarle al príncipe? ¿Creías que ibas a ir al baile con él, luciendo tus bonitos guantes nuevos y tu...?

Miró a Cinder de arriba abajo —los pantalones cargo sucios, la camiseta manchada, el cinturón de herramientas ceñido a la cintura— y volvió a echarse a reír.

—Claro que no —contestó Cinder—. No voy a ir al baile.

—Entonces, ¿para qué quiere esto una ciborg?

—No lo sé. Yo no... Él solo...

—Tal vez creías que no le importaría —prosiguió Pearl, chascando la lengua—. ¿Es eso? ¿Creías que el príncipe..., no, que el emperador pasaría por alto todos tus... —agitó la mano delante de ella— defectos?

Cinder cerró los puños, tratando de ignorar el dolor que le infligían sus palabras.

—Solo es un cliente.

El brillo burlón que animaba los ojos de Pearl se apagó.

—No. Es el príncipe. Y si supiera la verdad acerca de ti, ni te habría mirado.

Aquel comentario reavivó el resentimiento de Cinder, quien le dirigió una mirada cargada de odio.

—Que es más o menos lo que ha hecho contigo, ¿no es así?

No había acabado de pronunciar aquellas palabras cuando empezó a arrepentirse de no haberse mordido la lengua, aunque la ira que encendió las mejillas de Pearl casi compensó el atrevimiento.

Hasta que Pearl tiró los guantes al suelo, levantó la pesada caja de herramientas que había sobre la mesa y se la tiró encima. Cinder lanzó un grito ante el estrépito de la caja al estrellarse. Había tuercas y tornillos desperdigados por todas partes. La gente se detenía curiosa, tratando de adivinar la causa de tanto alboroto.

Pearl se volvió hacia Cinder con aire digno y los labios fruncidos en una fina línea.



—Será mejor que recojas todo esto antes de que se acabe la fiesta —dijo—. Voy a necesitarte esta noche. Al fin y al cabo, tengo que asistir a un baile real.

Los cables de Cinder todavía vibraban cuando Pearl recuperó sus bolsas y se marchó, pero no tardó ni un segundo en salvar la mesa de un salto y agacharse junto a la caja de herramientas volcada. Sin embargo, lo primero que recogió al ponerla en pie no fueron las piezas y las herramientas desparramadas, sino los guantes enterrados debajo de ellas.

Estaban sucios de tierra y polvo, pero no perdió la esperanza de recuperarlos hasta que vio las manchas de grasa. Cinder se los colocó sobre las rodillas e intentó alisar las arrugas, aunque solo consiguió embadurnarlos aún más de aceite. Eran preciosos. Lo más hermoso que había tenido nunca.

Sin embargo, si algo sabía después de los años que llevaba trabajando de mecánica era que algunas manchas nunca se iban.



CAPÍTULO 31

Fue una larga caminata hasta casa. Adri y Pearl se habían ido del mercado sin ella, impacientes por prepararse para el baile. Y aunque al principio a Cinder le había parecido una gran decisión, después de arrastrar las muletas improvisadas, que se le clavaban en las axilas, y de soportar el rebote constante de la bolsa bandolera contra la cadera durante casi dos kilómetros, no dejaba de maldecir a su madrastra a cada paso que daba.

Además, tampoco tenía demasiada prisa por llegar. No conseguía imaginar qué preparativos serían esos para los que Pearl necesitaba su ayuda, pero estaba segura de que su único objetivo era torturarla. Una noche más de servidumbre. Solo una noche más.

Las palabras la animaron a seguir adelante.

Cuando por fin llegó al edificio, el silencio que reinaba en los pasillos le resultó inquietante. Todo el mundo estaba de celebración o preparándose para el baile. Los gritos que solían oírse al otro lado de las puertas cerradas habían sido sustituidos por risitas nerviosas.

Cinder se colocó las muletas bajo los brazos doloridos y fue apoyándose en la pared para guiarse hasta la puerta.

Al principio pensó que no había nadie en el piso, hasta que oyó el crujido de las tablas del suelo, producido por las pisadas de Adri y Pearl trasteando en las habitaciones del fondo. Mientras rezaba por poder pasar la noche sin tener que verlas, Cinder se dirigió cojeando hasta su cuartucho y cerró la puerta tras ella. Había pensado en ponerse a hacer las maletas cuando oyó que alguien llamaba a la puerta.



Lanzó un suspiro y la abrió. Pearl esperaba en el pasillo, ataviada con su vestido de seda dorada adornado con pequeñas perlitas desiguales y un escote tan generoso como había pedido Adri.

—¿No podrías haber venido a casa más despacio? —dijo—. Nos iremos en cuanto acabe la coronación.

—Sí, tienes razón, podría haber llegado antes, lo que ocurre es que alguien me ha robado el pie.

Pearl le lanzó una mirada cargada de odio, retrocedió hacia el pasillo y dio media vuelta. La falda se le arremolinó alrededor de los tobillos.

—Cinder, ¿tú qué opinas? ¿Crees que pasaré desapercibida para el príncipe?

La joven mecánica a duras penas consiguió reprimir el impulso de restregar sus manos sucias por el vestido, por lo que decidió quitarse los guantes de trabajo y metérselas en los bolsillos traseros.

—¿Necesitas algo?

—Sí, la verdad es que sí. Quería pedirte consejo. —Pearl se subió la falda unos centímetros para enseñarle sus pies diminutos calzados en dos zapatos distintos. En el izquierdo llevaba un botín de terciopelo blanco que se anudaba al tobillo. En el derecho lucía una sandalia dorada con cintas brillantes y pequeños dijes en forma de corazón—. Puesto que tienes una relación tan estrecha con el príncipe, pensé que no estaría de más preguntarte si crees que preferiría las sandalias doradas o los botines blancos.

Cinder fingió que consideraba las opciones.

—Los botines te hacen los tobillos gruesos.

Pearl sonrió.

—Lo que hace los tobillos gruesos es una chapa metálica. Solo estás celosa porque tengo unos pies preciosos. —Lanzó un suspiro de falsa compasión—. Qué lástima que jamás llegues a saber lo que se siente.

—Me alegro de que al menos hayas encontrado algo que pueda considerarse precioso.



Pearl se retiró el pelo hacia atrás con una sonrisa petulante. Sabía que las burlas de Cinder no tenían fundamento y a la joven mecánica le fastidió descubrir que burlarse de su hermanastra ya no le reportaba ningún placer.

—He estado ensayando qué le diré al príncipe Kai —comentó Pearl—. Supongo que no es necesario aclarar que pienso contárselo todo. —La luz se reflejó en la falda con el balanceo—. Primero le explicaré lo de tus espantosas extremidades metálicas y el bochorno que nos haces pasar. Enseguida comprenderá en qué clase de criatura repugnante te convirtieron. Y también me aseguraré de que le quede claro lo mucho más deseable que soy yo.

Cinder se apoyó en el marco de la puerta.

—Vaya, Pearl, ojalá hubiera sabido antes lo chiflada que estás por él. ¿Sabes?, antes de que Peony muriera, conseguí que Su Alteza me prometiera que esta noche bailaría con ella. Podría haberle pedido que también bailara contigo, pero me temo que ahora ya es demasiado tarde. Una verdadera lástima.

Pearl se puso colorada.

—No te atrevas a pronunciar su nombre —dijo con una voz ronca apenas audible.

Cinder parpadeó.

—¿Peony?

Una ira soterrada afloró en la mirada de Pearl, dejando atrás las provocaciones pueriles.

—Tú la mataste. Todo el mundo sabe que tú tienes la culpa.

Cinder la miró boquiabierta, desconcertada ante el súbito abandono de las fanfarronadas infantiles.

—Eso no es cierto. Yo no me he puesto enferma.

—Estaba en el depósito de chatarra por tu culpa y se contagió allí. —Cinder abrió la boca, pero no le salieron las palabras—. De no ser por ti, esta noche iría al baile, así que no vengas diciéndole que le habrías hecho un gran favor. Lo mejor que podrías haber hecho por Peony habría sido dejarla en paz. Puede que entonces todavía estuviera aquí. —Las lágrimas asomaban a sus ojos



—. Y encima quieres hacerme creer que te importaba, como si fuera tu hermana. Eso no está bien. Ella estaba enferma y tú estabas... viendo al príncipe, intentando captar su atención, cuando sabías lo que Peony sentía por él. Es rastrero.

Cinder se cruzó de brazos, tratando de protegerse.

—Sé que no me crees, pero yo quería a Peony. Y todavía la quiero.

Pearl se sorbió la nariz ruidosamente, tratando de detener las lágrimas antes de que consiguieran desarmarla.

—Tienes razón, no te creo. Eres una mentirosa y una ladrona y no te importa nadie más que tú. —Hizo una pausa—. Y pienso asegurarme de que el príncipe lo sepa.

La puerta del dormitorio de Adri se abrió y la mujer salió de la habitación ataviada con un kimono blanco y magenta con elegantes grullas bordadas.

—¿Por qué os peleáis vosotras dos ahora? Pearl, ¿estás lista para irnos?

La repasó con ojo experto, tratando de descubrir cualquier detalle que necesitara un último retoque.

—No puedo creer que vayáis a ir —dijo Cinder—. ¿Qué va a pensar la gente? Todavía estáis de luto.

Sabía que era un botón que no debía apretar, un comentario cruel después de haberlas oído llorar a través de las finas paredes, pero no era el mejor momento para pedirle comprensión. Ella no habría ido ni aunque hubiera podido. Sin Peony, no.

Adri la fulminó con la mirada. Sus labios dibujaron una fina línea.

—La coronación está a punto de empezar —dijo—. Ve a lavar el levitador. Quiero que parezca nuevecito.

Contenta de no tener que ver la ceremonia con ellas, Cinder no discutió. Recogió las muletas y se dirigió a la puerta de casa.

Solo una noche más.



Activó su conexión de red en cuanto llegó al ascensor, y relegó el desarrollo de la coronación a un rincón de su campo de visión. Todavía estaban en la ceremonia previa. Un desfile de funcionarios del Estado entraba en el palacio, envueltos en una nube de periodistas y cámaras.

Cogió un cubo y jabón del trastero y se dirigió renqueando al aparcamiento mientras escuchaba de fondo al locutor, que explicaba el simbolismo de los diferentes elementos de la coronación. Los motivos bordados de la túnica de Kai, el significado de los emblemas que se izarían cuando pronunciara los votos, el número de veces que sonaría el gong cuando subiera al estrado, prácticas que llevaban repitiéndose desde hacía siglos, extraídas y aunadas de entre las muchas culturas que se habían hermanado para formar la Comunidad.

La emisión oscilaba continuamente entre los festejos del centro de la ciudad y la imagen esporádica de Kai durante la preparación. Aquella segunda parte de la información era lo único que apartaba la atención de Cinder del cubo de agua jabonosa. No podía evitar imaginarse en el palacio, junto a él, en vez de en aquel garaje frío y oscuro. Kai estrechándole la mano a un delegado desconocido. Kai saludando a la multitud. Kai intentando mantener una breve conversación privada con su consejero. Kai volviéndose hacia ella, sonriéndole, agradecido de tenerla a su lado.

Sin embargo, las apariciones esporádicas del joven tenían un extraño efecto balsámico en lugar de desmoralizador. Eran una especie de recordatorio de que en el mundo ocurrían cosas más importantes, y el anhelo de libertad de Cinder, las provocaciones de Pearl, los antojos de Adri, incluso el flirteo de Kai no encajaban en aquel esquema de las cosas.

La Comunidad Oriental coronaba a su nuevo emperador. En esos momentos, el mundo entero estaría pendiente de la ceremonia.

El atuendo de Kai combinaba las tradiciones antiguas con las más recientes. Las tórtolas bordadas del cuello mao significaban paz y amor. Sobre los hombros llevaba una capa de color negro azulado adornada con seis estrellas de plata, que representaban la paz y la unidad de los seis reinos terrestres, y una docena de crisantemos, que simbolizaban las doce provincias de la Comunidad y el florecimiento bajo su reinado.



Un consejero real acompañaba a Kai junto al estrado. Las primeras hileras estaban ocupadas por una heterogénea mezcla de funcionarios del Estado procedentes de todas las provincias. Sin embargo, la mirada de Cinder regresaba una y otra vez a Kai, atraída hacia él como un imán.

En ese momento, una pequeña comitiva compuesta por la reina Levana y dos taumaturgos apareció por uno de los pasillos; fueron los últimos en tomar asiento. La reina llevaba un delicado velo blanco que le caía sobre los hombros y le ocultaba el rostro, por lo que parecía más un fantasma que una invitada real.

Cinder se estremeció. No recordaba que un lunar hubiera asistido nunca a la coronación de un emperador de la Comunidad. Sin embargo, la imagen histórica, en vez de transmitirle cierta esperanza por el futuro, le produjo tal angustia que se le hizo un nudo en el estómago. El aire altivo de la reina sugería que se sentía más legitimada para estar allí que cualquier habitante de la Tierra. Como si fuera a ella a quien estaban a punto de coronar.

La reina y su séquito ocuparon el sitio reservado para ellos en la primera fila. Los asistentes instalados en los asientos contiguos intentaron ocultar el desagrado que les producía su proximidad, sin conseguirlo.

Cinder sacó el trapo empapado del cubo y empezó a sacarle partido a su inquietud restregando el levitador de Adri hasta sacarle brillo.

Un redoble de tambores dio inicio a la ceremonia de la coronación.

El príncipe Kai se arrodilló en un pequeño banco tapizado de seda mientras un lento desfile de hombres y mujeres pasaban por delante de él y le colgaban una cinta, un medallón o una joya alrededor del cuello. Se trataba de regalos simbólicos: larga vida, sabiduría, bondad, generosidad, paciencia, júbilo. Una vez que le hubieron impuesto todas las insignias, la cámara enfocó el rostro de Kai. Parecía sorprendentemente sereno, con la vista en el suelo, pero la cabeza bien alta.

Como era costumbre, se había escogido a un representante de uno de los otros cinco reinos terrestres para oficiar la coronación, un gesto simbólico con el que se demostraba que los demás países acatarían y respetarían el legítimo derecho del nuevo soberano a gobernar. El elegido había sido el primer



ministro de la Federación Europea, Bromstad, un hombre alto, rubio y ancho de espaldas. A Cinder siempre le había parecido más un granjero que un político. El hombre sostuvo en alto un rollo de pergamino de aspecto antiguo que contenía los compromisos de Kai hacia su pueblo al aceptar el cargo de emperador.

Mientras sujetaba los extremos del rollo con sendas manos, el primer ministro leyó una serie de votos que Kai repitió después de él.

—«Juro solemnemente gobernar los pueblos de la Comunidad Oriental con acuerdo a la ley y las costumbres así establecidas por anteriores generaciones de gobernantes —recitó—. Haré uso de todo el poder que se me confiere para promover la justicia, conceder la clemencia, respetar los derechos inalienables de todos los pueblos y la paz entre las naciones, gobernar con generosidad y paciencia y acudir en busca del consejo y la sabiduría de mis iguales y hermanos. Todo ello prometo cumplir hoy y todos los días de mi reinado, siendo mis testigos los habitantes de la tierra y los cielos.»

Cinder sintió que el pecho se le henchía de orgullo mientras frotaba el capó. Nunca había visto a Kai tan serio, ni le había parecido tan atractivo. Seguía algo preocupada por él, sabiendo lo nervioso que debía de estar, pero en ese momento no era el príncipe que le había llevado una androide estropeada al mercado o el que casi la había besado en el ascensor.

Era su emperador.

El primer ministro alzó la barbilla.

—Por el presente acto os declaro emperador de la Comunidad Oriental. Larga vida a Su Majestad Imperial Kaito.

Los asistentes estallaron en alegres ovaciones y entonaron «Larga vida al emperador» mientras Kai se volvía hacia su pueblo.

Era imposible adivinar si su nueva y distinguida condición lo hacía feliz. Ni sus labios ni su mirada delataron ninguna emoción mientras recibía el aplauso multitudinario desde el estrado.

Tras la larga y efusiva salva de aplausos y elogios que Kai aceptó con chocante serenidad, colocaron un podio en el estrado para la primera alocución del emperador. Todo el mundo guardó silencio.



Cinder lanzó agua sobre el vehículo.

Kai continuaba igual de inexpresivo. Tenía la mirada clavada en el borde del estrado y se aferraba con fuerza a ambos lados del podio.

—Es para mí un honor que la coronación haya coincidido con nuestras fiestas más sagradas —empezó—. Hace ciento veintiséis años, la pesadilla y la catástrofe de la Cuarta Guerra Mundial llegó a su fin y nació la Comunidad Oriental. Se forjó a partir de la unión de muchos pueblos, de muchas culturas, de muchos ideales. Se fortaleció gracias a una única y sólida convicción: que, unidos como un solo pueblo, somos fuertes. Que somos capaces de amarnos los unos a los otros, a pesar de nuestras diferencias. De ayudarnos mutuamente, a pesar de nuestras flaquezas. Escogimos la paz en lugar de la guerra. La vida en lugar de la muerte. Decidimos coronar a un hombre para que fuera nuestro soberano, para que nos guiara, para que nos defendiera. No para que nos gobernara, sino para que nos sirviera.

Hizo una pausa.

Cinder desvió su atención del visor retinal un instante para echar un rápido vistazo al levitador. Apenas había luz suficiente para saber si podía dar el trabajo por terminado, pero la perfección era lo último que le importaba en esos momentos.

Satisfecha, arrojó el trapo húmedo al cubo y se dejó caer contra la pared de cemento que había detrás de la hilera de levitadores aparcados, para prestarle a la diminuta pantalla toda su atención.

—Soy el cuadrinieta del primer emperador de la Comunidad —prosiguió Kai—. El mundo ha cambiado desde sus días. Continuamos haciendo frente a nuevos problemas, a nuevos sinsabores. A pesar de que en ciento veintiséis años no se ha entablado ninguna guerra entre los hombres sobre suelo terrestre, libramos una nueva batalla a diario. Mi padre luchó contra la letumosis, la peste que lleva más de diez años asolando nuestro planeta. Una enfermedad que ha traído la muerte y el sufrimiento a nuestros hogares. El pueblo de la Comunidad y todos nuestros hermanos terrestres han perdido amigos, familiares, personas amadas, vecinos. Unas pérdidas relacionadas directamente con la caída del comercio, la recesión de la economía y el empeoramiento de las condiciones de vida. Algunos han fallecido porque no



tenían qué comer, porque no hay suficientes agricultores para cultivar la tierra. Otros porque no tenían con qué calentarse, porque nuestras reservas energéticas disminuyen cada día. Esta es la nueva guerra a la que nos enfrentamos. Esta es la guerra que mi padre estaba decidido a finalizar, y aquí y ahora, ante todos vosotros, prometo tomar el relevo de esa antorcha. Juntos hallaremos una cura para la enfermedad. La venceremos. Y devolveremos a nuestro gran país todo su antiguo esplendor.

El público estalló en aplausos, pero Kai continuaba inmune a la emoción que despertaban sus palabras. En su rostro solo se leía una expresión resignada y sombría.

—Sería simplista por mi parte obviar un segundo frente —dijo, cuando los asistentes hubieron guardado silencio—. Uno no menos urgente. —El público se removió inquieto. Cinder apoyó la cabeza contra la fría pared—. Estoy seguro de que por todos es conocida la tirantez de las relaciones que durante generaciones han mantenido las naciones aliadas de la Tierra y Luna. También estoy seguro de que sabéis que, esta semana, la soberana de Luna, Su Majestad la reina Levana, nos ha honrado con su visita. Es el primer gobernante lunar que pisa la Tierra desde hace casi un siglo y su presencia aquí abre las puertas a la esperanza de poder alcanzar una paz verdadera entre nosotros en un futuro no muy lejano.

La pantalla amplió el plano y enfocó a la reina Levana, en la primera fila. Tenía las manos lechosas entrelazadas con recato sobre el regazo, como si no creyera ser merecedora de la atención que se le prestaba. Cinder estaba convencida de que no engañaba a nadie.

—Mi padre dedicó los últimos años de su vida a las conversaciones de paz con Su Majestad con el objetivo de forjar una alianza. No vivió lo suficiente para ver el resultado de dichas conversaciones, pero estoy decidido a que ninguno de sus esfuerzos fuera en vano. Es cierto que ha habido obstáculos en el camino hacia la paz, que ha resultado difícil encontrar nexos de unión con Luna y dar con una solución que satisficiera a ambas partes. Sin embargo, estoy convencido de que hallaremos el modo de llegar a buen puerto.

Kai inspiró hondo e hizo una pausa, sin acabar de cerrar los labios. Bajó la vista hacia el estrado y agarró con fuerza los extremos del podio.



Cinder se inclinó hacia delante, como si así pudiera ver al príncipe más de cerca, mientras este reunía todo su valor por pronunciar las siguientes palabras.

—Haré... —empezó a decir, aunque se detuvo de inmediato. Enderezó la espalda y fijó la mirada en un punto lejano e invisible— haré lo que sea necesario para asegurar el bienestar de mi país. Haré lo que sea necesario para protegeros. Os lo prometo.

Apartó las manos del estrado y se retiró antes de que a los asistentes les diera tiempo a reaccionar, acompañado por unos tímidos, aunque corteses aplausos.

Cinder sintió que se le encogía el corazón cuando los lunares de la primera fila aparecieron fugazmente en la pantalla. Tal vez el velo disimulara la vanidad de la reina, pero las sonrisas petulantes de sus dos asistentes eran inequívocas. Creían que habían ganado.



CAPÍTULO 32

Cinder esperó media hora antes de volver renqueando hasta el ascensor. El edificio había vuelto a cobrar vida. Se pegó a la pared, con las muletas escondidas detrás de ella, mientras los vecinos pasaban por su lado, danzando, ataviados con sus elegantes vestidos de fiesta. A un lado, procurando no manchar ningún vestido, creyó ser la destinataria de alguna que otra mirada cargada de lástima, pero la mayoría de los vecinos ni siquiera repararon en ella.

Cuando llegó al apartamento, cerró la puerta detrás de ella y por unos instantes disfrutó del bendito silencio que imperaba en el salón. Repasó mentalmente la lista de todo lo que pensaba llevarse mientras el texto de color verde se desplazaba sobre su campo de visión. Ya en el dormitorio, Cinder extendió la manta y la llenó con sus pertenencias: ropa manchada de aceite, herramientas que nunca habían regresado a su caja, pequeños regalitos que Iko le había ido haciendo a lo largo de los años... Como aquel «anillo de oro», que en realidad no era más que una arandela oxidada.

El chip de personalidad de Iko y el de identidad de Peony estaban a buen recaudo en el compartimento de la pantorrilla de Cinder, donde seguirían hasta que les encontrara un hogar algo más definitivo.

Cerró los ojos, abatida por un cansancio repentino. ¿Cómo era posible que con la libertad tan al alcance de la mano sintiera de pronto el imperioso deseo de tumbarse y echar una cabezada? Las largas noches empleadas en la reparación del coche le estaban pasando factura.

Se sacudió la modorra y acabó de empaquetar lo más rápido que pudo, tratando de no pensar en los riesgos que asumía. Se la consideraría una ciborg fugitiva y esta vez de verdad. Si conseguían detenerla, Adri podría enviarla a la cárcel.



Mantuvo las manos ocupadas, intentando apartar de sus pensamientos a Iko, quien debería estar a su lado. O a Peony, la única persona por quien se hubiera quedado. O al príncipe Kai.

Al emperador Kai.

No volvería a verlo nunca.

Anudó las esquinas de la manta con más fuerza de la necesaria. Pensaba demasiado. Solo tenía que irse. Cada cosa a su tiempo, ahora únicamente le quedaba subir al coche y dejar todo aquello atrás. Se echó el petate improvisado al hombro, salió renqueando al pasillo y bajó al laberinto de trasteros subterráneos. Entró cojeando en su cubículo y dejó el fardo en el suelo.

Se detuvo un momento para recuperar el aliento antes de continuar y abrir el compartimento superior de la caja de herramientas portátil para tirar dentro todo lo que había sobre la mesa. Ya habría tiempo de ordenarlo más tarde. La caja de herramientas vertical casi le llegaba hasta el pecho y no cabía en el coche, así que tendría que dejarla allí. Además, tanto peso en la parte trasera desbarataría sus cálculos sobre el consumo de gasolina.

Echó un vistazo al cubículo donde había pasado la mayor parte de los últimos cinco años. Era lo más parecido a un hogar que había tenido nunca, a pesar de la alambreira, que le daba aspecto de jaula, y de las cajas, que olían a moho.

El arrugado traje de fiesta de Peony seguía hecho un guiñapo sobre la soldadora. Al igual que la caja de herramientas, se quedaría allí.

Se acercó a las altas estanterías metálicas del otro extremo del habitáculo y empezó a rebuscar piezas que podrían servirle para el coche, o incluso para ella misma, por si tenía una avería. Fue acumulándolas en el suelo, donde acabaron formando una montaña de trastos de todo tipo. Se detuvo cuando su mano topó con algo que jamás creyó que volvería a ver.

El pequeño y maltrecho pie de una ciborg de once años.

Lo sacó del fondo del estante, donde habían tratado de ocultarlo. Iko debía de haberlo guardado, a pesar de que Cinder le había pedido que se deshiciera de él.



Puede que para Iko fuera lo más cercano a un pie de androide que tendría jamás. Cinder lo estrechó contra su pecho. Lo que había llegado a odiar aquel pie. Lo contenta que estaba de volver a verlo.

Con una sonrisita irónica, se dejó caer sobre la silla de trabajo por última vez. Se quitó los guantes y se miró la muñeca izquierda, intentando imaginar el pequeño chip bajo la superficie, lo que le trajo a Peony a la memoria. Las puntas de los dedos teñidas de azul. El escalpelo sobre su pálida piel blanca.

Cinder cerró los ojos, obligándose a alejar el recuerdo. Tenía que hacerlo.

Alargó la mano hacia una de las esquinas de la mesa, donde había un cúter con la cuchilla en remojo, metido en una lata llena de alcohol. La sacudió un poco, inspiró hondo y colocó la mano biónica sobre el tablero, con la palma hacia arriba. Recordó que había visto el chip en el holograma del doctor Erland, a menos de tres centímetros del lugar donde la piel se unía al metal. Lo difícil sería llegar hasta la cápsula sin cortar ningún cable importante por accidente.

Intentó tranquilizarse y mantener la mano quieta cuando hundió la cuchilla en la muñeca. Sintió un dolor agudo y penetrante, pero no se movió. Despacio. Despacio.

La sobresaltó un pitido. Cinder dio un respingo, retiró la cuchilla y se dio la vuelta hacia la pared de estanterías. Se le cayó el alma a los pies al ver todas las piezas y herramientas que se vería obligada a abandonar.

Un nuevo pitido. Cinder bajó la vista hacia la vieja telerred que seguía apoyada contra los estantes. Sabía que no estaba conectada a la red y, aun así, un recuadro azulado y brillante parpadeaba en una de las esquinas. Otro pitido.

Dejó el cúter sobre la mesa, abandonó la silla y se arrodilló delante de la pantalla.

En el recuadro azul se leía:



PETICIÓN DE CONEXIÓN DIRECTA DE USUARIO DESCONOCIDO.

¿ACEPTAR?

Ladeó la cabeza y vio que el chip D-COM seguía insertado en la unidad de la pantalla. La pequeña lucecita verde que tenía al lado estaba encendida. Medio oculto por la sombra que proyectaba la pantalla, parecía un chip cualquiera, pero Cinder recordó la reacción de Kai cuando le describió el material plateado y brillante del que estaba hecho. Un chip lunar.

Cogió un trapo sucio de la pila de cachivaches que pretendía llevarse y se taponó la herida, que apenas sangraba.

—Pantalla, acepta la conexión.

Los pitidos cesaron. El recuadro azul desapareció y lo sustituyó una espiral.

—¿Hola?

Cinder dio un respingo.

—Hola, hola, hola... ¿Hay alguien ahí?

Quienquiera que fuera, parecía al borde de un ataque de nervios.

—Por favor, por favor, que alguien conteste. ¿Dónde se ha metido esa maldita androide? ¿¡Hola!?

—¿Ho... la?

Cinder se inclinó sobre la pantalla.

La joven del otro lado ahogó un grito, al que siguió un breve silencio.

—¿Hola? ¿Me oyes? ¿Hay alguien...?

—Sí, te oigo. Espera, creo que es el cable de vídeo.

—Oh, menos mal —dijo la voz, mientras Cinder apartaba el trapo y lo dejaba a un lado.



Le dio la vuelta a la pantalla, la puso boca abajo sobre el suelo y abrió la tapa del panel de control.

—Pensé que el chip se habría estropeado —prosiguió la desconocida— o que lo había programado con la conexión de identidad errónea o algo por el estilo. ¿Estás en el palacio?

Cinder vio que el cable de vídeo estaba desconectado. Debía de haberse soltado cuando Adri había arrancado el portavisor de la pared. Volvió a enroscarlo en su sitio y un charco de luz azulada se derramó en el suelo.

—Ya está —dijo, dándole la vuelta a la pantalla.

Cinder dio un respingo al ver a la joven del otro lado de la conexión. Debía de ser aproximadamente de su misma edad y tenía la melena rubia más larga, ondulada, rebelde y enmarañada que hubiera podido imaginar. Llevaba recogido aquel avispero dorado que envolvía su cabeza en un nudo voluminoso que descansaba sobre uno de los hombros, desde donde un batiburrillo de trenzas greñudas caía en cascada sobre uno de los brazos de la joven antes de perderse más allá de los confines de la pantalla. La muchacha jugueteaba nerviosa con las puntas, enroscándolas y desenroscándolas en los dedos sin parar.

De no ser por aquella pelambreira, habría sido guapa. Tenía un rostro dulce en forma de corazón, unos gigantescos ojos azules y la nariz salpicada de pecas.

No sabía por qué, pero no era lo que Cinder había esperado.

La joven pareció sorprenderse tanto como ella al verla en la pantalla, con su mano biónica y su deslustrada camiseta.

—¿Quién eres? —preguntó la joven. Miró nerviosamente lo que había detrás de Cinder y comprendió que se encontraba en un cubículo poco iluminado y rodeado de alambreira—. ¿Por qué no estás en el palacio?

—No puedo —contestó Cinder, imitando a la joven y echando un vistazo a la habitación que se abría a su espalda, preguntándose si no estaría ante un hogar lunar.



Aunque aquello parecía cualquier cosa menos un hogar. En realidad, la joven estaba rodeada de paredes metálicas, máquinas, pantallas, ordenadores y más paneles de control, botones y luces que la cabina de una nave de carga.

Cinder cruzó las piernas y descansó la pantorrilla sin pie sobre el otro muslo, para estar más cómoda.

—¿Eres lunar?

La joven parpadeó rápidamente, como si la pregunta la hubiera sorprendido con la guardia baja, pero en vez de contestar, se inclinó hacia delante.

—Necesito hablar con alguien del palacio de Nueva Pekín ahora mismo.

—Entonces, ¿por qué no envías una com a la centralita del palacio?

—¡¿Cómo?! —El chillido de la joven fue tan inesperado y transmitía tanta angustia que Cinder estuvo a punto de caerse de la silla—. ¡No tengo un chip com universal, esta es la única comunicación directa que he podido conseguir con la Tierra!

—Entonces eres lunar.

La joven abrió los ojos de par en par hasta que estos casi formaron unos círculos perfectos.

—Eso no es...

—¿Quién eres? —preguntó Cinder, alzando ligeramente la voz—. ¿Trabajas para la reina? ¿Fuiste tú quien instaló el chip en la androide? Fuiste tú, ¿verdad?

La joven frunció el ceño, pero en lugar de indignarse por las preguntas de Cinder, pareció acobardarse. Incluso avergonzarse.

Cinder apretó los dientes para detener el torrente de preguntas e inspiró hondo antes de proseguir, con firmeza.

—¿Eres una espía lunar?



—¡No! ¡Claro que no! Es decir... Bueno... Más o menos.

—¿Más o menos? ¿Qué quiere decir...?

—¡Por favor, escúchame bien! —La joven unió las manos con fuerza, como si librara una batalla interna—. Sí, yo programé el chip y, sí, trabajo para la reina, pero no es lo que crees. He programado todos los dispositivos de espionaje que Levana ha utilizado para vigilar al emperador Rikan estos últimos meses, pero no tenía elección. Mi señora me mataría si... Que las estrellas me amparen, me matará cuando se entere de esto.

—¿Qué señora? ¿Te refieres a la reina Levana?

La chica entrecerró los ojos, angustiada. Cuando volvió a abrirlos, los tenía vidriosos.

—No, mi señora Sybil. Es la primera taumaturga de Su Majestad... y mi tutora.

Todo encajaba. Kai había sospechado desde el principio que la taumaturga de la reina era quien había colocado el chip en Nainsi.

—Aunque en realidad es una carcelera —prosiguió la joven—. Yo solo soy su prisionera y su esclava. —El hipo la asaltó antes de terminar la frase. La joven enterró el rostro en una maraña de pelo, sollozando—. Lo siento. Lo siento mucho. Soy mala, despreciable, una pobre infeliz.

Cinder sintió una punzada de lástima. Podía llegar a verse reflejada en lo de ser esclava de su propia «tutora», pero no recordaba haber tenido nunca miedo de que Adri quisiera matarla. Es decir, salvo cuando la vendió para la investigación de la peste.

Trató de refrenar la lástima que le inspiraba la chica, recordándose que era lunar y que había ayudado a la reina Levana a espiar al emperador Rikan y a Kai. Por un momento se preguntó si no estaría tratando de manipular sus emociones, aunque enseguida recordó que los lunares no podían controlar a la gente a través de las telerredes.

Cinder se apartó un mechón de pelo de la cara con un bufido y adelantó el cuerpo.



—¡Basta ya! —gritó—. ¡Deja de llorar! —Los llores cesaron y la joven la miró atentamente con sus enormes ojos llorosos—. ¿Por qué intentabas ponerte en contacto con el palacio?

La lunar se encogió y sollozó, pero parecía haber ahuyentado las lágrimas.

—Tengo que hacer llegar un mensaje al emperador Kai. Tengo que avisarle. Está en peligro, toda la Tierra... La reina Levana... Yo tengo la culpa. Si hubiera sido más fuerte, si me hubiera atrevido a luchar, esto no habría ocurrido. Yo tengo la culpa de todo.

—Que los astros me amparen, ¿vas a dejar de lloriquear de una vez por todas? —exclamó Cinder antes de que la joven volviera a perderse en sus lamentaciones—. Tienes que controlarte. ¿A qué te refieres cuando dices que Kai está en peligro? ¿Qué has hecho?

La joven se abrazó y miró a Cinder con ojos suplicantes, como si solo ella pudiera concederle el perdón.

—Soy la programadora de la reina, como ya he dicho. Se me da bien piratear conexiones de red, sistemas de seguridad y ese tipo de cosas. —Lo dijo sin atisbo de arrogancia en su voz temblorosa—. En estos últimos años, mi señora me ha pedido que derivara las conexiones privadas de los principales dirigentes políticos de la Tierra al palacio de Su Majestad. Al principio solo se trataba de los debates de las cámaras, de reuniones, transferencias de documentos, nada interesante. Su Majestad no obtenía más información de la que tu emperador no le proporcionaba ya, de modo que pensé que no hacía daño a nadie. —La joven continuaba enroscándose el pelo en los dedos de ambas manos—. Pero un día me pidió que programara un chip D-COM para poder instalarlo en uno de los androides reales, con el objetivo de espiar al emperador prescindiendo de la red. —Alzó la vista hacia Cinder. Llevaba la culpa escrita en el rostro—. Si se hubiera tratado de otro androide, cualquiera de los que corren por el palacio, ella seguiría sin saber nada. ¡Pero ahora lo sabe! ¡Y todo por mi culpa! —acabó diciendo entre gimoteos, metiéndose un mechón de pelo en la boca, como si fuera una mordaza.

—Espera. —Cinder levantó una mano, intentando que la joven hablara más despacio—. ¿Qué es lo que sabe Levana exactamente?



La lunar se sacó el pelo de la boca al tiempo que las lágrimas comenzaban a resbalar por sus mejillas.

—Sabe todo lo que la androide sabía, todo lo que ha estado investigando. Sabe que la princesa Selene sigue viva y que el príncipe, disculpa, que el emperador Kai estaba buscándola. Sabe que el emperador quería encontrar a la princesa y entronizarla como la verdadera reina lunar. —A Cinder se le encogió el estómago—. Sabe el nombre de los médicos que la ayudaron a escapar y el de esa pobre anciana de la Federación Europea que la acogió durante tanto tiempo... Su Majestad ya ha enviado a sus lacayos a buscarla valiéndose de la información que Kai poseía. Y cuando la encuentren...

—Pero ¿qué va a hacerle a Kai? —la interrumpió Cinder—. Levana ya ha ganado. Kai prácticamente ha dicho que le daría lo que quisiera, así que ¿qué más da todo eso ahora?

—¡Ha intentado usurparle el trono! No conoces a la reina y lo rencorosa que es. No se lo perdonará jamás. Tengo que hacerle llegar un mensaje, a él o a alguien de palacio. Tiene que saber que le están tendiendo una trampa.

—¿Una trampa? ¿Qué clase de trampa?

—¡Una trampa para convertirse en emperadora! Una vez que posea el control de la Comunidad, utilizará su ejército para declararle la guerra al resto del planeta. Y puede hacerlo porque su ejército... Ese ejército...

Se estremeció y agachó la cabeza como si alguien le hubiera dado un manotazo en la nuca. Cinder sacudió la cabeza.

—Kai no lo permitirá.

—No puede impedirlo. Una vez que sea emperatriz, él ya no le servirá para nada.

Cinder sintió que el pulso le martilleaba en los oídos.

—¿Crees que...? Pero no sería muy inteligente si intentara matarlo. Todo el mundo sabría que había sido ella.



—Los lunares sospechan que fue ella quien asesinó a la reina Channary y a la princesa Selene, pero ¿qué pueden hacer al respecto? Aunque intentaran rebelarse, en cuanto se encontraran ante su presencia, les lavaría el cerebro para que volvieran a obedecerla.

Cinder se frotó la frente.

—Iba a anunciarlo esta noche, en el baile —musitó para sí misma—. Va a anunciar que se casará con ella.

Tenía el pulso acelerado y los pensamientos se agolpaban en su cabeza.

Levana sabía que él había estado buscando a la princesa Selene. Lo mataría. Se haría con el gobierno de la Comunidad. Declararía la guerra a... a todo el planeta.

Se cogió la cabeza con ambas manos mientras el mundo daba vueltas a su alrededor.

Tenía que ponerlo sobre aviso. Tenía que impedir que hiciera el anuncio.

Podía enviarle una com, pero ¿qué probabilidades había de que fuera a mirarla durante el baile?

El baile.

Cinder echó un vistazo a sus sencillas ropas. A su tobillo huérfano.

El vestido de Peony. El pie que Iko había guardado. Los guantes de seda.

Asintió con la cabeza antes de saber a qué había accedido y se ayudó de las estanterías para ponerse en pie.

—Iré yo —musitó—. Lo encontraré.

—Llévate el chip —dijo la joven de la pantalla—. Por si tenemos que ponernos en contacto. Y, por favor, no les digas nada sobre mí. Si mi señora llega a enterarse de que...

Sin esperar a que terminara, Cinder se inclinó y extrajo el chip de la unidad. La pantalla se apagó.



CAPÍTULO 33

Cinder tuvo la sensación de que una hiedra venenosa se deslizaba por su piel cuando se puso el vestido de seda. Bajó la vista hacia el corpiño plateado con el ribete de delicada blonda, la amplia falda, las perlas diminutas y deseó encogerse en su interior y desaparecer. Aquel vestido no era suyo. Solo era una farsante, una impostora.

Por extraño que pudiera parecer, que estuviera arrugado como el rostro de un anciano la hizo sentir mejor.

Cogió el pie viejo del estante, aquel chisme pequeño y oxidado con el que se había despertado después de la operación, cuando no era más que una niña de once años confusa y abandonada. Había jurado que no volvería a ponérselo jamás, pero en esos momentos para ella tenía tanto valor como si fuera de cristal. Además, era lo bastante pequeño para que cupiera en los botines de Pearl.

Cinder se dejó caer en la silla y cogió el primer destornillador que encontró. Fue la reparación más rápida que había hecho nunca y el pie era más pequeño e incómodo de lo que recordaba, pero enseguida pudo volver a caminar sin ayuda de muletas.

Los guantes de seda parecían demasiado buenos, demasiado delicados, demasiado finos y le preocupaba enganchárselos en algún tornillo mal enroscado. Al menos las manchas de grasa ayudaban a que no desentonaran con el resto.

Iba hecha un desastre y lo sabía. Tendría suerte si la dejaban pasar de la puerta.

Sin embargo, cada cosa a su tiempo, ya se preocuparía de aquello cuando estuviera allí.



Viajó sola en el ascensor hasta el aparcamiento. Los botines repiqueteaban torpemente sobre el suelo de cemento mientras se dirigía como una flecha hacia el coche abandonado, tratando de no torcerse el tobillo por culpa de aquel pie demasiado pequeño y hacerse un esguince. Era como llevar algo atado de cualquier manera al final de la pierna. No había tenido tiempo de conectarlo al sistema nervioso, por lo que tenía la sensación de ir arrastrando un pisapapeles. Intentó no pensar en ello y se concentró en Kai y en el anuncio que haría aquella noche.

Por fin llegó al rincón oscuro del garaje, sudando por el esfuerzo, consciente de que aún sería peor cuando se zambullera en la humedad implacable de la ciudad. Allí estaba su coche, comprimido entre dos elegantes levitadores cromados. Las luces parpadeantes del garaje deslucían aún más la espantosa pintura naranja del vehículo. Allí no encajaba.

Y Cinder sabía qué se sentía.

El olor a moho y chatarra vieja la envolvió en cuanto ocupó el lugar del conductor. Había sustituido el relleno del asiento y lo había cubierto con una manta que alguien había tirado, al menos así no tendría que preocuparse por los excrementos de rata. Aun así, no quería ni imaginar las manchas que el chasis y el suelo del coche estarían dejando en el vestido de Peony.

Intentando apartar aquellos pensamientos de su mente, se agachó bajo la columna de dirección y buscó los cables de la batería y del motor de arranque que previamente había cortado y envuelto en cinta aislante. Sujetó el cable marrón con torpeza.

Contuvo la respiración y los juntó.

No ocurrió nada.

Una gota de sudor le rodó por la pantorrilla. Volvió a intentarlo una vez más. Y otra.

—Por favor, por favor, por favor.

Una chispa saltó entre los cables pelados y se oyó el apagado triquitraque del motor.



—¡Sí!

Pisó el acelerador a fondo. El coche rugía bajo ella, con el motor revolucionado al máximo.

Cinder lanzó un incontenible grito de alivio antes de hundir el pie en el embrague y meter una marcha, recitando las instrucciones que se había descargado la semana anterior y que desde entonces había estado estudiando: aprender a conducir.

Las maniobras para sacar el coche del garaje resultaron ser lo más difícil de todo. Una vez en la calle, las farolas solares y el pálido resplandor amarillento que se vertía por las ventanas de los apartamentos le indicaban el camino. La iluminación constante de la ciudad era un regalo caído del cielo teniendo en cuenta que los faros del coche no funcionaban. Cinder se sorprendió de lo pedregosas que eran las calles y de la cantidad de desperdicios y escombros que había desparramados sobre la calzada desde que los levitadores ya no necesitaban que el camino estuviera libre de obstáculos. Fue dando tumbos todo el viaje y aun así se sentía invadida por una sensación de poder cada vez que giraba el volante, apretaba el acelerador, cambiaba de marchas o chirriaban los neumáticos.

Una cálida brisa se colaba a través de la desaparecida ventanilla trasera y le alborotaba el pelo. Las nubes habían llegado a la ciudad y pendían amenazadoras sobre los rascacielos, envolviendo el anochecer en un manto grisáceo. En el horizonte opuesto, el cielo se mantenía despejado, iluminado con orgullo por la novena luna llena del año. Una esfera perfecta en un cielo teñido de negro. Un ojo blanco y siniestro que la seguía a todas partes. Cinder trató de ignorarlo y hundió el pie en el acelerador, apremiando al coche a que fuera más rápido, a que volara.

Y voló. No con la sutileza y la gracia de un levitador, sino con el rugido y la potencia de una bestia orgullosa. No pudo evitar sonreír al pensar que lo había reparado ella. Ella le había devuelto la vida a aquella monstruosidad. Ahora era suya y la bestia parecía saberlo.

Lo habría conseguido, se dijo cuando el palacio apareció ante ella, encumbrándose por encima de la ciudad sobre los escarpados precipicios. A aquellas horas, estaría acercándose a los límites de la ciudad. Cada vez más



rápido. Viendo cómo las luces se desdibujaban a su paso. Volando hacia el horizonte sin mirar atrás.

Una gota de lluvia se estrelló contra el parabrisas rajado.

Cinder se aferró al volante cuando inició el ascenso por la tortuosa carretera que conducía a la entrada del palacio. No había levitadores con que competir; estaba claro que sería la última invitada en llegar a la fiesta.

Coronaba la colina, embriagada por la sensación de libertad, la sensación de poder... cuando empezó a diluviar. El agua empezó a inundar el coche y emborronó las luces del palacio. La lluvia aporreaba el metal y los cristales. Sin faros, el mundo desapareció al otro lado del parabrisas.

Cinder hundió el pie en el pedal del freno.

No ocurrió nada.

Presa del pánico, tiró desesperadamente del freno de mano. Una sombra se recortó contra la cortina de agua. Cinder gritó y se cubrió la cara.

El coche se estrelló contra un cerezo y Cinder se vio impulsada hacia delante con una sacudida mientras oía cómo el metal crujía a su alrededor. El motor lanzó unas pequeñas explosiones y enmudeció. El cinturón de seguridad le quemaba atravesado en el pecho.

Temblorosa, Cinder contempló atónita el torrente de agua que se precipitaba sobre el parabrisas. Hojas marrones empapadas de lluvia caían de las ramas bajo las que se había empotrado y se pegaban al cristal. La adrenalina corría por sus venas y se recordó que tenía que respirar. El panel de control le recomendó la línea de actuación que debía adoptar: una respiración lenta y acompasada. Sin embargo, cada inspiración la ahogaba tanto como el cinturón de seguridad, hasta que alargó una mano temblorosa hacia el anclaje y se lo quitó.

En ese momento descubrió que las juntas impermeabilizadoras de la ventanilla de la puerta del conductor tenían una fuga por donde se filtraba el agua, que empezó a gotear sobre su hombro.

Cinder reposó la cabeza contra el respaldo, preguntándose si le llegarían las fuerzas para caminar hasta el palacio. Aunque también podía



esperar a que pasara el monzón. Aquel tipo de tormentas de verano nunca duraban demasiado y en poco rato se habría convertido en una débil llovizna.

Se subió los guantes empapados y se preguntó a qué estaba esperando. No era por orgullo. Tampoco por respetabilidad. Dadas las circunstancias, casi podría decirse que ir empapada era lo mejor que podía ocurrirle.

Respiró hondo, tiró de la manija de la puerta y le dio una patada para acabar de abrirla. Se enfrentó al aguacero y descubrió el efecto refrescante de la fría lluvia sobre la piel. Cerró de un portazo y se volvió para evaluar los daños, apartándose el pelo de la frente.

El morro del coche estaba empotrado en el tronco del árbol y el capó se arrugaba como un acordeón hasta el guardabarros del lado del acompañante. Se le cayó el alma a los pies al ver aquel desastre, tanto trabajo echado a perder en cuestión de segundos.

Sin olvidar —no se le ocurrió hasta aquel momento— que con aquello ya podía ir despidiéndose de huir de allí.

Estremeciéndose bajo el chaparrón, se obligó a apartar aquellos pensamientos de su mente. Ya habría otros coches. Ahora tenía que encontrar a Kai.

De pronto, la lluvia amainó. Levantó la vista hacia el paraguas que la resguardaba y se volvió en redondo. Uno de los encargados de la recepción de los invitados miraba el coche siniestrado con ojos como platos mientras sujetaba con fuerza el mango del paraguas.

—Ah, hola —balbuceó Cinder.

El hombre se volvió hacia ella, atónito. El pelo, el vestido. Parecía horrorizado por momentos.

Cinder le arrebató el paraguas y le dedicó una sonrisa.

—Gracias —dijo, antes de correr hacia el patio que conducía a las puertas dobles del palacio abiertas de par en par y arrojar el paraguas en la escalera.





Guardias ataviados con uniformes de color morado flanqueaban el pasillo para alejar a los invitados de los ascensores e indicarles la ubicación del salón de baile, en el ala sur, por si el tintineo de las copas y la música orquestal no lo dejaban suficientemente claro. El camino hasta la entrada del salón de baile fue largo y pesado. Cinder no sabía si los estoicos guardias le habían dirigido alguna mirada disimulada al pasar por su lado, con los pies chapoteando dentro de los botines, porque no se había atrevido a levantar la cabeza. Toda su atención se concentraba en enviar órdenes a través de su cableado hacia aquel muñón que tenía por pie.

Camina con gracia. Camina con gracia. Camina con gracia.

La música se oía cada vez más fuerte. El salón estaba decorado con decenas de estatuas de piedra: dioses y diosas de otros tiempos. Cámaras ocultas. Escáneres de identidad camuflados. En ese momento recordó que todavía llevaba el chip de identidad de Peony guardado en el compartimento de la pierna y la asaltó una ligera preocupación. Empezó a imaginarse alarmas y luces parpadeantes disparándose por todas partes al descubrirse que llevaba dos chips de identidad —lo que podría considerarse sospechoso, por no decir completamente ilegal—, pero no ocurrió nada.

Dejó el pasillo atrás y se encontró en lo alto de una majestuosa escalera que descendía hacia el salón de baile, flanqueada por una hilera de guardias y sirvientes de expresiones tan inescrutables como las de sus compañeros del vestíbulo. Cientos de farolillos de papel colgaban de los altos techos, proyectando una luz cálida y dorada. Unos ventanales que iban del suelo al techo recorrían la pared del fondo, abriéndola a los jardines. La lluvia aporreaba los cristales con tal estruendo que casi ahogaba la música.

La pista de baile había sido dispuesta en el centro de la estancia, bordeada de mesas redondas, engalanadas con exuberantes centros florales de orquídeas y esculturas de jade. Las paredes estaban revestidas de paneles de seda pintados a mano y decorados con grullas, tortugas y cañas de bambú, antiguos símbolos de la longevidad, que pretendían transmitir un solo mensaje: larga vida al emperador.



Desde su atalaya, Cinder alcanzaba a ver toda la estancia, donde bullía la animación entre sedas vibrantes y miriñaques, diamantes de imitación y plumas de avestruz. Empezó a buscar a Kai.

No fue difícil encontrarlo: estaba bailando. Los invitados se apartaban a su paso y el de su acompañante, la mujer más bella, elegante e imponente de todo el salón. La reina lunar. Al verla, Cinder no consiguió reprimir un grito ahogado, desconcertada.

El estómago le dio un vuelco y la impresión momentánea se convirtió en repugnancia. La reina sonreía con serenidad mientras bailaban un vals, deslizándose sobre los suelos de mármol, pero Kai parecía absorto en sus pensamientos.

Cinder retrocedió unos pasos antes de que la reina reparara en ella. Observó a los invitados y se convenció de que Kai no había hecho el anuncio todavía, de otro modo, la atmósfera no sería tan festiva. Kai estaba bien. Estaba a salvo. Lo único que tenía que hacer era hallar el modo de hablar con él, en privado, y explicarle los planes de la reina. Debía advertirle de que Levana estaba al tanto del propósito de encontrar a su sobrina. Luego dependería de él si decidía posponer la aceptación de las términos de la reina hasta...

Bueno, Cinder sabía que era imposible posponer los planes de Levana para siempre sin que ello la decidiera a declarar definitivamente la guerra con que había estado amenazándolos tanto tiempo.

Aunque tal vez, solo tal vez, podía ser que la princesa Selene apareciera antes de que eso sucediera.

Soltó el aire lentamente, se alejó de la majestuosa entrada al salón y se escondió detrás de la columna que tenía más cerca, tropezándose por culpa del diminuto pie. Miró a su alrededor rechinando los dientes, aunque los guardias y sirvientes parecían tan interesados en ella como una pared de cemento.

Cinder se arrimó a la columna y se retiró el pelo tratando de arreglárselo y, al menos, conseguir así simular que no se había equivocado de fiesta.



La música cesó y los invitados empezaron a aplaudir.

Echó un vistazo al salón y vio a Kai y a Levana, saludándose antes de separarse cada uno por su lado: él con una envarada inclinación de cabeza y ella con la elegancia de una geisha. Cuando la orquesta volvió a tocar, los invitados ocuparon toda la pista de baile.

Cinder siguió con la mirada la flamante cabellera rizada de la reina encaminándose hacia la escalera del otro extremo de la estancia, mientras los asistentes a la gala se apresuraban a apartarse de su camino. Buscó a Kai de nuevo y descubrió que avanzaba en dirección opuesta a la reina, directo hacia ella.

Contuvo la respiración y se separó unos centímetros de la columna tras la que se ocultaba. Era entonces o nunca. Ojalá levantara la vista y la viera. Ojalá fuera hasta ella. Se lo contaría todo y luego podría escabullirse y perderse en la noche; nadie tendría por qué saber que había estado allí.

Se arremangó la falda del vestido plateado cerrando los puños sobre la tela y clavó sus ojos en la cabeza del emperador, urgiéndolo a mirarla. «Mírame. Mírame.»

Kai se detuvo en seco con una expresión ligeramente perpleja. Cinder se sobresaltó. ¿Lo había conseguido? ¿Habría utilizado su don lunar sin darse cuenta?

Sin embargo, en ese momento vio algo dorado junto a Kai, una manga con volantes que le rozaba el brazo, y se le cortó la respiración.

Era Pearl, que acarició el codo de Kai con las puntas de los dedos y lo saludó con una reverencia y un auténtico despliegue de sonrisas radiantes y pestaños coquetos.

Cinder volvió a pegarse a la columna, con el corazón en un puño.

Pearl empezó a hablar y Cinder observó con atención la reacción de Kai, sintiendo el pulso en las orejas. Al principio, Kai se limitó a dedicarle una sonrisa cansada, pero Cinder no tardó en ver aparecer la confusión en su rostro. La sorpresa. Un tímido ceño. Pensó en lo que estaría diciéndole Pearl: «Sí, soy la chica de esta mañana, en el mercado. No, Cinder no va a venir. No



osaríamos deshonorar esta memorable ocasión permitiendo al engendro ciborg de mi hermanastra asistir. Ah, ¿no sabíais que era una ciborg?».

Cinder se estremeció, sin poder apartar los ojos de ambos. Pearl iba a contárselo todo y ella no podía hacer nada para impedirlo, salvo quedarse allí mirando a la espera de ese fatídico momento en que Kai comprendiera que había estado tonteando con una ciborg. No querría saber nada más de ella. No querría oír sus disculpas. No le quedaría más remedio que ir renqueando detrás de él para explicarle la razón de su presencia, sintiéndose como el esperpento que era.

Alguien se aclaró la garganta detrás de ella y consiguió sacarla del pozo de lamentaciones en el que había caído con un respingo, a punto de torcerse el tobillo. Uno de los sirvientes se había cansado de estar allí de pie sin hacer nada y en esos momentos la examinaba con una repulsión apenas disimulada.

—Discúlpeme —dijo, con cierta tirantez—, pero debo escanear su chip de identidad.

Cinder alejó la mano de manera instintiva y apretó la muñeca contra la barriga.

—¿Para qué?

El hombre miró de soslayo hacia la hilera de guardias, dispuesto a llamarlos para que la acompañaran fuera a la mínima de cambio.

—Para comprobar que se encuentra en la lista de invitados, naturalmente —contestó, enseñándole un pequeño escáner de mano.

Cinder pegó la espalda contra la columna, hecha un manojito de nervios.

—Pero... Yo creía que estaban invitados todos los ciudadanos de Nueva Pekín.

—Así es, efectivamente. —El hombre sonrió de oreja a oreja, casi como si se alegrara ante la perspectiva de poder revocar la invitación de la joven que tenía ante él—. No obstante, debemos asegurarnos de que recibimos a aquellos que respondieron a dicha invitación. Es una medida de seguridad.



Cinder tragó saliva y se volvió hacia la pista de baile. Pearl seguía acosando a Kai y, por si eso no fuera suficiente, vio a Adri revoloteando cerca de ellos, preparada para intervenir en la conversación en cuanto considerara que su hija decía algo que pudiera ponerla en evidencia. Pearl continuaba valiéndose de sus encantos para coquetear con el príncipe. Mantenía la cabeza ligeramente inclinada y se tocaba la clavícula con recato.

Kai parecía igual de perplejo que antes.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Cinder, antes de volverse hacia el sirviente, tratando de imitar la alegre inocencia de Peony.

—Por supuesto —dijo.

Contuvo la respiración y le tendió el brazo, empezando a pensar en todo tipo de excusas y justificaciones: que la invitación debía de haberse traspapelado, que tal vez había habido una confusión al haber llegado después de su madrastra y hermanastra, o quizá...

—¡Ah! —exclamó el hombre, como si no diera crédito a lo que veía en la pequeña pantalla.

Cinder se puso tensa, sopesando las posibilidades que tenía de dejarlo fuera de combate de un golpe en la cabeza sin levantar las sospechas de los guardias.

El sirviente volvió su mirada atónita hacia el traje de Cinder, luego hacia el pelo y de nuevo a la pantalla. Era fácil adivinar la lucha interna del hombre tratando de mostrarse cortés y esbozar una sonrisa.

—Vaya, Linh-mèi, qué inesperado placer. Nos alegramos mucho de que al final haya podido asistir al baile de esta noche.

Cinder enarcó las cejas.

—Ah, ¿sí?

El hombre realizó una breve inclinación de cabeza.

—Por favor, disculpe mi torpeza. Estoy seguro de que a Su Majestad Imperial le alegrará saber que ya ha llegado. Por favor, acompáñeme por aquí para que pueda anunciarla.



Cinder parpadeó y siguió el brazo del sirviente, como en un sueño, cuando este se acercó a lo alto de la escalera.

—¿Para que pueda qué?

El hombre pulsó varias veces su portavisor antes de mirar a Cinder de reojo una vez más y repasarla con la mirada, como si le costara creer lo que estaba a punto de hacer, aunque sin perder la atenta sonrisa en ningún momento.

—Todos los invitados personales de Su Majestad Imperial son debidamente anunciados en reconocimiento a su importancia. Aunque, claro está, no suelen llegar tan... tarde.

—Espere. Invitados especiales de... Ah. ¡Ah! No, no, no es necesario que...

El clamor de las trompetas a través de los altavoces camuflados en los altos techos ahogó sus protestas. Agachó la cabeza, sobresaltada por el estruendo, atónita, mientras la fanfarria se apagaba. Una voz rimbombante resonó por todo el salón con el último trino de las trompas.

«Atención, demos la bienvenida al centésimo vigésimo sexto baile anual de la Comunidad Oriental a una invitada especial de Su Majestad Imperial: Linh Cinder de Nueva Pekín.»



CAPÍTULO 34

La temperatura del salón aumentó cuando cientos de rostros se volvieron hacia Cinder.

Quizá los invitados no le habrían dedicado ni un segundo de atención y le habrían dado la espalda sin más, con indiferencia, si la invitada especial del emperador no hubiera sido una joven con el pelo empapado y los bajos del arrugado vestido plateado salpicados de barro. Todo el mundo clavó su mirada en Cinder, paralizada en lo alto de la escalera. La joven sintió los pies desparejados soldados al suelo, atrapados en un bloque de cemento.

Cinder buscó a Kai, quien la miraba de hito en hito, sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

Incombustible al desánimo, el joven no había perdido la esperanza de que apareciera en cualquier momento e incluso le había reservado un sitio como invitada especial. Cinder imaginaba muy bien hasta qué punto Kai estaría arrepintiéndose en esos instantes de aquella decisión.

Junto a él, el rostro de Pearl había empezado a encenderse bajo el resplandor de las lámparas de araña. Cinder miró a su hermanastra, a Adri, y por sus expresiones comprendió la mortificante humillación a la que creían estar viéndose sometidas. Se recordó que debía respirar.

Estaba perdida.

Era prácticamente seguro que Pearl le había contado a Kai que era una ciborg.

Además, la reina Levana pronto repararía en ella y adivinaría que era lunar. La arrestarían, puede que incluso la sentenciaran a muerte. No había nada que hacer.



Sin embargo, había asumido el riesgo. Había decidido ir hasta allí ella sola.

Y no iba a permitir que todo aquello fuera en vano.

Irguió la espalda. Levantó la barbilla.

Se recogió la amplia falda de seda, miró fijamente a Kai y empezó a descender los escalones, despacio.

La mirada del emperador se suavizó y dejó traslucir un brillo divertido, como si aquel aspecto tan curioso fuera justo lo que cabía esperar de una prestigiosa mecánica.

Un murmullo recorrió la sala. Cuando el tacón del botín de Cinder repicó contra el suelo de mármol con precisión calculada, la marea de vestidos comenzó a apartarse a un lado. Las mujeres cuchicheaban tapándose la boca con las manos. Los hombres alargaban el cuello tratando de enterarse de lo que se comentaba en susurros.

Incluso los sirvientes se habían detenido a mirarla, llevando aún en alto las bandejas repletas de exquisiteces envueltas en nubes aromatizadas de ajo y jengibre, que hicieron que a Cinder se le encogiera el estómago. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba. Con todos los preparativos para huir de la ciudad, apenas había tenido tiempo para comer, y si a eso se le sumaba la angustia que le provocaba la situación, no era de extrañar que se sintiera ligeramente mareada. Hizo lo que pudo por no pensar en ello, por ser fuerte, pero los nervios se apoderaban de sus tensos músculos a cada paso que daba. Los latidos de su corazón retumbaban en su cabeza.

No hubo mirada que no la repasara de arriba abajo, con burla. No hubo cabeza que no se volviera para cuchichear, dando alas a los rumores. Empezaron a pitarle los oídos, asaltados por conversaciones fragmentadas —«¿Una invitada especial? Pero ¿quién es? ¿Y qué es eso que lleva en el vestido?»—, hasta que reguló la interfaz de audio y las silenció.

Nunca en toda su vida se había alegrado tanto de no poder sonrojarse.

Kai frunció levemente los labios y, aunque conservaba cierto aire de desconcierto, no parecía molesto o indignado. Cinder tragó saliva. A medida



que se acercaba a él, crecía en su interior la ardiente necesidad de envolverse en sus propios brazos, de tapar aquel vestido mugriento, arrugado y manchado de barro como pudiera, pero se resistió. No habría servido de nada. Además, en esos momentos, su aspecto debía de ser lo último que preocupaba a Kai.

En todo caso, lo más probable era que estuviera intentando calcular hasta dónde estaba hecha de metal y silicio.

Cinder mantuvo la barbilla erguida en todo momento, a pesar del escozor de los ojos, a pesar de que el pánico había disparado las alarmas y llenaba su campo de visión de advertencias.

No tenía la culpa de que él se hubiera sentido atraído por ella.

No tenía la culpa de ser una ciborg.

No pediría disculpas.

Concentró todas sus fuerzas en seguir caminando, en avanzar sin titubeos, mientras los invitados se apartaban a su paso y volvían a cerrar filas a sus espaldas.

Sin embargo, antes de llegar hasta el emperador, una figura se abrió camino entre los curiosos y le cerró el paso. Cinder se detuvo en seco, paralizada por la mirada colérica de su madrastra.

Parpadeó, confusa, hasta que la realidad se impuso con torpeza sobre el momentáneo silencio. Había olvidado que Adri y Pearl estaban allí.

Las ruborizadas mejillas de Adri, salpicadas de manchas, se traslucían a través de la base blanca de maquillaje, y su pecho subía y bajaba bajo el recatado escote del kimono debido a la respiración agitada. Las risitas desconcertadas cesaron y bombardearon a preguntas a los que se encontraban en las últimas filas, quienes a pesar de no ver qué sucedía, sentían cómo la tensión rompía contra ellos.

Adri alargó la mano en un gesto veloz y la cerró sobre la falda de Cinder para agitar la tela.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó sin apenas mover los labios, en voz baja, como si le preocupara armar más revuelo del que Cinder ya había causado.



La joven apretó los dientes, retrocedió un paso y le arrancó el vestido de la mano.

—Iko lo conservó. Peony hubiera querido que me lo quedara.

Detrás de su madre, Pearl ahogó un grito y se llevó las manos a la boca. Cinder se volvió hacia ella y descubrió que Pearl le miraba los pies con expresión horrorizada.

Cinder se estremeció, imaginando la pierna biónica a la vista de todos, hasta que Pearl señaló al suelo y gritó con voz chillona:

—¡Mis botines! ¡Esos botines son míos! ¡Se los ha puesto!

Adri entrecerró los ojos.

—Ladronzuela. ¿Cómo te atreves a venir aquí y poner en ridículo a mi familia? —Apuntó hacia la majestuosa escalera con decisión, alargando el brazo por encima del hombro de Cinder—. Te ordeno que vuelvas a casa ahora mismo, antes de que sigas avergonzándome.

—No —contestó Cinder, apretando los puños—. Tengo tanto derecho a estar aquí como tú.

—¿Qué? ¿Tú? —Adri empezó a alzar la voz—. Si no eres más que una...

Se mordió la lengua, negándose, a pesar de todo, a compartir el secreto mortificante de su hijastra y procediendo, en cambio, a abrir la palma de la mano y llevar el brazo hacia atrás.

Los invitados ahogaron un grito y Cinder se estremeció, pero Adri no llegó a abofetearla.

Kai estaba junto a la madrastra, sujetándole la muñeca con firmeza. La mujer se volvió hacia él con el rostro encendido por la ira, aunque su expresión cambió al instante.

Adri se encogió, tartamudeando.

—¡Su Majestad!

—Ya basta —dijo Kai con voz suave, aunque firme, antes de soltarle la muñeca.





Adri trató de hacer una lastimosa reverencia, bajando la cabeza hasta el pecho.

—No sabéis cuánto lo lamento, Su Majestad. Disculpad el arrebató y mis maneras... Esta joven es... Siento que haya interrumpido... Es mi pupila y no debería estar aquí...

—Por supuesto que debería —la contradijo Kai con ligereza antes de clavar sus ojos en Cinder, como si creyera que solo bastaba con su presencia para neutralizar la hostilidad de Adri—. Es una invitada personal.

Kai miró a su alrededor, oteando por encima de las cabezas de los conmocionados y sorprendidos asistentes al baile, en busca de la orquesta que había enmudecido sobre el escenario.

—¡Esta es una noche de fiesta y celebración! —dijo en voz alta—. ¡Por favor, todo el mundo a bailar!

La orquesta empezó a tocar de nuevo, insegura al principio, hasta que la música volvió a inundar el salón. Cinder no recordaba en qué momento había dejado de oírla, aunque la interfaz auditiva seguía amortiguando el ruido de fondo.

Kai se volvió hacia ella. Cinder tragó saliva y se dio cuenta de que estaba temblando, de rabia, de miedo, de nervios, de saberse atrapada en sus ojos castaños. Tenía la mente en blanco, no sabía qué hacer, si darle las gracias o volverse y seguir gritando a su madrastra; aunque Kai no le dio opción a decidirse ni por lo uno ni por lo otro.

El joven le tendió la mano, tomó la de Cinder y, antes de que esta se diera cuenta, la había arrancado del lado de su madrastra y hermanastra y la estrechaba entre sus brazos.

Estaban bailando.

Con el pulso acelerado, trató de apartar la mirada de Kai y echó un vistazo a su alrededor por encima del hombro del joven.

Eran los únicos que bailaban.

Kai también debió de percatarse de ello, ya que separó la mano de la cintura de Cinder un instante e hizo un gesto a sus estupefactos invitados.



—Por favor, estáis en vuestra casa. Disfrutad de la música —dijo con un tono que pretendía ser tanto motivador como imperativo.

Incómodos, quienes se encontraban más cerca intercambiaron una mirada con sus parejas y el salón no tardó en llenarse de faldas ahuecadas y faldones de chaqué. Cinder se aventuró a mirar fugazmente hacia el lugar donde habían abandonado a Adri y a Pearl. Ambas mantenían la compostura, muy estiradas, en medio de la multitud en constante movimiento, observando cómo Kai guiaba a Cinder con precisión de experto cada vez más lejos de ellas.

—No sabes bailar, ¿verdad? —murmuró Kai, aclarándose la garganta.

Cinder volvió a mirarlo; la cabeza seguía dándole vueltas.

—Lo mío es la mecánica.

Kai enarcó las cejas con aire burlón.

—Créeme, me he dado cuenta. ¿Eso de los guantes que te regalé son manchas de grasa?

Avergonzada, miró los dedos entrelazados y los manchurroneos negros sobre la seda blanca. Sin tiempo para disculparse, sintió que la empujaba suavemente para separarla de él y que la hacía girar por debajo de su brazo. Cinder contuvo la respiración, sintiéndose ligera como una mariposa, hasta que tropezó por culpa del diminuto pie biónico y cayó en brazos de Kai.

El joven sonrió divertido y la ayudó a recuperar el equilibrio y la distancia de un brazo que debían mantener las parejas durante el baile, pero no se burló de ella.

—Así que esa es tu madrastra.

—Tutora legal.

—Eso, disculpa. Parece una verdadera joya.

Cinder ahogó una risotada y notó que empezaba a relajarse. No notaba el pie, por lo que era como intentar bailar con una bola de hierro soldada al tobillo. La pierna empezaba a dolerle de ir arrastrándolo, pero se resistió a cojear, por mucho que eso la hubiera aliviado, imaginando a la siempre perfecta



Pearl con su vestido de baile y sus tacones, deseando que su cuerpo se moviera con la misma gracilidad.

Al menos parecía que empezaba a memorizar los pasos de baile y viendo que cada nuevo movimiento era ligeramente más fluido que el anterior, incluso llegó a creer que sabía lo que hacía. Aunque debía admitir que la suave presión de la mano de Kai en la cintura también ayudaba.

—Siento lo de antes —se disculpó Cinder—. Lo de mi madrastra y mi hermanastra. Y todavía piensan que soy yo quien las pone en ridículo, ¿te lo puedes creer? —dijo con voz animada para dejar claro que bromeaba, aunque se descubrió pendiente de la respuesta de su pareja de baile, preparándose para ese fatídico momento en que Kai le preguntaría si era cierto.

Si realmente era una ciborg.

Al ver apagarse la sonrisa de Kai, Cinder comprendió que el temido momento había llegado demasiado pronto y deseó no haber abierto la boca. Deseó que pudieran seguir fingiendo eternamente que nadie conocía su secreto. Que él todavía no lo sabía.

Que todavía quería que fuera su invitada especial.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Kai, bajando la voz a pesar de que los envolvían el murmullo de las risas y el repiqueteo de los tacones.

Cinder abrió la boca, pero las palabras se atoraron en la garganta. Ojalá pudiera desmentir lo que Pearl le hubiera dicho y tildarla de embustera; sin embargo, ¿qué conseguiría con ello? Más mentiras. Más traiciones. Los dedos de la mano metálica, los rígidos e implacables límites de su extremidad, se cerraron ligeramente sobre el hombro de Kai, quien ni siquiera se inmutó, esperando una respuesta.

Cinder necesitaba descansar la mente ahora que ya no había secretos entre ellos. Aunque aquello tampoco era cierto del todo. Él todavía no sabía que era lunar.

Volvió a abrir la boca, sin saber qué iba a decir exactamente, hasta que las palabras salieron por sí solas en un susurro.



—No sabía cómo.

La mirada de Kai se suavizó y se le formaron unas pequeñas arruguitas en las comisuras de los ojos.

—Lo habría entendido —aseguró.

El joven emperador se acercó a ella de manera casi imperceptible y el codo de Cinder se deslizó hasta el hombro del joven de un modo muy poco natural. Aun así, Kai no retrocedió. No se estremeció ni se puso tenso.

¿Lo sabía y no le repugnaba? A pesar de todo, ¿todavía le apetecía tocarla? ¿Era posible que, tal vez, no sabía cómo y por increíble que pareciera, incluso le gustara?

Cinder pensó que, de haber podido llorar, lo habría hecho.

Curvó tímidamente los dedos sobre el pelo de la nuca de Kai y se dio cuenta de que le temblaban, convencida de que la rechazaría en cualquier momento. Pero no lo hizo. No se apartó. No hizo ningún gesto que delatara desagrado.

Kai separó los labios, apenas un resquicio, y Cinder pensó que tal vez no era la única a quien le costaba respirar.

—Es solo que —empezó a decir, pasándose la lengua por los labios— no es algo de lo que me guste hablar. No se lo he contado a nadie. Que... que...

—¿Que no la conociera?

Las palabras de Cinder se desvanecieron. ¿«La»?

Apartó con delicadeza los dedos repentinamente rígidos del pelo de Kai y volvió a descansar la palma de la mano en el hombro.

La mirada intensa de antes se había vuelto compasiva.

—Entiendo por qué no has dicho nada, pero ahora me siento un poco egoísta. —Kai apretó la mandíbula y en su rostro se dibujó un ceño cargado de culpabilidad—. Sé que debería haberlo imaginado, después de decirme que estaba enferma, pero entre la coronación, la visita de la reina Levana y el baile... Supongo que lo olvidé. Ya sé que eso me convierte en el



mayor imbécil del mundo, que tendría que haberme figurado que tu hermana había... y que por eso ignorabas mis coms. Ahora todo tiene sentido. —La atrajo hacia sí, tan cerca que Cinder hubiera podido reposar la cabeza en su hombro, aunque no lo hizo. El cuerpo de la joven había recuperado su rigidez anterior y parecía haber olvidado los pasos de baile—. En cualquier caso, me habría gustado que me lo hubieras dicho.

Cinder bajó la vista hacia el hombro de Kai, con la mirada perdida.

—Lo sé —murmuró—. Tendría que habértelo dicho.

Cinder tuvo la sensación de que sus partes artificiales se comprimían unas contra otras y la prensaban en su interior.

Kai no lo sabía.

Sin embargo, después de haber experimentado la reconfortante sensación de creerse aceptada, volver a confinarse una vez más en el secretismo le resultaba más insoportable que mentirle.

—Kai —dijo, intentando sacudirse de encima la tristeza en la que estaba a punto de hundirse. Se apartó de él a un brazo de distancia para recuperar la separación que se consideraría aceptable entre dos extraños. O entre una mecánica y el emperador. Kai perdió el paso por primera vez y parpadeó sorprendido. Cinder trató de ignorar el sentimiento de culpa, que le producía un nudo en la garganta—. He venido a decirte algo. Es importante. —Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie podía oírlos. A pesar de que se descubrió destinataria de alguna que otra mirada celosa, gracias al volumen de la música nadie estaba lo bastante cerca para alcanzar a oírlos y no vio a la reina lunar por ninguna parte—. Escúchame bien: no puedes casarte con Levana. Tanto da lo que quiera o con qué te amenace.

Kai se sonrojó al oír nombrar a la reina.

—¿A qué te refieres?

—No se conformará únicamente con la Comunidad. Se case o no se case contigo, piensa declararle la guerra a la Tierra de todas formas. Solo quiere casarse contigo y ser emperadora porque eso le allana el terreno.



Esta vez fue Kai quien echó un vistazo a su alrededor mientras trataba de adoptar una fría indiferencia que ocultara su alarma. Aun así, la preocupación se traslucía en su mirada.

—Y no solo eso. Sabe lo de Nainsi... Lo que Nainsi averiguó. Sabe que intentabas encontrar a la princesa Selene y está utilizando esa información para dar con ella por su cuenta. Ha enviado a su gente a buscarla, si es que no la han localizado ya.

Kai se volvió hacia ella, atónito.

—Y lo sabes —prosiguió Cinder, sin darle tiempo a interrumpirla —, sabes muy bien que no te perdonará que hayas intentado encontrar a la princesa. —Tragó saliva—. Kai, en cuanto se case contigo y obtenga lo que quiere... te matará.

Kai palideció.

—¿Cómo sabes todo eso?

Cinder inspiró hondo, exhausta después de haberse desprendido de toda aquella información, como si solo hubiera reservado energía suficiente para llegar hasta ese momento.

—Por el chip D-COM que encontré en el interior de Nainsi. Hay una chica, la programadora del chip... Uf. Es un poco complicado.

Cinder vaciló unos instantes al pensar que debía entregarle el chip mientras aún estuviera a tiempo. Tal vez él consiguiera obtener más información a través de la joven, el único problema era que, con las prisas por llegar al baile, había guardado el chip en el compartimento de la pantorrilla. El estómago le dio un vuelco. Sacarlo en esos momentos significaría revelar su secreto ante Kai y todos los presentes.

Tragó saliva, tratando de olvidar la creciente angustia. ¿Acaso era más importante salvaguardar su honor?

—¿Hay algún sitio al que podamos ir? —preguntó—. Lejos de la gente. Te lo contaré todo.

Kai miró a su alrededor. Mientras bailaban, habían recorrido casi todo el salón y se encontraban ante las imponentes puertas que daban a los



jardines reales. Más allá de los escalones, un sauce llorón derramaba lágrimas sin descanso bajo el intenso chaparrón y un coqueto estanque parecía a punto de desbordarse. Las ráfagas de lluvia que aporreaban los cristales casi conseguían ahogar la música.

—¿Qué te parecen los jardines? —propuso Kai, aunque todavía no había dado un paso cuando una sombra se proyectó sobre ellos.

Cinder levantó la cabeza y vio el descontento en el rostro de un funcionario de la casa real que miraba a Kai con los labios tan fruncidos que empezaron a volverse blancos. El hombre ni siquiera se dignó mirarla.

—Su Majestad —dijo, con el rostro demacrado—, ha llegado la hora.



CAPÍTULO 35

Cinder alzó la vista hacia el hombre. La conexión con la base de datos de la red la informó de que se trataba de Konn Torin, consejero real.

—¿La hora? —dijo Cinder, volviéndose hacia Kai—. ¿La hora de qué?

Kai la atravesó con una mirada en la que se mezclaban la culpa y el miedo. Cinder sintió un nuevo nudo en el estómago.

La hora de sentenciar el destino de la Comunidad Oriental.

—No —musitó Cinder entre dientes—. Kai, no puedes...

—Su Majestad —insistió Konn Torin, obstinándose en ignorar a Cinder—, os he concedido la libertad que necesitabais, pero es hora de acabar con esto. Estáis poniéndoos en evidencia.

Kai bajó la vista y acabó cerrando los ojos. Se frotó la frente.

—Solo un momento. Necesito un momento para pensar.

—No tenemos un momento. Ya lo hemos discutido miles de veces y...

—Disponemos de nueva información —lo interrumpió Kai con aspereza.

Konn Torin miró a Cinder con desconfianza y su semblante se ensombreció. La joven se estremeció ante la patente desaprobación que delataba el ceño del consejero; aunque, por una vez, aquel odio no iba dirigido a ella por ser ciborg, sino por ser una chica normal y corriente, indigna de la atención del emperador.

Por una vez, estaba de acuerdo.



Sin embargo, si en el rostro de Cinder podía leerse dicha coincidencia, el consejero decidió pasarlo por alto.

—Su Majestad, con el debido respeto, ya no podéis permitirlos el lujo de ser un adolescente enamorado, ahora os debéis a vuestro pueblo.

Kai bajó la mano y se volvió hacia su consejero, mirando al infinito.

—Lo sé —contestó—. Haré lo que sea mejor para ellos.

Cinder se recogió el vestido con ambas manos, sintiendo renacer la esperanza en su interior. Kai había entendido el mensaje que había querido transmitirle. Había comprendido el error que cometería si accedía a casarse con Levana. Cinder había logrado su objetivo.

Pero cuando se volvió hacia ella, todas sus esperanzas se desvanecieron al ver la impotencia grabada en las profundas arrugas que le surcaban la frente.

—Gracias por avisarme, Cinder. Al menos sé qué me espera.

Cinder sacudió la cabeza.

—Kai. No puedes...

—No tengo elección. Tiene un ejército que podría destruirnos. Posee un antídoto que necesitamos... No me queda más remedio que arriesgarme.

Cinder retrocedió tambaleante, como si sus palabras le hubieran propinado la bofetada de la que momentos antes la había protegido. Iba a casarse con la reina Levana.

La reina Levana sería emperadora.

—Lo siento, Cinder.

Parecía tan derrotado como ella se sentía, y aunque el cuerpo de Cinder, repentinamente pesado, se negaba a responder, Kai consiguió reunir la fuerza suficiente para dar media vuelta, con la barbilla alzada, y encaminarse hacia la plataforma que había al final del salón de baile, donde anunciaría su decisión ante los asistentes.



Cinder se devanó los sesos tratando de dar con algo que lo hiciera cambiar de opinión. Pero ¿qué más podía hacer?

Kai sabía que Levana les declararía la guerra de todos modos. Sabía que Levana intentaría deshacerse de él después de la boda. Seguramente conocía muchas otras atrocidades cometidas por Levana que Cinder ignoraba y, aun así, pensaba continuar adelante. Por la razón que fuera, Kai seguía aferrado a la ingenua convicción de que aquella unión podía resultar provechosa, a pesar de los inconvenientes. No pondría trabas.

La única otra persona que podía detener aquella alianza matrimonial era la propia reina.

A Cinder se le encogió el corazón.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, se precipitó detrás de Kai, lo cogió por el codo y lo hizo girar en redondo hacia ella.

Sin pensárselo dos veces, Cinder le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

Kai se quedó de piedra, tan tenso que era como abrazar a un androide, pero sus labios eran cálidos y suaves, y aunque Cinder solo pretendía darle un beso fugaz, se descubrió incapaz de separarse de él. Un cálido hormigueo le recorrió el cuerpo, inesperado y perturbador, aunque no desagradable, que electrificó todos sus cables. Sin embargo, esta vez no la anularon. Esta vez no la amenazaron con prenderle fuego desde el interior.

La desesperación había desaparecido. Por un brevísimo instante, olvidó la verdadera intención de su precipitada acción y se descubrió besándolo única y exclusivamente porque quería besarlo. Quería que supiera que quería besarlo.

No comprendió cuánto deseaba que Kai la correspondiera hasta que se hizo evidente que él no tenía intención de hacerlo.

Cinder se apartó con brusquedad, sin levantar las manos de los hombros, incapaz de controlar la energía en estado puro que recorría su interior y la hacía estremecer.



Kai la miró boquiabierto, y aunque en cualquier otra situación Cinder habría retrocedido de inmediato y se habría deshecho en disculpas, esta vez reprimió su primer impulso.

—Es posible que... —balbució a modo de prueba antes de alzar la voz lo suficiente para que todos pudieran oírla—. ¡Es posible que la reina no acepte tu propuesta cuando sepa que estás enamorado de mí!

El desconcierto de Kai aumentaba por momentos.

—¿Qué...?

A su lado, el consejero se quedó sin habla y una sucesión de gritos ahogados acompañados del susurro de las sedas inundó el salón. Cinder cayó en la cuenta de que la música había vuelto a interrumpirse. Los músicos se habían puesto en pie e intentaban enterarse de lo que ocurría.

Una risita cantarina se abrió camino a través de la incómoda situación, y aunque tenía una nota dulce e infantil, Cinder sintió que un escalofrío le recorría la espalda al oírla.

La joven apartó las manos del cuello de Kai y se volvió lentamente. Los invitados también se volvieron hacia el sonido, girando al unísono como títeres movidos por hilos.

La reina Levana.

Estaba apoyada contra una de las columnas que flanqueaban la puerta que daba a los jardines, con una copa de vino dorado en una mano y tapándose los sonrientes labios rojos con la otra. Era la perfección personificada. Su pose solo podría haber sido más estudiada de haber estado esculpida en la misma piedra de la columna. Iba ataviada con un deslumbrante vestido de color azul real salpicado de lo que probablemente eran diamantes, aunque parecían estrellas en un firmamento estival infinito.

La luz naranja parpadeó en el campo de visión de Cinder. El hechizo de la reina, la eterna mentira.

Junto a la puerta había apostado un guardia lunar, un hombre de pelo rojo intenso peinado de punta, como la llama de una vela. Otras dos personas, un hombre y una mujer, envueltos en las casacas características de los



taumaturgos reales, esperaban igualmente a un lado, aguardando las órdenes de su señora. Todos ellos poseían una belleza arrebatadora y, a diferencia de la reina, su atractivo no parecía ser un espejismo. Cinder se preguntó si sería un requisito para servir en la corte lunar o si resultaba que ella era la única lunar en toda la galaxia que no había nacido con unos ojos hechiceros y una piel envidiable.

—Qué encantadoramente ingenua —dijo la reina, acompañando el comentario con una risa forzada—. No debes de conocer a mi pueblo. En Luna, creemos que la monogamia no es más que un sentimentalismo arcaico. ¿Qué más me da que mi futuro esposo esté enamorado de otra... —hizo una pausa, repasando de arriba abajo el vestido de Cinder— mujer?

El terror le hizo un nudo en la garganta al sentir los ojos de la reina clavados en ella. Levana sabía que era lunar. Lo veía en su cara.

—¿Qué ha de importarme si —prosiguió la reina con una voz arrulladora que se afiló al final de la frase—, por lo que parece, mi prometido se ha enamorado de una caparazón insignificante? ¿Me equivoco?

Los taumaturgos asintieron, dándole la razón, sin apartar la vista de Cinder.

—Desde luego huele a uno de ellos —dijo la mujer.

Cinder arrugó la nariz. Según el doctor Erland, no era una verdadera caparazón, por lo que se preguntó si la mujer no se habría inventado aquel insulto para burlarse de ella. Aunque también era posible que oliera a la gasolina del coche.

En ese instante, su conexión de red reconoció quién era y Cinder olvidó la ofensa. La diplomática que llevaba semanas en Nueva Pekín y cuya imagen no había dejado de aparecer en las noticias, aunque nunca le había prestado demasiada atención.

Sybil Mira, primera taumaturga de la reina lunar.

«Mi señora Sybil», había dicho la joven durante la comunicación a través del chip D-COM. Aquella era la mujer que la había obligado a fabricar el equipo de espionaje, la que había colocado el chip en Nainsi.



Cinder intentó relajarse, sorprendida de que su panel de control no se hubiera cortocircuitado con toda la adrenalina que corría por sus venas. Qué no hubiera dado por un arma, incluso un mísero destornillador con que protegerse, cualquier cosa que no fuera aquel pie inútil y unos finos guantes de seda.

Kai dejó atrás a Cinder y se dirigió hacia la reina Levana con paso decidido.

—Su Majestad, os pido mis más sinceras disculpas por este pequeño incidente —dijo. Cinder tuvo que ajustar la interfaz auditiva para poder oírlo—. Pero no es necesario montar una escena delante de mis invitados.

Los ojos de la reina, negros como el carbón, lanzaron un destello bajo la cálida luz del salón de baile.

—Por lo que parece, sois perfectamente capaz de hacer una escena sin mi ayuda. —La sonrisa se convirtió en un pícaro mohín—. Vaya, parece que vuestras veleidades me afectan más de lo que suponía. Creía que esta noche iba a ser yo vuestra invitada especial. —Una vez más, su mirada acarició el rostro de Cinder—. No la encontraréis más bella que a mí, ¿verdad? —dijo, extendiendo un dedo y pasando suavemente la uña por la barbilla de Kai, quien se apartó con brusquedad—. Cariño, ¿te has sonrojado?

Kai apartó la mano de Levana de un manotazo, pero antes de que pudiera responderle, la reina se volvió hacia Cinder con evidente aversión.

—¿Cómo te llamas, niña?

Cinder tragó saliva con dificultad, apenas capaz de pronunciar su nombre.

—Cinder.

—Cinder —repitió Levana, con una risa condescendiente—. Muy apropiado. Cenizas. Mugre. Suciedad.

—Ya basta —intervino Kai antes de que la reina pasara junto a él despreocupadamente, con el centelleante vestido acariciándole las caderas cimbreadas.



Levana alzó su copa de vino como si fuera a felicitar al emperador por una magnífica velada.

—Dime, Cinder, ¿a qué jovencita terrestre le robaste el nombre?

Cinder se llevó la mano a la muñeca y la cerró sobre el guante de seda y la piel bajo la que se ocultaba su chip de identidad. Todavía tenía la zona un tanto dolorida por la pequeña incisión que se había practicado antes. Sintió que se le cerraba el estómago.

La reina resopló con aire burlón.

—Vosotros, los caparazones —dijo en voz alta para que todos pudieran oírla—, os creéis muy listos. Así que le has robado un chip a un muerto terrestre arrancándoselo de la muñeca, has conseguido infiltrarte en el sistema y crees que pasas por humana, que puedes vivir aquí sin repercusiones. Sois unos necios.

Cinder apretó los dientes. Sintió el impulso de explicarse, de decirles a todos que no recordaba haber sido otra cosa que terrestre, y ciborg. Sin embargo, ¿quién iba a escucharla? La reina desde luego no. Y Kai... Kai no hacía más que mirar a una y a otra, tratando de encajar las piezas del puzzle para encontrar un sentido a las palabras de Levana.

La reina se volvió hacia el emperador.

—No solo dais acogida a lunares, sino que además retozáis con ellos. Me habéis decepcionado profundamente, Su Majestad. —Chascó la lengua—. El hecho de que esta joven viva dentro de vuestras fronteras demuestra que habéis violado el Acuerdo Interplanetario. La flagrante transgresión de dicho estatuto es algo muy serio, emperador Kaito; tanto, que podría llevar a una declaración de guerra. Exijo que esta traidora sea detenida y extraditada de inmediato a Luna. ¿Jacin?

Un segundo guardia lunar, igual de agraciado que sus compañeros, con una melena larga y rubia y unos ojos de un azul intenso, se abrió paso entre los presentes y, sin previo aviso, asió a Cinder por las muñecas y se las unió a la espalda.



La joven ahogó un grito y volvió la vista, desesperada, hacia el corro cada vez más nutrido de invitados, entre los que empezaron a oírse voces alarmadas.

—¡Basta!

Kai corrió a su lado y la tomó por el codo.

Intentó atraerla hacia sí y Cinder se tambaleó, pero el guardia no la soltó. El lunar tiró de ella a su vez y el brazo de Cinder, resbaladizo a causa de los guantes de seda, se escurrió entre los dedos de Kai. La joven acabó pegada al fornido pecho del guardia con la leve sensación de que le zumbaban los oídos, como si tuviera el pelo cargado de electricidad estática.

Magia, comprendió al fin. El zumbido lo producía la bioelectricidad que generaba aquel cuerpo. ¿También lo oirían los demás si estuvieran tan cerca del guardia como ella o era una nueva señal de que empezaba a recuperar su don?

—¡Soltadla! —ordenó Kai, dirigiéndose a la reina—. Esto es absurdo. No es una fugitiva... Si ni siquiera es lunar. ¡Solo es una mecánica!

Levana enarcó una ceja de delicadas líneas. Sus ojos esquivaron a Kai y se clavaron en Cinder, a quien dedicó una mirada gélida y cruel, no exenta de belleza.

Cinder sintió que un calor cada vez más intenso se propagaba por su columna vertebral y temió volver a sufrir un colapso. Aparecería el dolor, ella se desplomaría y quedaría fuera de combate.

—Y bien, Cinder —dijo la reina Levana, removiendo el vino blanco—, parece ser que has estado ocultando secretos a la corte. ¿Tienes algo que decir al respecto?

Kai se volvió hacia ella, y aunque era incapaz de mirarlo a la cara, Cinder percibió su desesperación. Con la mandíbula dolorida por la tensión, la joven concentró todo su odio en la reina.

Se alegró de no poder verter lágrimas que delataran su humillación. Se alegró de la falta de rubor en sus mejillas que delatara su rabia. Se alegró de que su odioso cuerpo biónico al menos sirviera para algo,



aferrándose con uñas y dientes a su dignidad mancillada. Alzó la vista hacia la reina.

El visor retinal montó en pánico y empezó a mostrar los cada vez mayores niveles de adrenalina y el pulso disparado. Las alarmas parpadeaban ante ella, pero las ignoró con una serenidad sorprendente.

—Si no me hubieran traído a la Tierra —dijo—, sería vuestra esclava. No voy a pedir disculpas por haber escapado de vos.

Vio a Kai de soslayo, atónito, con el rostro desencajado al comprender la pura verdad: había estado cortejando a una lunar.

De pronto se oyó un chillido entre los sobrecogidos presentes, que fue acompañado de varios gritos ahogados y un golpe sordo. Adri se había desmayado.

Cinder tragó saliva e irguió la cabeza.

—No son tus disculpas lo que deseo —contestó Levana, esbozando una sonrisa taimada—, lo que quiero es asegurarme de que pagas tus ofensas de una vez para siempre y sin demora.

—Me queréis muerta.

—Pero qué lista que es. Sí, así es. Y no solo a ti, sino a todos los que son como tú. Los caparazones son una amenaza para la sociedad, un peligro para un pueblo supremo como el nuestro.

—Porque no podéis lavarnos el cerebro y hacer que os adoremos, como ocurre con los demás, ¿verdad?

Los labios de la reina se tensaron en una fina línea, endureciéndose como el yeso. Bajó la voz y un aire helado recorrió la sala. Una repentina ráfaga de lluvia hizo traquetear las ventanas a sus espaldas.

—No es solo por mi pueblo, sino también por los terrestres. Los caparazones sois una peste. —Hizo una pausa, durante la cual sus ojos recuperaron su brillo habitual, como si fuera a echarse a reír—. De manera bastante literal, por lo que parece.



—Mi reina se refiere a lo que llamáis la fiebre azul —intervino la mujer morena—, que tantos estragos ha causado entre vuestra población. Y, por descontado, en vuestra familia real. Que el emperador Rikan descanse en...

—¿Qué tiene eso que ver con todo lo demás? —preguntó Kai.

La mujer escondió las manos en las mangas acampanadas de su casaca marfileña.

—¿Acaso vuestros brillantes científicos no han llegado todavía a ninguna conclusión? Muchos lunares que no poseen el don son portadores de la letumosis. Ellos la trajeron a la Tierra y, por lo que parece, continúan propagándola con total indiferencia hacia las vidas que está arrebatando.

Cinder sacudió la cabeza.

—No —protestó. Kai se volvió hacia ella, retrocediendo un paso de manera inconsciente. Cinder volvió a negar con la cabeza, con mayor vehemencia—. Ellos no saben que son la causa. ¿Cómo iban a saberlo? Y claro que los científicos han dado con el origen, pero ¿qué pueden hacer al respecto, salvo tratar de encontrar un remedio?

La reina rió con aspereza.

—¿Utilizas la ignorancia como defensa? Qué poco original. Debes enfrentarte a la verdad y la verdad es que deberías estar muerta. Sería lo mejor para todos.

—Para que quede claro —replicó Cinder, alzando la voz—, no soy una caparazón.

La reina sonrió, escéptica.

—Ya basta —dijo Kai—. Me da igual dónde naciera. Cinder es ciudadana de la Comunidad y nadie va a arrestarla.

Levana no apartó la mirada de Cinder.

—Dar refugio a desertores es motivo de guerra, joven emperador. Lo sabéis.

La visión de Cinder se redujo cuando su retina empezó a desplegar un entramado de líneas sin sentido sobre su campo de visión. Cerró





los ojos con fuerza, maldiciendo. Era el peor momento para sufrir un fallo cerebral.

—Sin embargo —añadió la reina—, tal vez podamos llegar a una especie de acuerdo.

Cinder abrió los ojos. La película que le oscurecía la visión seguía allí, pero el entramado confuso había desaparecido. Intentó concentrarse en la reina justo cuando esta esbozaba una sonrisa ladeada.

—Esta joven parece creer que la amáis y esta es vuestra oportunidad de demostrárselo. —Parpadeó con coquetería—. Así que, decidme, Su Majestad, ¿estáis dispuesto a negociar con ella?



CAPÍTULO 36

—¿Negociar? —dijo Kai—. ¿Por su vida?

—Bienvenido al mundo real de la política.

Levana le dio un sorbo a su copa de vino. A pesar del carmín, no dejó ninguna marca en el cristal.

—No es ni el momento ni el lugar más indicado para discutir esta cuestión —contestó Kai, con una irritación mal disimulada.

—¿Eso creéis? Pues yo diría que es una cuestión que concierne a todos los que estamos en este salón. Al fin y al cabo, deseáis la paz. Deseáis mantener a salvo a vuestro pueblo. Metas admirables, ambas. —Deslizó su mirada hacia Cinder—. También deseáis salvarle la vida a esta desdichada criatura. Que así sea.

La visión de Cinder parpadeó al volver la vista hacia Kai. El corazón le latía con fuerza.

—¿Y vos? —preguntó el joven.

—Yo deseo ser emperadora.

Cinder intentó zafarse del guardia.

—Kai, no. No puedes hacerlo.

Kai se volvió hacia ella. En sus ojos se adivinaba la lucha que se debatía en su interior.

—Eso no cambiará nada —insistió Cinder—, y lo sabes.

—Hazla callar —ordenó Levana.





El guardia le tapó la boca con una mano y la atrajo hacia su pecho con fuerza, pero no pudo impedir que siguiera suplicando con la mirada. «No lo hagas. No valgo la pena, lo sabes.»

Kai se acercó al ventanal con pasos largos y lentos y se detuvo unos instantes delante de él, con la mirada perdida en la tormenta torrencial y los hombros temblorosos. Tras unos breves instantes, se volvió y paseó la mirada por el salón. Por aquel océano de color, seda y tafetán, de oro y perlas. Por los rostros asustados y confundidos que lo rodeaban.

El baile anual. Ciento veintiséis años de paz mundial.

Dejó escapar un suspiro entrecortado e irguió el cuerpo.

—Creía que había dejado clara cuál era mi postura. Hace apenas unas horas, le dije a mi pueblo que haría cualquier cosa para protegerlo. Lo que hiciera falta. —Abrió las manos y dirigió las palmas hacia la reina, suplicante—. No tengo ningún reparo en admitir que poseéis más poder que todos los pueblos terrestres juntos y no albergo ningún deseo de medir nuestras fuerzas. También reconozco mi absoluta ignorancia hacia vuestras costumbres y las de vuestro pueblo y que no puedo censuraros por el modo en que lo habéis gobernado. Estoy convencido de que siempre habéis hecho lo que creíais más conveniente para ellos. —Se reencontró con la mirada de Cinder y se puso recto—. Sin embargo, no es el modo en que deseo que se gobierne la Comunidad. Queremos la paz, pero no a costa de la libertad. No puedo... No me casaré con vos.

De pronto fue como si toda la estancia contuviera la respiración, pese a que al mismo tiempo los cuchicheos recorrían el salón en veloces susurros. La sensación de alivio que invadió a Cinder desapareció en cuanto cruzó una mirada con Kai, quien no podía parecer más desdichado.

—Lo siento —musitó el joven.

Cinder deseó poder decirle que no pasaba nada. Que lo entendía. Era la decisión que estaba deseando que tomara desde el principio y nada cambiaría eso.

Ella no valía una guerra.





Levana tenía los labios fruncidos y, salvo por el lento retroceso de las orejas y la casi imperceptible tensión de la mandíbula, en su rostro no se movía un solo músculo. El escáner de retina de Cinder parpadeaba como un poseso en el límite de su campo de visión, vomitando números y cifras, pero lo ignoró como lo haría con un mosquito molesto.

—¿Es vuestra última palabra?

—Sí —confirmó Kai—. La joven, la fugitiva permanecerá en prisión hasta vuestra partida. —Levantó la barbilla, como si se resignara ante la decisión que él mismo había tomado—. No es mi intención ofenderos, Su Majestad. Deseo de todo corazón que podamos seguir manteniendo nuestras conversaciones en busca de una alianza aceptable para ambos.

—No podemos —contestó Levana. La copa que tenía en la mano se hizo añicos y el suelo quedó bañado por una cascada de esquirlas de cristal. Cinder dio un respingo y se oyeron varios gritos entre los presentes al tiempo que todos retrocedían, pero el guardia lunar permaneció inmutable—. Expuse mis requerimientos ante vuestro padre con la misma claridad y del mismo modo con que los he expuesto ante vos, y sois un necio al ignorarlos. —Arrojó el fino pie de la copa contra la columna. El vino goteaba de la punta de sus dedos—. ¿Insistís en rechazar mis peticiones?

—Su Majestad...

—Contestad.

El escáner de retina de Cinder se iluminó, como si de repente alguien hubiera dirigido un foco hacia la reina. Se le cortó la respiración. Le flaquearon las rodillas y se desplomó sobre el guardia, quien volvió a levantarla con brusquedad.

Cinder cerró los ojos con fuerza, convencida de que eran imaginaciones suyas, y volvió a abrirlos. El entramado de líneas se ordenó. Líneas que determinaban los ángulos exactos del rostro de Levana. Coordenadas que mostraban la colocación de los ojos, la longitud de la nariz, la anchura de la frente. Un dibujo perfecto se superponía sobre la mujer perfecta... y no coincidían.



Cinder todavía miraba atónita a la reina, intentando comprender el significado de las líneas y los ángulos que su escáner le mostraba, cuando se dio cuenta de que la discusión había terminado. La reacción de la joven había sido tan brusca que todo el mundo había vuelto la atención hacia ella.

—Por todas las estrellas —musitó. Su escáner era capaz de atravesar el espejismo, no le afectaba el hechizo lunar, sabía dónde se encontraban los límites reales del rostro de la reina, las imperfecciones, las inconsistencias—. Es un verdadero espejismo. No sois hermosa.

La reina palideció. El mundo parecía haberse detenido alrededor del entramado de líneas que cruzaban la visión de Cinder, de los puntitos y las mediciones que desvelaban el mayor secreto de la reina. Seguía viendo el hechizo de Levana, los pómulos altos y los labios carnosos, pero el efecto quedaba oculto tras la realidad que le mostraba la imagen superpuesta. Cuanto más tiempo pasaba mirándola, más datos recogía su visor, con los que iba rellenando de manera gradual la verdadera fisonomía de Levana.

Estaba tan absorta en la lenta revelación que no reparó en los largos dedos de la reina, crispados junto a sus caderas. No fue hasta que una corriente eléctrica pareció prender el aire cuando Cinder desvió su atención de los garabatos que se dibujaban frente a ella.

La reina flexionó los dedos. El guardia retrocedió y soltó las muñecas de Cinder.

La joven plantó los pies en el suelo para no perder el equilibrio y darse de bruces al tiempo que una de sus manos, como si tuviera vida propia, retrocedía y desenfundaba el arma del guardia.

Se puso tensa al sentir el peso del arma en la mano de acero de manera tan repentina e inesperada.

Su dedo se deslizó sobre el gatillo como si fuera una extensión de sí misma, como si estuviera acostumbrada a llevar un arma, a pesar de ser la primera vez que empuñaba una.

El corazón le golpeaba el pecho.

Cinder levantó el arma y se llevó el cañón a la sien. Un grito estremecedor escapó de su garganta. Un pelo se le quedó pegado en los labios



resecos. Miró a la izquierda de reojo, aunque no alcanzó a ver ni el arma ni la mano traidora que la sujetaba. Miró a la reina, a la gente, a Kai.

Salvo por el firme brazo, que sostenía el arma dispuesta a matarla, Cinder temblaba de pies a cabeza.

—¡No! ¡Dejadla en paz! —Kai corrió hacia ella y la asió por el codo para intentar alejarle el brazo, pero Cinder estaba rígida, como si estuviera hecha de piedra—. ¡Soltadla!

—Ka... Kai —balbució Cinder, invadida por el terror.

Le ordenó a la mano que tirara el arma, le ordenó al dedo que se apartara del gatillo, pero todo fue inútil. Cerró los ojos, con fuerza. Sentía la cabeza a punto de estallar. AUMENTO DE LOS NIVELES DE ADRENALINA. CORTISONA. GLUCOSA. AUMENTO DEL RITMO CARDÍACO. AUMENTO DE LA PRESIÓN ARTERIAL. ALERTA, ALERTA...

Notó un breve y ligero temblor en el dedo antes de que volviera a solidificarse.

Imaginó el estruendo del disparo. Imaginó la sangre. Imaginó su cerebro apagándose, sin sentir nada. DETECTADA MANIPULACIÓN BIOELÉCTRICA. INICIANDO EL PROCEDIMIENTO DE RESISTENCIA EN TRES, DOS...

Su dedo empezó a presionar el gatillo lenta, muy lentamente.

Un fuego abrasador le recorrió la columna vertebral y se propagó por nervios y cables, deslizándose hasta sus partes metálicas.

Con un alarido, apartó el arma de la sien y dirigió el cañón hacia el techo, con el brazo estirado. Dejó de resistirse. Accionó el gatillo. Una lámpara de araña se hizo añicos sobre su cabeza en una explosión de cristales y chispas.

Los invitados gritaron y se precipitaron hacia las salidas.

Cinder cayó de rodillas, doblada sobre sí misma, acunando el arma contra el estómago. El dolor la desgarraba por dentro, la cegaba. En su cabeza estallaron fuegos artificiales. Era como si su cuerpo estuviera intentando



desembarazarse de todos sus componentes metálicos, como si explosiones, chispas y humo le rasgaran la piel.

Al oír la voz de Kai por encima del caos generalizado comprendió que el dolor empezaba a remitir. Cinder ardía al tacto, como si alguien la hubiera arrojado a un horno, pero el dolor y el calor se habían trasladado al exterior, a la piel y a la punta de los dedos, y ya no la devoraban por dentro. Abrió los ojos. Unos puntitos blancos salpicaban su visión. En su retina parpadeaban las alarmas rojas. Los diagnósticos estaban ejecutándose al filo de su campo visual. Tenía una temperatura corporal demasiado alta, la tensión demasiado alta, las pulsaciones demasiado altas. Una sustancia extraña, que su sistema no reconocía y no podía eliminar, había invadido su torrente sanguíneo. Algo iba mal, aullaba su programación. «Estás mala. Estás enferma. Estás muriéndote.»

Sin embargo, no tenía la sensación de estar muriéndose.

Tenía tanto calor que le sorprendía que el delicado vestido no entrara en combustión. El sudor crepitaba en su frente. Se sentía diferente. Fuerte. Poderosa.

En llamas.

Temblorosa, afianzó los talones en el suelo y se miró las manos. El guante de la izquierda había empezado a derretirse y formaba pegajosos grumos de piel sedosa sobre la mano metálica, al rojo vivo. Veía la electricidad chisporroteando sobre la superficie acerada, aunque no habría sido capaz de determinar si la detectaba su visión humana o la biónica. O puede que ni humana ni biónica.

Sino lunar.

Irguió la cabeza. Una bruma fría y gris lo cubría todo, como si el mundo se hubiera detenido a su alrededor. Su cuerpo empezaba a enfriarse. La piel palidecía, el metal se apagaba. De manera inconsciente, trató de taparse la mano metálica, como una boba, por si Kai no había reparado en ella, al verse cegado por el resplandor.

En ese momento, algo llamó la atención de la reina. La ira de Levana pareció encogerse cuando sus miradas se encontraron. La soberana





lunar ahogó un grito y retrocedió un paso. Por espacio de un segundo, incluso pareció asustada.

—Es imposible —murmuró.

Cinder reunió hasta el último nanobyte de fuerza que le quedaba para ponerse en pie y apuntó a la reina con el arma. Apretó el gatillo.

El guardia pelirrojo apareció de pronto y la bala lo alcanzó en el hombro.

Levana ni siquiera se inmutó.

El cerebro de Cinder por fin consiguió recuperar el control total de su cuerpo cuando la sangre empezó a manar de la armadura del guardia.

Cinder tiró el arma y echó a correr. Consciente de que sería imposible atravesar la marabunta enloquecida que trataba de abandonar el salón, se dirigió como un rayo hacia la salida más cercana: las imponentes puertas que conducían a los jardines. El guardia, la reina, su séquito, todos quedaron atrás mientras los cristales crujían bajo sus botines robados.

El eco cavernoso del patio de piedra. Las piernas salpicadas de agua al pisar un charco. La limpia y fresca fragancia de una lluvia que se había convertido en llovizna.

La escalera se extendía a sus pies. Doce escalones, un jardín zen, una muralla imponente, una portalada, la ciudad: una vía de escape.

En el quinto peldaño, oyó cómo se partían los tornillos. Los cables se rompieron, como tendones tensados hasta el límite. Sintió el corte de energía al final de la pantorrilla, lo que envió una cegadora señal de alarma a su cerebro.

Se desplomó con un alarido, intentando amortiguar la caída con la mano izquierda. El dolor le traspasó el hombro y viajó hasta la columna vertebral. El metal fue repicando contra la piedra al rodar por los escalones hasta que se detuvo al pie de la escalera, donde se iniciaba el camino de grava.

Se quedó tendida en el suelo, de lado. Varios agujeros habían aparecido en el guante del brazo con el que había pretendido detener la caída. La sangre manchaba la bella seda de color crema a la altura del codo.



Le costaba respirar. De pronto, la cabeza le pesaba demasiado y la apoyó pesadamente en el suelo. Pequeños guijarros de grava se le clavaron en el cuero cabelludo. Dirigió al cielo una mirada extenuada, de soslayo. La tormenta había amainado y había dejado atrás una bruma espesa que se aferraba al cabello y a las pestañas de Cinder y le refrescaba la piel. La luna llena intentaba abrirse paso entre los nubarrones, perforando lentamente el cielo nublado, como si pretendiera engullir el firmamento.

Algo hizo que volviera el ojo hacia el salón de baile. El guardia que le había sujetado las manos a la espalda apareció en lo alto de la escalera y se detuvo en seco. Kai lo alcanzó un instante después, aunque tuvo que agarrarse a la balaustrada para conseguir pararse a tiempo.

Kai parecía no dar crédito a lo que veían sus ojos: el brillo acerado de unos dedos, el chisporroteo de unos cables al final de una maltrecha pierna metálica. Boquiabierto, por un momento dio la impresión de estar mareado.

Nuevos pasos apresurados en lo alto de la escalera anunciaron la llegada del hombre y la mujer ataviados con los uniformes taumatúrgicos y del guardia al que había disparado, a quien no parecía preocuparle la herida, de la que no dejaba de manar sangre. Detrás aparecieron el consejero de Kai y, finalmente, la propia reina Levana. El hechizo había recuperado plena fuerza, pero ni toda su belleza conseguía disimular la ira que crispaba su rostro. La reina se recogió la falda centelleante con ambas manos e hizo el decidido ademán de bajar los escalones, pero la taumaturga la detuvo con un gesto pausado y señaló la muralla del palacio.

Cinder siguió la dirección de la mano.

Había una cámara de seguridad dirigida hacia ellos. Hacia ella. Una cámara que lo veía todo.

Las fuerzas abandonaron definitivamente a Cinder, débil y exhausta.

Kai bajó la escalera despacio, como si se acercara a hurtadillas a un animal herido. Se agachó y recogió el pie metálico y oxidado, desprovisto del botín de terciopelo. Apretó los dientes mientras lo examinaba, recordándolo tal vez del día que se habían conocido en el mercado. No la miró.



Levana torció el gesto.

—Es repugnante —dijo, desde la entrada a los jardines, a salvo de las cámaras. Su voz sonaba estridente y anormalmente forzada en comparación con su acostumbrada cadencia—. Lo mejor que puede ocurrirle es morir.

—Al final resulta que no era una caparazón —comentó Sybil Mira—. ¿Cómo lo ha ocultado?

—Eso no importa —contestó Levana con desprecio—. Pronto habrá muerto. ¿Jacin?

El guardia rubio descendió un escalón en dirección a la joven, volviendo a empuñar el arma de la que Cinder se había deshecho.

—Esperad.

Kai bajó apresuradamente los peldaños hasta el pie de la escalera y se situó delante de Cinder. Al principio se estremeció, como si le costara mirarla a la cara, y la joven no supo cómo interpretar la mezcla de emociones —incredulidad, confusión, pesar— que cruzaron el rostro de Kai. Con la respiración agitada, por dos veces intentó Kai que le salieran las palabras antes de conseguirlo, unas palabras que jamás abandonarían a Cinder, pronunciadas con voz apagada.

—¿Todo ha sido mentira?

El dolor le atravesó el pecho y la dejó sin aire.

—Kai...

—¿Todo han sido imaginaciones mías? ¿Una treta lunar?

A Cinder se le revolvió el estómago.

—No. —La joven sacudió la cabeza con vehemencia. ¿Cómo podía explicarle que hasta ese momento no tenía el don? ¿Que no podría haberlo utilizado con él?—. Yo nunca te mentaría... —No pudo terminar la frase. Le había mentado. Todo lo que él sabía de ella era mentira—. Lo siento mucho —acabó diciendo, sin demasiada convicción.

Kai desvió la mirada hacia el resplandeciente jardín, donde encontró un lugar en que concentrar su sensación de derrota.



—Me cuesta más mirarte a ti que a ella.

A Cinder se le encogió el corazón, convencida de que dejaría de latirle en cualquier momento. Se llevó la mano a la mejilla y sintió la seda húmeda contra la piel.

Apretando los dientes, Kai se volvió hacia la reina. Cinder levantó la vista hacia la espalda de la casaca morada, con las plácidas tórtolas bordadas en el cuello. El joven todavía llevaba en una mano el pie metálico.

—Será arrestada —anunció Kai, sin apenas fuerza con que respaldar las palabras—. Permanecerá en prisión hasta que se decida qué hacer con ella. Pero si la matáis esta noche, os juró que jamás firmaré una alianza con Luna.

La mirada feroz de la reina se ensombreció. Aunque Levana accediera, tarde o temprano Cinder acabaría siendo repatriada a Luna y, en cuanto la reina la tuviera en su poder, firmaría su sentencia de muerte.

Kai solo trataba de conseguirle algo más de tiempo. Aunque seguramente no sería demasiado.

Lo que la joven no lograba comprender era la razón.

Cinder vio cómo la reina intentaba contenerse, consciente de que podía matarlos a ambos en un abrir y cerrar de ojos.

—Será mi prisionera —finalmente accedió Levana—. Será repatriada a Luna y juzgada según nuestras leyes.

Traducción: sería ejecutada.

—De acuerdo —convino Kai—. A cambio, os comprometeréis a no declarar la guerra ni a mi país ni a mi planeta.

Levana irguió la barbilla y lo miró con desprecio.

—Muy bien. No le declararé la guerra a la Tierra por esta violación de los acuerdos, pero, en vuestro lugar, yo me andaría con mucho cuidado, joven emperador. Esta noche habéis puesto a prueba mi paciencia.

Kai inspiró hondo, la saludó con una breve inclinación de cabeza y a continuación se apartó a un lado para dejar paso a los guardias, que ya



bajaban los escalones. Los lunares levantaron el maltrecho cuerpo de la joven del camino de grava. Cinder intentó mantenerse en pie, mirando a Kai con ojos suplicantes, deseando disponer de tan solo un momento para decirle cuánto lo sentía. De un breve instante para explicarse.

Sin embargo, Kai no le devolvió la mirada cuando pasaron junto a él, llevándosela a rastras. Tenía los ojos clavados en el sucio pie metálico que sujetaba con ambas manos, y las puntas de los dedos blancas de tanto estrujarlo.



CAPÍTULO 37

Estaba tumbada de espaldas, escuchando el tamborileo constante de sus dedos metálicos contra el suelo de resina blanca de su celda. De todos los pensamientos que podrían mantener su mente ocupada, un solo momento parecía varado en su memoria, estancado en una repetición infinita.

Día de mercado, el bochorno, el olor de los panecillos dulces de Chang Sacha impregnando la plaza de la ciudad. Antes de que nada de todo aquello hubiera sucedido: antes de que Peony hubiera caído enferma, antes de que Levana hubiera llegado a la Tierra, antes de que Kai le hubiera pedido que la acompañara al baile. Ella solo era una mecánica y él el príncipe a cuyos encantos fingía ser inmune. Kai estaba allí, justo enfrente, mientras ella se tambaleaba sobre un solo pie e intentaba dominar su pulso acelerado. Cinder apenas podía sostenerle la mirada. Él se inclinó hacia delante y la obligó a mirarlo. Y sonrió.

Eso.

Ese momento. Esa sonrisa.

Una y otra y otra vez más.

Cinder suspiró y varió el ritmo del tamborileo de los dedos.

Por la red proliferaban vídeos del baile, de los que había visto exactamente 4,2 segundos a través de su conexión —ella, con su sucio vestido de gala, cayendo por la escalera—, antes de apagarla. En la secuencia parecía una loca. Estaba convencida de que no habría humano que no se alegrase de deshacerse de ella cuando la reina Levana exigiera su entrega y se la llevara de vuelta a Luna. Para «juzgarla».

Oyó los pasos del guardia, amortiguados, al otro lado de la puerta de la celda. Todo era blanco, incluido el mono de algodón, de un blanco





oxigenado intenso, que le habían proporcionado después de obligarla a entregar el maltrecho vestido de Peony y el pedacito de guante de seda que había sobrevivido al calor y las rozaduras. Tampoco se habían molestado en apagar las potentes luces, por lo que estaba aturdida y exhausta. Empezaba a pensar si no acabaría siendo un alivio que la reina fuera a buscarla con tal de poder dormir al menos unos minutos.

Y solo llevaba allí catorce horas, treinta y tres minutos y dieciséis segundos. Diecisiete. Dieciocho.

Cinder se sobresaltó cuando la puerta produjo un ruido sordo y metálico. Entrecerró los ojos, dirigiéndolos hacia la ventanilla que se había abierto en lo alto de la plancha metálica, y vio la sombra de la cabeza de un hombre. La nuca. Los guardias ni siquiera la miraron.

—Tienes visita.

Se enderezó, apoyándose en los codos.

—¿El emperador?

El guardia soltó un resoplido burlón.

—Sí, el mismo.

La sombra desapareció de la rejilla.

—¿Sería tan amable de abrir la puerta, por favor? —dijo una voz conocida con un acento familiar—. Debo hablar con ella en privado.

Cinder se levantó con cierta dificultad, sosteniéndose sobre su único pie, y descansó el cuerpo contra la pared, suave como el cristal.

—Es una celda de máxima seguridad —replicó el guardia—. No puedo dejarle entrar. Tendrá que hablar con ella a través de la rejilla.

—No sea ridículo. ¿Le parezco una amenaza para la seguridad?

Cinder se acercó renqueando hasta la ventanilla y se puso de puntillas. Era el doctor Erland, con una bolsa de lino blanco. Todavía llevaba la bata de laboratorio, las diminutas gafas plateadas sobre la nariz y la gorra de lana en la cabeza. Aunque el hombre tenía que levantar la barbilla para poder



mirar al guardia a la cara, su actitud dejaba bien claro que no pensaba dejarse intimidar.

—Soy el director del equipo de investigación de la letumosis de la casa real —insistió el doctor Erland— y esta joven es mi sujeto de estudio más importante. Necesito extraerle muestras de sangre antes de que abandone el planeta.

Sacó una jeringuilla de la bolsa y la blandió ante el guardia, quien retrocedió sorprendido y asustado antes de cruzar los brazos sobre el pecho.

—Obedezco órdenes, señor. Tendrá que obtener una autorización oficial del emperador para poder entrar.

El doctor Erland pareció desinflarse y volvió a meter la jeringuilla en la bolsa.

—De acuerdo. Si es una cuestión de protocolo, lo entiendo. —Sin embargo, en vez de dar media vuelta, se estiró los puños de las mangas antes de dedicarle una nueva sonrisa al guardia, aunque con un aire ligeramente siniestro—. Tenga, ¿lo ve? —dijo. Cinder sintió que un pequeño escalofrío le recorría la columna vertebral al oír aquella voz. El doctor continuó hablando con un tono que convertía sus palabras en un arrullo—. He obtenido la autorización pertinente del emperador. —Dirigió ambas manos hacia la puerta de la celda, con decisión—. Ya puede abrirla.

Cinder parpadeó, tratando de despejar la mente. Era como si el doctor Erland quisiera que lo arrestaran; sin embargo, en ese momento el guardia se volvió hacia ella con expresión aturdida y pasó su chip de identidad por el escáner. La puerta se abrió.

Cinder retrocedió tambaleante y recuperó el equilibrio apoyándose en la pared.

—Muchísimas gracias —dijo el doctor, que entró en la celda sin darle la espalda al guardia—. Si no es mucha molestia, le agradecería que nos concediera un poco de intimidad. No tardaré ni un minuto.

El guardia cerró la puerta sin rechistar. Sus pasos se perdieron al final del pasillo.



El doctor Erland se dio la vuelta y se quedó sin habla al posar sus vivos ojos azules en ella. Momentáneamente boquiabierto, apartó la mirada y cerró los ojos con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, parecía haberse recuperado ligeramente de la sorpresa.

—Si alguna vez hubo alguna duda, ahora ya no existe. No le vendría mal empezar a practicar a controlar su don.

Cinder se tocó la cara con la mano.

—No estoy haciendo nada.

El doctor se aclaró la garganta, incómodo.

—No se preocupe, ya le cogerá el tranquillo. —El hombre miró a su alrededor—. Menudo lío en el que se ha metido, ¿no cree?

Cinder señaló la puerta con un dedo.

—Tiene que enseñarme ese truco.

—Será un honor, señorita Linh. En realidad, es muy sencillo, solo tiene que concentrarse, conseguir atraer hacia usted los pensamientos del sujeto en cuestión y exponer con claridad qué es lo que desea. Todo ello mentalmente, por descontado.

Cinder frunció el ceño. No parecía tener nada de sencillo.

El doctor le restó importancia con un gesto.

—No se preocupe, ya verá cómo le saldrá de manera natural cuando lo necesite, pero ahora no hay tiempo para darle clases particulares. Debo darme prisa si no quiero levantar las sospechas de nadie.

—Las mías ya las ha levantado.

El doctor Erland pasó por alto el comentario y repasó a Cinder con la mirada: el mono blanco, demasiado grande y amplio para su esbelto cuerpo, la mano metálica abollada y rayada por culpa de la caída, los cables de múltiples colores colgando por la vuelta del pantalón...

—Ha perdido el pie.

—Sí, ya me he dado cuenta. ¿Cómo está Kai?



— ¿Cómo? ¿No va a preguntar primero por mí?

— Usted parece estar bien — contestó Cinder—. En realidad, mejor que de costumbre. — Era cierto, la luz que proyectaban los fluorescentes de la celda le restaba diez años como mínimo. Aunque lo más probable era que todavía persistieran los efectos de haber usado el don lunar con el guardia—. ¿Cómo está él?

— Confuso, creo. — El doctor se encogió de hombros—. Estoy convencido de que estaba un poco enamorado de usted y descubrir que era, en fin... Supongo que es difícil de asimilar.

Con gesto frustrado, Cinder se pasó una mano por el pelo, enredado después de catorce horas de mesárselo nerviosamente entre los dedos.

— Levana le obligó a elegir: o se casaba con ella o me entregaba. Si se negaba a una u otra cosa, dijo que le declararía la guerra basándose en no sé qué ley acerca de dar refugio a lunares.

— Por lo que parece, el emperador ha tomado la decisión correcta. Será un buen gobernante.

— Esa no es la cuestión. La decisión de Kai no contentará a Levana para siempre.

— Por supuesto que no. Y aunque Kai hubiera aceptado el matrimonio, ella tampoco habría permitido que usted viviera demasiado tiempo. Necesita verla muerta, mucho más de lo que usted se imagina. Por eso nos conviene hacer creer a Levana que Kai ha hecho todo lo posible para tenerla encerrada y que está dispuesto a entregársela cuando decida partir hacia Luna, lo cual supongo que sucederá de un momento a otro. De lo contrario, este asunto podría tener consecuencias terribles para él... y para la Comunidad.

Cinder entornó la mirada.

— Pues yo diría que Kai está haciendo todo lo posible por tenerme encerrada.

— Así es. — El doctor Erland empezó a darles vueltas a los pulgares—. Eso complica las cosas, ¿no cree?



— ¿Qué quiere...?

— ¿Por qué no nos sentamos? Debe de ser muy incómodo mantener el equilibrio sobre un solo pie. — El doctor Erland se sentó en el único camastro de la celda. Cinder se dejó resbalar por la pared frente a él—. ¿Cómo tiene la mano?

— Bien. — La joven flexionó los dedos metálicos—. La articulación del meñique está rota, pero podría ser peor. Ah, y... — Se señaló la sien— ningún agujero en la cabeza. No puedo quejarme.

— Sí, ya he oído que la reina intentó atacarla. La salvó su programación, ¿no es cierto?

Cinder se encogió de hombros.

— Creo que sí. Recibí un mensaje diciendo que estaba sufriendo una manipulación bioeléctrica justo antes de que... Nunca había recibido ese mensaje, ni siquiera con su hechizo.

— Fue la primera vez que un lunar le obligó hacer algo en vez de limitarse a hacérselo creer o sentir. Y parece que su programación respondió tal como se esperaba. Un nuevo e impresionante acierto de su cirujano, o puede que todo el mérito sea del dispositivo de Linh Garan. En cualquier caso, a Levana debió de cogerle completamente desprevenida. Aunque sospecho que los fuegos artificiales con que usted nos regaló no deben de haberle granjeado el afecto de demasiados terrestres.

— No sabía cómo controlarlo. No sabía qué estaba ocurriendo. — Recogió las rodillas contra el pecho—. Seguramente lo mejor es que esté aquí dentro. Ahí fuera no tengo adónde ir, y menos después de esto. — Señaló un lugar inexistente al otro lado de las paredes blancas—. Por lo menos así Levana acabará con mi desgracia de una vez por todas.

— ¿Así lo cree, señorita Linh? Qué lástima. Esperaba que hubiera heredado más coraje de nuestro pueblo.

— Lo siento. Por lo visto lo perdí cuando se me cayó el pie en medio de una emisión en directo.

El doctor arrugó la nariz.



—Se preocupa demasiado por esas tonterías.

—¿Tonterías?

El doctor Erland sonrió con suficiencia.

—He bajado hasta aquí por una razón muy importante, ¿sabe?, y no tenemos todo el día.

—De acuerdo. —Cinder gruñó mientras se arremangaba y le tendía el brazo—. Sáqueme toda la sangre que quiera. No voy a necesitarla.

El doctor Erland le dio unas palmaditas en el codo.

—En realidad, eso no era más que una excusa. No he venido a llevarme muestras de sangre. Ya encontraré lunares en África si necesito hacer pruebas.

Cinder dejó caer el brazo en el regazo.

—¿En África?

—Sí, me voy a África.

—¿Cuándo?

—De aquí a unos tres minutos. Hay mucho trabajo por hacer y sería difícil llevarlo a cabo en una celda, así que he decidido ir al lugar donde se documentaron los primeros casos de letumosis, a un pequeño pueblecito al este del desierto del Sáhara. —Dibujó una espiral en el aire, como si señalara un mapa invisible—. Espero encontrar huéspedes portadores de la enfermedad y convencerlos para que colaboren en la investigación.

Cinder desenrolló la manga.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí?

—Para invitarla a visitarme. Cuando le venga bien, por descontado.

Cinder lo miró con el ceño fruncido.

—Hombre, gracias, doctor. Miraré la agenda, a ver cuándo podría pasarme por allí.



—Espero que lo haga, señorita Linh. Tenga, le he traído un regalo. En realidad, dos. —El doctor Erland rebuscó en el interior de la bolsa y extrajo una mano y un pie metálicos, deslumbrantes bajo la cruda luz de los fluorescentes. Cinder enarcó las cejas, visiblemente sorprendida—. Es lo último de lo último. Completamente equipados. Titanio al cien por cien. ¡Y mire! —Como un niño con un juguete nuevo, toqueteó los dedos de la mano metálica, bajo los que se ocultaban una linterna, un estilete, un lanzador de proyectiles, un destornillador y un conector universal—. Más útil imposible. Los dardos tranquilizantes se guardan aquí. —Abrió el compartimento de la palma de la mano, que almacenaba una decena de dardos diminutos—. Una vez que sincronice sus conexiones, debería ser capaz de armarla solo con pensarlo.

—Es... fascinante. Así, cuando tenga la cabeza en el tajo, al menos podré llevarme por delante a varios curiosos conmigo.

—¡Exacto! —El doctor Erland ahogó una risita. Cinder frunció el ceño, irritada, pero el hombre estaba demasiado absorto en la prótesis para darse cuenta—. Los he hecho fabricar especialmente para usted. He utilizado el escáner que teníamos de su cuerpo para asegurarme de que no nos equivocábamos de talla. Si hubiera dispuesto de más tiempo, los habríamos cubierto con un injerto de piel, pero supongo no se puede tener todo.

Cinder aceptó los repuestos cuando el hombre se los tendió y examinó el trabajo con nerviosismo.

—Que no los vea el guardia o me meteré en un buen lío —le advirtió el hombre.

—Gracias. No sabe la ilusión que me hace llevarlos los dos últimos días de mi vida.

Con una sonrisa maliciosa, el doctor Erland miró a su alrededor antes de dirigirse a ella.

—Es curioso, ¿verdad? Tantos avances, tanta tecnología y a nadie se le ha ocurrido diseñar un sistema de seguridad a prueba de ciborgs lunares. Supongo que debemos dar gracias de que no haya muchos como usted dando vueltas por ahí o tendríamos fama de expertos en fugas.



—¿Qué? ¿Está usted loco? —dijo Cinder, bajando la voz hasta convertirla en un susurro ronco—. ¿Está animándome a fugarme?

—Para serle franco, últimamente se me va un poco la cabeza. —El doctor Erland se rascó la arrugada mejilla—. ¿Qué se le va a hacer? Toda esa bioelectricidad mano sobre mano, sin nada que hacer... —Suspiró exageradamente—. Pero no, señorita Linh, no estoy animándola a fugarse, estoy diciendo que debe fugarse y que debe hacerlo pronto. Sus probabilidades de supervivencia serán prácticamente nulas cuando Levana venga a por usted.

Cinder apoyó la espalda contra la pared, con un incipiente dolor de cabeza.

—Mire, le agradezco que se preocupe por mí, de verdad. Pero es que, aunque consiguiera descubrir el modo de salir de aquí, ¿sabe lo furiosa que se pondría Levana? Usted mismo ha dicho que habrá consecuencias terribles si no obtiene lo que quiere. Yo no valgo una guerra.

Un brillo atolondrado animó los ojillos del hombre tras los cristales de las gafas. El doctor Erland pareció rejuvenecer por un instante.

—En realidad, sí la vale.

Cinder ladeó la cabeza y lo miró con recelo. Tal vez estuviera loco de veras.

—Intenté decírselo la semana pasada cuando vino a mi despacho, pero tuvo que salir corriendo para ir a ver a su hermana... Ah, por cierto, mis condolencias.

Cinder se mordió el interior de la mejilla.

—En fin, verá, pedí que secuenciaran su ADN y este no solo me informó de que usted era lunar y de que no era una caparazón, sino también de parte de su herencia. De su línea de parentesco por consanguinidad.

Cinder sintió que el pulso se le aceleraba.

—¿De mi familia?

—Sí.



—¿Y? ¿Tengo familia? ¿Mis padres están...? —Vaciló. La mirada del doctor Erland se había entristecido ante la repentina animación de la joven —. ¿Están muertos?

El hombre se quitó la gorra.

—Lo siento, Cinder. Tendría que haber enfocado este asunto de otra manera. Sí, su madre está muerta. No sé quién es su padre o si sigue vivo. Su madre era, digamos que... conocida por su promiscuidad.

Cinder sintió que sus esperanzas se marchitaban.

—Ah.

—Y tiene una tía.

—¿Una tía?

El doctor Erland estrujó la gorra entre las manos.

—Sí. La reina Levana. —Cinder parpadeó—. Mi querida niña, sois la princesa Selene.



CAPÍTULO 38

El silencio ahogó el aire blanco y estéril que los separaba y enmudeció la bruma que embotaba los pensamientos de la joven, quien no conseguía salir de su asombro.

—¿Qué?

El doctor se adelantó y colocó una mano sobre la de Cinder.

—Sois la princesa Selene.

Cinder se apartó con brusquedad.

—Yo no... ¿Qué?

—Lo sé, lo sé, ya sé que parece increíble.

—No, no lo parece, lo es. ¿Qué clase de broma es esta?

El hombre sonrió con dulzura y volvió a darle unas palmaditas en la mano. En ese momento, Cinder se dio cuenta de que nada entorpecía su visión. Ni rastro de las molestas lucecitas naranjas.

Se le cortó la respiración. Bajó la vista hacia los cables sueltos que asomaban por el tobillo.

—Sé que necesitaréis tiempo para haceros a la idea —dijo el doctor Erland— y desearía poder estar aquí para ayudaros. Y lo haré, os contaré todo lo que debéis saber en cuanto lleguéis a África, pero ahora es imperativo que comprendáis por qué no podéis permitir que Levana os lleve con ella. Sois la única persona que puede destronarla. ¿Lo entendéis?

Cinder sacudió la cabeza, aturdida.

—Princesa...

—No me llame así.





El doctor Erland retorció la gorra que tenía en el regazo.

—Está bien. Señorita Linh, escúcheme bien. Llevo muchos años buscándola. Conocí en Luna al hombre que la trajo aquí y le practicó la cirugía. Seguí sus pasos con la esperanza de encontrarla, pero por entonces el hombre ya había empezado a perder la cabeza. Lo único que pude sacar en claro es que usted se encontraba aquí, en la Comunidad. Sabía que debía buscar una ciborg, una adolescente, y hubo muchos momentos en que creí que me volvería loco antes de dar con usted. Antes de poder explicarle la verdad. Y entonces, de repente, un buen día apareció en mi laboratorio. Un milagro.

Cinder levantó una mano para interrumpirlo.

—¿Por qué? ¿Por qué me convirtieron en una ciborg?

—Porque su cuerpo sufrió demasiados daños en el incendio —contestó, como si la respuesta fuera evidente—. Habría sido imposible recuperar sus extremidades. Es increíble que lograra sobrevivir y que haya conseguido permanecer en el anonimato todos estos...

—Calle. Cállese.

Cinder flexionó su maltrecha mano protésica antes de cerrar los dedos sobre la nueva que el doctor le había llevado. Paseó la mirada con desesperación por toda la celda, respirando con dificultad, mareada. Cerró los ojos.

Era...

Era...

—Las levas —dijo en un susurro—. Implantó las levas para encontrarme. Una ciborg, en la Comunidad Oriental.

El doctor Erland se removió incómodo y, cuando Cinder reunió suficientes fuerzas para volver a levantar la vista, el remordimiento se le a en los ojos del hombre.

—Todos tuvimos que hacer sacrificios, pero si nadie detiene a Levana...

Cinder soltó la nueva prótesis, se tapó los oídos y apoy  la frente sobre la rodilla. Las levas. Todos esos ciborgs. Tanta gente convencida de que



era lo correcto. Mejor ellos que los humanos. Quien es un proyecto científico una vez lo es siempre.

Y lo único que él pretendía era encontrarla.

—¿Cinder?

—Voy a vomitar.

El doctor Erland le puso una mano en el hombro, pero ella la apartó con brusquedad.

—No tiene la culpa de nada de lo ocurrido —dijo—. Por fin la he encontrado. Podemos empezar a arreglar las cosas.

—¿Cómo voy a arreglar nada? ¡Levana va a matarme! —Cinder levantó la cabeza de repente, ahogando un grito—. Un momento, ¿ella lo sabe? —Su memoria se adelantó a la respuesta del hombre: Levana en lo alto de la escalera, asustada. Furiosa. Volvió a esconder el rostro—. Oh, válganme los astros, lo sabe.

—Su hechizo es único, Cinder, tanto como lo era el de la reina Channary. Puede que ella lo sepa, pero dudo que nadie más lo haya averiguado, y Levana intentará mantenerlo en secreto tanto tiempo como pueda. Es evidente que tendrá prisa por deshacerse de usted. Estoy seguro de que ahora mismo están haciendo los preparativos para partir.

A Cinder se le secó la boca.

—Cinder, míreme.

Obedeció. Y aunque los ojos del doctor eran increíblemente azules, compasivos e incluso reconfortantes, de algún modo supo que no intentaba manipularla. Solo era un anciano decidido a destronar a la reina Levana.

Un anciano que había depositado todas sus esperanzas en ella.

—¿Lo sabe Kai? —preguntó Cinder con un hilo de voz.

El doctor Erland sacudió la cabeza, con tristeza.

—No puedo acercarme a él mientras Levana siga aquí y no es algo que pueda explicarle por com. La reina se la habrá llevado antes de que yo tenga la oportunidad de verlo. Además, ¿qué podría hacer él?



—Si él lo supiera, me soltaría.

—¿Y arriesgarse a que Levana descargue su ira sobre su país? Levana encontraría el modo de acabar con usted mucho antes de que consiguiera reclamar el trono. Kai sería un necio si accediera a actuar de manera tan precipitada, sin un plan.

—Pero merece saberlo. Ha estado buscándola... a... Ha estado buscando a...

—Mucha gente ha estado buscándola, pero encontrarla y ayudarla a recuperar el trono son dos cosas muy distintas. Llevo mucho tiempo planeándolo y puedo ayudarla.

Cinder lo miró boquiabierta, sintiendo cómo el pánico le vaciaba los pulmones de aire.

—¿Recuperar el trono?

El doctor se aclaró la garganta.

—Comprendo su miedo y su confusión. No le dé demasiadas vueltas. Lo único que le pido es que encuentre el modo de salir de aquí, sé que puede hacerlo, y que luego vaya a África. Yo la guiaré a partir de ahí. Por favor. No podemos permitir que Levana se salga con la suya.

Cinder no sabía qué contestar, ni siquiera era capaz de llegar a imaginar qué estaba pidiéndole. ¿Ella, la princesa? ¿La heredera?

Sacudió la cabeza.

—No. No puedo. No puedo ser ni reina, ni princesa, ni... No soy nadie. ¡Soy una ciborg!

El doctor Erland entrelazó los dedos de ambas manos.

—Cinder, si ni siquiera me da la oportunidad de ayudarla, ella habrá ganado, ¿no cree? La reina Levana no tardará en llevársela consigo. Encontrará el modo de casarse con Kai y convertirse en emperatriz. Le declarará la guerra a la Unión Terrestre y, no me cabe duda, vencerá. Muchos morirán y los demás acabarán convertidos en esclavos, igual que nosotros, los lunares. Un triste futuro, pero me temo que será inevitable si no está dispuesta a aceptar quién es en realidad.



—¡Eso no es justo! ¡No puede cargarme con esa responsabilidad y encima esperar que sepa qué hacer con ella!

—No lo hago, señorita Linh. Lo único que espero es que encuentre el modo de salir de esta prisión y que venga a verme a África.

Se lo quedó mirando, perpleja, mientras aquellas palabras se abrían camino hacia su cerebro.

Escapar de la cárcel.

Ir a África.

Dicho así, hasta parecía sencillo.

El doctor debió de percatarse de que algo cambiaba en su expresión porque volvió a darle unas ligeras palmaditas en la muñeca y, a continuación, se puso en pie acompañado por los quejidos de unas articulaciones viejas que cada vez acusaban más el paso de los años.

—Creo en usted —dijo al llegar junto a la puerta y dar unos golpecitos en la rejilla—. Y, tanto si ya lo sabe como si no, Kai también cree en usted.

La puerta de la celda se abrió y el doctor Erland se fue, tocándose la gorra a modo de despedida.

Cinder esperó a que el eco de dos pares de pisadas se hubiera perdido al final del pasillo antes de doblarse por la mitad con un estremecimiento, todavía de rodillas, y taparse los oídos con las manos. Su cerebro estaba descargando información a más velocidad de la que ella podía clasificarla: artículos antiguos sobre la desaparición de la princesa, entrevistas a teóricos de la conspiración, imágenes de los escombros calcinados del cuarto donde habían encontrado restos de tejido quemado. Fechas. Estadísticas. La transcripción de la coronación de Levana, la siguiente en la línea de sucesión al trono.

La fecha de nacimiento de la princesa Selene. 21 de diciembre de 109 T. E. Era casi un mes más joven de lo que siempre había creído. Solo era un dato anecdótico, insignificante, y aun así, por un instante, tuvo la clara



impresión de que ya no sabía quién era. No tenía la menor idea de quién se suponía que era.

Y luego estaban las levas ciborg. Los nombres de aquellos que habían sido escogidos parpadearon ante ella. Sus caras, sus números de identidad, sus fechas de nacimiento, las fechas en las que se había declarado su defunción, honrosa, por su sacrificio por el bien de la Comunidad.

Oyó el tictac de un reloj en su cabeza.

Cinder respiraba con dificultad, entre jadeos, mientras la información inundaba su cerebro. El pánico le revolvía el estómago. El sabor de la bilis le subió hasta la boca y le quemó la garganta al volver a tragársela.

La reina Levana iría a por ella y la ejecutarían. Aquel era su destino. Ya se había hecho a la idea. Se había preparado para ello. No para ser la gran heredera. No para ser una reina, salvadora o heroína.

Sería muy sencillo no hacer nada. Sería muy sencillo no presentar batalla.

En medio del imparable torrente de información que atravesaba su cabeza, sus pensamientos acabaron de nuevo en aquel plácido momento congelado en el tiempo.

La sonrisa despreocupada de Kai en el mercado.

Haciéndose un ovillo, Cinder cortó la conexión de red.

El ruido cesó. Las imágenes y los vídeos se fundieron en negro.

Si no intentaba detener a Levana, ¿qué ocurriría con Kai?

A pesar de que intentó apartar aquella pregunta de su mente, esta continuó acosándola, resonando entre sus pensamientos.

Tal vez el doctor Erland tenía razón. Tal vez tenía que escapar. Tal vez tenía que intentarlo.

Buscó a tientas las prótesis que descansaban en su regazo y cerró los dedos en torno a ellas. Levantó la cabeza y vio que la rejilla de la puerta de la celda estaba abierta. El guardia no había llegado a cerrarla.



Un escalofrío le recorrió la columna. Una nueva y extraña energía crepitaba bajo su piel, diciéndole que ya no era simplemente una ciborg. Ahora era lunar. Podía hacer que la gente viera cosas que no existían. Que sintiera cosas que no se correspondían con lo que percibían sus sentidos. Que hiciera cosas que no pretendían hacer.

Podía ser quien quisiera. Convertirse en quien quisiera.

Sintió vértigo y miedo ante aquella idea, pero la determinación volvió a tranquilizarla. Cuando el guardia regresara, ella estaría preparada.

En cuanto dejaron de temblarle las manos, sacó el estilete del nuevo dedo de titanio y hundió la hoja en su muñeca. El corte que se había hecho anteriormente para extraer el chip de identidad de modo que no pudieran localizarla todavía no se había cerrado. Esta vez no vaciló.

Pronto, todo el mundo buscaría a Linh Cinder.

Una ciborg deforme a la que le faltaba un pie.

Una lunar con una identidad robada.

Una mecánica sin nadie a quien acudir, sin un sitio a donde ir.

Pero solo buscarían un fantasma.